DANIEL E. HERRENDORF

SEXO NAZI

Planeta

Sexo nazi

DANIEL E. HERRENDORF

Sexo nazi

TRILOGÍA

I. GRAVE SEXO DE MUJER

II. LA SIMULACIÓN DE MATTHIAS

III. SEXO INFAME

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Legales

Grave sexo de mujer
- Él y Ella
- El señor y la señora de tal
- Él y Ella: tarta de miel
- El señor y la señora tal: tarta de miel
- Él y Ella: el bebé
- El señor y la señora de tal: el bebé
- Él y Ella: atentado
- El señor y la señora de tal: atentado
- Él y Ella: tarea de hombres
- El señor y la señora de tal: tarea de hombres
- Él y Ella: muchedumbre
- El señor y la señora de tal: muchedumbre
- Él y Ella: navidades
- El señor y la señora de tal: navidades
- Él y Ella: la justicia
- El señor y la señora de tal: la justicia
- Él y Ella: la herida
- El señor y la señora de tal: la herida
- Él y Ella: una niña
- El señor y la señora de tal: una niña

La simulación de Matthias
- Simulación en la sala de té
- Simulación en el centro de la vida
- Simulación en la lucha por la vida
- Las tías y la justicia
- Simulación en el amor
- El amor cuando son jóvenes

El amor cuando trepidan
El amor cuando están muertos
Zumba la tierra
Perseguido por la naturaleza
Simulación en la cultura
Hitler ganó
El amor cuando maduran
Simulación en los trenes
El ejército de las Regensberg
La simulación de Andrei
La simulación de Helga
Por eso
Simulación en la historia occidental
La simulación de Matthias
Además
Sexo infame
La historia
Ester
El padre del Nazi
El Nazi de niño
El Nazi
Ester

Herrendorf, Daniel
Sexo nazi / Daniel Herrendorf. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7085-9
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2021, Daniel Esteban Herrendorf

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2021

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7085-9

GRAVE SEXO DE MUJER

Perdona el desorden, mi sirvienta murió hace catorce años y me fue completamente imposible encontrar un reemplazo. ¿Qué podemos hacer? El tiempo acaba con todo. Un día eres rico como un árabe y al día siguiente tienes suerte si puedes comprar unos maníes. Es gracioso. La mayoría de nosotros es joven por… ¿cuánto? ¿un minuto y medio?

Él y Ella

En medio de la plaza hay un almendro con ramas enrojecidas. Bajo el almendro hay un banco amarillo repleto de hojas y almendras. En el banco se sentó un

joven

ojos azules

tan claros como el otoño. En los párpados hay lágrimas traslúcidas cuya causa tardaremos en conocer.

Es bello ese joven azul bajo el almendro con lágrimas.

En medio de la ciudad sin luz y sin ansias hay un barrio donde crecen los almendros, las nubes se reflejan en los espejos y las alondras tiñen de blanco un cielo del color del fuego por la tarde.

En el barrio donde se afanan los crepúsculos por superar el color rojo, hay una plaza sin gloria y con árboles. En el estanque hay peces; junto al estanque hay sapos; sobre el estanque, un almendro. Bajo el almendro, un banco amarillo.

En medio del Imperio hay un viejo país gastado por Napoleón y por la suerte. Es un Imperio encaprichado y un país que no merece y sin embargo tiene un destino al bies. Cada vez que alguien someta países a su capricho, someterá a éste, donde se dan a menudo los almendros. Es tierra fértil y animada, con gente musical.

En medio del país hay una ciudad sin luz. La ciudad alberga la esperanza de que alguien llore por su destino o

por algo

alguna vez.

En Europa hay un Imperio. El Imperio es nazi, romano, americano, alemán o napoleónico, con o sin Luises, con o sin Hitler. Da lo mismo. En Europa siempre hay un Imperio que oprime, interrumpido por larvadas intermitencias de libertad.

Es tímida esa libertad que no dura y que tiene la única función de separar un tirano de otro, distinguirlos mejor; es anémica esa libertad exhausta que se rinde a ser entretención, disparidad. Como una vaca, tenemos libertad: da leche hasta que alguien la mata para derramarla. Entonces no hay más leche de la vaca, ni habrá hijos.

Es decir. Es decir.

Terminó la Historia.

Europa siempre oprimida —un Imperio es siempre eso— y en su arrabal ese país siempre oprimido —Polonia puede ser eso— y en medio una ciudad como Varsovia, y en Varsovia un

barrio
gris
claro

donde hay una plaza en el otoño con un banco amarillo bajo un almendro enrojecido. Es el verano del año 2003, hace calor y no quedan comunistas. Sentados, esos

ojos
azules

que lloran transparencias. Sentadas, todas las tristezas del mundo. Alrededor, como si fuera el envoltorio de la tristeza y el frágil portador de esos ojos, hay un joven hermoso.

Un joven nostálgico.

Hermoso.

Eso es él: el recipiente de la tristeza y el poseedor de unos ojos que dan, hoy, lágrimas con causas difíciles.

Entonces, hay que contar la historia simplemente, o no contar la historia nunca más.

No hay otra forma. Es decir: hay la forma biográfica que consiste en contarlo todo con una frase y tratar de disminuir lo demás.

Todo lo demás suele ser la vergüenza, el odio intenso, la humillación.

Entonces la historia es así:

El joven se enamoró en el suburbio oeste de Varsovia. La ama con desolación, con deseos de

morirse de este amor
de este amor
un amor
ganas de desesperarse.

La ama, la recuerda más que a sí mismo, ha sido poseído por ella, gozado por ella, se inquieta, cuando la recuerda se inquieta hasta el espasmo, tirita y llora.

Cuando la recuerda llora y gime.

Con pulcritud lo hace, pero gime. Y llora.

Tirita
gime
y llora
por amor.

Ella también lo ama, a su modo lo ama, pero es muy difícil este amor. Y él ha de sufrir por ello.

El joven azul está en la plaza mirando de frente esa tristeza, la está viendo como se ve a un ídolo o a una mascota, pero sabe que la visión, incluso, es irregular, porque ese dolor no está fuera de él.

No está fuera de él.

Está adentro.

Atardece por arriba del almendro, del banco, del estanque. Atardece por encima de los sapos, de Varsovia y

del joven

de lágrimas

sin luz.

Él decide hacer lo que hace siempre desde casi ya diez días, a la misma hora.

Ir hacia allá, al barrio increíble donde se verá con ella.

Porque hay que decirlo de una buena vez: Iván —así se llama el joven guapo—, Iván —a Iván le gusta su nombre desde que le gustó a ella— Iván —que está triste— se enamoró así:

(Entonces aquí deberíamos contar una historia llena de detalles en la que Iván se desespera por ella, es cruelmente rechazado, ella no puede admitirlo, lo niega, él se llena de lágrimas y de plegarias, y no sabe muy bien a quién rogar consejo y es así como rueda de la casa del párroco a la taberna y de la taberna a la casa de su tío y todos le dirían: *olvídala Iván, te has vuelto loco,* pero su amor es tan grande que la llena a ella de flores, y considera el asunto detenidamente al amanecer, y lee al Arcipreste de Hita y a Virginia Woolf, y se acuesta con una prostituta para olvidar su amor, y se emborracha para olvidar la infamia de retozar con una prostituta, regresa a su enamorada, obtiene su amor eterno, llora ese logro con espasmos, es

tan feliz

tan feliz

y finalmente nadie termina de entender la tragedia verdadera de Iván, o de esta historia, porque si los párrafos largos son ya una tragedia, no son ellos los que la provocan y mucho menos los que la narran).

Pero no vamos a contar toda esa historia, o al menos no vamos a contarla de esta forma tan amanerada, llena de idas y venidas y reclamaciones y opiniones de parientes.

Vamos un poco más directamente.

Iván tiene diecinueve años y su amada sesenta y dos. Es una pequeña mujer encorvada, analfabeta, de piel áspera como el acero, completamente desdentada, sucia por constitución, feísima. Ella tiene la piel espesa de mugre, el pelo largo y grasoso, las manos enormes,

las uñas ennegrecidas por una tierra de años, y huele, huele a meses y meses sin tener contacto con el agua, con el jabón nunca, con el agua generalmente cuando bebe.

E Iván
indiscutiblemente inteligente y hermoso
se ha enamorado vivamente de ella.

Entonces deberíamos preguntarnos si hay algún problema en ello.

Si es imposible o si no es imposible que Iván se enamore con una pasión increíble de la mujer sin dientes y sin bañarse, miserable como una rata. Y que ella corresponda a ese amor como puede hacerlo una andrajosa.

Si es imposible o si no es imposible. Eso es todo.

Porque ella es más pobre que el otoño de flores; como tiene coraje una mosca ella tiene suerte; como audacia tiene un tigre salvaje, ella tiene hambre.

Pero la pregunta está ahí: si hay algún problema en que Iván, que es tan adecuado y tan guapo y tan limpio y tan cristiano, esté tan locamente perdido por esa vieja sucia, porque es vieja y es sucia para él, y es *eso*

todo eso
precisamente eso

lo que desesperadamente lo enamora: la diferencia.

Quién no se ha enamorado alguna vez de una diferencia. Y eso está pasándole a Iván, sólo que a él le está pasando *eso* ahora.

Ha hecho el amor con ella de un modo tan salvaje, tan sofocante, tan colosal que nadie podrá convencerlo de que haya sexo después de esa mujer.

Pero nadie debe pensar ahora que ha descubierto la sucia realidad de la historia: «Claro —están exclamando los moralistas—, Iván está excitado con esa loca y nada más, y le dice amor a cualquier cosa».

Pues no es así, señores moralistas. Hay sexo en este amor como hay sexo en general en este mundo, sobre todo después de Sigmund Freud; pero Iván no se enamoró ni del sexo ni del modo de hacer el amor.

Iván se enamoró de ella. Y también de su modo de hacer el amor, porque está enamorado.

Ella nació en algún lugar donde su madre la dejó arrojada a la suerte del firmamento. Tirada en la tierra (porque ni siquiera en el umbral) y lastimada; ella sufrió de pequeña la fiebre amarilla, la tuberculosis y una malformación de la columna; los dientes los perdió

royendo huesos roídos cuando era joven. Y el ojo derecho está blanco y ciego por causa de una severa infección, la misma que le arrasó la piel del cuello. Los hongos le comieron las uñas de los pies y las comisuras de los labios y —sin duda por su desconocida alimentación — tenía unos sudores malolientes que hasta los pordioseros más hediondos de Varsovia huían, huían de sus fealdades y sopores amontonados.

Es extraño que todavía no hayamos hablado del sexo de ella. Porque cuando se narra una historia de amor —y está claro que ésta es una— hay que hablar del sexo de ella, y el sexo de ella suele ser interesante. Así como es riguroso que hablemos del sexo de ella, también lo es que nada digamos del sexo de él —aunque ha de ser mucho más perturbador el sexo del joven guapo de diecinueve años que el de esta anciana pordiosera; pero en fin, haremos, —porque es de rigor— algunas variables insinuaciones en relación a unos senos desvencijados.

Los senos de la pordiosera.

Tenían la forma de una caída, un desvanecimiento con los pezones hacia el piso y un estiramiento estrafalario, fruto de la humedad y de los años y de la falta de cuidados. Sus piernas no eran feas porque casi no eran: se trataba de dos espigas de trigo, con el volumen uniforme de un palo y una cadera inexistente, absorbida de inmediato por la espalda, un reverso achatado el de ella, con un sexo —en el anverso— inusualmente invisible entre las piernas, tras una fronda salvajísima de pelos y pelos y pelos.

Aquí nos detendremos.

Ella no tuvo hijos y, por naturaleza, su sexo era muy disimulado, pero nunca se había visto una población capilar tan exuberante, excesiva, un verdadero tapiz, un matorral con largo césped y gruesos arbustillos y tréboles de tres y cuatro y cinco hojas, y pinitos y flores del color de la castaña, porque todo eso había entre las piernas y sobre el sexo maravilloso de ella, pues era espléndida esa decoración enervada, era asombrosamente excitante y al mismo tiempo bella: un paisaje, sí, un paisaje morosamente puesto sobre el sexo de una mujer, un panorama vegetal, un horizonte misterioso por explorar, tentador como es para un explorador un bosque, un sitio para extraviarse, para perder el tiempo, para escabullirse de los muchos trajines de la época que impone tantas obligaciones de cemento, una cueva alfombrada para penetrar en ella y sentir la placidez de su agreste gravedad.

un verdadero tapiz
matorral de largo césped
y tréboles de tres
y cuatro
y cinco hojas
y flores del color de la castaña
esa decoración enervada
horizonte misterioso
para extraviarse
para perder el tiempo
agreste gravedad.

Un sexo grave: ésa es la palabra. Y rutilante por el desafío que impone esa frontera que la custodia como el Amazonas custodia sus tesoros con peligros y un bellísimo espectáculo por ver.

Ella no tuvo hijos, como dijimos, ni tuvo amantes ni marido ni novios ni había hecho el amor antes de hacerlo con Iván.

Violada fue violada infinidad de veces, por supuesto, como podría corresponder a su linaje —y todos podrían objetar esta palabra porque supone que ella pertenece a un linaje e Iván a otro, y esa certeza está prohibida en el siglo XXI pero Iván (no hay remedio para nosotros) le hablaba a Ella de linaje aunque Ella no entendiera nada; y ya es tiempo de llamarla con una E mayúscula a pesar de su linaje, o debido a él—.

Cada vez que un hombre del linaje de Ella estaba sediento, excitado o aburrido y se le cruzaba por la vida, en la calle, en los puentes, en los cestos de basura o en los trenes —porque podía encontrarla en cualquier parte— no resultaba infrecuente ni extraño ni morboso que Ella terminara violada.

Pero, por qué violada: Ella terminaba en el piso, penetrada feralmente por un ser anónimo como todos, que la poseía y nada más. No había en ese acto más o menos violencia, contemplación o consentimiento que en haber nacido miserable o ser desclasada.

Más bien: la posesión violenta del uno por el otro resultaba una predisposición arcana, casi íntima, propia de la clase y de la especie, muy ajena a la violación o el ultraje que son, en todo caso, conceptos.

Es imposible que alguno de esos hombres que accedieron a Ella hubiera advertido ese secreto inveterado, esa curiosa madreselva en la intimidad de su cuerpo, esa epopeya capilar que fue creciendo y mejorando con los años.

De algún modo —que no tenemos por qué comprender todavía—, Iván se enamoró de esa mujer miserable. El encuentro fue casual como en todas las historias de amor. Iván caminaba por Varsovia, la vio, se

enamoraron. Hicieron el amor ambos por primera vez —él era virgen, Ella violada— y se dijeron algunas y muchas cosas. Pero el problema ahora no es ése.

El problema ahora es que Iván sabe que su vida se desarrolló hasta este momento de un modo que no la incluye a Ella de ninguna forma. De un modo que la excluye. Porque Iván tiene dinero, tiene pretensiones, tiene ojos azules, tiene perfumes, tiene su cuarto, tiene comida todos los días, mucha, y hasta come chocolates de Viena.

Es decir: el suyo es un Universo sin pordioseras y con chocolates de Viena, o sea, descifrablemente sin Ella.

Nada incluye piernas que parecen espigas, pechos que se caen por exceso de gravedad o falta de amor, ojos incompletos y genitales tupidos con una exuberancia que desencaja y pone nervioso.

Iván podría enamorarse de una negra, de un judío, de una púber, de un empresario adulto, de su prima hermana, de una colección adecuada de todo eso, pero no de Ella.

Nunca de Ella.

En este momento en que nosotros revisamos las opciones —el empresario adulto, la púber— Iván, ahora mismo está pensando en ello: en que renunció a todas esas opciones sin darse cuenta, en que los crímenes los comete el tiempo.

Y Ella está lejos de su vida casi por naturaleza, por fatalidad o por el discreto movimiento de la luna alrededor de Ella.

El discreto movimiento.
La Luna alrededor de ella.

Aun así la ama.

El señor y la señora de tal

Es una mañana sencilla en la elegante calle de Varsovia, en 1939. La señora Telma tendría unos treinta y nueve años recién cumplidos pues había nacido con el siglo.

Entra en su casa con un afán desmedido, quería ponerse un abrigo más pesado que el que lleva.

Entra. Se oye el golpe de la puerta que abre casi con violencia. Va a subir a su recámara, a su vestidor para buscar un visón, un zorro… no, el visón estaría bien. Pero la detiene un espejo: quiere ver nuevamente que, en efecto, ella está bien maquillada, pues va a salir.

El rímel está bien, el rojo de los labios no es tan exagerado, es un colorado terciopelo muy prudente que va bien con la seda del echarpe, y el rubor está intacto.

Se mira y está de acuerdo con eso: mirarse así, un largo rato, como si fuera una actriz famosa lista para salir a escena, una cantante de opera como la Pons (¡cómo le gusta a ella Lily Pons, con esa arrogancia de aristócrata depuesta que se sobrepone con un do de pecho!), le gusta sentir la sustancia de su perfume ascendiendo lentamente, ver el casi perfecto contorno de sus labios, y alisar con un detenimiento pertinaz —una y otra vez— el cachemir grueso del saco ultravioleta que se ha puesto en esta mañana de agosto, tan fría para ser verano todavía.

—Telma, salgamos de una vez —grita su esposo desde fuera, por la ventanilla de un auto de alquiler.

Ella advierte que no puede seguir parada frente a un espejo aunque la tiente tanto mirar cómo las perlas del collar destellan como sus ojos, cómo resplandece el broche azul marino que contrasta, es verdad, con el desesperado color del cachemir. Pero la aguarda su esposo, y aún tiene que conseguir un abrigo.

—Nelly, tráigame el visón más claro, no puedo demorarme más.

Nelly, su criada, sabe que puede demorarse un poco, que debe hacerlo. Jamás le entregó un visón a su señora sin haberlo perfumado, alisado y peinado con un cepillo de cerdas muy finas para sacarle el polvo y darle cuerpo. Eso demora un poco, y sabe que la señora lo agradecerá, como consideraría imperdonable que le bajaran su visón así, nada más, sin perfumar, sin sacudir, sin tantear. Le da cuerpo eso

previo, le da un confort peculiar; y aunque no le dé nada, en realidad Telma no podrá dejar de sentir que su visón huele a naftalinas si Nelly —que fue su niñera y su nana y ahora es su mucama a cargo de su ropa y sus alhajas— le arrojara el abrigo tal como sale del enorme y frío vestidor.

—Allí voy, Iván —grita ella—, llega mi visón y… ya está, gracias Nelly, gracias querida, no olvides hablarle a la cocinera, estaremos de regreso al mediodía, almorzarán con nosotros los Spivak, sí, son judíos, no pongas esa cara Nelly, no nos pasará nada a nosotros a causa de los Spivak, sólo que tengas el pollo y las papas y la sopa y los dulces preparados, son gente sencilla estos judíos… ¡Ya voy Iván!, jamón no, nada de cerdo comen, Nelly, bueno, que prisas éstas, me voy Nelly, no olvides que en el postre…

— Señora, no olvidaré nada, váyase por fin.

Telma la mira con un largo cariño.

Nelly la consiente, la conoce desde su nacimiento, Telma sabe que puede vivir tranquila mientras Nelly vea discretamente por ella. Hasta más confortable con su marido se siente si está Nelly, y qué nerviosa es la vida cuando ella toma vacaciones y visita a sus hijos lejos de Varsovia. Cómo es posible, depender tanto —hasta el límite de su matrimonio— de una sirvienta, su mucama.

Telma se pone ligera pero cuidadosamente el visón —no deja de advertir que fue adecuadamente cepillado por Nelly— y sube al auto.

—Perdóname, querido, tenía frío, es decir, tenía miedo de tener frío aunque no haya tanto viento esta mañana. Sin embargo, ya sabes, siempre temo tener frío en la mañana.

—Sí Telma, miedo de tener frío —dice cansadamente Iván—. Desde que nos mudamos a Varsovia tienes miedo. Ya vámonos.

Telma guardó silencio porque Iván tenía razón. Ella tenía miedo, no frío. Tenía un frío provocado por el miedo. Un frío que no se calma con visones. Pero la causa no era la mudanza —pues antes vivían en un suburbio cercano— sino su madre. Su madre la fatigaba con el agotador «abrígate hija mía» a quien Telma respondía con un mohín molesto. Y desde el día que ella murió, (ese día llegó, es increíble que eso haya ocurrido, la muerte de su madre, que parecía por completo imposible), desde entonces nadie le dijo que se abrigara. Nadie se lo dijo así, de ese modo tan personal, tan de veras, tan sintiendo su propio frío, tan abrigándola; nadie se lo dijo tiritando como lo hacía su madre, preocupadamente, con una severidad tal que convertía el detalle en el más fundamental de los asuntos.

Desde la muerte de su madre Telma tiene muchísimo frío
en todos los veranos del mundo
a pleno sol y envuelta en abrigos

El coche de alquiler avanzaba por Varsovia con serenidad. ¡Qué mañana! Telma sentía que iba introduciéndose en el día, en la luz, en ese azul cercano del cielo diáfano. ¡Qué mañana! Pocas hay como éstas, pensó Telma, mientras en la curva de la calle el sol apoderó su cara y la bañó, íntegra, como si una ola inmensa se hubiera abalanzado, como una avalancha de calor amarillo, un tumulto más que tibio, más que mucho. Telma se zambullía en la ciudad, en ese día sin usar, sin tocar, casi virgen para ella y para su marido, mientras las señoras del barrio paseaban a sus niños en sus cochecitos, y las mucamas se afanaban en ir de compras, de aquí para allá, buscando la mejor miel, las mejores arvejas, las carnes más frescas. ¡Ah, qué mañana tan encantadora, si hasta podía sentirse el ruido del deshielo, qué otoño tendremos este año…! Y Telma respiraba hondo, apretaba la mano de Iván en la suya y mejoraba la sonrisa que le ocupaba toda la cara.

Por aquí y por allá: el parque resplandecía y hasta los ancianos que habían salido casi con el alba estaban extasiados de cómo mejoraba el alma con el día, y veían correr a los chicos sin malhumorarse.

El día iba abriéndose para ellos, pensaba Telma, como las piernas de una mujer hermosa que se entrega al amor. Sí, el día se abría de ese modo, como ella misma se entregaba a la pasión de Iván, en general vanamente, para que él la tenga y la visite y la disfrute por entero.

Así era el día: un ámbito que se entregaba de a poco, cálido, tierno, amoroso, deseándolo todo: la posesión, la fuerza, la visita fértil.

Podía hacer uno con este día lo que quisiera, gozarlo, saberlo, desarmarlo. ¡Qué mañana! ¿Pero no era Sara Spivak la que paseaba tan ligero por enfrente, con una falda turquesa y un suéter holandés muy colorido y apropiado por si soplara el viento de la mañana? Era ella, sí, este mediodía vendrá a casa con su marido, pensó Telma, y comeremos con ellos, los Spivak, judíos ellos, pensó, pero se trata de buena gente sin embargo, son buenos los dos, qué costumbres raras tienen. Sara paseaba muy rápidamente, acaso estuviera de compras: un poco de pan para el almuerzo de los niños cuando regresen del colegio, un poco de pescado y algunos dulces para llevar a casa de Telma, dejar a los niños comiendo solos (¿tendría Sara una mucama tan espléndida y adecuada como Nelly, una mucama judía tal vez, o no se usa tener mucamas judías?) y salir con su marido a la hora del almuerzo: ése debía ser seguramente el plan de Sara.

¿Por qué los habían invitado a comer? Vamos a ver, pensó Telma, y perdió ya la imagen de Sara, aunque iba torciendo ligeramente la cabeza para seguir viéndola… por qué había sido la invitación, y Sara desapareció entre la gente porque se metió seguramente en una tienda o ya está lejos para poder verla, sí, los invitamos porque su marido fue muy generoso con Iván, le daba buenas recetas médicas, a veces hasta le regalaba los medicamentos y si no servían se los cambiaba por otros, es que estos homeópatas son muy raros, y aunque Telma no estaba muy de acuerdo con eso, a Iván le hacía bien la homeopatía, eso decía él al menos, desde que tomaba esos medicamentos la vida sexual de ellos era más apropiada, él había vuelto a ser un hombre, por eso se le podía agradecer a los Spivak. Con un almuerzo en este día lleno de luz, de sexo, de calor, de posibilidades.

Es eso, pensó Telma, y entonces se lo dijo a su marido: «Iván, este día, qué hermoso, está lleno de alternativas».

Iván no dijo nada. No dijo nada.

Nada.

Nada es nada.

Nunca decía nada en verdad y a ella ese silencio no le molestaba en absoluto.

Desde que la vida sexual de ellos fue tan desilusionante, Iván se introdujo en sí mismo.

En absoluto, en sí mismo.

Tan serio, tan adecuado, tan varonil, era el prototipo de un macho, un hombre de verdad, ejemplo casi de cualquier tipo de hombre, de casi dos metros de alto, una enorme cabeza blanca y erguida con formas claras, generosas, un pecho amplio, grandes hombros fuertes, brazos de buen tamaño con músculos visiblemente trabajados y manos poderosas, bravas como de metalúrgico, manos muy limpias y claras pero fuertes como los de un estibador portuario.

Envidiaban a Telma que tuviera a ese hombre, y sus amigas fantaseaban con ello: que Telma sería la mujer más feliz y satisfecha del mundo, que Iván sería un verdadero salvaje entre las sábanas y haría con su sexo turgente y ávido todo lo que quisiera: y la pondría a Telma de este modo y de este otro, y con el esfuerzo mínimo de uno sólo de sus brazos podría levantarla y cambiarla de posición como si fuera ella una almohada de ligeras plumas, y con el largo de su cuerpo alcanzarla con su sexo (que seguramente era también muy proporcionado con todo lo demás) y hacerle sentir, de este modo, de este otro, de las más diversas maneras, que él era un hombre, el hombre de esta casa, el que la puede a ella, la toma en la cocina, la levanta sencillamente hasta la altura de sus hombros, ella se acobarda

y le reprocha gimiendo pero lo deja hacer, y él la aplasta contra la pared, la ama, con una mano la sostiene desde los muslos y los toca con fuerza, con ganas, le hace sentir entre las piernas sus dedos grandes, su mano enorme, y con la otra la desviste, completamente, sin que Telma tenga que hacer otra cosa que dejarlo hacer, ofrecerle sus pechos que serán amasados, besados, mordidos, y darle su sexo, su cadera contorneada, sus muslos, y él la penetraría ahí, así sin más, en la cocina, como si tal cosa, ya que estamos acá, y la perfora con facilidad, con ansias y deseo, y así jadeándole en la cara, poseída y gritando de placer, la llevaría por toda la casa, a la sala, a la alfombra del comedor, escaleras arribas (tan fuerte era Iván) a la habitación, y la arrojaría en la cama y él sobre ella por fin para descolocarla por completo.

Entonces en esa casa hay un hombre que está satisfecho y una mujer que es feliz y que sabe que no tiene nada más que hacer, sólo eso: estar ahí y ser la mujer de ese macho increíble que la tiene.

Todo eso pensaban las amigas de Telma. Pero Iván no le hacía el amor hacía meses, y la última vez fue un desastre. Tan disminuido, Iván no tenía ningún control sobre su sexo, un sexo que no le respondía, no reaccionaba casi nunca, y cuando lo hacía era tan frustrante que era preferible dejarlo todo así. Esa era la verdad, y la verdad también era que ni a él ni a ella les preocupaba demasiado: ella era muy feliz con su marido, no necesitaba sexo, ni mucho ni poco, al principio tal vez extrañó aquellas imaginadas efusividades, pero dejaron de hacerlo y no pasó nada. Cuando Iván lo intentaba ella lo dejaba hacer. A veces él lograba alguna cosa gracias a la homeopatía del doctor Spivak, pero generalmente nada.

Nada es nada.

Iván podía empezar con el sexo pero en general era sólo un comienzo y después, muy rápido, su estímulo disminuía de una forma tan brutal que el hombre desaparecía por completo, y sin embargo la besaba a ella muy apasionadamente y se dormían, «te amo» le decía ella, y él decía «sí, yo también te amo» y agregaba «¿no te importa…?» y ella se apresuraba a decirle «No mi amor, no me importa para nada, olvídalo, es mucho lo que te amo…». No le importaba.

A ella le importaba
sólo
ese amor
este amor
y después
el amor después del amor
y eso era todo

Por eso cuando ella le dijo esa mañana «Este día, qué hermoso, está lleno de alternativas», él no dijo nada, porque el día era tan extraordinario que se abría como el sexo de una mujer experimentada y bellísima, e Iván se había dado cuenta de eso, eso lo había excitado y le había dado pena no poder hacer el amor con Telma al regresar, después de recorrer esa mañana como se recorre a una mujer, recorrer a su mujer de verdad, penetrarla como lo han hecho juntos con el día, que se zambulleron y lo disfrutaron hasta que el día se estremeció de felicidad.

Mientras pensaba esto sentía la mano de Telma que apretaba fuerte la suya, y miraba muy extasiado qué ataviados iban los hombres por las calles, qué dispuestas las mujeres con sus compras, y esas dos muchachitas ¿no eran las mismas que trabajaban junto a su despacho del Banco y lo veían almorzar en el restaurante de siempre? Sí, eran ellas, y en el restaurante lo miraban y se sonreían, lo hacen siempre, habré de gustarles pensaba Iván, a veces se incomodaba porque él era muy serio y muy fiel a su esposa: esa nada de sexo que le daba era sólo para ella y era incapaz de mostrar su cuerpo, que era muy apreciado, a ninguna otra, aunque estas dos jovencitas siempre llamaron su atención.

¿Qué harían en la calle juntas un sábado por la mañana? No trabajan hoy, o tal vez sí, han de ser amigas, y el coche siguió y a lo lejos Iván vio el perfil de la Catedral por lo cual se acordó de su madre y se santiguó y como Telma lo viera se santiguó también ella, porque hay que ser respetuosos de la religión, de las costumbres y sobre todo de la mamá de Iván, tan buena mujer, tan cristiana, tan buena madre, también buena esposa, por qué no, pálida siempre, siempre zurciendo, siempre cocinando algo dulce con esa cara afilada, flaca como un alfiler, tan parecida era a un alfiler que Telma se preguntaba si no zurciría por ello: por su afinidad con los alfileres. Y después se murió, como todo el mundo, y la extrañaron un poco.

Qué sucia está la Catedral, habrá pensado Iván, porque la miraba muy atentamente, pero también ¡Qué hermosa era! Esos portales, la puerta de las Epístolas, las columnas y las columnatas, los frisios, las agujas altas como su mamá, qué bello se veía todo asoleado con este sol exagerado y gentil de esta mañana tan amplia, tan fresca que hasta puede verse hasta siempre.

Puede olerse este sol
y a lo lejos
ver hasta siempre

Iván recordaba mucho a su madre. Había sido un hijo único de una

familia humilde y laboriosa que ganó su vida trabajando en bancos alemanes que cuidaban los ahorros de Polonia; eran todos graves de aspecto, circunspectos, adecuados. Su padre, muy viejo y vivo todavía en Lódz, resistía las tentaciones de la muerte más o menos como podía: deliraba, se orinaba, hablaba solo e Iván apenas lo visitaba. La Catedral, que tenía esa aguja en lo alto que le recordó a su madre, le mostró a Iván unos altos capiteles de mármol que le recordaron a su padre, ese mármol enmohecido y viejo, tratado por el tiempo pero siempre orgulloso, terco y orgulloso, siempre mármol. Aunque se orine.

De pronto el estruendo. Pero no era el estruendo de un auto contra otro; no; tampoco era un objeto grande y pesado que se cayera de un balcón, o un meteoro del cielo, o el disparo de un arma. Fue peor: fue el ruido de una conciencia derrumbándose, de un linaje completo derrocado finalmente, como si en ese momento, en ese instante preciso, en esa mañana tan diáfana hubiese sido abolida una milenaria dinastía china con tanta claridad y tanta discordia entre los dioses, que se hubiera oído esa cadencia hasta aquí.

Fue un ruido de la historia, engranajes crujientes de pasiones mal digeridas, ruido geométrico y brutal, una sofocación como de ejércitos en pugna, un tumulto, una catástrofe sin causa que, extrañamente, aturde.

Seguramente también Sara lo oyó y estaría espantada. También las dos jovencitas que vio Iván y el cochero y todos los cocheros y el doctor Spivak y todo el mundo oyó eso.

El coche se detuvo y todos los demás también.

El silencio cruzó las calles de Varsovia como si el mundo se hubiera detenido para verlo pasar.

Y el silencio no pasaba: más bien los atravesaba a todos.

Telma estaba tiesa, Iván también, el chofer no podía moverse, hasta los perros que salieron esa mañana estaban demorados, congelados, mirando hacia delante en la actitud del pointer que ve un pajarillo y apuesta a olerlo bien y cazarlo, y hasta los pajarillos dejaron de piar, se diría que se miraban entre ellos y se preguntaban qué esperar para empezar a piar de nuevo, y todo lo que se oía era el silencio.

Un silencio brutal, pesado, enfermizo.

Telma quiso incluso hablar, pero cuando trató de incorporarse para voltear hacia su marido, simplemente no pudo. Así estuvo ella, así estuvo él, así estuvieron todos ellos, Varsovia, Polonia entera durante diez minutos.

Las señoras que paseaban con sus amigas y hermanas y primas, jóvenes o viejas, miraban hacia el horizonte esperando una explicación que proviniera ¿del cielo, del Presidente, del Alcalde de Varsovia? Otras, que estaban dialogando animadamente sobre el precio de las hortensias o la educación simplificada que reciben los niños en las iglesias últimamente, se quedaron petrificadas mirándose a los ojos, paralizadas por ese estruendo caprichoso, con la esperanza de que algunas de las dos pudiera adivinar de qué se trataba.

Las polacas más viejas pensaron en el clima y adivinaron que ya había sido muy raro desde temprano que hiciera tanto frío en el verano, pero no daban con la razón del estruendo.

¿Era el sol reverberando? ¿Era un avión grande como la luna que se estrelló con el piso, un dinosaurio que rajó la tierra o explotó una de esas bombas nuevas muy cerca, acaso por la indiscreta vacilación de alguien?

Los hombres que verificaban la mercadería de sus tiendas salieron quedamente a la vereda. El estruendo los había sacudido de tal forma que querían ayudar, pero no sabían a quién ni cómo. Miraban hacia algún lado y no había más que un largo letargo, una pausa, una demora clara como el agua. Incluso el policía, que merodeaba muy atento por la calle cerca del coche de Telma, estaba parado como tonto, medio mirando hacia arriba como si esperara una señal no de su jefe sino del cielo, porque en ese ruido tan raro no podría sino intervenir más que el cielo, no había Comisario que pudiera dar una orden, ni un Juez capaz de decir «investiguen por allá» porque no era un ruido que sucediera por aquí o por allá sino más bien masiva, portentosamente en todos lados, un estruendo de la totalidad.

Había tronado la totalidad.

Lo extraño para Telma fue que se oprimió su corazón. Se oprimió tan fuerte su corazón a causa de ese ruido y ese silencio tan provocador que le siguió después, que una lágrima la rodeó, tuvo frío a causa de su madre muerta, sintió piedad y terror y se alteraron todos sus sentidos, porque de alguna forma extraña, impersonal, casi mística, Telma podía comprender el significado del estruendo.

Como si un muerto enorme hubiera caído a sus pies y ella supiera que de aquí en adelante no se preocupará mucho por ello, aunque ya no pueda hablarse de otra cosa: de ese muerto caído con estrépito.

Millones de muertos que justifican que su marido no se comporte como un hombre y que ella no sea nunca una mujer poseída.

La segunda guerra mundial había comenzado.
Era el verano de 1939.
Ahora somos todos alemanes.

Él y Ella: tarta de miel

Desde que la vio —a la luna— sobre Ella cuando hicieron el amor por primera vez, y por primera vez se dijeron

—te quiero
—sí, yo también te quiero

desde ese día el recuerdo de Ella lo atravesaba, lo interrumpía de una manera transversal.

Él había transcurrido la sección fundamental de ese amor por Ella, el punto central en el que un hombre, dominado para siempre por los gritos enamorados de una mujer poseída, la desarma y la recompone con su sexo firme y le grita, como si fuera una orden, te amo.

Acostumbrada a las agrestes violencias del villorio putrefacto, Ella, que vivió siempre como una pordiosera, sintió la diferencia entre las variopintas violaciones en andenes de ferrocarril, y las dulces ternuras de este jovencito suave y enérgico a la vez que la controlaba con un dominio indiscreto —y sin embargo capaz— de su cuerpo, que se movía con las habilidades de un principiante que no quiere perder uno solo de los sabores del comienzo.

Claro, Ella notó la diferencia, y no había razones para que esa diferencia no se llamara *un gran amor*. Pero no sólo fue del sexo ese amor que Iván deshilvanará con lágrimas bajo un almendro de Varsovia.

Porque después del mucho sexo —porque el sexo fue mucho para ventura de los dos—, Iván recitó a Terencio, comparó el ojo bueno de Ella con la estrella que guió el tranco medio de la andanza de Ulises, describió —ya llegado el amanecer— la fortaleza anteúltima de Orlando Furioso y advirtió (¡cómo no haberlo advertido antes!) que el villorio donde Ella dormía tenía mucho de fortaleza, y vio en el perfil de Ella un poco de la sombra de Penélope, de una pintura gótica tardía, o acaso de una María Magdalena que había visto en Florencia a los dieciséis años en los sótanos del Duomo hecho de relieves bizantinos, cuando sus padres lo llevaron de viaje para festejar el cambio de siglo y de milenio. Todo eso hizo y dijo Iván en aproximadamente doce minutos, y terminó con una égloga —lo cual le insumió mucho más tiempo que todo lo demás, porque ver a Penélope en el perfil de cualquier mujer es cosa de un instante aunque sea una mendiga, pero recitar un égloga completa, de memoria y sin resumir,

es cosa de un par de horas, pero ni él ni Ella tenían otra cosa que hacer más que recitar una égloga (él) y oírla (Ella) de manera que así sucedieron las cosas y así han de ser narradas—.

Como era la primera vez —y la última tal vez— en su vida —creyó Ella— que Ella —que acababa de hacer el amor por vez primera— oía semejantes disparates, advirtió que este joven hermoso estaba diversamente dispuesto hacia Ella en relación con todos los demás rufianes que la poseyeron y —arrebatada de un modo repentino— no dudó en besar su mano y ver oblicuamente su torso:

entonces también Ella vio un rostro
tan bello como esculturas
las más bellas de Varsovia
y hombros suaves como una seda
y piernas forjadas como el mármol
una piel escarlata del color de la luna
cuando eclipsa el mar
con manos como adornos
en la cruz de Cristo
y siempre lágrimas

Si hubiera podido, Ella hubiera recitado a Virgilio para cantar tanta belleza, tanta perturbación. Pero no pudo. Ni siquiera pudo decir «Qué bello» porque si bien conocía el significado de esas palabras, no tenía en su costumbre decirlas así, decírselas a alguien mucho menos, y en medio de semejante arrebato le fue suficiente con mirar a Iván, con amarlo, con saber que estaba Ella completamente enamorada.

Ella. Completamente enamorada.

Completamente.

Como Iván era culto y rico y comía tartas de miel, se dedicó a sufrir ese amor; Ella, en cambio, se olvidaba de Iván cuando roía sus huesos y lloraba de amor cuando lo veía y le rogaba otro poco de sus manos o de su sexo o de sus lágrimas.

Sufrían, está claro, los dos, pero Ella sufría de una manera menos organizada: el sufrimiento le sucedía cuando lo veía, y cuando no lo veía hacía otra cosa.

Iván, en cambio, sufría de un modo administrado.

Él sentía el deber de padecer, de escalar montañas altas como su dolor, escribir el padecimiento en todos los géneros que usaba —porque Iván escribía poemas y algunos cuentos y relatos, y escribía sonetos y novelas y críticas a libros, y escribía libros enteros en verso, y a este amor le había dedicado ya unos doscientos o trescientos poemas más o menos, todos larguísimos y con rimas muy pensadas—

y también debía lamentarse en silencio, dejar caer lágrimas, hacer un largo viaje a través del Volga, enfermarse de fiebre por dos o tres meses y adelgazar y sufrir —sobre todo eso— y palidecer por Ella, todo por Ella, hasta volver a verla.

lamentarse en silencio
dejar caer lágrimas
enfermarse de fiebre
sufrir

Incluso volverse loco: de amor o de soledad, de pasión o de incertidumbre, porque el amor es territorio resbaladizo, pensaba Iván

resbaladizo

—y aquí podríamos escribir un texto íntegro con las largas lamentaciones de Iván sobre la naturaleza del amor: el amor es infrecuente, atrápalo; el amor es súbito, instantáneo, es un ángel, es una brisa; el amor no es nada; el amor es este sufrimiento— el amor se deshacía en la mente de Iván como si fuera un pedazo de nieve, y era objeto de su obsesión, de su pensamiento único, de su manía.

el amor es infrecuente, atrápalo
el amor es súbito, instantáneo
es un ángel, es una brisa
el amor no es nada
el amor es este sufrimiento

Es decir —dijo Iván— que yo —y entonces levantaba la frente— ya estoy loco —y miraba hacia el cielo— y eso me tiene sin cuidado —y aquí ensayaba un aire de nostalgia resignada y soberbia, porque algo de príncipe había en él, algo de ser etéreo que se sobrepone incluso a una mendiga con sexo exuberante—, y si estoy loco —proseguía con actitud de aristócrata arruinado— es inútil que continúe proyectando mi vida: la locura me guiará y no habrá normalidad nunca más —y ahora Iván está tirado en su cama, llorando, destrozado, con la certeza de una demencia definitiva que le rompe el pecho y le parte la cabeza, y quiere volver a ser un niño, o una mujer—.

Quiere ser Orlando, o la Reina Virgen, y cortarse la oreja de Van Gogh y escribir —*never more*— «El Cuervo» de Poe.

Ella, en cambio, era básica y no tenía el don del tormento que es atributo de la cultura siempre después de Hamlet. Por eso podríamos escribir con un poco de injusticia —que ya es mucha—: Ella sufría menos y él sufría más, pero, ¿quién sabe cuantificar el sufrimiento del

amor?

El sufría culturalmente, y Ella sufría.

Eso es.

Dicho así, Ella sufría más. Más que nadie, porque sufría

cuando estaba con Iván, de amor

y cuando no estaba con Iván, de hambre, de frío, de violaciones, de escorbuto, de trenes que la atropellaban, de viruela, de cachetazos, de dolor de muelas, de picazón en las axilas.

O sea que no hay casi dudas acerca de que Ella sufría indudablemente mucho más, materialmente más, y hasta se podría medir su sufrimiento por ejemplo en grados de frío, en grados de fiebre, en virus aspirados, en piel que le faltaba.

Pero, ¡Ah, qué importarían todas las enfermedades y carencias del mundo, las pobrezas, las ausencias, los dolores físicos, si allí estaba Ella!

Que todo nos pase y que nos pase muy mal: que nos corten los brazos y las piernas, que confisquen la hacienda familiar, que arrebaten el azul de nuestros ojos, que se lleven la sala siglo XIII que trajo el bisabuelo de la abuela Josefina después de la Guerra Tal, con sus tapices y sillonetas y mesitas de apoyo que son tan bellas y hacen juego con la sala de billar, que se evaporen las versaillescas arañas de cristal, que se nos caigan todas las muelas y dientes y hasta la lengua, que se nos parta en dos el estómago por falta de comida, que nos quedemos sin sangre por falta de agua, que un rufián se lleve los relojes y los sables de la familia y hasta podríamos sufrir el espanto de tener que regalar a reyezuelos y cardenales las tierras y palacios y las muchas posesiones, pero nada, nunca, jamás, que nada nos prive de Ella, porque todo eso puede pasar, la muerte misma, sí, la muerte, la pobreza incluso, pero que no nos falte Ella. Ella es la clave de la vida, no la Sala Siglo XIII.

Entonces hay que decidirse.

Pero todo habría de cambiar. Porque Ella estaba sola en este mundo, sola como una rata, como una lechuga, sola como un alpiste en el asfalto, como una estrella, pero Iván… ¡Iván estaba tan solo! Él sí que estaba solo de verdad, porque al menos Ella estaba sola de una soledad verdadera. En cambio yo —decía Iván— estoy tan acompañado y tan solo —y sollozaba en esta parte— que desfallezco de dolor y soledad en medio de la multitud —y rápidamente sacó una libreta de notas que llevaba en el bolsillo derecho trasero del pantalón y un lápiz negro muy pequeño y escribió esa frase para iniciar su próximo poema: «desfallezco de dolor y soledad en medio de la multitud», y le pareció bellísima esa frase de tan triste y cuanto más triste se sentía, más enamorado también—.

Y cuanto más enamorado, más dispuesto estaba a llevar esta penosa soledad —«penosa», anotó en el cuadernillo—, esta penosa soledad —«porque estoy solo», repitió— hasta donde estuviera Ella, siempre a su lado, para que Ella pudiera reconocer que él estaba efectivamente solo.

«Apoplejía» dijo el médico, y con una palabra el padre de Iván se murió esa misma tarde.

Lo mató una palabra, como a todos.

Es decir, que ahora tenemos a un huérfano súbito. Y así suelen ser los huérfanos, como los muertos: instantáneos.

Iván no era huérfano y su padre se murió. Ahora lo es.

Acaso podremos pensar que esa muerte —«Hoy mi padre, poco antes de cenar tarta de brócoli, se murió» escribió Iván en su diario, porque escribía también un diario íntimo de tapas azules de cartón grueso, con pluma de ganso en papel telado y tinta china sepia—, esa muerte tan dramática podía permitirle a él deshacerse de Ella y estar un poco más cerca de su madre, de su hermano, de su tío Iván: porque en su familia los varones se llamaban Iván: su padre Iván, su tío Iván, su primo Iván, y él, Iván. Su hermano no se llamaba, en cambio, Iván, y eso hacía un diferencia tan notable que ese hermano nunca será nada en esta vida más que el intento de algo que lo nombre, la voluntad de ser digno de llamarse Iván alguna vez. Pero no se llama Iván.

La muerte de Iván padre fue sin duda una tragedia para toda la saga de los Ivanes pero nunca tan trágica como para el nuestro, nuestro Iván, cuyo corazón ardió de amargo dolor.

Sin embargo, como decíamos, si bien esta muerte podría haberlo distraído de Ella, no lo distrajo. Porque era una suerte de confirmación de su desdicha, un hecho que ratificaba su fervor ante el sufrimiento, su sólido lugar en la nostalgia larga: si a su tristeza le faltaba un muerto —pues ya tenemos a la pordiosera, que significa que todo lo va pidiendo por Dios—, ahora ya lo tenemos. También un muerto hay en este dolor de Iván, que viene a ser otro pordiosero porque también ha de saberse que ellos —los hijos de los muertos— andan por ahí pidiendo por Dios hasta que Dios los escucha o no los escucha.

Fue cuando Iván advirtió que la desdicha era verdaderamente lo suyo —«es lo mío agonizar», escribió en su diario, y pegoteó uno foto de su padre metido en el féretro ya cerrado, es decir, la foto del féretro y debajo anotó «mi padre… muerto» y le pareció maravillosa esa frase escrita así, con tres puntos suspensivos debajo de la foto del cajón, porque era evidente que allí había un muerto pero no un padre

—, y siendo suyo el dolor por el lado del amor y por el lado de la muerte, no había más remedio que advertirlo: el tema de Iván era el dolor.

Iván era el dolor

Iván pasó noches y días y tardes llorando en silencio y a los gritos, llorando a la luz del día y escondido tras las cortinas de alguna vieja tía, en lamentos destemplados, azorados, perdidos.

Buscó refugio en Ella y halló refugio en Ella.

Se cobijó en su vientre, se acurrucó como un niño y Ella —porque Ella podía acurrucarlo como a un niño— vio en Iván a un ser atormentado, capaz de sufrir sin pausa y sin final, le acarició la cabeza, el pelo, el pecho, lo miró con detenimiento, le vio los ojos azules llenos de lágrimas y bajo los ojos vio el surco de ojeras largas y bajo las ojeras vio la sarna.

Porque Iván, de pronto, tuvo sarna.

Ella no tuvo asco de algo tan común pero se preguntó por qué.

Y si Ella se pregunta por qué, ¿por qué no preguntarnos nosotros por qué?

Preguntémonos.

¿Por qué?

Vamos a dejar suspendida la respuesta a esta pregunta por un largo período, pues la respuesta es precisamente la clave misma de la historia de Iván y la pordiosera, en la medida en que él está convirtiéndose en Iván el Sarnoso y la pordiosera, hasta donde sabemos, no tenía sarna y también va a convertirse en otra cosa paradojal a la que es.

Pero eso no importa tanto ahora. Importa que sabemos tan poco de Iván que de pronto puede sorprendernos algo tan inesperado y tan posible como que sea huérfano de golpe. O que tenga hermano. O sarna.

Como tenemos el deber de atenernos a la realidad de la vida de Iván, no nos está permitida la sorpresa en la crónica de la historia de él: otra cosa es la crónica de la historia de Ella, pues Ella es inesperada, es una mujer sin contenido firme, sin contornos, súbita, inexplicable, todo podría sucederle.

Pero no nos puede pasar eso con Iván —ni con nadie que pueda heredar más de quinientos metros cuadrados en una ciudad europea y meriende con tarta de miel—: Iván ha de ser previsible y normalmente módico.

Ella vio y advirtió que Iván tenía sarna.

¿Pero cómo es posible que este pequeño tan bello y tan pulcro, que daba a su cuerpo dos baños en el día, que miraba su torso en el espejo, su cuello blanco y alto, su abdomen parejo y amarfilado, que examinaba con detenimiento sus pies ya grandes, entre los dedos también, el tamaño de cada uña, sus piernas largas y bien formadas, que tocaba y examinaba su sexo siempre pulcro y a salvo —porque Iván tocaba y examinaba su sexo—, que perseguía un pequeño granito —fruto, seguramente, del exceso de chocolates con almendras y trufas con nuez— con fruición y dedicación, que miraba su espalda para verla libre de manchas, granos o marcas, y que, en suma, tenía bajo control cada tramo de sus axilas, sus arribas y sus abajos, sus atrases y adelantes, y hasta se tocaba el cuero cabelludo y la lisa entrepierna con las yemas de los dedos para sentirla libre de todo daño; cómo es posible que este niño blanco y sano y pulcro y varonil y bien formado tenga…, ¡cómo! ¡Ni decirlo! ¿Cómo puede ser…? Es espantoso, la palabra misma, que nuestro Iván, tan bello, tenga… él… que tenga esa cosa horrible…¿cómo hemos llegado a esto?

¿Esto?

¿Cómo hemos llegado?

Vamos a retroceder. Es fácil la tentación y decir: fue Ella. Ya está. Ella es sarnosa, quién puede suponer que Ella no lo fuera, si es sucia y andrajosa y no se baña ni come.

Lo contagió, se revolcó con el inocente y lo sarnó.

Pero ésa no es la verdad. Porque Ella estaba infectada por dentro y por fuera de mil maneras, pero no tenía sarna. Él sí. También es cierto que él no tenía sarna al conocer a Ella, y después de conocerla sí tuvo, como si la sarna hubiera sido un correlato de Ella, una paridad, una forma de unificación, de identidad.

Una solidaridad de Iván

Esta es la clave y sólo ahora podemos entenderla: la sarna fue en Iván una manifestación solidaria, una manera de ceder a su linaje, de resbalarse de la aristocracia hacia abajo y por amor, de quitarse un galón de los hombros, y todo lo hizo por Ella, para parecerse, para tener familiaridad, alguna más.

¿Que de dónde sacó la sarna? Pues eso será parte de otra larga indagación, pero ahora sólo importa que la consiguió, y que la sarna, compartida o no, es un reflejo del amor, una manifestación espontánea de compañerismo, de igualdad ante la desigual naturaleza de ambos.

Ella pudo admitir y perdonar la sarna porque no dijo «qué asco». Lo único que faltaba. Que Ella, a quien le ha sido perdonada la pobreza,

el mal olor, la bizquería y la tuberculosis —sólo por nombrar algunos pocos de sus hediondos y muchos males— no admita un poco de sarna. Sería el colmo.

Sin embargo, sin ser el colmo, a Ella no le pareció del todo bien.

Y aún así pudo ayudar a Iván a ser sarnoso y huérfano, porque él, mientras oía la novedad de su piel sarnosa, le contó a Ella la novedad de su padre muerto.

Ella escuchó y no hizo nada más.

No hizo nada más.

Nada es nada.

El señor y la señora tal: tarta de miel

«¿Será varón?» preguntó Telma como si pudiera saberse eso exactamente. El médico la miró con seriedad, firmó unos papeles, le preguntó por la religión de Iván y la envió a su casa.

Telma había salido tarde esta vez. No había en su camino más que un hijo y tampoco había algo menos.

Con dolor, con resignación, con piedad, pensó en el destino del hijo que tenía en las entrañas en medio de esa guerra nueva que ella no entendía demasiado.

¿Será varón? Afuera la ciudad crepusculaba. Telma tenía algunas dudas, tenía un paraguas, había llovido todo el día, todo el año. Algunas gotas caían ahora, o a ella le parecía eso por lo menos. ¿Por qué no le habrá dicho nada el médico sobre el sexo del bebé?

«A usted la encuentro bien, está embarazada, haga reposo», y firmó unos papeles y preguntó por la religión de Iván. ¿Debería haber ido al homeópata? Pero no era adecuado, era el médico de su esposo, el médico al cual su esposo confió su virilidad, su potencia, su hombría, ese hijo se lo debían un poco a él, y ella necesitaba un médico para mujeres; además la homeopatía no la convencía para nada; aunque ¿por qué ahora no? ¿No tenía un hijo en las entrañas gracias a que un homeópata pudo devolverle la hombría a su marido por un rato?

Era rara la homeopatía: describía los males y las personas de modo estrafalario, y prescribía pequeños globulillos inocuos con nombres en latín: *Argentum Nitricum, Phosphorus, Arsenicum Album*, por ejemplo. De hecho a Iván lo sanaron con *Lycopodium.*

Y el Dr. Spivak anotó para ellos las observaciones de los pacientes dignos del Lycopodum. Una cosa de locos: *«Estupor en la hidrocefalia, escarlatina, mandíbula colgante, pensamientos atormentadores, llanto sollozante, convulsiones por ingratitudes, corrupción venal, afecciones religiosas, delirio farfullante, ve moscas, carfología, grito encefálico, peor de 16 a 20 horas, no tolera el sombrero ni las lentejas, supuración fétida, secreción nasal acre, corrosiva, se mete el dedo en la nariz, aliento pútrido, regurgitaciones ardientes, grasosas y amargas, eructos incompletos, quiere comer chocolate, flatos incarcerados, erecciones incompletas, ausentes e imperfectas, coqueluche, dolor sacro al levantarse, fiebre palúdica terciana, pecas, úlceras negras, sangrantes, quemantes, costrosas, con bordes indurados…»*

¿De veras esperaba el doctor Spivak que a Iván le sucediera todo ello?

La homeopatía había funcionado sin embargo, pensó Telma mientras un camión del ejército nazi bajaba provisiones en una especie de oficina, pero si esto no es un cuartel, pensó Telma, y también pensó que ir a ver al doctor Spivak para que la tratara a ella no sería tan apropiado.

Judío el homeópata. Había que llegar hasta el Ghetto de Varsovia, identificarse, y sobre todo salir.

Sobre todo salir.

Telma tenía la fantasía extraña de que se entraba al ghetto pero no se salía. Siempre, desde que los judíos fueron trasladados ella tuvo la certeza de que se podía entrar pero no salir, aunque no era cierto. ¿Cuántas veces había ido Iván a ver al doctor Spivak? Muchas. Entraba y salía del ghetto.

Entraba. Y podía salir. Iván podía salir.

Entonces dobló Telma a la derecha para evitar a unos cuantos vecinos que se afanaban por dialogar sobre la guerra y la importunaban siempre: ¿Y usted qué cree? ¿Es justa esta guerra? ¿qué opina de la ocupación? Peor sería el comunismo, ¿o mejor? ¿No fueron siempre raros los judíos? Claro que los nazis están exagerando. Pero Telma no tenía ningún interés en todo eso.

Más bien quería saber si era apropiado ir a preguntarle el sexo del bebé al doctor Spivak. ¿Acaso ella misma no la había mandado a Nelly a llevarle una tarta de miel a Sara Spivak cuando los mudaron a la fuerza, para hacer más dulce ese cambio tan inesperado, tan violento, y Nelly había vuelto del ghetto sana y a salvo? Claro que nunca llegó a entregar el pastel porque se lo arrebataron en el camino, ya dentro del barrio aquel.

¿Habría sido uno de ellos o un guardia alemán? Nelly no lo sabía. A Telma siempre le pareció muy rara esa historia del pastel arrebatado, sobre todo porque Nelly no daba en describir al arrebatador: no era un guardia pero lo parecía, no era alemán casi seguro, tenía el aspecto de un judío polaco, es más, estaba casi segura de que era un judío polaco del barrio, pero ¿por qué un judío del ghetto le exigiría a Nelly, con prepotencia y como ejerciendo una oscura autoridad, que le diera el pastel?

«Es para los Spivak»
dijo Nelly
«Pues yo veré qué hacer»
dijo esa especie de guardia y se lo arrebató

Era como una mezcla: un judío que sin ser nazi se quedaba con las tartas de miel que enviaban a otros judíos.

Colaboracionista el cretino.

Uno que se salva. Uno que trabaja para ellos, que cree que los alemanes van a perdonarle la vida si caza tartas de miel y las pone a los pies de la bestia inmunda.

Todo eso había oído Telma. Que pasaban esas cosas. Con sus tartas de miel pasaban esas cosas. Pero se decían tantas otras cosas y tan variadas sobre los judíos que nunca se podía saber. Los periódicos decían en general que el judaísmo era una especie de enfermedad. Ella, no obstante, seguía invitando regularmente a los Spivak que, sin embargo, no los visitaban más, tan mal decían estar, tan malhumorados.

No obstante Iván lo visitó a él, su médico, y lo vio como siempre, muy bien, muy afable, aunque en un consultorio más pequeño ahora: en la misma casa donde vivía debía atender a sus pacientes y muy reducido era todo, pero siempre usaba sus lentes tan adecuados, su guardapolvos muy blanco, su barba prolija, su pluma habitual con la que anotaba esto y aquello (ponía por ejemplo «*silícea*, potenciar 1.000 veces»).

Ahora Spivak ya no tenía tantos medicamentos e Iván tenía que pedirle a un farmacéutico que se los hiciera, pero eso no era un problema. Todo eso pensaba Telma mientras se preguntaba por qué no ir a ver al doctor Spivak. Se pondría muy feliz al saber que ella, finalmente, está embarazada. Tenía ya cuarenta años, era una edad un poco avanzada, un poco peligrosa: para todos es peligroso tener cuarenta años, y para una mujer que está embarazada, que está en Varsovia, que ya está en 1940, es un asco.

Un asco

¿Y el sexo del bebé?

Qué importancia tiene el sexo del bebé.

Va a ser un objeto del nazismo de cualquier forma.

Él y Ella: el bebé

Entonces Iván decidió curar su sarna con todas sus fuerzas, y fue en busca de las aguas que su abuela le había aplicado siempre que tuvo alguna alergia, porque quería ofrecerle su cuerpo a Ella, que no tenía sarna, entero, limpio, perfumado, fresco.

¿Por qué haría Iván todo eso? ¿Acaso Ella no era una pordiosera inmunda que nada tenía de perfumada, de fresca, de limpia? Es muy dramático decirlo, pero Iván apenas se daba cuenta de ello. Él estaba tan enamorado y recitaba tanto y tantas veces en el día a Lord Byron, que la situación peculiar de Ella le parecía siempre estable, siempre igual a la de él, y nunca consideró seriamente tratarla de un modo diferente al habitual.

Pero las aguas antialérgicas no hicieron nada con la sarna. La empeoraron. Fue Ella quien se la curó con un ungüento de lo más espantoso, lleno de barros, un lodazal que le ardió sin piedad pero lo curó.

Ella sabía con precisión casi peligrosa qué era exactamente lo que Iván necesitaba, en cada momento y sin hablarle, como si un lazo, una oleada masiva de comprensión instantánea, un cordón umbilical entre necesidades y satisfacciones estuviera permanentemente activo e intercambiando los interiores de cada uno de los dos en el otro. Porque Iván también sabía lo que Ella precisaba, y se lo daba.

A veces le daba silencio, a veces sexo, a veces le contaba historias larguísimas mientras lloraba de un amor impiadoso, y a Ella le gustaba todo eso porque era una manera de ver crecer ese amor descomunal, desencajado, que él tenía para darle y que no podría dejar de exteriorizar.

La de la sarna no fue un vivencia más: fue un hecho escandaloso para la familia.

La sarna fue advertida por la mamá de Iván, por las tías, por los tíos Ivanes, por el hermano que no es Iván, por algunas vecinas siempre prestas, por un amigo de la familia de Iván padre (que se ha muerto tan a tiempo para no ver —Dios sabe lo que hace— esa sarna en su hijo, qué cosa tan horrible) y entonces habría que decir la verdad.

Hay situaciones que los biógrafos intentan dejar pasar, pero ésta no puede seguir siendo una. El esfuerzo es evidente: hay algo que cuesta relatar pero por más tiempo que nos tomemos en hacerlo, no haríamos

más que eso: dejar para más adelante y demorar para más allá, para ese horizonte del ya veremos, el relato de lo inevitable, lo que sufrientemente sucede y debe ser narrado a pesar. Y es así: todos, absolutamente todos los familiares de Iván bendijeron que Iván padre se muriera sin ver la sarna en la piel de su hijo, y daban gracias a Dios y hasta alegres se mostraban ante el cura y los deudos por ese hecho milagroso que sólo probaba la magnificencia y benignidad del Creador, que fue incapaz de someter a un padre a esa indigencia, esa contrariedad: la sarna.

Todos advirtieron con claridad que esa sarna horrible era una solidaridad con Ella y nada más, una forma de decirle a toda la familia «yo me cambio de bando».

Fue entonces cuando el párroco hizo a la mamá de Iván la pregunta de la muerte sabiendo que cometía un acto enormemente cínico: ¿el padre murió preventivamente para no ver la sarna, o Iván logró matar a su padre con la amenaza de una sarna inminente que provendría, sin duda, del bando de la pordiosera?

En el primer caso habría que entender qué cosa es una intervención divina, de esas que hay tantas y que tan a salvo nos ponen. Así las cosas, nada nos costaría advertir que Dios mató a ese hombre antes de que se sintiera agotado y derrotado por su hijo, sarnoso por su voluntad de cambiar de linaje.

En el segundo caso, la historia sería muy triste: el padre habría intuido que ese amorío intenso de Iván podría terminar incluso en una sarna solidaria, y se murió presa de ese disgusto cual no puede haber disgusto mayor. Iván debió haber sabido que si mostraba una sarna oportuna —o las circunstancias la presagiaban y hay que decir que todo presagiaba por lo menos una sarna— el padre se moriría por las dudas.

Eso convertía a Iván en un homicida.

Y eso fue Iván para toda su familia desde entonces: un homicida que, cometido el crimen, se cura fácilmente con lodos que fabrica su inmunda compañera.

Ahora está dicho, no hay caso: estamos ante un perfecto criminal, un insano, un deleznable ser humano que se enamora de esa sucia mujer no sólo para enloquecer a toda una familia de personas dignas, sino también para matar a su padre.

¿Pero acaso alguien se revuelca por el piso de amor con otra persona por alguna razón diferente que el ardiente deseo de ver morir a su padre?, pensó Iván, y dijo: «con una mujer, con una mujer, eso mató a mi padre, la sarna es también una mujer», y anotó eso

«la sarna es también una mujer»
y después anotó
«una asesina de padres»
y todo eso le pareció muy bonito para escribir por ejemplo un cuento largo, o uno más bien breve, o para versos octosilábicos, porque no se le escapó para nada que
«una asesina de padres»
puede ser un verso octosilábico y puede rimar con
«la sarna de los desmadres», y escribió así:

«Una asesina de padres
La sarna de los desmadres»

Y le gustó esa ambivalencia de escribir desmadre rimando con padre, porque desmadre significa desorden y porque niega de paso a la madre «¿des-madre, escribiré des-madre así separado para que se den cuenta de lo que quiero decir?» pensó Iván, porque cuando él escribía, así fuera una simple nota en su cuaderno habitual o en una servilleta de papel, o en el menú del restaurante, o en la partitura del pianista, en la Biblia de la iglesia, en el dorso de una estatua de espaldas, donde fuera, escribiera lo que escribiera Iván pensaba en sus lectores: siempre era muy atento, muy cordial con sus lectores, y trataba de simplificarles las cosas explicando un poco más, ofreciendo más y más material adicional, claras manifestaciones directas acerca de sus intenciones. De paso miraba de reojo a la fama.

Así de sensato y de insoportable era.

Después pensó que las dos ideas eran muy buenas para un ensayo sobre los desmadres de los hijos y las sarnas para eliminar a sus padres, sobre todo si se llaman igual que uno, y para eso había leído un poco a Freud, un poco a Lacan, un poco a un tipo que vivía cerca y escribía sobre psicoanálisis, porque hay que decir que Iván era muy curioso y muy instruido, pero sobre todo lo suficientemente intuitivo para que le alcanzara un poco de cualquier cosa para tener una idea más o menos completa de lo que debe pensarse sobre cada uno de los asuntos.

«Claro que soy huérfano», recordó antes de escribir el poema en versos octosilábicos, o el ensayo sobre la falta del padre, o el cuento corto, y eso lo sumergió en una tristeza tan agónica, porque recordó que antes tenía padre y ahora no, es decir que su orfandad era un hecho temporal: antes sí, ahora no, tener o no tener, y se quedó pensando en eso detenidamente, porque le pareció interesante que ser huérfano fuera algo que le pasara a él sin que le ocurriera nada a él porque finalmente el muerto era su padre y él seguía vivo, con sarna,

con novia, con madre, sólo que

«¡sin padre!»
y eso lo gritó

Lo gritó Iván de manera inconsciente e ingenua, y con la voz tan alta y una alegría infantil tan difícil de contener, que toda la casa, toda la manzana, todo el barrio se enteró de que Iván había descubierto que ser huérfano (que le parecía la idea más triste del mundo) consistía simplemente en que su padre estaba muerto y nada más (lo cual era una idea más bien neutra) y que ese suceso no era un hecho de él sino un hecho, ahora, del muerto, y esa noción tan tonta, así expresada («mi orfandad es un hecho de mi padre») le pareció tan fascinante y relativa a la vez, que se olvidó por completo de ser huérfano y se afanó por encontrar situaciones parecidas en las cuales la gente cree que lo que le pasa, le pasa a uno cuando en realidad le pasa a otro: una mujer abandonada no advierte que quien se fue no es ella sino el otro, una viuda lo mismo, un despedido de su trabajo cree que ha hecho algo y el que lo hizo fue su patrón, y de este modo Iván comenzó a ver las cosas por el reverso, por un lado casi ambiguo, absurdo siempre, que le permitía manosear un poco todas las situaciones hasta llegar a la única que realmente le interesaba.

Ella.

Ella, la pobreza; la pobreza de Ella; eso era una falta, una ausencia. Una ausencia de tartas de miel, de Madame Rochas, de promociones de hamburguesas, de médicos prepagados, de pasaportes, de vino Luigi Bosca tinto Cabernet-Sauvignon cosecha 1984, de libros, de controles remotos, de teléfonos celulares. Y esas ausencias no eran de su novia, eran … de quién serían, vamos a ver, vamos a ver… *De la circunstancia*.

Y ahora Iván está como enloquecido, dando de brincos por toda la casa mientras grita y alborota y gimotea «la circunstancias, las circunstancias», y salió corriendo a buscar a Ella para decirle que había encontrado la razón de la diferencia entre él y Ella, que había hallado la solución teórica a la pobreza, y la encontró en la ribera —a la solución y a Ella— y estaba tan lleno de alegría que le contó junto al río inmóvil la idea del padre muerto, la ausencia, los huérfanos, los despedidos y… ¡Las culpables circunstancias!

Y Ella quedó encantada, e hicieron el amor enloquecidamente toda la tarde, y se amarraron a eso, a ese hecho fundamentalmente sexual que es estar ahí, penetrados como animales en la mejor calidad del animal, gritando el placer y el amor como no se ha gritado nunca así, en ese momento, en esta circunstancia, hablando precisamente de la circunstancia, de su invaluable importancia sobre todo cuando uno

hace el amor junto al río durante horas y grita y grita de placer y no deja de filosofar (de las circunstancias hay que dar el ejemplo) porque lo que sin duda sostenía a esta pareja en esa compleja y barroca idea de «las circunstancias» era que pensaban clavados uno al otro.

Si uno no está clavado a otro no puede pensar en ninguna circunstancia, pero Iván no pensaba en esto.

Y Ella sí. Es decir, Ella quería estar clavada a esa circunstancia mientras lo incluyera a Iván y a su sexo, lo cual era lo mismo: con Iván es suficiente, pues ya sabemos que el sexo es una conversación en voz alta, o una conversación en silencio, una discusión, un poema para el otro, o sexo. Como Iván tenía diecinueve años y los dos eran vírgenes, el sexo generalmente incluía mucho sexo.

Estaban en la ribera del río. La circunstancia. Hacían el amor más o menos ininterrumpidamente. Ya era noche. En los respiros, Iván volvía a repetir, a veces en voz muy alta, «las circunstancias, las circunstancias», como si hubiera descubierto América y quisiera que oyeran en Europa. La luna no se veía, pero Iván podría haber dicho «la luna» y hubiera sido como verla, grande y amarilla, llena, rutilante, como nunca se ha visto la luna así, con sus manchas y sombras y encandilamientos.

Las circunstancias y el sexo, el sexo y las circunstancias. Y juntaba las dos cosas: la idea de las circunstancias y el sexo, y la combinación le parecía perfecta, encajaba, decía Iván «como el coñac y el café, el postre y el cigarrillo, el sexo y el whisky, el arroz con leche y la canela, el dolor de muelas y la aspirina» porque Iván tenía ideas bastante simple sobre cosas que encajan porque era de las primeras veces que hacía el amor.

Comenzó a caer una llovizna ligera. A ninguno de los dos le importó, menos a Ella, que se pegaba unas empapadas increíbles desde que era niña. Estaban los dos desnudos, a la intemperie. Él filosofaba siempre repitiendo la misma frase, y gimoteando. Ella solamente gemía y disfrutaba y hasta podía gozar de lo que Iván decía, aunque le parecía una enorme estupidez, algo incomprensible, pero el mundo era para Ella un sitio tan inmenso y tan raro, que un niño de diecinueve años que le hace el amor completamente desnudo en la ribera y filosofa sobre Ella era sólo una extrañeza más.

Ella se paró por fin, hechizada de amor y sexo, miró dulcemente al cielo —Iván miraba con obsesión ese boscoso caudal de hierbas en el sexo de Ella— se desperezó como quien se despeja, como un gato que se estira, como un canario que se sacude después de mojado, y en esa profunda elongación Iván subió la vista y vio la herida enorme, larga,

transversal, que le cruzaba el vientre.

Se demudó, quedó frío y electrizado, nunca había visto algo de esa naturaleza. Ni podía imaginar qué podría haberlo provocado.

Ahí estaba Ella: desnuda, de pie, distraída, estirada, mostrando una herida como de combate, la secuela de una guerra con la vida, una guerra perdida, perdida después de mucho batallar, después de mucho sufrir, porque la herida no sólo era larga, era gruesa y roja y mal cicatrizada, «no han cosido esa herida» pensó Iván, no, no la han cosido, así simplemente se cicatrizó alguna vez, como se pudo, un pedazo de carne incrustado sobre el otro, pellejo sobre pellejo, sangrando y ardiendo y cicatrizando a la vez, pedazos de una persona que se han deshecho, que se infectaron y dejaron rastros de putrefacción, zonas insensibles, horrendas.

«Es la herida del bebé»
Eso dijo Ella con naturalidad

A Iván se le congeló la sangre. Ella ahí parada, tajeada (¿hace cuánto?) sin el hijo, lo sacaron (¿quién?), puñaladas resolvieron un hijo, sangres que hablan, sangres que arden, «el hijo se fue por la alcantarilla» parece estar diciendo Ella con su leve sonrisa tonta, Iván llora, no comprende, la angustia lo sacude, Ella está ahí, el tajo parece cada vez más grande, cada vez más profundo, como la alcantarilla el tajo es grande como un hijo, es sólido, es una grieta, un agujero por el cual se podría escurrir a toda la especie humana.

La alcantarilla de los niños.
Y la idea del sexo y las circunstancias le pareció a Iván una injuria para Ella, un disparate digno de un enfermo, y, sucio de vergüenza y pavor, se vistió, se fue.

La alcantarilla de los niños.

El señor y la señora de tal: el bebé

Nelly se despertó más temprano esta mañana. En realidad, desde que la señora de la casa está embarazada, «felizmente embarazada» decía Nelly, había tomado la costumbre de levantarse temprano, comenzar el aseo por el piso de abajo, dejar el desayuno de Iván servido —sólo falta calentar el té—, enjuagar el patio de la hojarasca que dejó el viento de la noche, aporrear las cortinas de terciopelo, barrer con la trapashka el polvo de la sala y sacudir los sillones de seda roja, en fin, dejarlo todo listo bien temprano —salvo los dormitorios altos— para llevarle a Telma el desayuno a su cuarto con tiempo, poder acompañarla sobre todo, ponerle después esa toalla tibia sobre el vientre como aconsejó el homeópata, ver con cuidado si no hay sangre en los algodones que Telma se pone cada noche, cambiárselos también (aunque Telma era muy remilgosa y respetaba mucho a Nelly, y por eso le gustaba cambiarse los algodones ella misma, aunque no debería levantarse: «tráigame el algodón, yo lo hago», decía entonces), porque a veces Telma tenía fiebre y sangre y entonces Nelly no esperaba ninguna determinación de la señora y lo hacía todo rápida y eficazmente; tomaba los algodones sucios, los desechaba en una bolsa plástica, aseaba cuidadosamente a Telma sin lastimarla con una toalla de hilo blanco que quedaba muy enchastrada con restos de sangre y quién sabe qué más sería eso (es una pena usar estas tollas de hilo inicialadas con los nombres de la familia, tan frescas, tan blancas, tan bien planchadas, pero si no se usan para cuidar al niño para qué se van a usar), y le ponía algodones limpios y secos y suaves, ropa interior perfumada (Nelly ahora perfumaba la ropa interior de Telma, y hay que decir que todo el proceso de cuidado de esa ropa le llevaba a Nelly tardes y tardes enteras) y un nuevo camisón.

Sólo entonces comenzaba la mañana, con esa novedad a veces, que había un poco de sangre, entonces Nelly actuaba con naturalidad, como si nada grave o muy grave sucediera, pero le daba a Telma unas gotas (quince, siempre quince) disueltas con el té de hierbas, y llamaba al médico.

Cuando no había sangre era más sencillo, ambas desayunaban casi juntas pero en bandejas separadas (de alpaca repujada la de Telma, la de Nelly más sencilla, de madera) y conversaban casi siempre sobre el sexo del bebé, el nombre del bebé (claro, habría que saber el sexo y después ponerle un nombre), las alternativas para cada caso (Iván si fuera varón, Telma si fuera mujer, por ejemplo, o Juan y María, o

Pedro y Marta, en fin) y pensaban tantos nombres de varón y de mujer que jugaban y deseaban que fueran dos.

¡Dos! Qué diría Iván si nacieran mellizos, un niño y una niña, qué felicidad tan grande, eso lo deseaba mucho Telma por ella y por Iván, porque así nadie podría dudar de la virilidad de Iván: había engendrado, de una sola vez, dos. Es decir que es de veras un hombre.

¿Pero quién dudaba de la virilidad de Iván? Esa pregunta —que Telma no hizo, por supuesto, en voz alta, sino que la hizo para sí misma, porque nunca hubiera permitido esa conversación con Nelly por mucho que la quisiera— quedó flotando misteriosamente en el aire.

La emoción que Telma sentía ante la posibilidad de parir mellizos estaba directamente vinculada con la virilidad de Iván: un hombre, de una vez, le hace dos hijos a su mujer. Pero, ¿acaso ella no estaba del todo segura de la hombría de su marido? ¿O Nelly —que los acompañaba desde el primer día en que ambos se vieron, y vivió con ellos siempre— tendría algún motivo para sospechar que Iván no era potente? ¿Nelly se agazaparía tras la puerta, enrollada en una sábana, debajo de la ventana o correteando sigilosa por los pasillos para notar, tras años y años de convivencia y matrimonio, la ausencia notable de gemidos en la noche, movimientos rítmicos en la cama de cedro, susurros que aumentan de volumen y otras manifestaciones propias del sexo matrimonial? ¿La falta de gritos en la noche le haría dudar a la mucama de la buena vida sexual de sus patrones? ¿Creería Nelly que una buena vida conyugal incluye necesariamente gritos de placer?

«No hace falta gritar»

dijo Telma, y lo dijo involuntariamente en voz muy alta y agitada —tan atareada estaba en despejar todo este complicado asunto— y lo único que logró fue que Nelly, impresionada, se trenzara en una loquísima discusión con ella:

—Es que no he gritado, señora…

—No, no, Nelly, ya lo sé, no me refería a ti.

—Pero aquí no hay nadie más, señora…

—… ya lo sé —interrumpió Telma—, ya lo sé, tampoco me refería a nadie más en realidad.

—¿quiere que llame al médico? — dijo Nelly de un modo estrafalariamente nervioso, y allí advirtió que debió haber disimulado un poco su preocupación.

La verdad es que ambas se quedaron en ese punto mirándose a los ojos como extraviadas.

«No hace falta gritar»

Qué agotada está, pensó Nelly. No es preciso que llame al médico ni nada parecido. Lo que esta mujer necesita es descansar. Ha tenido tantas dificultades para embarazar… quién sabe qué cosas le haga el médico, somos tan frágiles las mujeres delante de los médicos de mujeres, y para colmo, pobre mi Telma, casarse con este hombre (tan buen hombre, hay que decirlo, tan trabajador, tan preocupado por ella y por él, por los padres muertos de ambos, por hacer de la vida algo minuciosamente previsible, llena de médicos, amigos cristianos y ninguna salida innecesaria), este hombre (tan a tiempo se alejó de los Spivak cuando empezó esta guerra tan rara, cada uno tiene una opinión distinta), este hombre es tan grande, tan alto, tan pesado, si hasta las ropas que usa son enormes, lo sé yo más que nadie que le lavo hasta los calzones, y ahí me doy cuenta, ahora que lo pienso, los calzones, este hombre es tan abultado y ella tan buena, que no me extrañaría que (sin obligarla, está claro, porque Iván es bueno) sin obligarla le hiciera el amor todos los días, como seguramente él precisa hacerlo, aún estando ella embarazada, porque hay maneras… o día por medio, mi Telma, mi pobre Telma es tan buena que no dejaría que su marido tuviera que desahogarse por ahí, y él nunca haría eso de ir por ahí, pero ya se sabe que un hombre sin desahogar es peligroso, es infeliz, es poco recomendable. Mi Telma ha de ser tan sumisa al respecto que lo debe dejar hacer y debe ofrecerle sexo cada vez, si esta sangre debe ser hasta culpa de su abnegación. Qué esposa. Y habla sola porque no duerme, está tan agotada. Es preferible que me vaya… no, no me iré, me quedaré aquí, ya le veo los ojos, está pensando en su bebé, me quedaré en silencio, como si nada hubiera pasado, y si vuelve a delirar (finalmente no tiene fiebre, no ha de ser tan preocupante, cuantas veces yo hablo sola en la cocina mientras lavo los platos y hasta en las calles cuando no viene nadie), si vuelve a delirar será bueno que la deje descansando y nada más. Ya le traeré su caldo al mediodía.

Telma la miraba con interés y pensaba con detenimiento, como si leyera el curso del pensamiento de su criada. Seguramente —meditó Telma— mi mucama se dio cuenta de que estoy preocupada por Iván, es tan evidente, una mujer embarazada y tirada en la cama como yo que de pronto habla sola, qué va, ni siquiera hablo sola, digo *no es preciso gritar* como si me estuvieran gritando, como si Iván me estuviera gritando, qué poco le va a costar a Nelly suponer que eso es lo que le digo a Iván, que no es preciso gritar, supondrá ella que se lo digo porque él grita que su sexo es así, es generalmente fláccido, fácilmente incorpóreo, y trata de hacérmelo entender, aunque sea a los gritos. «Mi sexo es así, Telma, compréndeme», gritaría él, y ella

respondería con desprecio «Querido, no es preciso gritar», eso estaría pensando la sucia ésta de Nelly. Pero no es cierto eso, Nelly, debería decírtelo, que no es cierto, Iván no precisa gritarme que el sexo no importa porque yo lo sé: el sexo no importa, importa nuestro amor y este niño, y ya mucho esfuerzo le costó a mi pobre Iván dejarme embarazada, pero dejemos eso, sí, dejemos eso, cómo me mira Nelly, con tanta lástima, esta mujer lo adivina todo. Qué ganas de llorar. Ella lo entiende todo, es como mi madre, la reemplaza tan bien, me abriga casi como ella, se ha dado cuenta de la inútil virilidad del pobre Iván. ¡Y yo sospechando que la buena de Nelly anda agazapada por los pasillos para oír si gemimos y gritamos de placer! Ninguna falta le hace a ella andar escondiéndose por ahí, si con mirarme a los ojos se da cuenta: sí, Nelly, así es, debería decírtelo, Iván es un hombre a medias, y yo no sé lo que es el sexo pero soy muy feliz, Nelly, muy feliz. Cómo me mira esta mujer, tan apacible, tan quieta… ¿cómo habrá sido con su marido? Qué intrigante, si pudiera preguntárselo, pero no, mejor dejar esto así, va a creer que estoy loca, ya bastante hace por mí, ya bastante hace callando la impotencia de Iván.

Es ella entonces —siguió pensando Telma—. Es Nelly la que duda de la virilidad de Iván porque lo supone y lo sospecha todo. Yo debo haber advertido eso un poco inconscientemente. Por eso quiero tener mellizos, para que ella no dude más, para que nadie dude. Ni los Spivak. Bueno, el médico sí, el médico lo sabe todo, pero ¿hablarán los médicos con sus esposas? No creo que el doctor Spivak… ah, no, me moriría de vergüenza si le contara a Sara sobre Iván, no tiene ningún derecho. ¿Cómo se llama eso? Secreto, sí, secreto profesional, claro que no sé si eso llega hasta Sara, seguramente sí, aunque Sara es bastante inquieta. Qué necesidad tiene de hablar Spivak con su esposa sobre Iván. Ninguna. Qué chismosos estos judíos, qué les importará.

Entonces Telma gritó. De una manera inconcebible, aguda, rígida. Azotada por el dolor como si un taladro de hierro al rojo vivo le penetrara el vientre a toda velocidad y la atravesara desde el estómago hasta la espalda, desde los pechos hasta los hombros, desde los pies hasta el cuello, como si la hubieran empalado con una lanza trasversal que la recorre desde la entrepierna hasta la garganta surcando toda la columna vertebral y encendiendo una fogata creciente y poderosa en su matriz, incendiando su sexo, su placenta, secando su sangre, sus aguas, pulverizando los huesos de la cadera y quemando los ovarios, el útero completo, y el bebé. El bebé. El feto, el niño, mi querido hijo, habrá pensado. Y el dolor que era como un rayo que la partía, no fue un rayo: porque el rayo se enciende y se apaga y este dolor solamente se encendió. Como un relámpago que azotara el cielo y lo dejara eternamente pintado de un luminoso azul encendido.

Como si un trueno bramara y comenzara así un sonido eterno, profundo y universalmente atronador que impidiera oír ninguna otra cosa nunca más. Así era este dolor: un dolor que se grita una vez, una sola vez, y sigue, sigue sin que pueda uno volver a gritarlo, porque no hay posibilidad de gritar, no hay energías siquiera para gritar: sólo las hay para saber que el intenso dolor no va a detenerse nunca más.

Telma cayó desmayada en un charco hecho con su sangre, vertido desde su sexo abierto como un pequeño manantial rojo, purpurado.

Era una flor su sexo, una flor de armiño, una rosa cansada y espinosa, un ojal, una cala rozagante con su enhiesto centro endurecido, era un canario herido, una paloma que está muriendo y que no vuela. Eso era su sexo.

Y Nelly lloró.

Lloró desde ese manantial que fueron sus ojos: dos almendras de agua, dos enormes grifos en vez de ojos, dos vertientes de agua de mar, agua de sal

tanta agua y tanta sal para tan pocos ojos,

y los líquidos de esas dos mujeres atravesaron el cuarto, la casa, la ciudad, el hospital, y todo quedó desde entonces más o menos alcanzado por la sangre de ese sexo herido y la sal de unos ojos pulverizados.

Él y Ella: atentado

Ella tiene un atentado en la geografía de su cuerpo, anotó Iván, cerró los ojos y se durmió, muy alterado.

Pero se despertó pronto tras un sueño pavoroso. Iván está ahora en su cuarto, dolorido —¡ah, este amor!— dolorido por esa herida que vio. En realidad estaba menos dolorido por la herida que vio que por no haberla visto antes. Y sobre todo por haber estado tan feliz, festejando su descubrimiento (el de las circunstancias) cuando era incapaz de ver un tajo tan enorme en el cuerpo de su mujer.

Más aún: un tajo por tirar un niño. El cuerpo de un niño ultrajado por la conveniencia. Eso habría sufrido su mujer.

¡Su mujer! Sí, lo había pensado de ese modo. Su mujer, «mi mujer», repitió Iván, y sacó su cuaderno de notas y escribió «hoy dije por vez primera mi mujer» y anotó la fecha, 11 de septiembre de 2003, y estalló la bomba, Iván se cayó al piso y se rompió la araña de la sala.

Iván salió corriendo. Impresionado, se quedó pegado a la ventana. Una bomba. Qué extraño.

Podría haber sido una bomba de estruendo, pero el Papa estaba en el Vaticano y esas bombas se hicieron estallar cuando Juan Pablo II recorrió Varsovia. Además las bombas de estruendo no rompían arañas ni lo tiraban a Iván al piso.

Esta había sido una bomba de verdad. Entonces bajó hasta la sala y buscó el periódico

(«generalmente las bombas se anuncian en los periódicos» —pensó Iván)

y vio sobre la gran mesa de la sala muchísimos periódicos prolija y ordenadamente amontonados por la sirvienta, porque desde que su padre había muerto nadie los leía, pero tampoco dejaban de comprarlos por si alguien necesitaba saber algo de bombas que están por estallar.

«A dos años del mayor atentado terrorista», decía el periódico, y mostraba las Torres Gemelas de New York en llamas. Y debajo, en letras más chiquitas, decía «Alerta mundial por posibles atentados», ahá, ahí está, un atentado, pensó Iván, y le pareció en realidad muy interesante que hubieran elegido Varsovia para hacer estallar una bomba y destruir, por ejemplo, la mitad de la ciudad o secar el río entero.

Pensó que en Lódz y en Cracovia habría de haber pasado lo mismo,

y acaso en Viena y en Budapest, y no pensó en más sitios porque más sitios no conocía ni tenía idea de la geografía de Europa ni de América, y tan sorprendido se sintió por su falta de sitios en la cabeza que fue hasta la biblioteca, sacó un Atlas, lo abrió por ejemplo en «América», vio el diseño de una larga cordillera, y entonces se dio cuenta de que toda esa larga cadena montañosa era lo más parecido que veía a la herida de su mujer.

Se llenó de nostalgia de nuevo, dejó todo tirado y regresó a su cuarto.

El periódico, el Atlas, la araña, Iván mismo: todo tirado. Y qué decir de su ánimo. Por el piso. Una mujer —la suya— resolvió alguna vez —quién sabe si lo hubo resuelto ella— sacarse de las entrañas un hijo —y nadie ha de saber de quién sería, es decir, el padre— y para eso la tajearon a cuchilladas —porque el niño habría de ser muy grande ya— después de haberlo intentado todo —alambres, largas agujas, líquidos— y haber fracasado contra ese niño. Eso creyó Iván y lloró de nuevo.

Iván pensó y pensó. Entendió adecuado hablar con alguien acerca de la maternidad, los hijos, el aborto, las mujeres. Su padre había muerto. Su hermano era un tonto, completamente tonto y sin ninguna idea estable sobre ninguna cosa. Quedaría su madre, quien desde su notable viudez estaba alojada en su dormitorio; nunca más había salido, desde el entierro de su marido se enterró también ella, en su cuarto, en su cama, y se levantaba para ir al baño, para asearse; para comer no.

Desde fuera podía oírse que la madre tenía un televisor encendido las veinticuatro horas del día en un volumen apenas perceptible, un susurro. El teléfono de su mesa de noche estaba desconectado, y pasaba en el baño horas enteras —lo sabían por la mucama que llevaba todas las comidas del día, que la viuda rechazaba alternativamente (de esto un poco, de aquello nada)— tres o cuatro horas en el cuarto de baño, siempre con el grifo del agua del lavatorio abierto, innecesariamente abierto, como si esa mujer precisara que el agua corriera, que lo limpiara todo (¿la sarna?), que fluyera, que hiciera sobre todo un ruido en el sitio donde ella estaba como el televisor lo hacía en el cuarto, un ruido que transcurre, que sucede, algo que es ajeno, externo a ella, y sin embargo transcurre, hace un trayecto, algo que mida el tiempo y exprese que el tiempo pasa, algo que reproduzca los ruidos que ella no hace, tirada en cama, durmiendo; ni siquiera llora, ni siquiera extraña.

Está ahí, depositada.

Iván tomó nota de todo esto y sin embargo intentó hablar con su madre. Golpeó y golpeó la puerta erguido bajo el dintel. Quiso entrar

pero la puerta estaba cerrada y las llaves las tenía solamente la sirvienta. Le pidió a ella que hablara con su madre, que le dijera que era él quien quería hablarle, pero el resultado de la embajada fue terrible. La mamá de Iván se había convertido en una anciana derrumbada, una viuda que culpa a todos — también a sus hijos y a Iván sobre todo— de ese estado de soledad y locura en el cual está sumida siendo tan joven, ese estado que cuenta con algunos y discretos elementos básicos: una sirvienta que trae agua, caldos y algunas comidas ligeras para rechazar, un televisor que da sonidos y arrulla y muestra imágenes móviles de color, una pensión que es suficiente y un baño, un baño con un lavabo cuyas aguas pueden correr indefinidamente para limpiarlo todo: la sarna, la prostitución, la pobreza, la mugre, todo eso a lo que habían escapado siempre con tanto éxito y que su hijo Iván trajo de nuevo, de un solo golpe y porque sí, porque es un animal salvaje que quiere revolcarse con el pasado miserable de toda la familia.

Por eso la viuda bendice el agua, porque corre, transa, sucede, porque limpia cuando pasa simplemente, enjuaga, licua, y algo fundamental, algo que no se dice siempre del agua y ella había advertido al pensar en ello y al oír correr el agua durante tanto tiempo: que el agua se lleva la mugre consigo a otro lugar. Por eso es tan importante el desagote, ese agujero básico de todas las cosas del agua, de los lavabos, las bacheas, las piletas, los bidets, los inodoros, las alcantarillas y las bañeras, todo eso con sus desagotes que dan a cañerías inmensas y anónimas que van a descargarse a una napa, a un río, al océano y adiós, que por ahí se va la mugre del cuerpo, de afuera y de adentro del cuerpo, el polvo de un día entero, de una vida, por ahí se va la sangre mensualmente, los óvulos escurren por las cañerías hacia alguna parte, fecundados o no, los fetos se licuan en los desagotes también, con la píldora del día después se desagotan así los niños junto con los excrementos y las lágrimas y el semen sin usar y las flemas y el sudor que se mezcla con la espuma del champú y las sales de baño que se disuelven con la orina.

Por eso la viuda escurría su vida de ese modo.

Por eso la viuda tenía tanto amor por el agua. Por el agua que pasa, la que fluye.

El agua que fluye
La que se va
La que se lo lleva todo

A ella un día.

El señor y la señora de tal: atentado

Iván entró corriendo a la habitación del hospital —porque a Nelly no se le había ocurrido otra cosa que llevar a Telma al hospital, y otras opciones no había, por lo demás— y pidió en la recepción —un poco gritando— que llamaran con urgencia al doctor Spivak.

Corrió Iván por los pasillos y entró desencajado a la habitación donde estaba, dormida, Telma. Pero Nelly lo tranquilizó. El bebé estaba a salvo y la señora Telma también, sólo habría que extremar los cuidados desde entonces —«eso dijo el médico, señor Iván» aclaraba Nelly afanosa y reiterativamente— y cualquiera falta de cuidados, cualquiera enfermedad que se presentara, cualquiera alteración no prevista podría arrasar variablemente con la vida de ella o la del bebé. O las de ambos.

La hemorragia había sido tal.

Iván pidió hablar con el médico que la atendió en la urgencia y así se lo hizo saber a la enfermera; eso haría mientras llegara Spivak. Porque sin duda el doctor Spivak podría deliberar con el médico del hospital («¿Cómo se llamaba el médico, Nelly? No te acuerdas, no importa, estás nerviosa», le dijo Iván) y llegar juntos a una conclusión mejor, y después Spivak haría reservadamente su diagnóstico homeopático, porque no estaba muy bien vista la homeopatía, eso es verdad, tiene algo de brujería y de poca ciencia, eso se ve no más en las costumbres de los homeópatas, que miran ojos, preguntan por la frecuencia de los sudores y defecaciones y cosas de lo más vulgares y después recetan «sulfuro». Pero ellos creían en aquellas raras ciencias, y está visto que sólo ejerce una influencia decisiva sobre nuestra salud aquello en lo que creemos.

El médico del hospital no llegaba. Iván no estaba impaciente porque Telma estaba bien, Nelly más tranquila, en fin, aunque es verdad que ya era hora de que la atendieran: casi mediodía, seguramente le traerían el almuerzo en cualquier momento. Pero «cómo ha ocurrido todo tan sin motivo…» reflexionó Iván, en voz alta.

Nelly rompió a llorar, no podía contenerse ya más; había explicado que su señora estaba bien, y ante la penosa reflexión de Iván, tuvo necesidad de narrar todo el accidente, desahogarse también, desde el primer grito hasta esos mares de sangre que brotaron, todo eso contó, y todo ese relato lleno de pormenores y detalles, ruidos alusivos y lágrimas y más lágrimas de Nelly (estaba aturdidamente

congestionada por todos esos hechos) puso bastante nervioso a Iván.

Tanto que terminó extenuado y temblando. Se imaginaba a sí mismo en esa exacta circunstancia viendo a su mujer deshaciéndose en sangre, quería saber si podría repetirse algo así, finalmente no había ninguna garantía de que mañana por la mañana no sucediera lo mismo. Como si estuviera a expensas de las circunstancias, como si la paternidad pudiera lanzarlo al azar de los atentados de la naturaleza.

Las circunstancias me gobiernan, — pensó Iván.

Sólo las circunstancias.

Exánime, inspeccionó con cuidado la botonera de la mesa de noche. Había tres botones de igual color. Uno de ellos decía «Enfermera», el segundo «Urgencias» y el tercero nada. Hacía más de media hora había pedido que se presentara el médico, y ante el desolado paisaje que tenía por delante decidió que Telma estaba en una urgencia.

Y presionó el timbre.

«Urgencias».

Era cierto: ése era el timbre de las urgencias porque una chicharra poderosa, gruesa, muy grave y exageradamente estrepitosa sonó en los pasillo y más lejos también. En algún lado quedaría indicado que llamaban ellos, desde ahí. Iván se alarmó con todo ese estruendo y casi sin pensar tocó inmediatamente y con suma brevedad el timbre «Enfermera».

«Enfermera»

Así, en caso de que media docena de médicos llegara con tubos de oxígeno, camillas y silletas, inyecciones, calmantes, anestesias y aprontaran un quirófano por si fuera preciso, él podría alegar que se equivocó de botón, o que apretó los dos juntos cuando sólo quiso llamar a la enfermera.

Además, ¿quién evaluaba las urgencias, en qué términos? ¿Quién decidía —y cómo— que las catástrofes emergen y estamos entonces en

«emergencias»?

Ahí estaba su esposa, derrumbada en una cama y dormida en un sopor profundo. Podría estar desmayada sin que nadie lo advirtiera. Nadie eran los médicos.

Nadie eran los médicos.

Nadie.

Podría tener otra crisis mañana, o esta noche, o en un minuto y medio. Se había desangrado en su propia casa, donde se había desmayado de verdad. No sabían cuanta sangre había perdido, y acaso estuviera al borde de una debilidad irreversible y precisara unos minerales, vitaminas sin duda, acaso más sangre y una dieta especial, y por lo demás ellos mismos, los médicos («¿Habrá sido un médico o varios?» se preguntó Iván, pero ya no quiso saber) le habían dicho a Nelly: cualquier descuido puede ser fatal para ambos, para ella y el bebé. Sí, todo lo que pudiera hacerse de inmediato estaba bien. No había que temerle a las exageraciones de los timbres, los médicos que llegan alarmados, las enfermeras ataviadas, las muchas previsiones, porque ¿si se desangrara de nuevo? ¿No estaría ahora mismo desintegrándose algo dentro de la suave matriz de su querida Telma?

Nadie, nadie sabía lo que había significado para ellos ese embarazo, cuánto esfuerzo, cuántos padecimientos. Las pastillas, la impotencia, las gotas, la humillación, los intentos vanos, los glóbulos, las visitas al doctor Spivak (quien tampoco llegaba, por cierto), todo el dinero gastado, las confesiones penosas, los intentos por hacer el amor siempre fallidos, los intentos buenos pero interrumpidos, es decir, buenos a medias.

Y también están los comentarios de la gente, porque siempre perturba ese chirrido de los comentarios de la gente, que dice cosas y lo incomodan a uno de cualquier manera, hablando, sugiriendo, en fin. Por eso habría de esperarse que Spivak dijera qué hacer en verdad, si esto era de temer o más bien no. Y aguantar una serie larga de pretensiones de este Spivak, pensó Iván. Porque es cierto que no le había cobrado mucho pero Iván siempre había tenido que hacerle favores, que esto, que aquello, que como yo soy judío y Spivak es un apellido que se nota, y así terminaba Iván haciéndole miles de favores para pagarle al mundo su impotencia, su falta de virilidad, para comprar un poco de impunidad, porque ser impotente es como ser homosexual o criminal o judío, hay que pagarlo, y al final eso de tener un médico judío no tiene nada de malo, pero

tienen eso

solía decir Iván, y Telma asentía sin saber muy bien de qué hablaba, y Nelly sobre todo se incomodaba con eso

eso
de
tener
judíos
que los visitaban
eso

pero claro, después de la invasión alemana no sucedía tan seguido, los Spivak se mudaron a la judería y estaban como desaparecidos: más flacos, más lejos, afantasmados, y la ciudad estaba llena de leyendas sobre cómo sufrían en el ghetto, pero nadie creía demasiado estas historias: sobre todo no creían esa leyenda de que estaba funcionando, más allá pero cerca del ghetto, un campo de exterminio.

Qué tontería.

Un campo de exterminio.

Qué tontería.

Tener un médico homeópata y judío: eso era una tontería, especialmente cuando el mundo estaba tan bien encaminado hacia otro lado, hacia la ciencia cristiana, la democracia germana, la sensibilidad wagneriana, los genes arios, las disciplinas papales, en fin, era preciso cierto orden sobre todo en este país lleno de comunistas, tan peligroso es eso. Tan extremo.

Qué tontería.

Iván era impotente, se podía dudar de su hombría; él se preguntaba si no había escogido un homeópata judío para que no juzgara su virilidad. «Yo seré impotente pero usted es judío», sería la manera de terminar una disputa ciertamente imaginaria. Es decir, los dos estaban desde el comienzo en inferioridad de condiciones, en deuda con la humanidad, y eso les permitía una solidaridad repugnante, una especie de amistad promiscua alineada por bajezas sólo creídas por ellos mismos, asumidas por ellos, ser judío, no tener buenas erecciones, todo junto parece razonablemente inferior.

Libres de reproches.

De esperanzas también.

Entonces Iván se dio cuenta, en toda su gigantesca distracción, que había pasado más de una hora y el médico no llegaba. El hecho le pareció realmente notable, pero considerando que Telma estaba siempre igual (respiraba rítmicamente, su color no era malo) no se alarmó tanto. De todos modos, y sólo para asegurarse de que alguien llegaría, volvió a tocar ligeramente los dos timbres: el de la inmensa chicharra y el otro.

Y esperó. Lo que más lo turbaba en realidad era que Spivak no se hubiera reportado de ninguna forma. Era el médico de él, y él sólo iba a confiar en su opinión, pero ¿por qué no era capaz de llegarse hasta el hospital ante un llamado de urgencia? Al final no podía confiarse seriamente en nadie.

Iván le pidió a Nelly que fuera hasta la casa y se quedara allí, pues no era bueno dejar la casa sola y vacía, y Nelly tenía cara de exhausta.

—¿Pero Ud. está seguro? ¿desea que me vaya?

—Descanse, Nelly, su día fue difícil, yo me encargaré. Además, necesita prepararme la cena… adelántese Ud.

—La cena ¿sí, verdad?…qué escándalo, lo he olvidado todo… hasta luego, hasta luego, sí…

Y salió un poco aturdida porque tenía que llegar a la casa, preparar la cena y rezar antes o después, y limpiar, limpiar toda esa horrible lujuria de sangres y de sales, y pedirle a Dios que termine con estas maldiciones que estaban azotando toda la ciudad.

Porque Nelly no era tonta: sabía exactamente qué estaba sucediendo.

Lo sabía.

Él y Ella: tarea de hombres

Imposible hablar con su madre. Ni de esto ni de aquello: de nada. La madre no está para esto ni para aquello.

Iván advirtió entonces que tenía una sola alternativa: volver bajo el almendro, a ese banco de la plaza en el centro de Varsovia, aunque tuviera que ir salteándose las bombas (porque las cosas andaban muy mal, decía el periódico) y sentarse en el banco amarillo donde solía llorar y esperar, y ponerse a pensar allí qué es lo mejor para él, para el tajo de Ella y para el futuro de los dos.

Iván no lo pensó más. Eran las seis de la tarde: no era tarde, no era temprano, eran las seis de la tarde. Salió de su casa, caminó directamente hacia el parque, hacia el almendro con ramas enrojecidas bajo el cual está su banco amarillo lleno de hojas y almendras, y en el camino no pudo dejar de ver que su hermano regresaba (¿de dónde regresaba?) con su tío Iván, el hermano menor de su padre. Los esperó. El hermano no le habló, pero el tío sí. El tío era un abogado respetable, tendría unos treinta y siete años, escribía en el periódico y aconsejaba a la familia sobre cómo invertir mejor una fortuna que todos manoteaban con éxito ponderable. Desde joven el sin duda promisorio abogado viajaba por Europa occidental. Enfrentó al joven Iván y le preguntó si no estaba avergonzado por la muerte de su padre.

—Estoy enamorado —dijo Iván.

—¿De la muerte de tu padre? —dudó el tío.

—No —dijo Iván con firmeza y con no poca nostalgia mezclada con rara autoridad— de mi mujer (y estas palabras, que le habían parecido tan naturales hacía un rato, dichas así, en la calle de Varsovia, casi en la puerta de su casa, a su tío, en su cara, delante de su hermano, le parecieron una verdadera exageración, un disparate, «mi mujer», y sin embargo el hecho de decirlo, de publicar el evento con tanta indisciplina, lo dotaba de un vigor sagrado). Y miró al tío a los ojos, y eso fue sin duda un desafío para cualquier cosa.

—No se puede estar enamorado de una sarnosa que muere de hambre por la calle —le enjaretó su tío.

—¿De hambre…? Repitió Iván.

La idea lo aterrorizó.

Empezó a preguntarse si su mujer tendría hambre. La posibilidad no era estrafalaria. Ella mucho dinero no tendría, pensó Iván. Es más: se diría que no tiene nada de dinero. Nada de nada. Es decir, que no sería muy raro que tuviera hambre, que su desayuno no estuviera compuesto por un jugo de kiwis, un té con miel espesa, un trozo de queso, pan tostado, mermelada de damascos y unos huevos, y acaso hasta le falten galletas de mantequilla horneadas con trozos de chocolate. ¿Cómo no había advertido él ese detalle? Y atrapado por esta idea voluminosa, tremenda y global, una idea masiva —porque podía ocuparlo todo: todo el estómago de Ella, todo el día de Ella, todo el dolor de Ella—, en suma, dominado física y espiritualmente por la idea del hambre de Ella, corrió despavorido y dejó a su tío y a su hermano de pie, hablando solos (el tío hablaba solo y el hermano callaba solo) y buscando la forma de explicarse tanto vértigo, esa locura ensimismada que Iván tiene por imantarse imperiosamente con la pordiosera ante la menor provocación, como si todo el universo la significara de algún modo y cualquier porción de la vía láctea fuera suficiente para recordarle a él que Ella está en alguna parte: esperándole.

Así fue como Iván dio con Ella, la miró, la tocó, la besó, y le preguntó si tenía hambre

¿tienes hambre?

La pregunta era generacional, la involucraba a Ella por entero, a sus padres, a sus hermanos, a sus abuelos, él quería saber si el hambre existía en la vida de Ella de alguna manera, con alguna forma —la escasez actual o inminente, la carencia alternativa o pertinaz, la ausencia de algunas o muchas proteínas en la dieta de las últimas generaciones— es decir, era una pregunta nutricional, materna, científica, una indagación social y sanitaria al mismo tiempo.

Antropológica.

Claro que ella no entendió así las cosas: más bien escuchó que le preguntaban si tenía o no tenía hambre ahora, en este preciso momento, y como había comido un poco de pan blanco esa mañana y en general no comía más que eso —y tenía más ganas de retozar y jinetear por ahí con Iván que de comer, en realidad— le aseguró con mucha convicción que no, que hambre no tenía.

No tengo hambre

Y él resolvió así el problema y concluyó, con una sonrisa de

histórica felicidad, el tremendo dilema de la nutrición de Ella. Y se sintió (hay que decirlo) muy feliz por el favorable desarrollo de su mujer.

Fue entonces cuando Iván le pidió que lo esperara.

«Espérame», le dijo a Ella.

Y Ella lo miró y esperó. Iván había tomado la determinación de enfrentar a su hermano, aunque era medio tonto y ahora estaría en su casa conversando con su tío, e indagar con él, con la familiaridad que les quedaba, antes de llegar hasta el almendro para amarla a ella, qué ocurre con los tajos en los vientres.

Caminó. Estaba extasiado con la idea de hablar, por fin, con un hombre que siendo de su sangre no se llamaba Iván. Su hermano —Igor se llamaba el pobre diablo— extrañaba no tener ese nombre tan familiar que todos tenían y, como ya está dicho, no se sentía de ninguna manera cómodo ni realizado llamándose de un modo tan ajeno a la familia. Por eso Igor vivió una vida muy diversa, «distinta» le gustaba decir a él.

Mientras que toda la familia penaba trabajosamente para conservar sus bienes, sus legados, sus títulos, y los transfería fácilmente de Ivanes en Ivanes, Igor se dio a una vida más bien menesterosa. De él se hubiera podido esperar que retozara con una pordiosera, nunca de Iván, que estaba destinado a suceder a toda la familia, junto con sus primos Ivanes. Por eso el padre se murió: por la deserción de su hijo hacia la frontera misma de la locura exhibiéndose con esa mujer.

A Igor en cambio se lo hubieran perdonado —pensó Iván—. Igor vivió una infancia sin rigores y una adolescencia sin control. De él se sabía poco: tocaba el piano, no estudiaba por decisión de todos, hablaba escasamente, era pulcro, indiferente, malhumorado. Pasaba horas frente a una partitura, oyendo música o viendo videos. Fumaba marihuana con frecuencia y tenía un amigo en París que le escribía mucho —Igor recibía muchas cartas de Paris, muy bonitas— y las respondía con rapidez. Odiaba diversa y alternativamente a esa familia de locos que le había explicado desde pequeño que él no recibiría de ellos ningún estímulo material, pues el dinero y las tierras y las casas sólo estaban destinados a los Ivanes.

Igor era, por decirlo así, fruto de sí mismo, más hijo de su circunstancia que de sus padres.

Iván caminó con certidumbre y con decisión hacia su casa. Entró. En el camino había pensado qué decir a su hermano, que le llevaba cinco años en edad —Igor tenía veinticuatro— y debería tener de la vida alguna idea razonable.

Tendría mujeres en su vida, una vida sexual interesante desde los quince años tal vez, con prostitutas, novias, en fin, todo lo que el rigor

familiar le privó a Iván. Y acaso hubiera embarazado a alguna y supiera de abortos —o tuviera alguna amiga en ese trance— y podría explicarle con detalle de qué se trata, cómo se hace, qué queda de eso después.

Subió al primer piso de la casa. Todo en silencio. A lo lejos, hacia el lado del cuarto de la madre, el sonido del agua que cae. De frente, donde estaba la puerta de Igor, un sonido como de flautas. ¿Tocaba la flauta? No lo recordaba Iván. Silencio. Era un sonido rítmico, ahogado, como un oboe que se queja, como el arrullo de un saxo en notas bajas y soplidos leves, monocordes, iguales, sostenidos en bemoles.

Iván golpeó y entró sin esperar a que lo invitaran. Igor y el tío estaban desnudos haciendo el amor con una furia y una pasión que nunca nadie tuvo en esa casa. Boca abajo, entregado con un fervor que podía olerse, regalado en su propia cama, Igor despojado, completamente poseído por su tío que lo gozaba con ansiedad, con lujuria. Igor lagrimeaba de placer y dolor, de apasionada contorsión. Voltearon sin dejar de hamacarse, sin dejar de gemir como un saxo tenor. Miraron a Iván más con desgano que con vergüenza. Más con incomodidad y con ganas de continuar que con estupor.

Iván vio, se dio vuelta y se fue. La escena era fuerte, muy explícita para ser vista, para ser narrada, pero el sexo es así. Jadeaban los dos, qué cosa abrumadora es el sexo, qué otra cosa podrían hacer.

Sexo. Entre hombres.

Entre parientes. El sexo.

¿Cómo es posible, pensó Iván, el sexo entre parientes? Entonces pensó en el parentesco, porque los esposos y las esposas también se tornan parientes, él mismo decía ya «mi mujer», y a veces son parientes desde antes, porque son primos o sobrinos uno del otro en ocasiones, y eso no importa para que después sean esposos.

Con lo cual resolvió rápidamente dos cosas: que Igor estaba muy bien colocado con su tío, y que difícilmente podría opinar sobre abortos de mujeres embarazadas por él o experiencias semejantes.

Además, considerando que Igor no heredaría nada y que su tío administraba la fortuna familiar, la decisión de ser su amante era políticamente correcta.

Visto lo cual liquidó todo el asunto y resolvió sensatamente ir a hacer el amor con su mujer y abandonar sus reflexiones sobre el aborto hasta que alguien pudiera darle una respuesta más o menos novedosa.

El señor y la señora de tal: tarea de hombres

Nelly se adelantó, salió del hospital y llegó a la casa mientras Iván esperaba ansiosamente que alguien visitara alguna vez la habitación donde Telma descansaba entre muerta y desmayada.

Pero el tiempo pasó con mucha generosidad a pesar de las irritadas insistencias de Iván.

Bien entrada la tarde, como tres horas después de la primera chicharra y tras hacerla sonar varias veces, llegaron cuatro hombres, oficiales de la Gestapo armados con ametralladoras.

Preguntaron a Iván quién era el doctor Spivak, porqué se atendía con él, desde cuándo, por qué intentaba hacer ingresar a ese judío al hospital público, cuántas veces por día se veían, en dónde, qué tramaban, y, por fin, por fin, sí, le preguntaron a Iván por qué seguía ocultando su obvia condición de judío conspirador, y él

él —pobre Iván—
se negó
explicó todo
y dijo y lo intentó todo
rezó
rezó el Padrenuestro en voz alta
se santiguó como un idiota
mil veces como un idiota
rezó en latín como un idiota
habló de la Inmaculada Concepción
de su madre
como un idiota

Iván intentó todo
rezó en latín como un idiota
habló a su madre muerta
no soy judío sálvame

pero los nazis eran hombres con ametralladoras y decisión rápida, sabían hacer su trabajo, ese trabajo

el trabajo de un nazi

Arrastraron a él y a Telma —así, medio muerta— al cuartel sanitario de una zona hedioda de la judería, donde se atendía a los judíos enfermos a causa del nazismo.

Enfermos de nazismo.

Él y Ella: muchedumbre

La tarde era muy soleada e Iván tenía poco tiempo para disfrutar de tanto sol. Pero ¿por qué no? pensó.

—Qué tarde tan hermosa ésta

le dijo a Ella, que lo miró riéndose, porque Ella era muy simple y cuando algo le agradaba simplemente se reía.

Miraban hacia el cielo, hacia los edificios, se miraban a sí mismos y todo, en esa tarde en el centro de Varsovia, les parecía maravilloso. Los escaparates repletos de objetos iluminados por el sol, la gente tan ataviada, tan bien vestida, entrando y saliendo resueltamente de este negocio y de aquél, algunos sentados en los bancos de las esquinas, abrigados (porque hacía frío, mucho frío) pero con la cara puesta hacia el sol, los ojos cerrados, los labios entreabiertos, como quien se ha cubierto todo el cuerpo de sedas y de lanas para evitar que pase un sólo soplo de aire frío en ninguna parte (medias altas de lana, borceguíes, pantalones pesados de algodón tenso, una camiseta de frisa debajo, un buzo de algodón encima de la camiseta, un suéter de lana sobre el buzo y una chamarra de piel sobre el suéter, con una bufanda de seda en el cuello, por ejemplo) pero deja la cara, solamente la cara, esa minúscula y tan significativa porción del cuerpo, esa zona estelar de la geografía de cualquier mujer, de cualquier hombre, la cara, la cara que lleva ojos y muecas y lágrimas, la cara, la que ofrece la situación de los estados, la que porta narices enormes o pequeñas, puntudas o redondas, la que muestra orejas grandes o medianas o pequeñas, la que incluye ligeras asimetrías, el rostro que nos hace bellos o feos y antipáticos y lúgubres o tediosos o indiferentes: las caras no se tapan con nada a pesar del frío y estaban casi todas puestas —en esta tarde helada de Varsovia— todas —en este invierno polaco tan ventoso—, todas esas caras polacas —en este día tan frío y tan soleado—, en dirección del sol.

Por eso Ella pasaba inadvertida. Porque no la veían. Y no la veían porque miraban al sol, veían sólo el sol. Los polacos de Varsovia, sus ciudadanos y sus visitantes, esa tarde sólo tenían ojos para el sol, y Ella pudo pasear por primera vez (¿en su vida?) por las calles de la ciudad (¿sabría Ella en qué ciudad estaba? ¿Habría nacido allí? ¿Dónde, exactamente?) sin que nadie la empujara, la mirara con desprecio, la hiciera a un lado o la discriminara con una mueca, un gesto, o esos como ligeros pero perceptibles empujoncitos que dan las

señoras bien vestidas cuando quieren tomar un taxi y se les interpone una pordiosera: entonces, tal como si no la vieran, no le pasan por encima sino que la esquivan como se esquiva un bulto, como se esquiva un semáforo, una parva de basura o un perro muerto, la esquivan sin mirarla y si es preciso le adjudican ese breve, rápido, sencillo pero contundente y sensible empujoncito, una especie de «lárgate de aquí perra sucia» dicho con el cuerpo, con la cara, con la piel del zorro, con el cuero de la liebre, con el zafiro siempre falso y los delicadísimos aretes de oro blanco, que son de plata.

Porque nadie quiere que haya pordioseras en el camino —largo a veces, a veces, las menos, muy breve— que hay entre una señora y su coche de alquiler, camino riesgoso de recorrer porque es un trayecto azaroso: en ocasiones se atraviesan damas recién perfumadas, algún cantero con flores, o un joven apuesto que sale de su trabajo; y en ocasiones aparece la andrajosa, y uno recuerda que las hay.

Un escándalo.

El sutil empujoncito —incruento pero preciso— que le propina la señora a la pordiosera que se le interpone en el dificultoso camino hacia el coche de alquiler no se lo da a ella en realidad, sino a todas las de su especie, a un linaje, a una casta completa, esa subclase de gente maloliente que es difícilmente recuperable y que tiene una tremenda virtud: basta una sola de ellas en cualquier momento y en cualquier sitio para recordar (prácticamente al mundo entero) que la miseria existe y amenaza, y que un día insospechado, un día desesperante, un día que todos quisiéramos que no llegara jamás, no serán tan sólo las pordioseras un detalle en la ciudad: serán miles, millones de ellas, hordas salvajes de malolientes pedigüeñas adiestradas en recorrer ciudades bellas y limpias, que arribarán con el propósito (¿insano, saludable, ingenuo, orgánico?) de comer, de acomodarse, de dormir; desde ese día el tránsito pequeño, el trayecto minúsculo entre la señora y el coche de alquiler será imposible, el recorrido mismo del taxi será una quimera, porque las aceras, los umbrales, los ventanales y las calles estarán atestadas de ellas, pedigüeñas y pordioseras y mendigas de todas las especies, colores y nacionalidades, con sus niños, siempre muchos y pobres y chiquitos, apoderándolo todo: los parques, los jardines, las plazas, los edificios públicos, los árboles, las autopistas, las glorietas, porque habrá de esos niños con sus madres olorosas y hambrientas en los camellones de las avenidas, en los bulevares, en los cordones de las calles y los altos de los viaductos, en las estaciones de trenes y de metro, en las vías, y habrá mujeres y niños pobres y exigentes de lo nuestro en las puertas de los bares, de los cines, de los teatros, de la ópera; a la salida de los pubs y hoteles de todas las estrellas; en los puestos de flores, en las

tiendas departamentales y en las obras en construcción.

Y la verdad es que nadie sabrá desde ese día si todo eso es una gigantesca pesadilla o en realidad el mundo puede ser así, porque tal vez el mundo pueda ser así sin conflicto, sin demasiadas pasiones, una especie de amontonamiento, un juntadero, un montón de seres que se apisonan y aplastan, una cantidad invariable pero creciente de carne humana, de fibras musculares, sudores, palpitaciones y humores que se sobreponen unos a otros como los cadáveres.

El problema central para este tiempo que debe vivir Iván —ya había comenzado el tercer milenio, como sabemos— era la cantidad: cantidad de gente, de enfermedades, de periódicos, de virus, de tarjetas postales, de muertos, de libros, de riesgos, de aerolíneas, de enemigos, de bonos de la deuda, de violencias, de niños que nacen o se mueren, de perros, de universidades, de deportes, de aerosoles.

Pero sobre todo, la cantidad de gente.

Gente, muchísima gente.

Iván y Ella eran dos personas en una época en la que vivían más de siete mil millones de Ivanes y de Ellas, en distintas distribuciones de sexos (Ivanas y Ellos por ejemplo), de riqueza (muchas combinaciones miserables y una escasísima cantidad de ellas y ellos escandalosamente ricos), de distribución (muchos en ciertos lugares, muy pocos en otros, y medianas cantidades en lugares celosamente custodiados).

Lo más extraño de toda esta vasta geografía de distribuciones era la cantidad de muertos soterrados a la sobrevida de los siete mil millones de ellas y ellos: eran también siete mil millones los muertos, porque el tercer milenio arrancó con esa coincidencia espantosa: tanta gente viva sobre la tierra como gente muerta debajo de ella, gente que murió hace muchos miles de años y hace no tanto, y allí habría cenizas enterradas de seres anónimos y está Shakespeare, pensó Iván, y la mamá de Shakespeare, y Thomas Alba Edison con su lamparita, y el Califa Omar, y también gente que murió hace poco, mi papá, pensó Iván, y gente que murió ayer, ayer mismo se murieron unos cuantos miles y se murieron también hoy, hace un rato, hace diez minutos en las más variadas de las opciones: de sida, de guerra, de cáncer, de fumar, de comer, de no comer, de un auto que te aplasta, de nervios, de pánico, de tirarse abajo del tren, de tristeza, de amor y de pulmonía.

Ha vivido, pues, durante la historia misma de la humanidad, tanta gente como gente viva hay ahora sobre el planeta, lo cual a Iván le sorprendía de manera tan grotesca, le parecía una exageración tan notable, tan abochornante esa falta de delicadeza que entendía

perfectamente que su hermano Igor y su tío se desahogaran entre ellos (enamorados o no, a uno qué le importa eso) y evitaran esa cosa terrible, maniáticamente reflexiva y maravillosa: procrear rehenes para esas pordioseras que algún día se apoderarán de las ciudades.

También aprobó Iván otras muchas cosas comprensibles ahora a la luz de tanta muerte enterrada y —sobre todo— de tanta muchedumbre acechando: aprobó que su padre se muriera, que la madre estuviera tirada en una cama para siempre, que en su familia todos se llamaran Igual y que su mujer fuera una pordiosera despreocupada de las telecomunicaciones, la bolsa de Tokio y el pretérito pluscuamperfecto.

Todo estaba en el riesgoso sexo de las mujeres, esa abertura, esa gravedad, ese espacio siempre vacío, siempre dispuesto, siempre por completar, siempre esperando la energía de un hombre que complemente, satisfaga, que engendre, que procree, que encienda e insemine.

Ése es el origen de la muchedumbre, de la cantidad, del insano apilamiento que anonimiza, iguala y desproporciona. Y fabrica esa cosa espantosa: la naturaleza humana, una pasta uniforme, una viscosidad continua de personas todas iguales, una sucesión de almas indistintas que permite las más variadas imágenes cinematográficas: la del ladrillo en la pared (porque Iván había visto *The Wall* y se la contó a Ella), la del mundo como un globo para que Charles Chaplin juegue al *Gran Dictador*, la de la imposible *Decisión de Sofía*.

Todo eso era posible por obra de la multitud, del hacinamiento, de la mismidad. Y la causa de todo ello era el sexo.

Los hombres tenían esa urgencia de desahogarse en las mujeres, y las mujeres ofrecen ese sexo siempre expresivamente abierto a ellos, y es cierto que existen formas para preservar los embarazos, pero no es lo mismo (nadie lo dice pero cualquiera lo sabe, todo el mundo lo sabe) no es lo mismo penetrar a una mujer e invadirla de semen lujuriosamente hábil y fertilizarla como se riega un campo sembrado pero seco y sediento de agua fresca, que no fertilizarla; no es lo mismo que una mujer abra su espacio más peligroso y más tierno y ofrezca su capacidad de duplicación y sienta, en el centro mismo de su vientre, como su hombre la colma y la calma, le inocula los líquidos de la vida haciéndola de verdad una mujer, mientras él es de verdad un hombre, porque se han encontrado también adentro de ella; no es lo mismo todo eso a que ella abra su sexo impidiendo el paso de los líquidos. No es lo mismo. No es lo mismo que esto suceda, este encuentro de ambos dentro de ella, a que no ocurra y el hombre quede atajado en el látex o que la fertilidad de ella sea disuelta por la píldora, antes o después.

Es mejor, es más gozoso, es realmente sexual, sólo es realmente sexual —y apasionadamente desesperante— tirar el látex, sacarse el dispositivo, escupir la píldora del antes y el después, y abrumarse de sexo sin control hasta incinerarle el vientre a ella, hasta que ella sienta que tiene el vientre hecho una brasa feliz.

entonces se encontraron
y que sea lo que Dios quiera
que igual nos va horriblemente mal

Así se encuentran. Él y ella se encuentran en el vientre de ella y se duplican. Pero se encontraron tantas veces —decía Iván— que somos miles de millones y él estaba seguro de que ése era el verdadero problema. La cantidad de gente que quiere las mismas cosas: todos quieren comer, trabajar, ir al cine, leer el periódico. Y eso es imposible. ¿Eso es imposible? No sabía bien. Iván trató de sacar una cuenta rápida (cuanto trigo para el pan, cuantas salas de cine, cuanto papel para periódicos) multiplicado por la cantidad de gente toda, y le dio un número… enorme y no pudo seguir porque necesitaba cifras imponderables con ceros y ceros: cuánto trigo hay en el mundo, cuánta madera, cuántas butacas, en fin, da un número todo eso, y el número no significa que todos sean felices.

Por eso en esa tarde de sol, esa tarde fría en Varsovia, Iván se sintió feliz pero ligeramente disperso también: feliz porque caminaba por el centro de la ciudad con Ella y Ella sonreía, y disperso, disperso porque no podía comprender adónde iba toda esta gente, por qué entraban y salían de lugares, por qué se saludaban tan apresuradamente, y salían del metro para tomar un bus, o bajaban de un auto para entrar a una tienda: ¿qué final, qué propósito, que destino tenía todo ese general emprendimiento, si no el mismo hecho de hacer todo eso poniendo la cara al sol, para que el sol los caliente y los broncee y los acaricie de ese modo tan particular, ese modo de ser que tiene el sol, ese modo de hacer las cosas que nada puede imitarlo, ni bien ni mal, esa manera esmerada y puntual de alumbrarlo y de iluminarlo y de calentarlo todo?

¿Qué otro propósito, qué otra mejor aspiración la nuestra, que dejarlo todo ahora, dejarlo todo en este preciso momento y poner la cara al sol?

El señor y la señora de tal: muchedumbre

Qué dolor tan grande sentía Telma en el vientre, en el pecho, en toda la espalda.

Miró hacia arriba, el techo era altísimo. Le quedaba demasiado lejos.

Sentía fiebre, mucha sed.

Mucha sed.

Estiró la mano, no podía hablar por la resequedad: buscaba la mano de Iván, la de Nelly.

Nadie.

Se quedó quieta.

Esperó hasta que resolvió hacer un esfuerzo grande, enérgico y voltear para ver su cuarto, que en algún lado tendría que estar su marido, su médico.

Hacia la derecha había una hilera infinita de camastros con mujeres dormidas o desmayadas.

Impactada, volteó: hacia la izquierda había una hilera idéntica.

La muchedumbre era insana. El olor era imposible: una especie de ranciedad, de sabor hediondo, agrio. Se oían lamentaciones, gritos lejanos y próximos, todos de dolor profundo, llantos. Niños.

Muchedumbres de fláccidos y amargos seres humanos, sin sexo, sin nombre, sin edad, olorosos, hambrientos, enfermos. Muchedumbres de seres castigados, heridos, sangrados, personas gimientes, ardidas, sin miembros. Muchedumbres de almas desnutridas, desclasadas, condenadas, muchedumbres de ¿qué? ¿qué sería todo eso que la rodeaba, la rodeaba como si fuera el mar, y ella ahí, ahogándose en el medio, sin ninguna explicación para toda esa marea de putrefacción humana que la albergaba ahora?

Tenía orinada la ropa, había defecado en su cama. Nadie la había limpiado, nadie la había tocado. Tenía el mismo camisón de la mañana aquella en que se sintió tan mal mientras Nelly le servía el desayuno, en su casa, en Varsovia. ¿Iván la había abandonado? Era muy confuso todo para Telma. El horror —o la desesperación— le dieron un valor que no tenía, un vigor del que la enfermedad la privaba. Con una inmensa fuerza se paró; el vértigo la sentó en la cama, temblando. Lo intentó de nuevo: congelada de frío y con los pies desnudos atravesó hasta donde pudo el inmenso corralón, de

techos de metal y paredes sucias, sin revocar, con ladrillos a la vista.

Las mujeres estaban más bien tiradas en tablones de madera rústica y nadie las atendía. Parecían más olvidadas que internadas ahí. ¿Qué clase de hospital sería éste?, se preguntaba Telma. Y se lo siguió preguntando hasta que un oficial del ejército alemán que la vio deambular se le acercó redoblando el paso, gritando como un demente.

El hecho la paralizó. El oficial no se arredró en absoluto y cuando la tuvo enfrente la sentó en el piso de una trompada en la boca, se la puso al hombro y la tiró en su camastro.

Telma entendió que todo eso era una profusa pesadilla y —colapsada y al borde de la locura— decidió quedarse quieta y esperar a despertar de nuevo. Mordió la almohada con una mezcla de terror y de furia, y sintió un sabor metálico en la boca. Se llevó las manos a la cara, se las miró, su almohada estaba llena de sangre. El golpe le había partido los labios, con el dedo tocó una herida que le surcaba el rostro por debajo del ojo derecho hasta más abajo de la boca, y le faltaban dos o tres dientes que habría escupido mientras la revolearon por el aire. Estaba nauseabunda y ¡El bebé!

Qué escandaloso, como si la situación la hubiera transformado, como si el terror que la dominaba hubiese permitido que ella dejara de ser quien era, recordó de pronto: había olvidado a su bebé y se puso amargamente a llorar, con un desconsuelo arrollador, tristísimo. Lloraba porque temía por la vida de su bebé —estuvo desmayada quién sabe cuánto tiempo, había sido golpeada con tanta violencia, había caído, fue revoleada por el aire, y quién sabe qué le pasó antes, mientras estaba inconsciente— y porque había olvidado que estaba embarazada.

No es que se hubiera olvidado en realidad. Siempre fue consciente de sí misma y de su bebé, pero la agitación espiritual en la que estaba era tan honda que no se había preguntado, hasta ahora, si su hijo habría corrido riesgo de vida y lloró sin pausa y con gritos destemplados, y

gritó

gritó con escándalo

Nadie le diría si su bebé estaba vivo o muerto. Era obvio que nadie era afable en ese sitio y que médicos no había; la sensación de locura y pesadilla se hizo grave, muy grave, incontenible, y

gritó

gritó más

pero trompadas nuevas la devolvieron a la realidad del dolor: esta

vez una mujer uniformada, grande, sólida, morruda, ladrando en alemán la levantó de la cama como si fuera un pájaro silvestre y la abofeteó con mucha precisión.

Telma nunca sintió un violencia tan precisamente aplicada
con tanta perfección.
Era el golpe de un profesional del dolor.

La sangre que le brotaba de la cara desde antes voló por el aire y la manchó toda.

Arruinada, adolorida, muda, quedó tiesa en la cama acariciando su vientre embarazado, dando gracias a Dios de que su bebé no estuviera vivo aún para ver tanta miseria.

Esa idea y una vieja plegaria la tranquilizaron.

Un poco.

Arruinada, adolorida, muda.

Él y Ella: navidades

Caminaban entonces Iván y Ella por el sol de esa tarde tan gloriosa en Varsovia, y la gente ponía la cara hacia el sol y se calentaba.

Nada justificaba tanto estar vivo como calentarse la cara al sol en una tarde fría, con el cielo diáfano, espléndido, traslúcido como el agua.

¡Navidad, Navidad!

gritó Iván, y todos voltearon para verlos a ellos. No vieron más el sol porque quisieron verlos a ellos, sólo porque él había gritado y la gente es muy curiosa, ya se sabe.

Estaba muy feliz Iván y gritó

¡Navidad, Navidad!

no porque estuviera loco, sino porque vio un escaparate que ofrecía ofertas navideñas y se dio cuenta de que pronto estarían en diciembre y sería Navidad, sería su primera Navidad enamorado y pensó que también sería la primera Navidad enamorada de Ella. Todo porque había visto una oferta.

Entonces gritó y la gente se distrajo del sol (la gente se distrae rápido de cualquier cosa); y todos los vieron a ellos.

Fue muy raro. Rarísimo en verdad. Iván hubiera jurado que toda la cuadra, todo el barrio, toda Polonia, Europa entera los estaba mirando. Un silencio profundo y largo se apoderó de todos. Lo último que se había oído fue la segunda «*¡…Navidad!*» de Iván.

Lo demás fue una mirada europea sobre ellos y un silencio pertinaz, sólido.

Ya nadie tenía interés en lo único que merecía algún interés: poner la cara al sol. Tampoco estaban interesados en él y mucho menos en Ella.

Lo que los europeos miraban con impacto, con asombro y con asco era la mezcla. La promiscuidad.

Ella, una miserable. Él, tan decente. De la mano.

No solamente de la mano: riendo juntos; no sólo eso: tan felices.

Tan felices.

Eso era insoportable. Porque nada hay más bello que él y ella

jóvenes

estudiantes

ricos
riendo juntos en una tarde soleada, pero

¿Ella?

Eso merecía que toda Europa volteara para echarles una mirada severa, represiva, una mirada no solamente de desaprobación: también de ira, de furia incontenible. Ya no valía la pena ni la tarde, ni la proximidad de las navidades, ni las ofertas, ni los encuentros, ni el sol, ni llegar a tomar el metro a tiempo: la tarde fue inflamada por esa pareja imposible, deforme.

Iván la tomó del hombro con fuerza. Ella dejó de sonreír. Ambos, de caminar.

Lo único que ocurría era
los dos allí parados
observados de un modo perverso en un instante
que mucho tuvo de infinito
y que sin duda duraría para siempre

El mundo sintió vergüenza; Iván y Ella no, pero se paralizaron. Eso les dio fuerza a los demás para juzgarlos, para reprobarlos con el dedo parado, señalando, y esa cara típica de vieja tonta que dice: «¡Ahá!».

Te agarré.

De un modo angustioso todos fueron recuperando la marcha aunque nada volvería a ser lo que fue: Iván dio el primer paso mirando de reojo a Ella y empujándola ligeramente hacia adelante como quien le enseña el camino a un ciego o a un anciano. Después, Ella avanzó un centímetro siguiendo a su novio como un lebrel tímido, la cabeza gacha, el rostro fúnebre, los pasos cortos. Después de los primeros avances de Ella y de Iván, una señora empinó la nariz; la de al lado suspiró artificialmente; el hombre del portafolios hizo una mueca de mal gusto y dio un paso entero; una parejita de jóvenes avanzó con cruda indiferencia; la vieja de la nariz desparramó su cuerpo hacia delante; la del suspiro caminó un metro seguido; y el mundo, un poco a pesar de sí mismo y con muchísimo esfuerzo, con un dolor profundo, arrancó de nuevo en medio de una tarde sin luz, horriblemente fría, ventosa, sin abrigos, el cielo nublado, el horizonte con neblinas amenazantes, porque mañana lloverá sin duda sobre toda Europa, mañana lloverá con piedras y ranas y tendremos que hacer de cuenta que no ha sucedido nada.

Ahí van.
A la sombra.

Iván y Ella. Nunca tan serios, tan tristes. Navidad.
Vienen las navidades, habrá pensado Iván.
El día de la Resurrección.
Ése día.

El señor y la señora de tal: navidades

Habría pasado una hora, o diez, o cinco minutos o un mes desde que fue abofeteada; se había quedado dormida. Telma, congelada de frío, recuperó la certeza de estar en un sitio increíble. Volvió a tomarse el vientre y algo —el feto mismo seguramente— le decía que su bebé estaba ahí.

Lo sentía, vivo. Una oleada de felicidad la llenó de vida: el bebé se movía. Telma recuperó la antigua felicidad de ser ella, y se sintió fuerte y tenaz.

Con temor levantó la cabeza. No podía saber cuánto había dormido. Tenía la boca llagada y no podía reconocer sus piernas ni sus brazos debido a la excesiva delgadez. Recordó haberse despertado —o haber soñado— en medio de una sensación mortal de hambre feroz. Ahora sentía languidez, sabía que no había comido hacía mucho tiempo pero su cuerpo no le reclamaba nada.

Apenas era consciente de ser ella misma y su embarazo era lo único que le daba valor.

Casi por instinto trató de incorporarse: el dolor que tenía en el cuerpo era imposible de narrar. Estaba poseída por un latigazo que le azotaba la espalda y le recalentaba la piel. Temblaba. Algo parecido a un milagro —cualquier cosa más o menos humana lo hubiera sido— pareció suceder. Otra mujer, arrastrándose con dificultad, se le acercaba.

Era alguien como ella, desenhebrada, escuálida, orinada, enferma.

Telma pensó seriamente que se había vuelto realmente loca en algún momento de su embarazo, pero no concebía ni que Iván la hubiera tirado en un hospicio ni que los hospicios fueran así.

Algunas veces, de niña —unas tres en realidad—, había acompañado a su madre a llevar frutas y pan a una clínica de Varsovia, del Obispado de la ciudad, para locos, y no era un lugar así como éste en el que estaba ahora; aquel loquero, en comparación con esto, era un palacio persa. Este sitio era una mezcla muy rara de cuartel militar y taberna de borrachos donde todos eran víctimas de algo muy poderoso y estaban muriéndose sin remedio.

La mujer escuálida que se arrastraba hacia Telma se sentó a su lado, le tomó la mano; Telma miró ese rostro cincelado por la enfermedad, la violencia, el hambre y una insolente cantidad de lágrimas.

Ya es año nuevo
—dijo la mujer—
es la una y media del primero de enero, comenzó 1941, un año de mierda Telma —y se echó a llorar con la fuerza que conservaba, ahogándose de dolor y soledad.

A Telma no le llamó la atención nada de nada: ni que esa loca se acercara ni que llorara ni que el año le hubiera pasado por encima ni que fuera madrugada ni que acabaran de pronunciar su nombre.

La sensación de demencia y el dolor eran más fuertes y los hechos reforzaban esas impresiones, sobre todo la apariencia de irrealidad que tenían todas y cada una de las cosas, hasta ella misma. Todo era fantasmal, imposible.

¿Y si fuera verdad que había ingresado para siempre en la locura? ¿No serían así las percepciones de una psicótica grave? ¿Y si Iván la había abandonado en el terror de la demencia? Ahora sabía la fecha pero… ¿cuándo había visto por última vez a Iván? No lo recordaba con exactitud. Los recuerdos le parecían duendes y las personas que había a su alrededor eran como espectros, fantasmas sin forma, emisarios impropios de un dios menor.

Había sangre en el piso, los gritos se oían en toda la cuadra, los desnutridos se morían y se los llevaban a la rastra como perros y cada tanto entraban unos cuantos oficiales, ponían en fila una selección de mujeres, las hacían desnudar, las elegían por el físico y se las llevaban. Las nutridas hacia el campo por sembrar, las desnutridas hacia un negro pabellón fronterizo.

El ruiderío de afuera era tumultuoso, incesante.

Telma, querida, por suerte tendrás a tu niño, habrá que cuidarlo mucho
—siguió diciéndole la escuálida.

Telma miraba hacia delante como quien trata de esperar algo, como quien sabe que espera en vano. Con un gesto inhóspito le hizo entender a la desconocida que se fuera.

«Está bien, pero antes de irme comerás algo, me dieron esto en la cocina esta noche, son sobras de la celebración de los oficiales, por el año nuevo».

Cuando las manos añosas de la extraña desenvolvieron un pañuelo sucio de malas noches donde había escondido un pedazo de tarta de miel hecha por viejas judías esclavizadas en la cocina, Telma reconoció a Sara Spivak, la abrazó desahuciada y sintió una felicidad que sólo puede sentirse al encontrar el paraíso en un páramo.

Telma y Sara Spivak, con lágrimas y con Leicaj, brindaron por el nuevo año cristiano en un campo de concentración de Varsovia.

Desde una radio vieja y lejana —y en diferido— bendecía, a ellas y al Führer, y a la Gestapo, Su Santidad el Papa Pío XII.

Él y Ella: la justicia

El hospital era gris y parecía aún más oscuro, pero nunca fueron distintos, pensó Iván, nunca los hospitales fueron azules con buganvillas en los balcones, o con jardines de abedules y de pinos, ni fueron sitios musicales, por ejemplo, donde uno llegara para el sosiego o el reposo y oyera una sonata de Mozart o un bolero mexicano aunque fuera desde un hilo musical discretísimo, ni eran sitios que olieran gratamente como algunas casas de adornos y muebles que huelen a madera o a sahumerio, algunos restaurantes que huelen a guisos bien condimentados, o las confiterías donde se adivinan las tartas de queso blanco, los croissants con mucha manteca, la mousse de chocolate o el pan fresco.

¡Ah, el pan fresco! Ese olor era insuperable tanto para Iván como para Ella, y una fiesta verdadera sucedía cuando hacían el amor durante la noche y la madrugada, en la ribera, con frío o con calor —porque la verdad es que no les importaba— y al amanecer iban a la panadería y percibían, con los primeros colores de la mañana, ese delicado perfume del pan recién hecho, caliente primero, tibio después, que se exhibía en grandes bandejones de lata; ahí se quedaban abrazados oliéndolo todo, y cuando la pesada persiana de alambres se levantaba, Iván compraba dos kilos de pan fresco; sí, dos kilos.

Volvían a la ribera y ¡Qué banquete, qué fiesta! Se sentían en el paladar los granos del trigo sembrado y segado trabajosamente, como si el esfuerzo de cada uno de los labradores y segadores hubiera puesto en cada espiga un poco de amor, un poco de su deseo de pasar un día bueno y mañana tener un porvenir mejor. El deseo de los segadores se trasmite a todo lo que se toca; el amor, el porvenir generoso, los hijos fuertes, los padres sanos; la esposa sosegada y en paz, en casa, esperando a su marido con un plato de guiso de garbanzos o de sopa de espárragos (ella tomaba del huerto los garbanzos o los espárragos, los puerros, algunos tomates y la cebolla, sobre todo la cebolla, para adobar); entonces ese hombre pensaba en ese guiso y trasmitía su deseo por esa sopa, por su calor y por su mujer, a todas las espigas.

Sólo de ese modo era tan espléndido este pan: después se amasaba el trigo con grasa y con sal, lo amasaban esas señoras de gran porte, gordas casi siempre, grandes ya, con manos añosas, manos de lavar

ropa de niños alegres, manos que habían acariciado la piel de sus hijos desde bebés hasta que fueron grandes, y también a sus maridos les acomodaron el pelo y las nostalgias y el saco mal enderezado, por eso esas manos —que palpaban la calabaza a punto y la distinguía de la todavía verde con un sólo apretón en el cogote de la fruta, que podían tantear una naranja y saber al instante, con una ligera presión muy discreta, si estaba lista para hacer jugos o más bien para comerla en gajos, y que sobando un pedazo de lomo de ternera le adivinaban la fibra en exceso que podía hacerle mal a sus hijos—, esas manos, pensó Iván, que han emprendido tantos y tan amorosos sucesos, que libraron batallas contra la fiebre de sus hijos, contra las anginas, contra la tos, contra el miedo y ganaron siempre —porque las manos de las madres siempre han ganado, no se sabe bien por qué, esa batalla que se libra cada tanto en el hogar contra la faringitis, el asma, las eczemas, contra las alergias y los insomnios—, y también ganaron algunas guerras bien emprendidas y resueltas por ellas, las terribles madres —porque una madre resuelta a una guerra no tiene comparación en coraje, en valentía, en tenacidad, en duración de la fuerza, en capacidad de ayunar, de llorar, de soportar el granizo, la tempestad, los vientos huracanados, las pestes y las plagas— que realizaron conquistas heroicas

esas manos ahora viejas
que amasan pan y
amasan pan y
amasan pan

—porque amar y amasar se parecen, pensó Iván, o acaso no se amasa la tristeza en el alma cuando el hijo está lejos, o no se amasa la esperanza en el corazón cuando el marido va a pedir trabajo, o no se amasa el dolor en el estómago cuando el bebé está enfermo y ese amasijo se le ve a la mujer en los ojos, ese amasijo de décadas, que viene de amasar pan y nostalgias y tarta de miel y dolores secretos, ese amasijo se ve porque las mujeres lo tienen tan obvia, tan evidentemente, son tan parte de ese amasar la vida con las manos y el deseo, que esa masa maravillosa de fibras y colores está en los ojos y en las manos de todas las mujeres grandes— esas manos que sacudieron termómetros, lavaron cacas y cacas sin ningún asco (nadie sabrá jamás cómo hacen las madres para sentir algo muy inverso al asco cuando limpian los pañales de los hijos), levantaron al niño que lloraba en el suelo, esas manos que acompañaron rítmicamente con un ligero movimiento perceptible el ronroneo de la canción de cuna y tocaron la llaga de la viruela y de la escarlatina (nadie sabrá jamás cómo hacen las madres para tocar las llagas de la lepra sin contagiarse), esas manos, ahora, amasaban el pan.

Es ésa la razón, pensó Iván, por la cual es tan rico el pan, tan suave,

tan dulce a veces sin ser dulce, tan adecuado a la piel que puede uno acariciar las costras y las migas y sentir los amores de las mujeres aquellas, tan apetitoso es el pan porque así lo hacen: con dulzuras, con deseos, con las manos del amor conquistado, de la fiebre conjurada y el piso limpio, por eso el pan es tan apetecible, tan deseable, da tantas ganas de tener pan y más pan hasta el límite de decirlo en los rezos, porque los cristianos, pensó Iván, piden por el *pan nuestro de cada día*, que es ése que hacen las madres con el trigo que segaron los hombres, y los judíos celebran con pan ácimo, que se hace de la misma forma pero sin levar, y recuerdan con pan siglos de esclavitud y siglos de liberación y muchos años de atravesar el desierto con Matzá, que es el Pan que Dios dejó caer, Dios, es decir, las madres que amasan y los hombres que siegan. Eso sí es maná del Cielo. Tanto esfuerzo por el pan también justifica que esa palabra tan simple, tan corta en casi todos los idiomas, esa palabra nunca esdrújula, nunca compleja, sea sinónimo de alimento, de comida, de saciedad. Precisamente porque lo hacen las madres en su ámbito.

Iván se detuvo. Se llevó un pedazo de pan a la boca, miró la sonrisa contagiosa de Ella y entristeció. Mucho entristeció porque su madre nunca le había hecho pan, su madre compraba por teléfono en una tienda enorme una vez por mes, y el pan de casa era una bolsa de plástico cuadrada y fabricada al efecto, con muchos colores, y decía algo así como «pan lacteado con fibras, rebanado y con sal reducida en sodio», y eso era muy complicado cuando uno quería tener una madre que hiciera pan. Por eso Iván estaba enamorado de Ella. A lo mejor. Entonces la miró de nuevo a Ella y la tristeza se disipó.

En el hospital los miraron con extrañeza. Iván era el que hablaba y Ella se dejaba llevar. Actuaba muy bien Iván como el marido preocupado por la herida de su esposa, y ya que nunca un médico la había visto (a la herida, porque —según Ella dijo— nunca un médico había visto esa herida precisamente porque nunca un médico la había visto a ella) él quería que ahora vieran a la herida y a la esposa.

Para saber.

¿Para saber qué? Iván no sabía muy bien qué quería saber, pero esa herida tan roja y tan larga le parecía suficiente para que un médico se interesara. Además ya se sabe que son en general los médicos los que deciden qué es lo que uno debe saber y qué no.

Pero las cosas se complicaban. El hospital era público, es verdad, «como en la época del comunismo» pensó Iván, porque así decía siempre su madre, «público como en la época del comunismo» e Iván no sabía muy bien en qué época estaban ahora, pero sí sabía que

pagando un bono en la cooperadora del hospital a él lo atendían, de modo que ahora quería que la atendieran a Ella.

Nunca le dijeron que no. Nunca le dijeron precisa o específicamente que no.

Pero las preguntas eran tantas y tan obvias y era tan claro que a Ella no la querían (y le miraban el pantalón deshilachado y el ridículo suéter que le había dado Iván, tan grande para ella, tan de varón, y esos zapatos viejísimos, y esa cara de mujer que el tiempo tiró a la basura) que Iván tuvo que ofenderse con la recepcionista, el jefe de la caja, el consultor médico, el médico 1, el médico 2, el médico 3, y a todos les decía lo mismo:

«Ya pagué el bono y quiero que atiendan a mi mujer», y no dudaba en hacerle mostrar la herida que estaba muy inmediatamente debajo de su suéter.

El nombre de Ella no se sabía y tampoco había documentos para mostrar (Ella decía nombres distintos que habían usado para llamarla, e Iván le decía «mi amor» y eso era suficiente) pero a Iván le parecía solamente importante para él y para ellos que Ella estuviera ahí con su herida, con su hombre y con su bono para que la atendieran en el hospital público «como en la época del comunismo».

Cuando Iván pronunció estas palabras en voz alta —casi sin darse cuenta, porque estaba muy agitado ya, se sentía maltratado y finalmente su madre decía eso de vez en cuando, «como en la época del comunismo»—, cuando dijo eso, los médicos se miraron con estupor, como quien escucha algo así como «y si no, llamo a tu padre» o también podría ser «le voy a contar a tu mujer», una amenaza, una especie de sutileza amenazante, de sopor recordado.

Nadie quiso discutir cómo era

«la época del comunismo»

pero bastó que un viejo que barría la sala (que era, sin duda, un empleado histórico del hospital) interviniera diciendo «aquí se atendió siempre a todo el mundo» para que esa voz resonara como un estrépito:

como si una conciencia misteriosa y arcana
dormida por años
se hubiera despertado a hacer justicia
como si la misma Justicia
demorada y atareada en otras lides
empezara por fin su tarea mandando un emisario
ese viejo

precisamente al hospital de Varsovia donde estaba Iván en este momento
porque fue un momento de eclosión
de hallazgo
todas las miradas del hospital se detuvieran en Ella
en Ella y en Iván

El silencio fue notable, esta vez era un silencio favorable, político, un silencio que decía «Se hará Justicia», un silencio adecuado a la dignidad de esa pareja de un joven y una vieja, un silencio como de conquista, de heredad recuperada, de paz después de la batalla ganada.

Todos los ojos de Varsovia, silentes y decorosos, los miraban con respeto a ellos y al viejo que barría: los médicos, los consultores, los políticos, el Alcalde, los empresarios; como si todos los europeos estuvieran atentos, en este momento detenido, misterioso y lleno de honra, a la suerte de Iván y su Señora Esposa (porque fue tan súbito el respeto que se sintió hacia Ellos que no podría escribirse eso de una forma menos ajustada y propia), y todos los miraban con decencia recuperada, con una atención que provenía del Oeste y del Este, del Norte y el Sur, porque Iván estaba seguro que el Parlamento Europeo —del cual no se sabía muy bien qué era ni para qué podía servir— miraba en este momento hacia Varsovia, hacia el hospital; y también los nunca suficientemente arrepentidos alemanes miraban y estaban impresionados por esa frase que dijo el viejo («aquí se atendió siempre a todo el mundo») tanto que el Bundestag le obsequió un pasaje ida y vuelta para conocer Auschwitz; y Monsieur le Président de la France tuvo —faltaba más— unas ganas incontenible de repetir la frase, tan incontenibles que la repitió en el Eliseo delante del Premier y de todos los ministros y cardenales y otros militantes de la piedad, a todos les dijo «aquí se atendió siempre a todo el mundo» y a todos se les erizó la piel por Radio Nacional: la frase recuperó para Francia la administración exclusiva de la Igualdad, monopolio que a Francia siempre le ha interesado mucho; y la Reina Isabel II, siempre vestida de un color impropio, siempre con un sombrero con forma de alcancía en la cabeza, siempre con ese aire de Catalina la Grande, siempre con esas faldas de trescientos años de realeza beige y esa mueca como de asco y ambigüedad, se paró así, disfrazada de Reina de toda la Gran Bretaña, Jefa de la Commonwealth y papisa de la Iglesia Anglicana y en el Parlamento dijo mirando hacia el viejo de la escoba «aquí se atendió siempre a todo el mundo»: y los Lores, que son Pares del Reino y son miles, y los comunes que son mucho menos y muchos menos, se pararon y aplaudieron como enloquecidos y cantaron «God Save The Queen» con tanta fuerza que el Obispo de Canterbury, desde

el condado de Kent, dio orden de hacer sonar doce veces las campanas de la Abadía de Westminster aunque no eran las doce para nada, y en todo el reino y la Comunidad Británica de Naciones se supo, de manera indudable, que desde aquella epopeya puritana de 1688, desde los parlamentos Corto y Largo, o desde antes más bien, desde Juan sin Tierra que «aquí se atendió siempre a todo el mundo» y rindieron respetos a Iván y su Señora Esposa; y los españoles, tan orgullosos ellos de todo, de Franco, de Felipe II y de Felipe González todo al mismo tiempo, de la República, de sus Cortes, de su Rey perdido y recuperado, de la Guerra Civil, de los tres millones de muertos por ellos mismos muertos, del falangismo, de ser europeos tan violentamente, los españoles también lanzaron unos cuantos euros al aire, bailaron a los brincos una sevillana, largaron unos toros a las calles de Pamplona, cantaron una zarzuela en Madrid más o menos de memoria mientras Su Majestad el Rey Juan Carlos y la griega Reina Sofía decían a la par «aquí se atendió siempre a todo el mundo», y el Escorial tembló y en el Valle de los Caídos se vieron algunos huesos de los bien atendidos en España; y los catalanes en Barcelona interrumpieron el bicentésimo cuadragésimo tercer homenaje a Gaudí para rendir su honra a esa frase que repitieron, «aquí se atendió siempre a todo el mundo», pero se ofendieron con el viejo de la escoba porque no la dijo en catalán que como se sabe, para ellos hay un idioma —el catalán— y los demás son derivados minusválidos que no deben ser ni masculados y esas ofensas les duran siglos y siglos; y los italianos, y los rusos (¡los rusos!), los belgas y los suecos, todos dijeron que «aquí se atendió siempre a todo el mundo», y estuvieron muy de acuerdo y muy satisfechos con el viejo de la escoba, habría que asegurarle un buen retiro a ese viejo dijeron en Suiza, pero los polacos pagan pocos impuestos replicaron los suecos, y así, toda Europa se dio cuenta de su deber, recordó más bien su deber, es decir, lo que hizo Europa fue darse cuenta, como siempre lo hace, de que ellos han hecho siempre bien todas las cosas de este mundo, y que basta con recordar un poco para poder atender a la Señora Esposa de Iván con toda justicia.

Eso pudo pasar en Europa esa tarde, y qué felices fueron todos los europeos en el Este y en el Oeste cuando sintieron que era justo mirar la cicatriz de Ella: fue como tomar la Bastilla nuevamente, crear el Estado de Israel, derribar el Muro de Berlín, proclamar la Carta Magna, fue como fundar la Sociedad de las Naciones, hacer el juicio de Nüremberg, proclamar la república irlandesa o italiana o griega, o tirar el busto de Stalin de una buena vez. Todo eso volvió a suceder en ese instante preciso del invierno de 2003, y el Papa dedicó una Bula y miró hacia atrás dos mil años de historia —porque cuando los papas

miran hacia atrás ven dos mil años— y reunió al Sínodo y al Cónclave y al Consistorio y a todos les dijo «aquí se atendió siempre a todo el mundo», y los obispos y cardenales y párrocos y monseñores miraron hacia Iván y hacia su mujer con una piedad enorme, y estuvieron tan de acuerdo con la opinión del Pontífice que cantaron un salmo y aplaudieron la decisión del hospital de mirar esa herida; sobre todo porque el Papa de ese momento era alemán como fueron los nazis pero ahora estaba de acuerdo con el viejo aquel del hospital, y esas conquistas vaticanas se pueden hacer valer muy bien para beatificar al Papa después, o mejor, hacerlo santo, porque para los obispos toda esa gran justicia sólo puede ser obra de Dios siempre que la Iglesia sea la oportuna intermediaria y Dios no trabaje sus milagros con otras agencias, como la rusa o la griega, cosa que sucede a veces.

Todos, en suma, todos se atribuyeron la enorme justicia de ese hecho, con una nada rara y previsible excepción: las familias Reagan y Bush, es decir, los petroleros de los Estados Unidos quienes en ese momento de profundo silencio y recogimiento estaban invadiendo países aunque ya no ocupaban la presidencia, repartiéndose botines de guerras ganadas o perdidas (ellos repartían igual los botines) y dividiendo por enésima vez el antiguo Imperio Persa en pedacitos cada vez más chiquitos para explotarlo mejor, y asociando empresas valiosísimas a la conquista del Asia, y en Hollywood había tanto ruido que nadie oyó el silencio respetuoso y digno que impuso por una vez en estos siglos la Justicia, porque en ese momento se estaba filmado una centena de películas chatarra y todos los americanos serios (porque a los estadounidenses les gusta que les digan americanos para ser un poquito más abarcativos) habían dejado la seriedad para reírse a carcajadas —en todos los Estados Unidos— del Corán y de Las Mil y Una Noches, que no sabían exactamente si eran lo mismo pero igual les daba mucha gracia y se reían de eso como se reían de las elecciones en Florida o del premio Pulitzer o de los Simpson, y entonces, para no ser menos, siguieron riéndose, comiendo palomitas, tragando cinco mil calorías diarias, mirando miniseries y sócer y votando por los republicanos o los demócratas, que al fin y al cabo son las personas que gobiernan bien el dinero que va a parar a las hamburguesas.

Es decir que con esa sólo excepción, Iván y su Señora Esposa tuvieron su momento universal, de universal justicia y universal miramiento. Porque los japoneses son muy respetuosos de esos silencios, son especialistas en silencios, y los chinos son temerosos de la justicia comunista, y también dejaron todos ellos, en el Oriente, lo que estaban haciendo para mirar hacia Varsovia, hacia el hospital, hacia el viejo de la escoba y para repetir, cada uno en su sitio (menos

en los Estados Unidos) que «aquí se atendió siempre a todo el mundo».

La sensación fue tan fresca, tan general, con tanta certeza de universalidad, que la gente se sintió fraterna, digno cada cual en su sitio honroso.

Los médicos del hospital invitaron a la Señora Esposa del Joven Iván a pasar a un consultorio, y las ropas de Ella, desde el vestido, los zapatos y el abrigo, fueron bellísimos hasta la envidia.

El señor y la señora de tal: la justicia

Estaba flaco y casi destruido. Con el alma destruida. Iván había explicado a los oficiales de la Gestapo, a la policía de Varsovia, al Ejército Regular Alemán, a la SS, a la SA, a los sacerdotes que colaboraban ansiosamente con toda esa repugnante cacería de gente, que él no era judío y su señora Telma —que andaría por algún lado— tampoco.

Pero dar esa explicación, mostrar su miembro sin circuncidar, dar pruebas de fe católica y todo lo demás se opacaba cuando defendía al judío doctor Spivak, porque Iván, la verdad, no encontraba ninguna razón para que su médico —el médico que le devolvió la virilidad— estuviera en ese sitio, detenido, preso, torturado, sin agua y sin comida. Y Sara, su esposa, también estaría por ahí, y también Telma pero, ¿dónde, para qué? Eso lo indignaba tanto que lo decía, y los nazis se molestaban muchísimo con él cuando se indignaba en voz alta y generalmente lo golpeaban con muchísima fuerza.

Estaba herido de muerte de tantos golpes que había recibido por indignarse, por defender al doctor Spivak, en fin, por tratar de explicar la inocencia de todo el mundo.

Eso de andar haciendo justicia por él y por los demás era algo que no le perdonaban (era casi tan grave como ser judío) y lo golpeaban sin cansarse nunca; él tampoco se cansaba de seguir diciendo siempre lo mismo. Tal vez no tuviera alternativas.

Iván no podía comprender que los judíos sí merecieran esa suerte y él no, y hasta pensó que si su médico tenía que estar ahí, por qué no habría de estar él. En términos de justicia mejor o peor, era muy raro todo.

Claro que le preocupaba mucho su hijo por nacer pero tampoco podía saber dónde estaba Telma; cuando preguntaba lo interrogaban sobre el origen judío ella, y él se enfurecía por la incapacidad de esta gente de pensar en otra cosa.

«¡Qué obsesión tienen con los judíos, si el hombre que me devolvió la virilidad es un judío!» —dijo.

Entonces creyeron que Iván era homosexual y que Spivak tenía relaciones con él, y lo torturaron y lo golpearon, e Iván se dio cuenta entonces de que nadie entendería ya nada de nada y que lo mejor era soportar todo eso así, del modo en que estaba sucediendo y en silencio, porque hablar empeoraba todo, siempre, aunque dijera

«quiero sopa», que un día dijo «quiero sopa» y un capitán berlinés le hizo un tajo en la cabeza con un golpe de pistola. Sangró durante más de una semana, el judío homosexual, como lo llamaban en la cuadra pero con palabras irrepetibles.

¡Cómo se arrepentía Iván de haber tenido tantas prevenciones respecto de los judíos! Porque lo cierto es que él, como muchos de sus amigos y —por decirlo así— casi todos los polacos, tenía muchas prevenciones sobre los judíos, nunca tantas como los alemanes que habían llevado las cosas hasta este punto, pero la verdad es que ellos había colaborado sin querer, siempre con esas dudas, esas maneras de calificarlos, que si son raros, que si se visten así, que si comen aquello, que si rezan en ese idioma, que si el pelo, que los hijos, las costumbres, y al final sin querer los habían convertido en algo diferente de ellos, gente distinta que se puede separar sin dificultad.

Todos eran culpables, todos eran cómplices, los que decían que los judíos eran raros, los que se quedaban mirándolos como si fueran extraterrestres, los que no creyeron en los campos de concentración, los que se sintieron a salvo porque no eran judíos. ¡A salvo por no ser judío! Y ahí estaban Iván y Telma para demostrar lo contrario: a salvo, a salvo de qué, cuando la bestia despierta arrasa con todo, con todos, los judíos son una excusa, el propósito es arrasar, ocupar, esa es la verdad, podrían haber dicho otra cosa en lugar de «los judíos», podrían habérsela tomado con otros y decir «los chinos», pero nadie dice «los chinos» porque son decenas de miles de millones y son poderosos y disciplinados y no se puede contra ellos.

Dijeron «los judíos» y fueron por ellos, contra ellos, y como los hay en todos lados en Europa sirvió esa consigna para expandir Alemania hasta el límite de todo el continente, porque Hitler es como Julio César, no, como Calígula, como el Sultán Al-Butar, y todos hacen algo por él.

¡Qué inmenso amor tienen por Hitler los alemanes! Es notable ese amor, es realmente muy curioso, curioso como el amor que sienten los italianos por Mussolini o los españoles por Franco, todos ellos se han conjurado en la misma senda y lo extraño es el amor que despiertan, la adhesión, la popularidad, el entusiasmo: con ese entusiasmo se puede construir muchísimos campos de concentración, con esa popularidad es posible matar a un montón de gente, matarla con sinceridad, con convicción, con el clamor de los pueblos, matar por justicia —no por deseo— porque la justicia es lo que el pueblo quiere y si el pueblo quiere a Hitler, lo que Hitler hace, eso, eso es Justicia.

Eso es lo que está pasando en Europa, pensó Iván. Es la Justicia que los pueblos quieren y si la quieren mal o bien no es problema de nadie. Fue así como se sintió un esclavo de la justicia y la verdad de

esa convicción no mejoró para nada ni su hambre, ni su dolor, ni su sensación de que estaba siendo tratado como un miserable.

«Entonces todo da igual» pensó.

Menos el hijo.

Sí. Había llegado a ese extremo de la vida en que se arriba rápidamente a esa conclusión.

Todo da igual, menos el hijo

El hijo no da igual, no se pone en duda, no es lo mismo que sufra o que no sufra, que nazca o que no nazca, que sea infeliz o que sea dichoso, que esté enfermo o sano, que tenga hambre o comida. No es lo mismo, no da igual, no es indiferente, no importa nada. Por lo tanto la única esperanza, la única razón, el único motivo que Iván tenía para encontrarse a sí mismo era encontrar a su hijo.

Y que el mundo se arregle como pueda, o que se haga trizas solo.

Para eso tenía que encontrar a Telma.

Buscó y buscó. Preguntaba, indagaba. Miraba por las noches los movimientos de los pabellones de mujeres a riesgo de que lo vieran y lo mataran.

No le importaba: todo da igual, menos el hijo.

—«Y que el mundo se haga trizas solo» —repitió.

Durante el día, cuando los amontonaban en un taller a reparar bielas de tanquetas o motores de camiones pesados, Iván se escapaba de alguna manera por unos veinte o treinta minutos y miraba con precisión cómo salían las mujeres de los talleres de hilar, por dónde entraban, cuántas eran en cada cuadra.

Un mediodía, cuando robó su tiempo al almuerzo (porque llamaban almuerzo a una inmundicia que les daban de comer a los que trabajaban en algo, porque los demás, los que no quisieron o no pudieron trabajar, habían desaparecido misteriosamente), se encontró con una mujer que también se escabullía.

Le explicó que buscaba a su esposa, Telma se llama, «es así, habla así, la cara es así», describió Iván para dar detalles.

La mujer lo miraba impresionada: «Usted está loco, está describiendo a cualquiera de las miles de mujeres que hay aquí. Todas tenemos la misma cara destrozada, los mismos ojos congelados, la misma piel militar. Es inútil».

Para Iván no era inútil. Esta mujer, no obstante, lo conectó con otra, y ésta con otras. Lograron hacer una trama de encuentros

silenciosos y secretos con claves y precauciones.

Todos buscaban a alguien: maridos, hermanas, padres, hijas, abuelos, primas. Esas búsquedas los hermanó, ya eran muchos los hombres y las mujeres que seguían una trama de salidas cuidadosamente programadas para ver a otras mujeres y otros hombres: cada uno describía a quién buscaba y los otros trataban de recordar y de dar señas.

Había habido algunos resultados y una madre dio con su hijo, y una hermana con su hermano y así. Incluso Iván logró que un compañero de su cuadra encontrara a su prima, lo único que le quedaba. Esos pequeños triunfos del amor les hacían ganar a su modo la guerra perdida. Porque en los campos de exterminio la guerra se perdió.

¿O alguien creyó después otra cosa?

Una tarde (era la tarde del 13 de marzo de 1941, nunca lo olvidaría) se encontró con tres mujeres. Él iba con dos hombres de su pabellón. Uno buscaba a su esposa, como Iván, y el otro a su hija de dieciocho años. Las mujeres buscaban a sus hombres, parientes de algún modo.

Ahí estaban: eran tres. Se vieron, se pararon frente a frente, solían hacerlo así, en silencio, e Iván pudo ver: una mujer muy joven, otra muy arrugada y Telma

Telma
Telma casi sin ropas
Telma con la piel militar
Telma sin amores
sin Dios
sin Telma

Con el signo del escándalo trazado en los ojos y en el brazo.

Se vieron.

Telma se quedó ahí, congelada; Iván se acercó como quien se aproxima a un enfermo muy grave, a un bomba que está por estallar o a la representación de su dios.

Le tocó la cara, el cuello, los pechos.

Telma.

Los demás se disiparon.

El silencio era mucho; por la cara de Telma caían lágrimas lacias y silenciosas. Tantas que no hizo ninguna otra cosa.

No se abalanzó sobre Iván, no lo abrazó.

No pudo.

no
pudo

Se quedó ahí llorando
quieta, muda
dejando que Iván la reconociera
la tocara
le bendijera el rostro, los pechos, el vientre
le besara el cuello, las manos
tomara sus lágrimas

Él hizo todo eso, hablaron un poco y, sobre todo, encontraron así la forma de empezar a verse de nuevo.

se quedó ahí llorando
quieta
muda
dejando que Iván la reconociera
la tocara

Telma embarazada

Él y Ella: la herida

«Es una herida», dijo el médico. Pero ya se sabía que era una herida. Iván no había llegado hasta el hospital con Ella para que le dijeran que una herida era una herida.

Él quería saber más, quería saber el origen, la causa, el hijo.

Ella lo explicaba así; decía «es la herida del bebé», entonces el médico le explicó a Iván que no: esa herida podría haber sido una cesárea, pero era perfectamente impertinente para serlo. Tal vez Ella hubiera perdido un hijo, pero no por esa herida, ni a causa de ella.

Eso era todo. El carácter de esa herida tan fea, tan roja, tan mal cicatrizada, se debía a la mala alimentación de ella, a la falta de vacunas, de cuidados, a las lastimaduras constantes, a los sitios donde dormía, a la falta de ropas y de abrigos adecuados que amortiguaran golpes o lastimaduras, en fin.

En cuanto al origen, no se sabía, no se podía saber y Ella no recordaba.

Iván pensó y pensó. La verdad es que tenía sentido lo que decían. Después de una vida tan azarosa, tan compleja, tan llena de problemas y tan vacía de dichas, Ella podría tener, por lo menos, una herida. Y dadas las famosas circunstancias la herida podía ser importante, grande, poderosa, roja.

Una marca, una señal.

Una señal. En eso se quedó pensando Iván. En la señal. Entonces le pidió a los médicos que la vieran a Ella toda por entero, completamente desnuda, para saber si era ésa la única señal que había en su cuerpo. Así se lo hicieron saber a Ella (que era un deseo de Iván que Ella se desvistiera por completo) y Ella se desvistió, le encantaba hacerlo frente a Iván, y cuando estaba él no le interesaba la presencia de los demás, como queda muy claro después de saber que hacían el amor al aire libre junto al río o en la plaza.

Ella se desnudó y volvió a repetir lo mismo de antes, «es la herida del bebé», y se sacó la trusa, y dijo «convénzanse, es la herida del bebé, eso lo supe desde el comienzo» y todos se mostraron sorprendidos y Ella se sacó la camiseta que antes se había levantado apenas, se quitó las medias, y completamente desnuda caminó hacia una pared blanca, absolutamente blanca como sólo puede haber en los hospitales; se apoyó de espaldas a la pared y de frente a ellos para que la vieran mejor; eran tres médicos e Iván, y Ella levantó los dos brazos

hacia arriba como Cristo en la Cruz pero más arriba los brazos, entreabrió con fuerza las piernas y miró a todos a los ojos, uno a uno, con una imposible lentitud.

¡Qué desesperación, que agitación tan imponderable! Ahí estaba Ella con todo su cuerpo —moreno, aceitunado, ajazminado, de verde luna, oscurecido por el sol— en el contraste insolente de la pared blanca con las manos en alto como Cristo pero más altas y los pechos por primera vez algo levantados, erguidos, como si el amor los hubiera rejuvenecido, amasado, como si otra forma tuvieran ahora más redonda, más enhiesta, dos pechos pequeños pero deseables, curiosos, y su delgadísima cintura que daba lugar a una cadera más amplia, un vientre liso y llano con una enorme cicatriz que ahora, por obra de un milagro inusitado, era como un adorno, un detalle simbolista, un preciosismo, eso que había visto Iván en el mapa, una cordillera perfectamente diseñada, un trazado armonioso, acaso recuperado por el amor de él que tanto la había acariciado y besado, que tanto había recorrido ese cuerpo, y tal vez la herida, susceptible al amor de un hombre, se hubiera embellecido —como el amor la embelleció a Ella— porque seguía siendo lo que siempre fue pero ahora era bella; y por fin ¡El sexo de Ella!

¡Qué exuberancia, que desfallecimiento! Los médicos traspiraban, excitados, animadísimos, muy estimulados: ese sexo tan tupido, esa mata increíble de pelos salvajes que adornaba el ingreso a un espacio pequeño, lujoso, imaginable.

Su sexo era una invitación, una insolencia, un deleite inespecífico, esa cavidad tan visible, tan recorrible que se abría allí, expectante, directa y morbosamente, como si el sexo grave de esa mujer los mirase a la cara ¡era eso!

El sexo los miraba a la cara, les hablaba, les decía «recórranme», peor aún, se los decía individualmente a cada uno de ellos, los desafiaba, y cada uno prestaba atención, cada cual, sólo al sexo de Ella mirándolo como se mira una obra de arte, una película o una diadema recién hallada en medio de un matorral. ¡Es que eso era!, una diadema no, pensó Iván, más bien un diamante escarlata en medio de un tupido matorral, una piedra rojiza inmaculada arrojada entre flores y laureles y pastizales, y daba ganas de agarrarla, de tocarla aunque sea, de acariciar esa vegetación y llegar a la piedra, la joya, la recompensa, y todo en Ella fue hermosura y juventud con esos hombres mirándole el sexo y deseándola con evidencia, con claridad, con algunas exclamaciones ahogadas.

Todos estaban excitadísimos, Iván el que más, Iván ya no podía contenerse, quería arrojarse encima de Ella, hacerle el amor violentamente, y no eran los médicos quienes lo inhibían; lo detenía el

hecho visible de que todos querían hacer lo mismo y eso se sentía en el ambiente; mover un dedo podía ser el inicio de un escándalo.

En ese gran consultorio iluminado había tanto deseo, tanta pasión, tanto sexo, que Ella fue joven y hermosa provocando tal gozo, tal desesperación.

La escena fue interminable: Ella movía la cabeza lentamente sobre la pared blanca como si la estuvieran amando y rascaba su cuerpo muy ligeramente contra la pared como si danzara para sí misma con los ojos entrecerrados, moviendo la cadera, un poco las piernas, casi siempre ese sexo iluminado, cada vez más iluminado, cada vez más visible y más grande, una abertura divinizada y perfecta ante la cual esa herida no podía ser más que un detalle, un adorno adicional.

Se sentían tan apasionados que cayeron lágrimas de los ojos de Iván, y uno de los médicos también gimió; había pasado tanto tiempo que Ella, en un solo acto, consideró que ya habían visto suficiente, se agachó, tomó su camiseta, se cubrió con ella el sexo pudorosamente, dirigió los ojos hacia su hombre —con una dulzura envidiable— y le pidió que la ayudara a vestirse.

Todos oyeron como una música e Iván tomó las ropas de Ella —excitadísimo— y —excitadísimo— la ayudó a vestirse.

Mientras lo hacía la tocaba.

Desde ese día no hubo en Varsovia mujer más bella.

No habrá.

El señor y la señora de tal: la herida

Telma viva y embarazada.

Eso le daba a Iván razón para vivir. Su vida fue un milagro desde entonces. No hizo más que esperar un día y otro día para ver y volver a ver a Telma embarazada.

Cuando se encontraban Telma sufría mucho. Ninguno de los dos sabía qué hacían ellos —ni los demás— allí —Iván conocía bien el origen de la confusión— y Telma se hacía muchas preguntas.

La sensación de irrealidad que tenía era tan grande que apenas podía explicársela. No entendía cómo llegaron hasta ahí ni cómo era posible ese sitio deleznable, pero en todo caso Telma no entendía qué estaban haciendo todos esos judíos allí juntos. Se había dado cuenta ya de que los mataban, que una extraña culpabilidad caía sobre todos ellos como si haber nacido fuera un castigo que estaban expurgando en ese infierno y antes de ser ejecutados.

Una fisura, una herida enorme tajaba la realidad y la quebraba, enloquecida.

Y la realidad herida ¿Cómo se sanaba? ¿Con homeopatía?

¿He sido feliz? Se preguntaba Telma. Miraba cómo su vida llena de comodidades, de amor, de cuidados, de caminatas al sol, de recuerdos de su madre, y sobre todo la busca implacable y lograda de este hijo, el que lleva en las entrañas, esa vida tan sosegada, tan previsible, tan armoniosa, se había convertido en la más dura esclavitud, en tener hambre y sed, estar abandonada y enajenada, sufriendo diarreas y hemorragias y dolores de muelas, sin bañarse, sin ropa, hecha un carnero, un puerco que se revuelca con otros puercos.

Telma había creido alguna vez que los judíos podían merecer esa suerte. Ahora sentía culpa. Ella nunca permitiría que humillaran a nadie, pero se reprochaba el haber sido tan discriminatoria, tan innecesariamente crítica de todos los judíos, los conociera o no. Lo que más la perturbaba ahora era su necesidad de discriminarlos de nuevo, de separarse de ellos, de gritar al mundo que la sacaran de allí «pues ni yo ni el bebé que llevo dentro somos judíos» solía decir Telma, y todo eso sonaba tan ridículo, tan artificial, tan injusto: y ella lo sabía aunque fuera cierto.

Iván, por su parte, especulaba un poco menos. Tenía las manos tajeadas de trabajar en el taller y ahora que había encontrado a su mujer y a su bebé, era discretamente feliz. Sabía que si tomaban

algunas precauciones, el hijo nacería y podrían ver después cómo hacerlo crecer a escondidas, en fin, ya se vería eso de algún modo y con el tiempo.

Sería un padre feliz y eso era, en realidad, todo lo que él quería.

Ser un padre feliz.

Aún ahí, en el campo de concentración, haciéndose el judío, admitiendo que sufre un castigo por ser judío —lo cual ya es horrible — sin ser judío —lo cual le parecía un asqueroso detalle—.

Ante todo ese dolor que lo rodeaba, ser o no ser le daba igual.

Salvarse solo, en todo caso, no era una alternativa para él.

Siempre tan tonto este Iván, pensaba Telma. Ya lo hemos sufrido todo, se ha muerto mi madre, también la de Iván, nuestros padres, no hemos tenido hermanos y apenas tenemos amigos, nos mudamos desde el suburbio al centro de Varsovia —siempre con Nelly, eso es cierto—, nos sometimos a los rigores homeopáticos del doctor Spivak, a las habladurías indignantes de todo el mundo y ahora, por culpa de ese homeópata del demonio, estamos en este sitio sin definición, casi sin nombre. ¿Por qué no explica Iván más claramente que nosotros no somos judíos? Toda esta perversa arquitectura de odios y castigos será muy injusta y yo lucharía contra ella si pudiera, pero está diseñada para ellos, no para nosotros, decía Telma.

Porque a ella le parecía muy mal que hubiera un campo de concentración, pero también sentía que había sido concebido para otros. La causa de que ellos estuvieran ahí era inexistente.

¿Inexistente? le dijo Iván. ¿Es que no te das cuenta que para los nazis cualquier causa es suficiente? ¿O qué clase de causa es ser judío? Podríamos estar aquí por atendernos con uno de ellos si quieres una causa, por tener un judío por médico. Ahí tienes la causa: la tienes. Pero aquí no hay causas ni hay razones, Telma. De ninguna forma. No seas necia. Hay castigos y muertos y hambre. Es, piénsalo así, una pequeña reproducción del mundo. Unos pocos están en algún lado bailando y bebiendo whisky, y los más estamos por acá, ya ves cómo.

Pero esa reflexión, lejos de tranquilizar a Telma, la volvía loca. Ella estaba muy segura acerca de qué lado del mundo le tocaba a ella y a su marido también. Y ahora estaban en el lado incorrecto e Iván no hacía nada por trasladarse.

Lo cierto es que estaban ahí, correctamente ubicados o por error: pero ahí. Y Telma, repentinamente, se retorció de dolor y gritó. Y gritó.

Era su bebé. Tenía contracciones, dolores propios de su estado

Los descubrieron
Eran tres oficiales del Ejército Alemán
A Iván le vaciaron la carga de una metralla en la cabeza
Telma gritaba desesperada mientras le sostenía la mano
gritaba de dolor

«Iván»

y veía como su cara se desfiguraba
mientras las balas entraban y salían por su cráneo
y viajaban ligeras
por el largo y varonil
cuello de su esposo

por las órbitas de los ojos
se escurrieron los ojos
y muchísima sangre

a ella la llevaron arrastrándola hasta la cuadra
gritando sin voz
sin fuerza
sin Iván

Iván

sin Ivan
para siempre

Telma entendió así
sin Iván
y de ese modo revulsivo
y para siempre sin Iván
que ese campo
también fue creado para ella

Él y Ella: una niña

Era tan hermosa Ella desde que la vieron hermosa que Iván sintió la tentación de comprarle las ropas más bellas de Varsovia. Tomó dinero y jabón, bastante dinero y un jabón de la casa de sus padres y después de bañarse con Ella en el río y de embellecer aún más su piel con el jabón que trajo, fueron a las tiendas.

Primero, a una peluquería, donde se hicieron cargo de su largo pelo, de las uñas de sus manos, de sus pies. Su modo de andar era ahora tan seductor y exclusivo que no parecía una pordiosera: era una mujer que se vestía con deliberada tosquedad.

El corte de pelo (aunque lo conservó largo) le dio una distinción jovial, altanera, y las manos encremadas con uñas bermellón la tornaron sutil y discreta.

Luego fueron por un vestido largo color azul Francia, con un largo tajo desde la cola hasta los pies que dejaba insinuar la trusa nueva color cielo.

Sobre el vestido, en los hombros, una manta de seda blanca como la piel de un bebé y así de suave y tentadora. En el cuello, una perla, sola y blanca, sostenida por una discreta gargantilla de oro blanco.

Blancos zapatos altos la irguieron casi hasta el cielo y la mostraron como se muestra un trofeo a la divinidad.

Las empleadas de las tiendas, cada vez que se probaba otra prenda, le hacían probar otra fragancia, de modo que estaba Ella tan perfumada que las más ricas mujeres árabes, recostadas sobre bellos jardines de azucenas, no tenían un aroma tan digno.

Tomados de la mano caminaron por el centro, y todos la miraron porque todos la miraban y volteaban, era una niña bella y dulce sobre un sueño visible, y él quiso invitarla a comer y Ella aceptó, y él la pidió en matrimonio y Ella aceptó.

¿Y tus padres? pregunto Iván.
No sé, dijo Ella.

Y cómo el padre de él estaba muerto y su madre en la cama escuchando como corre el agua del lavabo, la boda sería sin padres, una boda perfecta entre niños desiguales en un siglo que será siempre huérfano.

El señor y la señora de tal: una niña

Los soldados entraron donde Telma lloraba sobre una cama arrebatada de dolor.

Estaba por parir. Gritaba con desolación, con felicidad, con un dolor que le partía el alma, que la sometía y la controlaba.

Imposible describirlo: el dolor del parto es esa tragedia personal, dichosa y terrible, que las mujeres sienten y tampoco pueden transmitir.

No lo intentan porque no lo pueden transmitir.

Es un dolor paradojal: la náusea más deseada, el más delicioso de los dolores, la puntada más bella, la arcada de la vida.

En ese remolino estaba Telma: llorando de dolor y tristeza (la vida sin Iván) y llorando, llorando de alegría, por fin, ese bebé tan cuidado, buscado, tan milagrosamente perseverado a través de las hemorragias, las detenciones, el campo de exterminios, los trabajos forzados, los golpes que le daban, las patadas.

Todo eso llegó a la cabeza de Telma como una catarata, como un remolino de agua que le refrescaba la cabeza y el vientre, que la acercaba a su esposo muerto y la consolaba mientras gritaba de dolor, mientras sentía que su bebé luchaba contra el agua, la placenta, le penetraba el sexo en sentido inverso, desde adentro hacia afuera y con todo el cuerpo, la perforaba de veras, eso sentía, una perforación de verdad, un agujero, una partición.

Estaba siendo partido su cuerpo en dos pedazos, se estaba abriendo ella entera para que naciera su hijo, se abría como una flor, como un tallo, como una ostra que dará una perla, como se abre la tierra y crece un árbol, como rompe el pollito el huevo estaba su hijo rompiéndola a ella, abriendo su sexo grave, combatiéndolo, cabeceando desde adentro contra cada músculo de ese sexo que va cediendo, contra las piernas para que se abran más, y pateando, pateando el vientre para darse fuerzas, para darse envión, sacudiéndolo todo, convulsionando la matriz al grado de erizarla, inflamarla, y Telma fue una mujer más que nunca mientras el parto transcurría y la llevaban los soldados a una camilla donde una partera atajaría al bebé.

Telma apenas se dio cuenta del traslado pues era tal su gozo y tan fuerte el sufrimiento por el dolor y por Iván, era tan culminante lo que

estaba sucediéndole que podía sentir a su bebé casi llorando ya, mientras su sexo se abría como un volcán que está por erupcionar, como una olla a presión que rompe los hervores (quién diría que el sexo de Iván tuviera tanta fuerza finalmente), como el petróleo sale de la cuenca cuando no aguanta ya más.

Entonces la partera y los soldados que la custodiaban vieron, tirada Telma en la camilla, ese espectáculo: el sexo de Telma, aun en este estado pues estaba pariendo, era exuberante, magnífico, extraordinariamente atractivo, sobre todo por esa muchedumbre capilar que adornaba cada tramo de ese sexo grave como si estuvieran esos pastos negros y marrones custodiando un tesoro, como gladiadores, y embelleciéndolo, como flores. Y no pudieron ver más porque la lucha del bebé termina siempre igual: gana el bebé sobre el sexo completo de la madre y lo abre con la facilidad con que se abre una puerta sin llaves y sale a vivir, a llorar y a vivir a este mundo tan justo, tan bello, tan lleno de alegrías.

«Es una niña» oyó Telma y lloró de la emoción, «mi hija», dijo y siguió llorando, y los soldados tomaron a la beba y Telma

Telma grito enloquecida

«quiero a mi hija, hijos de puta»

y le dieron una trompada en la cara, pero Telma no se detuvo
y un soldado salió con su hija
y Telma se incorporó como pudo mientras sangraba y sangraba sin control alguno

«deme a mi hija, hijo de puta»

y la pusieron de pie
partida de dolor
y le bajaron los dientes que le quedaban
con el golpe de un bastón de acero
sin embargo Telma no se desmayaba, quería a su hija

pero un soldado salió con la beba
y sintió algo imposible para un nazi, algo absurdo

piedad

y en vez de descuartizar a la recién nacida, atravesó la vasta noche humedecida por la pena
hasta la carretera más próxima al campo de exterminio

y la tiró

tiró a la beba que lloraba en una zanja
—zanja en la que llorará hasta que un labriego viejo la rescate esa noche—
mientras Telma guerreaba desolada.

Como advirtieron que nada la calmaba, la partera se fue para no ver, y al caer la beba en esa zanja se hizo un tajo enorme en la pancita desde abajo hasta el pecho

es la herida del bebé

y cansados ya los nazis de tanta lucha con Telma, de todo ese capricho cuando había tanto por hacer en el campo ese día, que la sacaron a la rastra hasta el patio.
Ella completamente destartalada y herida y desnuda y recién madre
siguió bregando sin pausa
«mi hija»
y la tiraron en el piso, medio sentada contra un muro.

Ella lloró
dos soldados cargaron las armas
apuntaron a Telma al vientre y a su sexo
y Telma
agotada
exánime
rogó

rogó

la voz inaudible
les ruego, dijo apenas

¿Por qué?, preguntaron los dos que seguían apuntando con asco.

Las balas, más de una docena, como si salieran de las armas en cámara lenta, atravesaron con lentitud el patio nazi del campo de Varsovia apenas iluminado; cruzaron el aire fresco, recorrieron la distancia que había entre los nazis y Telma —que sangraba desnuda y sin Ella— y visitaron y descuartizaron, con la fuerza del plomo que estalla, el vientre que ha parido y el sexo grave.

LA SIMULACIÓN DE MATTHIAS

«… he imaginado este argumento, que escribiré tal vez y que ya de algún modo me justifica, en las tardes inútiles. Faltan pormenores, rectificaciones, ajustes; hay zonas de la historia que no me fueron reveladas aún…»

Jorge Luis Borges, «Tema del traidor y del héroe»

Simulación en la sala de té

Sucede allí, en el amplio sillón de la sala de té de la librería.

El joven está sentado con indisciplina frente a las tías, dos damas distinguidas hasta la frivolidad. Matthias tiene dieciséis años y un ejemplar de bolsillo de *Un Marido Ideal*. Desde los catorce fatiga párrafos de Oscar Wilde.

De cara a las viejas, está como tirado en el sillón. Y le gusta que lo mire —desde otro sillón y hace semanas— el hombre de barba que pone todo su detenimiento en él.

La sensación de ser observado es nueva; es urgente; es caótica.

Matthias tiene un aire cansado y los rasgos pálidos de un jovencito sin apremios, educado para no trabajar jamás, ser ponderablemente insincero y comportarse con suficiente cortesía.

Lleva el talante de un aristócrata cansado y no es bello pero es joven. Supone ese extraño atractivo informal que imponen el ocio indiscreto, la soledad, el dinero y unas tías viejas.

El hombre de barba —Matthias no podía adivinar su edad, es difícil adivinar una edad a la que no hemos decidido llegar todavía— lo miraba con una admiración sosegada. Era evidente que le atraía ese sopor insolente, desarraigado.

Por su parte, el hombre de barba —que se llamaba Andrei, pues con el objeto de explicar los pormenores de este encuentro no tiene sentido seguir llamándolo «el hombre de barba»— era un extraño empresario del derecho, a veces abogado, presuntamente rico; ocasionalmente parecía ser un bohemio empobrecido, un artista atormentado sin más que su talento; también era serio, ortodoxo y buen marido, o asimismo informal, aeróbico, de algún modo gay, tercermundista y ateo.

«¿Pero cómo?»
están diciendo ahora los lectores de relatos serios
«¿Cómo es posible? ¡O es rico o es pobre; o es abogado o no lo es; es ortodoxo o es ateo!»

y otras indignaciones por el estilo.

Sin embargo, señores lectores de relatos serios, no tenemos más alternativa que decir la verdad, porque ante todo ustedes quieren y

defienden

la verdad

y la verdad en este caso es: que Andrei era todas esas cosas.

Todas esas. Y otras.

Claro que no simultáneamente; a veces era de una forma, a veces era de otra, y todo lo hacía seriamente, intensamente, en todo creía con sinceridad y ponía en sus actos verdadera vocación.

Transcurría sin una personalidad uniforme. Andrei era perverso y buenísimo, podía cometer crímenes horrendos y organizar grandes acciones benéficas, podía robar y regalar fortunas, poseer tierras y maldecir terratenientes, amar a su mujer y encontrar un joven como Matthias para que fuera el amor de su vida, en fin.

En todo caso, el talento de Andrei era la permanente observación de la mentira. Ponía toda la energía de su vida en eso y en que no se advirtiera su complejo sistema de simulaciones: hasta hoy, en que nosotros tenemos el deber de decir

la verdad

y notamos y anotamos estas evidentes contradicciones con el solo objeto de biografiarlas.

Andrei no se molestará, él dirá con mucha gracia

«esto es pura literatura, los biógrafos son así»

y en verdad tendrá razón, los biógrafos somos así; añadimos por aquí y restamos por allá y al final nadie sabe qué cosa es verdad y qué no.

Por eso la historia universal es una secuencia de páginas mal escritas.

Sostener una buena mentira puede ser el verdadero objetivo de una vida, el más sensato si la mentira está bien organizada. No importa, de ningún modo, la justicia o la virtud de aquello que se defiende.

Andrei mentía porque no sabía hacer otra cosa.

Ésa es

la verdad

Mentir era su estatuto; no lo hacía para defender una fortuna, un amor, un prestigio: para defender nada.

El hecho era artístico y esencial; en esa rara confusión de esencias que era su carácter —como perfumes diferentes mezclados sin ningún sentido, condimentos con las propiedades alteradas—, podía

comerciar petróleo como un magnate árabe y tener serios problemas para comprar unos maníes.

Pero eso no importa; no importa en este momento un juicio moral sobre las inadecuadas infidelidades de Andrei, aunque está claro que es precisamente eso lo que debe hacer un biógrafo. Porque desde Suetonio hasta el triste biógrafo de Su Majestad la Reina Elizabeth II, todos tenemos el deber de inocular poderosos y opresivos juicios morales sobre los biografiados: mostrar el alma pérfida o blanquísima que han portado en la vida, desenmascararlos, mostrarlos tal cual han sido.

¡Ah, la verdad! ¡La gran prostituta! ¿Cómo asir del cuello a esa mujer barata y descascarada? ¿Cómo acorralarla y gritar

«aquí está la verdad, vean cuán antisemita era De Gaulle
y qué tan deshonesto Frank Sinatra»?

Es muy difícil lograr eso: atrapar a la prostituta tan sencillamente. Pero, como se sabe, al cabo del tiempo triunfamos los buscadores de verdades: un día escribiremos el libro definitivo, el libro colosal de la virtud, el tomito enciclopédico de la *Gran Compilación Universal*, el ejemplar que ha de llamarse: LA VERDAD.

¡Ah, qué título! La verdad escrita incluso así, en mayúsculas, en español, «VERDAD», con ese sabor castellano de uvas frescas que tiene la palabra sola, así dicha simplemente. O en francés

«La Verité» ¡Qué enorme placer! ¡La verdad en francés! ¡Cómo detestan los franceses la verdad, y sin embargo, qué específica la palabra, «verité», qué sencilla, filosa como un estilete, puntiaguda como un dardo, certera, breve pero terminante.

¿Y en italiano? «La Veritá», una palabra amplia como la decencia, aguda como la honestidad, cantábile, honrosa: los italiano recitan *la veritá* en canciones en amor, aunque *la veritá* les importa un corno (les importa el amor, no la veritá) por eso no la escriben: son muy astutos; aunque no tanto como los ingleses, los dueños implacables de la astucia al servicio del mal, que manipulan esa dura detonación, ese descorchamiento de la champagne, «The True»; nadie puede creer que *the true* sea verdad: por eso los ingleses y los norteamericanos, cuando dicen the true, dicen cualquier cosa; toda va bien con esa palabra absurda, dura como un casquete, estólida como un escupitajo.

Como sea, llegará ese día.

Diremos

He aquí: la Verdad

y en todos los idiomas han de soportar el encandilante bruñir de los

biógrafos. Porque la verdad se lanza como una bala, se clava como un puñal en el pecho enemigo, y con el lanzallamas de la verdad se incineran bosques enteros de fantasías.

No obstante, y por ahora, regresemos a la vida disoluta de Andrei. Porque en su caso sólo importa, sí —y por ahora—, que sepamos que en ocasiones —y ésta era una— Andrei se enamoraba de un hombre.

De allí ese pertinente detenimiento en observar a Matthias quien, a su tiempo sintió, por vez primera, que podía corresponder a una mirada de ese tenor.

Matthias ingresaba en la adolescencia a gran velocidad y empezaba a sentir pertinentes deseos en su sexo; apenas podía expresarlo porque vivía con dos tías viejas, suizas y energúmenas. Y que estaban siempre ahí.

La mirada no fue simple. Atravesó el amplio salón de té, sorteó viejecitas, tazas de café, teteras, veladores, libros, jarrones, sillones. Y se posó en los ojos, la del uno en los del otro y al revés.

Se miraban con urgencia y eso se notaba en los dos.
Ambos advirtieron la ansiedad,
la mirada cóncava.

Matthias está por ser convenientemente huérfano —ya veremos eso con detenimiento—; recibía instrucción en su casa con profesoras entrenadas. Vivía con esas dos tías-abuelas —pues en rigor sanguíneo no eran tías de Matthias sino tías-abuelas incluso escrito así con un guión en medio— llamadas Tanie y Elena, viejísimas, viuda una, virgen la otra, sin hijos ambas, ambas tías de su padre que aún no ha muerto del todo, herederas, inútiles, sofocadas por la complejidad de este mundo.

Habían llegado a la vida junto al horrible siglo XX, atravesaron la Primera y la Segunda Guerra como se atraviesa un bosquecillo de fresas y ahora, comenzado el siglo XXI y viejísimas, debían cuidar de este sobrino-nieto (guión también) frío y casi bello que estaba destinado, por obra de todas estas circunstancias, a tocar el piano, ser amado por un hombre y viajar por el Asia próspera y Europa occidental.

Vivían en el gran palacio de Regensberg, cerca de Zurich en la Suiza alemana. Y eran suizas sin alternativas.

Todas las mañanas Joseph, el viejo chofer, lustraba el Mercedes Benz Kompressor verde inglés; por la tarde, hacia las cinco, llevaba a las dos tías centenarias y al joven Matthias siempre a la misma Casa de Té de la librería, en Zurich, muy cerca de Regensberg, sobre la

avenida Bahnhofstrasse.

En ese sitio pasaban los tres gran parte de la tarde: Matthias leía, todos merendaban, y las tías siempre encontraban con quien discurrir sobre lo espantoso que está todo en este mundo más o menos desde siempre.

Elena y Tanie no disentían: todo estuvo siempre horriblemente mal.

Durante las mañanas la rutina era singularmente igual; desayunaban, Matthias recibía a sus profesoras de alemán, francés, matemática, historia europea y latín; almorzaban; descansaban; Matthias tocaba el piano con Tanie tras la siesta —era preciso que este niño aprendiera a tocar el piano— y al cuarto para las cinco abordaban el Mercedes Benz Kompressor verde inglés.

Joseph los llevaba hasta Zurich conduciendo por la carretera a cuarenta kilómetros la hora y reduciendo la velocidad en las curvas, fueren o no sinuosas.

Esto es apenas un esbozo. Ya hablaremos con más detalles sobre el rigor de esta rutina sin remedio ni sentido.

Pero desde la aparición de Andrei las tardes comenzaron a alterarse para Matthias. Eran ahora tardes marcadas por el sexo pretenso, por la espera, por preguntas en silencio, por miradas que se cruzaban con esperanza, con turbación y salteando tacitas.

Ni Tanie ni Elena adivinaban nada: Nada es nada.

El sexo está bien para una vida que no dura más de cuarenta años. Cerca de los cien —o después de los setenta— el sexo es una adivinanza. Con o sin sexo.

Simulación en el centro de la vida

Andrei vivía en Zurich.

Aún en su ciudad se comportaba como un turista; estaba de paso, había llegado «hace algún tiempo» y tenía previsto quedarse «otro tanto» para marcharse «en uno de estos días».

—«No soy de aquí»
solía decir, y siempre su acento era el de un extranjero.

Sus frases eran ligeramente inconsistentes y no despertaban ninguna sospecha. Podía decir a un amigo por la mañana «esta tarde partiré a Londres» y encontrar al amigo por la noche, en el mismo sitio de la mañana, y animarse en una rutinaria conversación con él, con toda naturalidad y eludiendo en absoluto el asunto de Londres. Siempre se entendería que su viaje se había suspendido, se realizó con rapidez o simplemente fue un mal entendido. «Te he dicho mañana en la noche», diría Andrei ante la menor insinuación, y eso sería suficiente. Y en la noche del día siguiente habría de decir alguna otra cosa. O ninguna. Nunca anunciaría un viaje si de verdad estuviera por hacerlo.

Los demás se sentían culpables con él como si esos pequeños estados de confusión fueran obra del poco empeño que ponían en Andrei.

Convenientemente, él lo hacía notar.

«Creía que litigabas en la corte a estas horas», le dijo una mujer que había sido su amante en primavera, al encontrarlo en la Plaza Oeste; Andrei desgranó una sonrisa de larga lasitud

«ya lo has olvidado todo»

pareció decir con una mirada vacía y lánguida, y ella lo sintió de veras: sintió que no recordaba nada de aquel amor, que mucho había en ella de inhumano, algo de inoportuno también.

Esa era una involuntaria magia de Andrei. Los otros sentían que no lo habían amado lo suficiente y él conocía ese espejismo culpable que producía su imagen. Normalmente lo explotaba como parte de su naturaleza, como una mujer explota sus enormes ojos verdes o un hombre su gran estatura.

Andrei jamás pagaba sus cuentas. Pagar le parecía de una indecencia fundamental. Por eso no compraba en general dos veces en el mismo sitio; cuando una factura llegaba a su escritorio explicaba con una claridad imposible de mejorar que el deudor no era él y que no tenía la más mínima idea de aquello que intentaban hacerle pagar con tamaña injusticia.

Su seducción, su hablar firme y pausado, su actitud siempre abierta, su mirada directa, su acento extranjero en cualquier parte y su nombre ruso ayudaban mucho a su credibilidad.

Si no resultaba suficientemente convincente, se ofendía con tanto éxito que los presuntos acreedores acababan pidiendo disculpas por haberlo importunado de ese modo. Andrei se ofendía entonces de verdad, como se ofenden los aristócratas o los obispos, con una ligera sonrisa de piedad hacia los agresores.

En Zurich Andrei tenía una esposa, cuyo nombre no podemos revelar de ninguna manera, ni en este momento ni en ningún otro. La naturaleza de este relato la pondría en evidencia de una forma muy humillante, y ninguna mujer merecería eso. Pero quizás sí Clarissa Spivak, la esposa de Andrei, quien entenderá la obligación —imperiosa para un biógrafo— de decir siempre la verdad.

Clarissa tenía unos cuarenta y siete años, era doctora en letras antiguas, judía presunta, polaca y domiciliada en Zurich con su marido; sin padres. Porque la Verdad —no hay caso y ya lo hemos dicho— sale a la luz como el musgo aunque sea penosa como en este caso, y Clarissa tendrá que soportarla a costa incluso de un prestigio dudoso.

Ella fue abandonada por su madre pocos días después de nacer en la ciudad de Lòdz, en la extrañísima Polonia de mitad del siglo XX.

Del padre nada sabremos.

Clarissa no conoció a su madre pero recibía cada año una seña de su sobrevivencia; la vieja mujer no quería darse a conocer, pero en cada Navidad le enviaba una carta:

Sigo viva y en Suiza. Tu madre.

sin remitente
sin otra firma
franqueo simple

A Clarissa le intriga, pero no llega a interesarle esta madre rarísima. Fue criada por una rica familia zuriquense —los Jünger— que la recibió casi en una canasta y con días de nacida, muy bien vestidita, perfumada y con un papel entre la ropa del canasto:

si saben cómo, ámenla

Y no sólo porque sabían hacerlo sino porque quisieron, los Jünger la amaron y criaron como a una hija, la educaron, la enviaron a la Universidad y se enorgullecieron de ella.

Jamás se preguntaron por esa enloquecida que fue capaz de dejarla en un portal, confesando una imposible incapacidad para amar a su niña. De todos modos, Europa salía de la Segunda Guerra y ¡Había que ver los estragos que el nazismo había producido en la gente! La señora Jünger, por ejemplo, tenía el oído derecho zumbado por bombazos y aunque el mal se aligeraba con el tiempo, el chirrido era de lo más molesto; la criada había perdido un pinillo en su jardín a causa de una embestida de caballería y el perro de la familia —un pomeraña de lo más molesto— tenía los nervios deshechos.

Así se explicaron que una loca pudiera abandonar a su hija, tal vez a causa de los ruidos molestos.

Poco después del primer matrimonio de Clarissa —que su familia adoptiva organizó con un millonario alemán—, los Jünger murieron de cansancio tras una larga y tormentosa travesía por el Danubio, y Clarissa, que sabía que eran falsos padres, los perdió y los lloró con honestidad filial.

Esas muertes sucesivas, casi simultáneas —tan frecuentes en matrimonios que se han amado y odiado por décadas—, la separaron para siempre de su marido a quien no habría soportado jamás de no mediar el poderoso deseo de sus padres.

Poco después del divorcio, supo que estaba embarazada y buscó quien acompañara su ya larga y compleja vida solitaria para enfrentar algo que ella sí deseaba con amor: la maternidad.

Así conoció a Andrei, un joven ruso nacido en Leningrado —así se llamaba San Petersburgo cuando él nació— a quien amaría por siempre.

Andrei alternaba sus días entre viajes reales o supuestos, su esposa joven, su escritorio prestado, bares donde tocaba música dudosa y escribía relatos y poemas, y —sobre todo y desde que conocía a Matthias— el refinado salón de la librería donde se encontraba con él.

Con la mirada de él.

Simulación en la lucha por la vida

Es una enorme tentación explicar de qué vivían todos estos personajes.

Matthias, está en claro, de sus tías. Y ellas de la herencia.

Una de esas difusas herencias que puede provenir de generaciones enteras de trabajadores honestos y esforzados, o de un par de delincuentes ocasionales: el provecho sacado de una guerra, una estafa oportuna o un banquero en el árbol genealógico, pues ya se sabe que un banquero sólo en todo un árbol genealógico es suficiente para enriquecer o arruinar a varios cientos de generaciones de toda una familia completa y prolífica.

Andrei vivía, por supuesto, de sus mentiras, de su esposa y de inenarrables negocios, que es una forma larga de decir: de sus mentiras.

La vida que llevaban todos era tan disipada y antojadiza que parecían siempre ricos, extravagantes y a punto de partir a grandes viajes, a firmar contratos millonarios y a conquistar naciones enteras, estrafalarias y desconocidas.

Ese estado de expectación en el que vivían los convertía casi en oligarcas aunque no tuvieran un céntimo.

Eran —básicamente y para quien mirara sus escenas como si mirase un cuadro— personajes de la mayor importancia, sin duda viejos condes y duquesas depuestos, herederos de «todo aquello» («todo aquello» es una frase muy usual entre los biógrafos para señalar con rapidez la fortuna de los reyes, palacios, homenajes, guerras más o menos ganadas, almirantazgos, la reina Victoria, el Zar Nicolás II, en una palabra «todo aquello»), normalmente adobados por la cultura como se adoba un pollo con salsa de romero, untados por la cultura como se colorea una rebanada de pan tostado con mermelada de fresa, barnizados por la cultura como se abrillanta una puerta de madera con laca transparente, pero era siempre sólo eso: un adobe, un mermeladazo, un barniz, algo que revestía por afuera, que daba lustre, brillo, singularidad, igual que un maquillaje, una prenda o una mueca.

Sus antepasados (los verdaderos o presuntos cardenales, duques, saqueadores de éxito y guerreros de alguna batalla ilustre) habían hablado en estos salones de asuntos que no revestían el menor interés; y lo habían hecho precisamente para disimular, para no hablar de lo que no debían, para desconcertar y no dar a conocer, ocultar tras una sarta larga de boberías la dura realidad. Nadie decía una palabra de la

guerra ya prevista, la reunión de mañana con el general tal, la usurpación que viene a manos de los italianos, el fraude que se ha de cometer el mes próximo, en fin. Se decían frivolidades con convicción, con la seriedad del que sabe que está diciendo todas esas tonterías para no ir nunca a lo fundamental, a la clave, a lo que nos conmovería a todos.

Era admitida esa entrega masiva a tanta estupidez mientras fuera una forma de eludir, de disimular; era parte del negocio. Se enfatizaba lo adjetivo para no decir el sustantivo, se hablaba muchísimo del contorno para no llegar al centro nunca y se chapoteaba sobre el lodazal de las tonterías para no pisar el sólido territorio de la verdad.

La Verdad se decía en otra parte, donde no había mujeres ni champaña ni música. La Verdad se decía en los despachos de los almirantes, en el comedor pequeño del Parlamento, en la casa del dueño del banco o en la guerra. Sitios donde decir la Verdad tenía rédito a la vista, de inmediato y en efectivo.

Decirla en otra circunstancia y sin rédito era solamente una estupidez.

Los herederos de «todo aquello» habían resguardado —a través de los siglos y muy celosamente— sólo el terreno insípido de las estupideces, el balbuceo infinito sobre el ditirambo, la viuda de tal o el amante aquel, las digresiones brutalmente insignificantes y las conclusiones innecesarias, las chapucerías alambicadas, atolondradas, sin sustento ni materia ni ganancia.

Era ridículo pero era así: de la aristocracia conservaron los vicios, los defectos, los brutales amaneramientos y algún oropel.

Nada más

Defendían ese chiquero de pobrezas con tal énfasis, con tanta experiencia, tan como expertos en miserias mentales, que se diría sostenían un edificio, un pueblo, una nación en riesgo, una construcción inmensa de palabras, de rumores, de chismes todos falsos. Pero que los entretiene a todos, los libera de todo deber y les da un temario de sublimes estupideces para juntarse y chapotear por otros cuatrocientos años.

Hasta que se acabe el dinero de las suegras y alguno tenga que ser un banquero usurario, un legislador muy corrupto, casarse con una estancia o cometer algún otro delito: si le sale bien será despreciado eternamente por los mismos descendientes que, mientras lo repudien, holgazanearán y vivirán y comerán por generaciones gracias al deplorado crimen que repudian.

Por alguna razón más o menos intrascendente, toda esta colección de herederos (Andrei, Matthias Regensberg y sus tías abuelas Tanie y Elena Regensberg; Clarissa Spivak era una excepción, Clarissa Spivak era una escritora huérfana) conservaba los elementos de la vieja escenografía; los trajes, chalecos, sombreros, gorros, boinas, guantes, camisas, sacos, blusas, vestidos, zapatos, bastones, cuellos, plastrones, fondillos, moños, puños, alhajas y un palacio.

De vez en cuando a alguna de las damas le daba por incorporar a su vestidor una capa nueva y la tomaba por error en la ópera o en el guardarropas del restaurante, o (siempre por confusión) tomaba la cartera equivocada, pagaba con la billetera de otro o le hacía firmar a la criada el pagaré.

Confusiones penosas que servían para ahorrar un poco pues no hay nada más difícil que administrar una herencia.

¡Administrar una herencia! Es lo más difícil, más difícil, por supuesto, que ganarla, que trabajar para ello, que sudar.

Quien trabaja sabe que su labor tiene recompensa; puede ser no más que una paga quincenal si es un trabajador modesto o las resultas de un botín cuando el trabajador modesto se cansa y pega el golpe, comete el crimen, se alza con la fortuna de otro y salta de inmediato a legislador o juez.

Todo eso es muy fácil y —sobre todo— sucede con la tranquilidad del resultado. Pero administrar no asegura ningún resultado. Y las herencias nunca crecen, salvo por equivocaciones en la ópera o en el hotel y entonces aparece en casa una diadema nueva.

En general, las herencias no solamente dejan de crecer: más bien decrecen. Y para que no ocurra todo el tiempo esa desgracia que puede conducir a la evaporación misma, hay que administrarse muy bien, en especial por el molesto deber de la aristocracia por parecer decente, siempre decente.

Parecer rico y decente y no hacer más que eso durante una vida completa, eso sí es agotador.

Ni qué decir de los problemas con la servidumbre.

Las tías y la justicia

Vamos a retroceder un poco. A los biógrafos siempre nos gusta retroceder.

Un poco.

Se tomaron de la mano y salieron. La tarde era tranquila, agonizaba.

Earnest y Marie dejaron a Matthias, el pequeño hijo recién nacido, en casa de las tías de Earnest domiciliadas en Regensberg (1).

El palacio había sido de sus abuelos, y de abuelos de más abuelos. Ahora lo habitaban sus tías Tanie y Elena. Estaba emplazado cerca de Zurich donde el matrimonio vivía entonces. Era una construcción del tímido gótico inicial, levantada en 1420 con ladrillos a la vista por esa inefable familia de masones que dio nombre también a la ciudad. Earnest y Marie nunca vivieron en palacio.

Esa tarde confiaron el bebé a las viejas Regensberg para irse desde allí hasta el puerto de Sicilia, en Italia. Llegaban por fin los restos del padre y de la madre de Earnest.

restos
esos eran restos

El viaje a Sicilia prometía ser largo, en tren primero, en autobús después, en buque en su tramo fundamental, y en un auto de alquiler al final; en suma unos tres o cuatro largos días de viaje hasta la isla pasando por Roma.

Earnest y Marie no viajaban en aviones donde el trato es tan impersonal, tan parejo para todos. Tan vulgar meterse en una lata.

Tal vez pasarían la noche en algún hotel de la Toscana oblonga o simplemente trasnocharían en camarotes de trenes o navíos, daría igual.

No estaban de vacaciones ni querían divertirse.

No era simpático lo que estaban por hacer.

Earnest había sido educado en la dura disciplina de un padre juez, envarado por el derecho por todos lados. Aquel magistrado llevó sin darse cuenta una vida aburridísima como todos los jueces, pero la inminencia de un traslado —para entender en un asunto oficial de la mayor importancia, claro— al norte de África había entusiasmado a

toda la familia: los hechos eran que en febrero de 1974 casi una docena de suizos fue detenida en Marruecos por un ignorante juez africano y las rogatorias diplomáticas no habían servido de nada, como suele suceder en *terra incognita*.

El padre de Earnest —que era también Earnest como es lógico en una familia de jueces (2)— resultó el magistrado competente en esos hechos y envió presuroso a su par marroquí un requerimiento judicial, y el marroquí lo invitó a ver con sus ojos que sus suizos fueron detenidos porque resultaron espantosos delincuentes.

Su Señoría Earnest padre sabía que no había delito posible a perpetrar por un suizo y que estaba consumándose una tropelía

pues los suizos son decentes en todos lados

decía el juez, *y no cometen delitos*.

Más bien fundan bancos y juntan dinero sin preguntar el origen jamás, ni informarle a nadie que Hitler juntó una fortuna y Mobutu otra, y eso se llama discreción

discreción

Se llama discreción.

Nada más.

Qué discretos estos suizos.

El juez Earnest sintió un ánimo especial en ocasión de ser invitado a verificar la inocencia indudable de sus compatriotas. Se trasladaba con su esposa, pues el hijo de ambos, Earnest hijo, acababa de casarse con Marie, ya tenía una vida independiente, alguna vez les daría un nieto y todos estaban bien de salud; no había por qué preocuparse.

El 13 de marzo de 1974 embarcaron. Pero no regresaron jamás. Las noticias que llegaron hacia el fin del año fueron buenas (*llegamos bien, el clima bien*) luego dejaron de llegar noticias y finalmente comenzaron a preocuparse.

Habían pasado más de dos años desde la partida de los padres y casi un año completo desde que no hubo seña alguna. Las tías vivían en el escándalo. Earnest hijo insistió y reclamó y enloqueció a los jueces superiores, al Secretario de Justicia, al Procurador.

Viajaron funcionarios de la más alta estirpe, enviaron telegramas, llegaron cables, contestaron cables, se irritaron

estos africanos qué asco

y se quejaron ante el Reino Unido (porque el Reino Unido es el sitio donde hay que quejarse, y su majestad el Rey, o la Reina, se indignan rápidamente con uno, sobre todo si se trata de esos africanos, qué

asco).

«El juez y su señora esposa fueron descuartizados de algún modo penoso, por unos cuantos delincuentes comunes, en algún impreciso lugar de Marruecos, en algún momento»

La noticia oficial era ofrecida por Marruecos descuartizada como los padres.

Desde entonces Earnest penó en la busca de los cadáveres. Como Antígona, quería dar sepultura a esos infelices de cuya muerte no se sabría nada más, nadie más explicaría absolutamente nada (discreción, discreción).

Las autoridades suizas, tan profilácticas al respecto, dieron por concluida la investigación con una carátula oportuna en la cual descontaron el

«…homicidio intencional con fines de robo, seguido de descuartizamiento con fines desconocidos…»

y se acabó la historia triste del juez que viajó al África. Qué asco.

Y

«…que se dé traslado a los restos con cargo al gobierno marroquí…»

que nunca trasladó nada y Earnest tuvo que enfrentar un papeleo infame y encargarse de conseguir los restos de sus padres a su cargo.

Incluso así, todo eso tardó años, muchos años.

Earnest sabía que sus padres estaban oficialmente descuartizados por delincuentes desconocidos; que el caso estaba cerrado; que de los suizos detenidos en Rabat en 1974 —por cuya vasta inocencia luchó y murió su padre— nunca pudo saberse nada; que el juez marroquí que lo hubo invitado había desaparecido (destituido en 1975 y sin destino conocido desde 1977, seguramente aterrorizado por el fin de su colega europeo), y que quedaba una sola cosa cierta: restos de padres incinerados y colectados en bolsas plásticas puestas a entera disposición helvética.

La Secretaría de Justicia echó una mirada administrativa sobre todo ese asunto del juez descuartizado —porque los Estados miran todo con indiferentes ojos administrativos— y resolvió, tras cuatro años de examinar un expediente que ya tenía tres cuerpos, que los restos eran suizos. Entonces los exigió en diciembre de 1981 por vía consular, no sin énfasis pero sin resultados.

Los cancilleres cambiaron dudosas insinuaciones con el estilo preterintencional, transversal y del todo inútil que corresponde al género diplomático.

Earnest hijo comenzó entonces, en 1982, una larga peregrinación por pasillos, puertas de metal y madera buena, despachos numerados o señalados por nombres de funcionarios, oficinas de secretarias, mesas de entradas, salitas de juntas y recovecos donde abundaban los mejores rumores, todo en el ámbito de la Justicia.

El ámbito de la Justicia es así, y Earnest lo sabía por su padre juez: mucho tiempo para perder.

para perder
porque
en la justicia
se pierde

El tiempo. Se pierde el tiempo, es decir, incluso el tiempo, en algún momento, se mira a sí mismo y dice:

me perdí entre la justicia, siempre lo mismo

y no sólo el tiempo: también hay gente perdida entre la justicia; uno cree que han muerto, o que se han ido del país, pero no: están perdidos en algun expediente que los trituró, extraviados entre números de legajos o sellos oficiales. Esa gente perdida en los papeles no se recupera más: hacen un esfuerzo impresionante, loable en verdad, pero no se recuperan más. Han muerto por la justicia, qué valor.

En un juzgado todo es cuestión de saber soportar la eternidad.

Los jueces y los ministros de justicia tienen eso muy presente; todo es cuestión de tiempo. Para enloquecer a un inocente y convencerlo de su culpabilidad un juez precisa tiempo. Y lo pudre en la cárcel. Para salvar a un culpable precisa tiempo. Y lo deja en la casa absuelto y redimido y debidamente indemnizado.

La solución nunca está en la ley; está en la voluntad y sobre todo en el tiempo que la disimula.

Hasta que eso no se entienda, no se entenderá el verdadero sentido de la Justicia.

Earnest explicaba pacientemente esta variopinta teoría de la verdad jurídica, enfrentada al problema religioso de la eternidad, a sus tías espantadas y deshechas a causa de un hermano juez destruido en el combate que libró en favor de la ley helvética y funcionarios no menos helvéticos.

Ellas no entendían y hablaban de un tiempo ya transcurrido.

En realidad, esas tías habían oído muchas historias como ésta siempre narradas con finales felices por personas que tenían al juez de su lado; ellas mismas estaban puestas en el lado donde habitualmente están los jueces. Por eso la situación actual las confundía.

Ellas tomaban el té a las cinco y cuarto; ellas leían semanalmente la edición hebdomadaria del *The Morning Post* de Londres; ellas tomaban Cointreau después de cenar. Y ya se sabe qué espera de la justicia una tía vieja que toma Cointreau y lee *The Morning Post*.

Hay gente que anda por la vida con un pagaré sellado, fechado, firmado y garantizado y jamás logra que un juez lo ejecute. Y pasa el tiempo, el tiempo, el tiempo.

pasa el tiempo

Otros muestran al juez una letra de cambio más o menos falsa y la convierten en dinero en efectivo en el juzgado en media hora. El ejemplo es claro; la justicia es cuestión de tiempo y no importa qué se decida sino cuándo.

Los restos de los padres, por ejemplo. Claro que van a llegar a Suiza. Todos los jueces suizos, todos los funcionarios, todos estaban seguros de que llegarían puesto que ellos lo habían exigido.

Pero ¿cuándo?

Ah… esa pregunta no es en absoluto pertinente. La Justicia tiene su tiempo, un tiempo para ella y su manera. Sobre todos los asuntos lanzará algún día una decisión absoluta, definitiva, no importará de qué se trate: una muerte, un cheque, un divorcio, un accidente, unos hijos, para la Justicia da igual una herencia que una puñalada, y sobre cada cosa dirá la última palabra.

A su tiempo —que es todo suyo— y definitivamente.

Por eso —con tanta sabiduría— Earnest resolvió ir a buscar a sus padres por sí mismo.

Para ello tuvo que pedir autorización a la justicia y empezó a discutirse, en un expediente separado del asunto principal, si los restos suizos son de Suiza o son de Earnest.

En esa discusión —interesantísima, versátil, doctrinaria, llena de aristas agudas, sutilezas, precedentes a invocar, novedades por sentar — se perdieron unos cuantos años:

¿De quiénes son los restos suizos de un juez suizo?

preguntó un fiscal, entonces la pregunta lo complicó todo, porque ya no eran sólo restos de un suizo sino de un juez, y los magistrados sintieron el deber de pensar el asunto muchísimo mejor; crearon un

expediente por separado del expediente ya separado del expediente principal para discutir el caso en el Consejo de Magistrados. Y Marie ya estaba harta de que su esposo se dedicara a sus padres hechos polvo y no a ella y empezó a reclamar un hijo.

El interrogante era ahora más o menos así:

La condición de juez ya muerto, descuartizado, cremado y empacado en extraña jurisdicción ¿Exime a la justicia de reclamar el polvo judicial remanente para legar esa tarea a los descendientes, o cabe exigir los restos para darles sepultura oficial?

En esa discusión se perdió mucho tiempo porque cada expediente nuevo dejaba en suspenso la resolución del anterior, pero el asunto era tan interesante y tenía tantos bemoles, que no se podía resolver así nomás por compresible que fuera el deseo del hijo. Fue entonces cuando Earnest recordó al Consejo de Magistrados que los restos de su madre estaban junto a los de su padre. Podría traer a ella por ahora.

El tema añadido —la madre— los desorientó a todos.

En vez de permitirle ir por la madre pulverizada, se confundieron más (todo detalle permite a un juez complicar muchísimo las cosas) porque los restos de la madre, en este expediente, no son restos de madre sino de la esposa del juez; crearon un expediente por separado para inteligir —con la mayor claridad que se pudiera— si una esposa que va en viaje oficial con un magistrado es parte de la comitiva legal y sus restos son tan oficiales como el marido que la lleva, o más bien lo contrario. Y Marie convirtió sus deseos de maternidad en un verdadero griterío —llevaban casados casi ocho años— a pesar de que Earnest quería, antes de ser padre, recuperar lo que quedara de los propios.

Esa pretensión estancó un poco todo el asunto porque no había muchos precedentes, y un magistrado del fuero penal —fuero muy particular y versátil que no había participado todavía— denunció a lo que quedaba del juez muerto por cometer una defraudación, pues quería que se investigara quién pagó los gastos del viaje de la esposa, y aunque los muertos no pueden ser acusados de delitos porque están, por ejemplo, muertos, ésta bien podía ser una oportunidad para inaugurar una vertiente nueva de la muy bien organizada psicosis judicial; la investigación podía convertir a los restos del juez en las cenizas de un aborrecible malviviente que estafó la confianza del Estado y ¡los dineros públicos! Y Marie amenazó con divorciarse o parir un hijo de otro.

Eso ya fue insoportable y salió en todos los periódicos de la mañana.

«pero así no son las cosas», bramaban las tías y Earnest y su mujer —que bramaba en realidad porque quería sexo y los restos aquellos le importaban un rábano—, pero ya se sabe que la prensa entiende las cosas más o menos.

No se trata en absoluto de mala fe sino de un hecho simple: los jóvenes cronistas no pueden estar formados en todos los temas; no se puede saber de economía, de obesidad, de antigüedades, de refrescos, de cosmética y de pasta de dientes con la misma precisión, por eso los cronistas nuevos dicen las cosas más o menos, en general, una idea global y ya está, un poco groseramente, un poco sin cuidado; se trata de hablar y de convencer al prójimo de que está enterándose de algo. Contar y enterarse. No importa qué ni cómo, ya se verá si es verdad, si la noticia llegó mal a la televisión, si alguien la interfirió, si el cronista la interpretó pésimamente.

Enterarse, enterarse, enterarse; divulgarlo mucho, dar a conocer, eso es lo importante para la TV; no importa qué —¿qué importa lo que dicen en la TV?—, no importa la verdad —¿qué será la Verdad?—, lo terrible es que no hubiera mucha difusión de cualquier cosa en la pequeña pantalla. Y Marie se consiguió un amante, Earnest se enteró, le prometió un hijo llorando y Marie, como siempre hacen las mujeres, le creyó, dejó al amante y siguió esperando.

¡Es que hay tantos intermediarios! La noticia empieza en la realidad —que de por sí muy clara no es— y un vocero la comunica a un reportero de acuerdo a lo que más o menos entendió, el reportero la descifra como puede y a su modo la transmite a una agencia muy especializada, que hace a su turno la misma digestión y traslada el resultado a un simplificador de notas, quien tiene el deber de disminuirlo todo y escribir un cable; el cable llega muy borroso a una productora de noticias que saca a la calle a un chiquilín con una cámara que lo resumirá todo en dos palabras (he dicho 2), todo a su criterio, para darle el tal resumen a un comentarista de la tarde que —con sus pobres alcances y muy poco tiempo disponible— dirá en el noticiero lo que de alguna manera cree que pasó con esta manoseada porción de la verdad. El jefe de noticias habrá tachado un poco y testado otro poco porque nunca hay mucho tiempo en el aire para la Verdad de la TV.

Y ya está. Desde la realidad hasta la maravillosa pantallita sucedieron muchas reducciones, sinonimias, contradicciones, acotaciones, polisemias, agruras, supuestos, reporteros con jaquecas, condicionantes y distracciones; hubo incluso palabras equívocas, difusas, ambiguas; al final lo que hicieron todos estuvo bien, fueron todos inocentes, pero el resultado

no tiene sentido.
Lo hemos dicho:

No tiene sentido

No siempre el resultado tiene sentido.
Por eso se dijo en las noticias de la tarde y a los gritos, por un canal de TV muy escuchado, por cierto:

Un juez pergeñó un viaje oficial para ir de vacaciones con su mujer

El nuevo expediente penal paralizó todo el asunto como de costumbre. Ya estamos ante un juez peculiar, que es el juez del crimen.
Han pasado diez años.
Los jueces en materia criminal son muy celosos; no les gusta mucho que un asunto de interés discurra sin que ellos encuentren un delito, grande o pequeño; porque encontrar un delito, ya lo hemos dicho, es cuestión de tiempo. Entonces Marie quedó embarazada.
En este estado pasó un año más —no embarazada, embarazada estuvo nueve meses: un año pasó el expediente en sede penal— y las tías seguían sin entender nada. Earnest y Marie acababan de ser padres de Matthias

—*(¡Un varoncito!, ¿le pondremos Matthias?* —dijo Marie.*)*
—*(¡Pero mi padre es Earnest y yo soy Earnest, quiero que mi hijo sea Earnest!* —dijo él.*)*
—*(Precisamente querido, que se llame Matthias* — concluyó ella.*)*

(Y se llamó Matthias escrito así, con tth)

Pero siempre llega esa mañana. Esa mañana en que no hay más mermelada de ciruelas en casa de las tías —las tías siempre desayunaron con mermelada de ciruelas, milenariamente—. Earnest les dijo por teléfono que no podía recorrer quince kilómetros en ese momento con mermelada de ciruelas porque se dirigía a un tribunal a defender, ya harto del paso de los años, los restos de sus padres.
El asunto había triturado más de una década de su juventud, su matrimonio, casi su paternidad; no estaba dispuesto a abandonar ahora por una mermelada de ciruelas.
Mermelada de ciruelas.
Y ellas se ofendieron mortalmente.
Las tías.

Esto hay que entenderlo bien.

Se ofendieron como solamente se ofenden dos tías viejísimas, una viuda y virgen la otra, que viven en un gótico palacio suizo del siglo XV y llaman al sobrino a las siete y cuarto de la mañana envueltas en llamas porque no tienen mermelada de ciruelas.

Mermelada de ciruelas

Hartas que estaban ya del asunto —del muerto, de los restos cremados y de la mermelada que no había—, aprontaron a Joseph y al Mercedes Benz Kompressor verde inglés, fueron en directo —a la mermelada no— al Presidente suizo —que era pariente de un pariente, como pasa siempre con los Regensberg—, cada una le propinó una bofetada sin una palabra, y todos los expedientes se resolvieron en el acto, a las ocho en punto.

Por eso Earnest y su señora Marie, el 21 de junio de 1984, dejaron al bebito Matthias —que cumplía ese día tres meses en la tierra, porque Matthias era fruto del solsticio— en casa de las tías y se embarcaron a Marruecos, a traer los restos del padre y la madre con la debida autorización del Ministro, del Procurador ante la Corte y del Presidente del Directorio de la Confederación Helvética.

A las ocho y veinticinco las tías desayunaron, agotadas hasta la extenuación, con pan tostado y mermelada de ciruelas.

---

1. Se trata de Ernest Regensberg hijo, cuyo nombre Ernest es Earnest.

2. Ernest Regensberg padre también es Earnest como su hijo. [Es evidente que el autor se entretiene con el sonido igual de las palabras inglesas «Ernest» —Ernesto— y «Earnest» —serio— como hizo Oscar Wilde en *The Importance of been Ernest*.

Simulación en el amor

Matthias podía entender que Andrei le gustara, pero no se imaginaba una manera de hacer con él algo diferente a mirarlo en la Sala de Té de la librería.

Esa tarde terminó de leer *Un marido ideal* y comenzó *De profundis*. Matthias era muy escrupuloso con sus lecturas —que guiaban sus instructoras— y no dejaba en sosiego a un autor hasta agotarlo por completo. Claro que a veces no entendía demasiado (como le pasó con Chejov) o comprendía pero le faltaba tiempo y madurez (como le pasó con Proust y esa increíble cantidad de Tiempo Perdido).

Pero la lectura de *De profundis* lo invadió. Lo invadió como es invadido por el agua un barco que se hunde; lo invadió como los normandos invadieron Gran Bretaña; lo invadió como un hombre invade a una mujer, la posee, la domina.

Así estaba Matthias, invadido y en estado de auténtica fascinación.

Wilde había enamorado a su querido Bosie de un modo muy semejante a como él se creía enamorado de Andrei. Matthias deseaba eso: que Andrei fuera capaz de adorarlo, de escribir para él, de pelear con su padre por él (en su caso, podría ser con las tías), de ir a prisión por él, de escandalizar.

Eso, todo eso podía leerse en *De profundis*, que era un largo reproche, una carta de desamor, una mueca que Matthias leía con ojos llenos de lágrimas.

Se lo imaginaba: Oscar Wilde en la cárcel obligado a trabajos forzados; por las noches, cuando podía lograr papel y pluma, destinaba los destrozos de su amor a Bosie; lo invocaba, lo recorría, lo detestaba.

Bosie había ocupado los días y las noches de Wilde; habían transcurrido Florencia, Venecia, Londres, París; se amaron en silencio, en secreto y con sigilo; Bosie asistía a los estrenos, leía con su amante, dormía con él, lo admiraba, lo celaba, lo usaba, lo pretendía.

¿Amor, manipulación, una sucia pasión, una entrega masiva y honesta?

Todo eso era cierto.

Como siempre en el amor, todo eso era cierto.

Por eso Wilde pidió el duelo y el juicio contra el padre de su amante y lo desafió a pura pérdida (porque el amor sólo trascurre a pura pérdida) y perdió el duelo y el juicio y el amante y la libertad.

casi dijo en voz alta Matthias; desarticularse a todo o nada y de verdad como la Muerte en Venecia o un tal Romeo para una tal Julieta. Es la causa por la que Wilde acaba en la cárcel, pensó. Por amor. Tenía en prisión muy poco tiempo libre y el poco tiempo libre del que gozaba entre rejas lo destinaba al ser que odiaba: es decir que lo amaba, porque nadie dedica la nada de tiempo que tiene entre trabajos forzados a odiar a alguien; y si fuera así Wilde debería haberle escrito cartas peores y mucho más largas al padre de Bosie, al juez de su causa, al fiscal, a los Pares del Reino y a la Reina Victoria.

Pero no hacía eso; Oscar Wilde escribía su odio, su rencor, su pasión, su crimen... a Bosie, siempre a Bosie

mi querido niño

el verdadero juez, el que lo condenó de verdad; a un amor imposible, prohibido, lujurioso, un amor lleno de significados, un amor que se discute en las cortes, en los salones, en el teatro, unas caricias que se juzgan en el Parlamento, en los periódicos, en las universidades, unas cartas que se escriben en las cárceles, se prohíben en la Cámara de Lores, se censuran en las editoriales y luego se publican igual, se publican a escondidas y todos las leen con ansias y con sucia intriga, las leen y las juzgan y las reprueban pero las leen.

Las leen con desolación, con apasionamiento.

Un amor que a todos asquea y a todos importa, que todos miran y sopesan y juzgan para reprobarlo.

Nadie se lo pierde.

Nadie.

Porque ya quisieran poder amar así.

Ya quisieran.

Ése fue el amor más evidente, pensó Matthias, el más obvio, el que todos anhelan aunque fuera para un sólo segundo de la vida: por eso lo condenan.

Está prohibido amar así, tan impunemente, ni la cárcel lo detiene, porque en la cárcel y sufriendo escribió Wilde el mejor poema de su vida, la *Balada de la cárcel de Reading*, es decir, ni la cárcel.

Ni el dolor. ¡Óiganlo todos!:

Pero uno mata siempre lo que ama.
¡Óiganlo todos! Con fingido acento
el que adula y seduce,

El histrión con la risa y el desprecio

El bravo con la espada. Y el cobarde
con la traición del beso.
Unos matan su amor cuando son jóvenes,
Otros matan su amor cuando son viejos

Algunos con el Oro
O las manos febriles del Deseo.
Y otros con el puñal. Así se enfría
la víctima más pronto: son los buenos.

En la cárcel después de un proceso penoso. La justicia es así, lenta y penosa.

Monsieur Gillotin murió en la guillotina y Wilde cayó en el proceso que él inició contra el padre de Bosie por injurias.

Traiciones, delaciones. Una carta de amor hallada entre ropas oportunamente entregada a los jueces. Susurros desde la Corte victoriana en los oídos de los fiscales. Periódicos que misteriosamente hallaron —y editaron— poemas para Bosie demasiado insinuantes. La terca vanidad de Wilde quien, para su desgracia, no tenía tanto dinero ni tal posición en la aristocracia como su contendiente; y la justicia es ciega pero la posición social y la cantidad de dinero en la cuenta corriente las ve; no se sabe bien cómo pero las ve o las intuye y las tiene muy en cuenta, casi se diría que las tiene tan en cuenta como a la balanza misma, que se inclina o no se inclina según los títulos y las influencias y la cantidad de estrellas en la solapa y la fortuna a la vista.

La justicia no ve el dinero o el poder; no los ve pero los siente en las entrañas y es un fuego que le quema y la convence.

El padre de Bosie ganaba en eso. Por mucho.

Cuando la justicia siente en el vientre ese ardor que le inoculan el poder o la fortuna, produce una rara aceleración del tiempo. Sus procesos se reducen; las audiencias son cortas, aun cortísimas; los lapsos de espera resultan inusualmente breves; los testimonios se ofrecen o se presumen, da lo mismo; las pruebas se dan por producidas si favorecen la opción ganadora, y por desistidas si la debilita; las deliberaciones habitualmente de meses y años y lustros se consuman en horas con mucho éxito y especialmente con toda justicia.

Todo, misteriosa y sutilmente, opera desde el cosmos con magia para favorecer cuanto antes a ese sujeto poderoso que ha sido injuriado por un miserable pelafustán.

También influyó mucho la sensación obligatoria que sufrían los jueces acerca del amor entre hombres; ese amor era posible sólo en secreto pero era impensable en el Estrado y delante del cuadro de Su Majestad Británica. Ese matiz de la justicia debe ser comprendido bien; los hombres podían amarse entre sí, las mujeres también, y lo hacían en la bella y verde Inglaterra victoriana. Incluso Victoria… en fin. Pero los jueces no debían enterarse de nada. De nada.

Nada es nada.

Si los jueces se enteran de la realidad deben juzgarla bajo unos preceptos que no son la realidad; es la dura y fea moral del derecho, que en general es una enorme porquería.

El derecho y la justicia administrada por jueces ha durado tanto tiempo precisamente por eso, porque la realidad no le molesta para nada, no le compete. A la justicia competen sus propias razones que son ecuánimes, sensatas y completamente irreales.

Unos matan su amor cuando son jóvenes
Otros matan su amor cuando son viejos

otros con el puñal

entonces Matthias sintió que ya sabía cómo dejarse abrazar por Andrei, aunque todavía no se le ocurriera concretamente nada.

Ahora leía y releía la *Balada de la Cárcel de Reading*. Sabía que Wilde la había escrito para Bosie aunque no lo dijera en ningún lado; sólo decía que se había conmovido porque uno de sus compañeros del pabellón, un delincuente, Charles Wooldrige, sería ejecutado. Wooldrige había servido en la Caballería Real y, como todos los soldados de Su Majestad, algún crimen había cometido.

Sólo que a él se lo quisieron cobrar.

Lo mataron como solían hacer los imperios; matar a la gente con justicia o sin ella pero matarla cuando lo deciden. Así mataron a Wooldrige por un delito de amor, porque su delito fue de amor, y así hubiera matado el Imperio a Oscar Wilde si no hubiera sido tan famoso en Francia, si no hubiera sido amigo de los escritores neoyorquinos de su tiempo, si *El abanico* no hubiera triunfado en París.

Así mataron a Wooldrige: lo ejecutaron en Berkshire en julio de 1896.

Oscar Wilde lo vio pasar cuando iba hacia el cadalso, vestido de traje gris, caminando entre víctimas, contemplando el cielo con ansias.

¿Será grave su culpa o será leve?
me preguntaba al verlo.

Por haber muerto lo que más amaba
tenía que morir. Sólo por eso.

Era cierto.

Wooldrige había matado a su mujer; mató lo que más amaba como lo hacemos todos.

Lo hizo a su modo, con cuchillos, con sangre.

Sin humillación. Sin deterioro. Sin hacerle la vida insoportable. Sin someterla. Sin convertirla en una demente desgreñada.

Por celos, en un deleznable ataque de celos. No le arruinó la vida. Le consiguió un lugar en la muerte y es el hombre más arrepentido e infeliz que habrá en la Tierra.

Que el amor pudiera ser tan voraz animaba mucho a Matthias; y también le daba miedo, mucho miedo, porque el amor al parecer puede encarcelar, puede envenenar, puede matar.

Incluso así, de todos modos, quería que así lo amaran a él, quería incluso amar así, con un amor cercano a la muerte, un amor que fuera capaz de despojarse, de encarcelarse, de arruinarlo o de mejorarlo todo.

Un amor así

Así

Sólo así

Unos venden su amor, otros lo compran,
Sólo por un instante o largo tiempo.

Unos matan con lágrimas y otros
Sin un suspiro y sin ningún lamento.

Todos matan su amor, aunque no siempre
mueren por lo que han muerto

Andrei dedicaba sus tardes a mirar a Matthias e imaginar largos viajes con él; para semejante programa había que evitar a las tías, hablar con el joven, enamorarlo, convencerlo, viajar.

Viajar hacia un mundo desconocido donde sólo hay miradas que transitan en una sola dirección.

Durante un breve atardecer, un viernes, las tías descubrieron a lo lejos que se había presentado en la librería la señora von Thyssen, dueña de una inmensa fortuna, de una creciente fama de prostituta y de un marido dedicado a la política y negocios endemoniados. Todo eso junto les convenía; decidieron ir a saludarla, intentar sentarse con

ella y discurrir sobre los más variados asuntos sin importancia hasta tornar imposible que la señora Thyssen las invitara a las patéticas celebraciones que organizaba, «donde una se vincula tan bien» —decían las tías.

Resueltas, Tanie y Elena se acercaron a la urgente señora haciendo mohines y morisquetas y la señora se sintió inmediatamente encantada y harta de tenerlas ahí, ¿ya ha vuelto su sobrino con los restos de su hermano el juez y su esposa?, preguntó fingiendo preocupación, pero no, no había vuelto el joven matrimonio, ni Earnest hijo ni Marie habían regresado tras quince años de travesía, no han vuelto mi querida señora, dijo Tanie, tenemos muy pocas noticias, ya sabe usted. cómo es el África, una porquería, quién sabe cuándo sabremos algo, y hay que darle sepultura cristiana a los restos de nuestro hermano Earnest, añadió Elena, y la acotación fue tan pero tan pertinente que se sentaron con naturalidad a la mesa de la señora de Thyssen quien las invitó, dicharachera y feroz, a los más variados y estúpidos pasatiempos que las tías aceptaron sin dudar nada. Nada de nada.

Matthias estaba solo, arrojado como siempre en su sillón, sin tías enfrente, con ese aire de desmayo próximo, con un tenor demacrado que lo hacía tan frágil, tan encantador, tan fuera de lo normal.

Era un niño de mediana estatura, delgado, muy menudo, con la piel blanca y las articulaciones lábiles, la mirada perdida, los ojos muy negros, los padres perdidos en Marruecos casi desde que nació, los abuelos descuartizados, una melancolía evidente en sus trazos, un desgano por este día, por el de mañana, un modo de estar ausente que daban ganas de abrazarlo, de animarlo.

Su tenor mejoraba enormemente cuando leía por ejemplo a Wilde, y sentía esa enorme nostalgia que le daba la injusticia del amor perdido.

¿Será grave su culpa o será leve?

Entonces Andrei hizo eso: se puso de pie, dispuesto ya a caminar hasta el sillón imperioso de Matthias; acercándose lentamente se dispuso a decir todo el amor que las miradas anticiparon.

Cruzó el salón como lo hubiera hecho un bailarín, con discreción, con astucia, sin que se oyeran sus pasos, sin que fuera evidente su traslado, dejando tras de sí un par de ancianas riquísimas que reían del último papelón cometido en la corte monegasca, una serie de espejos ahumados todos del mismo tamaño, un tapiz oriental probablemente afgano («¡qué fácil conseguir tapices afganos después de la invasión norteamericana!» decían, y bendecían las invasiones en

general), una docena de lámparas de mesa y de pie, varios juegos de sillas ocupadas, un biombo gris perla con el logo de la Casa, y tras esa larga serie de obstáculos increíblemente dispuesta entre él y Matthias, estaría Matthias, sutil, enamorado.

Andrei sorteó el último juego de té y los altos jarrones chinos, tuvo frente a sí a Matthias, lo miró valientemente a los ojos, tomo aire con ansias, sumó valor y al intentar el menor balbuceo —«te quiero» hubiera sido un buen comienzo— desplegó un enloquecedor ataque de epilepsia.

Arrojado Andrei al piso, descontrolado, las piernas y los brazos volteándolo todo, qué horror gritó una señora que estaba casi al lado bendiciendo invasiones norteamericanas, pongan un biombo, agregó, y pusieron un biombo para no ver esa desgracia, y Matthias se paró desconcertado y con miedo, Andrei se retorcía, salía espuma de su boca, se revolcaba sobre sí mismo, el hombre se estremecía como un contorsionista, sal de ahí Matthias, le gritó la tía Elena, y la tía Tanie se irguió sin pensarlo dos veces para rescatar a su sobrino del espectáculo pero se paralizó a causa de la impresión y no pudo avanzar, llamen a la policía dijo la señora von Thyssen, pues cuando un tipo se pone de este modo nunca se sabe si está loco o está enfermo, aseguró, y los meseros y el Maître y los encargados del Salón estuvieron de acuerdo y dispusieron hacer las dos cosas, llamar a la policía y a un médico pero en ese orden, y se pusieron a escribir, porque la forma más adecuada de sentar el precedente de que estaban haciendo lo correcto era llamar a la policía y al médico por carta certificada, pues puede haber responsabilidades futuras y lo más importante es dejarlo todo arreglado desde el comienzo.

Andrei pateó un par de sillas tapizadas en seda negra, un sillón verde musgo, una señora también verde musgo, un jarrón que por suerte no era chino sino de acá cerca, qué suerte que no rompió un jarrón chino dijo un escribano que tomaba en el Salón todos los días un té con jengibre azucarado desde las cinco y diez hasta las seis y veinte en punto, mientras se ofrecía en voz alta para dar fe pública de todo lo que estaba sucediendo, y a los encargados del Salón les dio un poco de pena que el escribano advirtiera que el jarrón era ordinario porque podían haberlo hecho pasar por uno dinástico en el juicio de daños, y todos tuvieron algo para opinar: que gente así debería vivir siempre en casa o internados, que por suerte no vomitó, que es de buen cristiano apiadarse y mirar hacia otro lado. Que dejemos las cosas como están.

Y dejaron las cosas como estaban.

Roto el jarrón ordinario y apenas pateados unos sillones y una señora, pasadas las primeras manifestaciones y colocado

adecuadamente el biombo, cada cual regresó a su asunto mientras Andrei se deshacía en convulsiones y los empleados del lugar sellaban las cartas que enviarían al crepuscular el día.

La crisis epiléptica de Andrei terminó.

Naturalmente y después de unos minutos, terminó.

No terminó con escándalo, no terminó como empezó. Matthias seguía donde siempre estuvo, parado a tres pasos de Andrei. A su derecha, el biombo. A la izquierda, restos de jarrón. A lo lejos, las tías animadamente discurriendo con la Thyssen, hablando una encima de la otra, como cabe. En el medio, otras señoras posibles, el escribano, los meseros.

Andrei da los últimos golpes y un silencio extraño domina el amplio Salón, la librería, todo. Las tías callan, el escribano ya no tose, las damas que se reían se circunspectan, apenas se oye un gemido invisible de Andrei.

El silencio mejora, es cada vez más.

Un ligero golpe del pie de Andrei sobre el piso: se oye claramente, y tras ese golpe la caída de su brazo, la última brazada de la crisis sobre una alfombra del color del mar.

La luz parece ser mucha, las caras están más visibles, más evidentes ahora cuando hay un masivo silencio en el salón.

La señora verde musgo deja suavemente la taza de té sobre el platillo. El ruido que provoca ese discreto roce de las porcelanas causa que todos la miren, que todos la reprueben con un gesto, con la actitud. La señora enrojece y siente, curiosamente, mucha piedad por Andrei. Se nota en el color rojo de la vergüenza que está apiadándose por Andrei, que no le ha gustado todo ese dolor atravesando el piso, pateándolo.

El escribano, que es capaz como se sabe de dar fe de todo, incluso de un estado de ánimo, de un dolor medio secreto, se da cuenta de la piedad de la señora verde y se siente violentamente atrapado por la misma sensación.

Dice Dios mío.

Dios mío.

Esas dos palabras dichas por un escribano cobran una fuerza increíble.

Dios mío

La señora von Thyssen se para y no las dice, pero se nota que en la

cara tiene una expresión como de dios mío. Las tías Elena y Tanie se paran por respeto a la Thyssen y dicen asimismo algo así, algo como

ten piedad

Todos sienten eso, el deber de la piedad; se apiadan sinceramente del silencio monstruoso que se apoderó del salón, de la epilepsia, de Andrei todo él, como si el espectáculo de la existencia hubiera cesado súbitamente, sin causa alguna, y fuera imposible seguir tomando el té o leyendo el periódico sin pedir

por Dios

sin rogar un poco de sosiego.

Todos se sintieron dolorosamente arrebatados, sobrecogidos; la inmensa melancolía que siempre exhalaba Matthias fue más grande que nunca: se convirtió en una nostalgia erótica, una exudación de amor profundo por un hombre desmayado y tirado en medio de la nada
entre la indiferencia de un mundo soez
imbatible
capaz de asumir la epilepsia y de ignorarla
un mundo capaz de poner un biombo para que una anciana cuele tranquila
la leche tibia
mientras el convulso se revuelca solo.

Ese mundo pareció haber dicho

he llegado hasta aquí, hasta Matthias
los dioses no se han de salir siempre con la suya
y como sea que la vida es esta porquería
hagamos lo que podamos

por ejemplo, tengamos un poco de piedad.

El amor cuando son jóvenes

Todos tuvieron un poco de piedad.

Matthias, arrebatado por ese momento de conjura, se acercó al cuerpo inanimado de Andrei, le tomó la cara con sus manos blancas y llorando con sigilo puso sus labios sobre los de Andrei como un príncipe que ha de regresarle la vida.

El beso dulce conmovió a todos de tal modo, los desorganizó con tanta fuerza que quienes no lloraron se derrumbaron en sus sillas, y las tías dejaron caer lágrimas mientras palidecían a causa de la sorpresa.

A todos dominó la certeza de no haber amado lo suficiente.

La señora von Thyssen se sintió mas prostibularia que nunca antes y advirtió por vez primera la vergüenza de haber sometido su cuerpo a una serie numerada de millonarios despreciables; también se culpó por el error de haberse privado de un amor salvaje; Tanie se arrepintió —cosa que jamás le había pasado— de haberse conservado virgen y vio una pérdida donde siempre creyó tener una virtud; le hubiera propuesto al escribano una noche de lujuria, esta noche y morir; pero el escribano lloraba amargamente porque nunca amó lo suficiente a su mujer ni a sus hijos; la profesión no le había enseñado a decir te quiero a los amigos: los amigos fueron disipándose y se sentía abandonado; así, todos a un tiempo se supieron infinitamente solos, arrojados por el mundo en un café destemplado, castigados a causa de no haber amado con la pasión que puso Matthias en ese beso tan sencillo, por no haber dicho te amo muchas veces, de verdad.

Te amo de verdad.

Esa extraordinaria pasión por el amor que podía ocurrir en el mundo, ese silencio lacrimoso que dominó a todos pudo haber continuado infinitamente casi si no hubiera entrado corriendo, atolondradamente y sudando, un Oficial de la Justicia del cantón en busca de las tías.

El Oficial las vio, dejó de correr, las miró a los ojos desde la puerta del Salón —ellas lloraban por el amor perdido— e ignorando que ese momento era ininterrumpible por la burocracia, gritó desde su puesto de combate —que era ése, parado en la puerta— gritó a Tanie y Elena con voz monocorde, insípida, culpable:

—*Señoras ambas, su sobrino Earnest que partió hace dieciséis años, un mes, tres días y siete horas* —y aquí miró el reloj— *y media pasadas a Marruecos* —porque la Justicia era muy precisa— *a buscar a sus padres hechos polvo, fue asimismo asesinado en Tánger. Su esposa Marie también. La Justicia lo lamenta. Ustedes están notificadas. Buenas tardes.*

Y Matthias… bueno, lo que hizo Matthias entonces deberá ser narrado de otro modo, en otro momento y de una forma más adecuada.

Elena se desmayó preventivamente. Tanie no, Tanie se quedó de pie, con el rostro amargo y la mirada clavada en el piso.

El amor cuando trepidan

Las hermanas eran distintas.

Tanie era delgada, menuda, áspera, de huesos afilados, rica en arrugas, brava de carácter; pero sobre todo —y a diferencia— inteligente y embustera; su fealdad era una característica, una marca. Fue siempre soltera y creía que virgen.

Su tono exageradamente avinagrado podía tener origen en su sexo intacto, en la desconfianza brutal que sentía por la vida o en su pasión inocente por la natación que la sumergía horas enteras en piscinas, bañaderas, piletones, ríos, lagos, mares fríos o templados, océanos, marismas, riadas o estuarios.

El carácter de Tanie era hídrico y se sumergía en todo lo que pudiera tener agua y el tamaño de su cuerpo o más; allí, en el agua, se sentía divertida, por única vez libre, sólo así, nadando y humedecida, feliz.

Su piel ajada y reseca sobre una osamenta en puntas no condecía con esa fascinación acuosa que consolaba con larguísimas inmersiones en su casa (porque no siempre podía encontrar piscinas o mares). Tanie podía pasar cuatro, seis y hasta nueve horas sumergida en una bañadera, completamente desnuda; desayunaba y leía y se hacía llevar el almuerzo y a veces atardecía y seguía allí, en remojo, como si el agua fuera su medio, su contacto con una forma de ser muy básica: agua.

Tanie era invadida por el agua. Podía sentir cómo el líquido transcurría entre los dedos de los pies, mojaba sus piernas, su sexo, acorralaba su cintura, abrazaba por entero su espalda y su vientre, sostenía sus senos elevándolos, entraba en sus axilas y orejas y narices y por fin socavaba y revolvía su pelo escaso, cosquilleándole el pescuezo y la nuca, el trasero y las plantas de los pies.

Esa cosquilla le parecía infinita, el más grande placer, la voluptuosidad en un acto solo.

Por fin estaba sorprendida.

La sorprendía que los líquidos existieran, un elemento inmaterial, el único en el cual se puede sumergir todo el cuerpo como en el aire, la única sustancia de la naturaleza que puede atravesarse con el cuerpo como se atraviesa el tiempo o el dolor.

La vida misma, decía Tanie, es un largo trayecto por el agua.

Esta limpia pasión tornó muy vergonzante aquel viaje que habían hecho ambas hermanas desde Viena hasta Praga por el Danubio,

vergonzante, sí, porque Tanie vio tanta agua ese día siendo jóvenes, el Danubio le pareció tan cristalino, tan vital, tan navegable, que desde la cubierta del barco se tiró de cabeza, así como estaba, vestida con un tailleur gris opaco y zapatos negros de taco alto, un tocado azul oscuro, aretes de oro repujado y dos o tres anillos con piedras esmeraldas que perdió nadando: así se zambulló ante la mirada desorbitada de su hermana, de los Cunningham, de los Johnson & Johnson, de los Jünger, que no podían dar explicación a que en medio de un crucero tan distinguido Tanie se tirara de cabeza en el Danubio poseída por un frenesí nervioso que prácticamente la lanzó, la lanzó poco después del almuerzo y en la primera subida a cubierta.

Fue un solo hecho, un mismo acto; subió, vio las aguas inmensas del Danubio transitadas por el barco y como si la hubiera descontrolado el demonio dijo «yo voy nadando» y corrió enloquecida sacudiéndose como una chiquilina ridícula dando gritos aniñados de placer, y se tiró al Danubio.

A nadar.

¡Ah, qué placer tan inmenso como no hay otro! Tanie sintió al mundo dándole la bienvenida, abriéndose para ella, haciendo un espacio en las entrañas mismas del organigrama universal para recibirla; el espectáculo fascinante de la vida infinita comenzaba de nuevo, una vez más y sólo para ella, empapada ¿empapada? completamente sumergida, casi agua ella también, desarmada y etérea en ese contorno sin orillas, sin muebles, sin paredes, sin alfombras, porque en el agua no había veladores ni Elenas ni portarretratos ni criadas.

Era un ámbito siempre privado, siempre impecable. Disponible.

Tanie pudo sentir ese día con masculina iridiscencia que penetraba los mares como se posee una doncella, pues ella se clavaba en el agua como un ancla, como un clavo atraviesa una pared ella surcaba el río, como un torno, como un cuerno taurino rompe una arteria femoral, como una bala.

Sí, ella podía con el agua y el agua con ella, por eso se querían. Y Tanie nadó, nadó y nadó de felicidad, y su hermana y los Jünger y los demás se atormentaban mientras el barco seguía imbatible su marcha.

Elena —que es muy prolija— fue a ver al capitán y le explicó las condiciones hídricas de la personalidad de su hermana para que enviara un bote a rescatarla; el capitán le ofreció una magdalena espolvoreada con canela, no le creyó una palabra y pidió al médico de a bordo que le diera un calmante a Elena, y el medico la inyecto en el acto.

Viajaron, pues, sin Tanie.

Tanie llegó a Praga nadando algunas semanas después que ellos. Cuando arribó al puerto apenas flotaba, había bajado veintisiete kilos, estaba intoxicada de agua dulce y loca de sueño. La internaron en el hospital checo por más de dos meses, y aún así Tanie, todos los días pasa dos, tres, cinco horas por día sumergida. Nueve o diez los sábados.

Ella transcurre el agua como la música, y se lanzó al Danubio como quien se lanza a una vocación, a la maternidad o a la religión.

Elena no era tan inteligente.

Era incapaz de percibir, por ejemplo, estas características del agua, e incluso otras menos estelares que tenían ciertas cosas.

Para Elena no eran bellas las estrellas ni una noche llena de abedules merecería su especial aprobación. Era una mujer morruda, tiesa, viuda. No tuvo hijos, no quiso; lo había decidido ella, no era una madre frustrada. Pensó en los hijos y dijo

no me interesa

Tampoco le interesaron los deseos de su marido que murió gracias a Dios siendo ella muy joven. Sus mejores amigos, los Jünger, tampoco quisieron ser padres en un mundo tan horrible y sin embargo, cuando una tarde recibieron una cesta con una niña ignota metida en ella y un ruego para que la criaran, los Jünger lo hicieron.

Elena no lo hubiera hecho de ninguna manera. Era simple como una roca: no había metáforas para ella.

El mundo era un sitio confortable, la vida era larga y peligrosa, los hombres un problema, la religión un páramo y Dios un solaz.

Tenía una cara grande, imponente como una calabaza, el pelo largo siempre recogido en un rodete gordo que llevaba sobre la cabeza como podría un equilibrista llevar puesta una pelota de básquet. Tenía senos grandes de matrona siciliana bien alimentada, caídos ya, caderas abultadas y el trasero imponente. Era uno de esos cuerpos de valquiria, un cuerpo en tono sanguíneo, bien distribuido, regordete, englobado. Se movía con rudeza, con decisión; Elena era musculosa, gruesa. Sin embargo su rostro era muy apacible y no trasuntaba los andares plomizos de un cuerpo tosco. Finalmente una mirada celeste, una boca demasiado grande pero finalmente bella, grandes dientes blanquísimos y propios y unos pómulos muy claros como de niña.

Cargaba el aspecto habitual de una institutriz británica: inmortal, dura, y prolijita. Prolija era Elena, una palabra adecuada para ella. No había en su vida nada fuera de lugar y era la razón por la cual apartaba los hechos insolentes: las zambullidas de Tanie, el descuartizamiento de su hermano juez y su mujer, el asesinato de su

sobrino y su esposa, la epilepsia de Andrei, la nostalgia de Matthias.

Todo aquello que escapaba del mundo previsible de las horas que pasan con corrección no podía formar parte del universo sencillo de Elena. Ella era fundamentalmente suiza.

horas
relojes
horas
eso había en su vida

Como en la vida de Tanie había agua, en la de Elena había horas y relojes.

Había encontrado una hora precisa para cada suceso; la celosa prosecución de ese calendario puntilloso, personal y del todo inútil era el objeto de su vida.

No le importaba hacer las cosas bien o mal sino a tiempo; nada peor que dormir de más, viajar de más, resfriarse mucho, besarse largo o tardar comiendo. Cualquiera cosa que supusiera una demora podía contrariarla. Mas no se contrariaba demasiado para no perder el tiempo en ello, de modo que sus acritudes ante las pérdidas de tiempo eran disimuladas y concluían siempre en gastritis y ulceraciones, porque vivía ataviada.

Es la razón por la que Elena no tuvo hijos. Se casó a tiempo (a los dieciocho años y medio), la ceremonia civil fue corta para aprovechar el día en la reunión familiar, que fue corta para ir a la recepción de amigos, por cierto breve para tener intimidad con su marido, también de un modo rápido para poder dormir. Y dormía siempre la misma cantidad escasa de horas: quería aprovechar el día siguiente, y sucesivamente.

Elena quería llegar a tiempo
A tiempo
¿A dónde?
¿A qué?
Elena quería llegar a tiempo

No quiso embarazar para no licuar meses en gravidez, además de que las cuentas le hubieran deshecho los nervios (¿eran nueve meses exactos? ¿meses calendarios? ¿menstruales? ¿Doscientos ochenta días, doscientos cincuenta y dos?

Porque ese lapso era —sin duda— de más de seis mil horas de embarazo, y ese número (como todo número) no le pareció ni alto ni bajo sino impreciso; ningún médico le dijo

«su embarazo durará seis mil seiscientas treinta y dos horas y cuarto»

«seis mil trescientas exactas»

y ella no era tonta. Sabía sobre tardanza de horas, de días, de más de una semana a veces, y también nacimientos prematuros hasta de siete meses.

¿Cómo programar semejante descontrol? Horas y horas sin llenar, sin organizar. Relojes enloquecidamente zumbando, girando sin sentido, midiendo… ¿midiendo qué?

¿Qué medían los relojes de Elena?

En el fondo de su alma sosegada había una angustia escandalosa. Ella no lo sabía.

Simplemente no lo sabía.

Tras su aparente parquedad, su solidez implacable, latía un miedo enorme a los atrevimientos del azar, a dejar las cosas como están.

Todo en ella era tensión por lo vano: encajar una vida en un horario, ponerle un número en el reloj al almuerzo, sí, pero también a las lágrimas, a la soledad, a la dicha.

Elena lloraba a las cuatro de la tarde si estaba triste, y si estaba melancólica se agobiaba de noche a las nueve y media. Nada supo de la felicidad de modo que estaba liberada de ponerle una hora.

No era feliz pero tampoco desdichada; no estaba dispuesta a dedicarle un minuto a semejante cosa. Es el caso típico de una mujer perfectamente infeliz sobre todo porque no lo sabe.

Tanie y Elena eran mellizas, está claro. Habían nacido el 7 de noviembre de 1903 en Viena, la capital del Imperio Austro-Húngaro, hijas de una familia aristocrática y rica (que son cosas distintas). Después nació Earnest, en 1904, ahora descuartizado en Rabat y con restos de destino incierto.

Como no habían tenido hijos, la única descendencia de ambas era el sobrino de cuya muerte acababan de ser notificadas; les quedaba el sobrino-nieto Matthias —sobrino decían ellas— y les molestaba bastante ese cargo familiar que no solicitaron; la educación del niño le quitaba a Tanie tiempo para disfrutar el agua, y a Elena simplemente le quitaba tiempo.

Estaban viejas, muy viejas. Por eso nadie dudó un minuto en contratar media docena de mujeres destinadas a cultivar al adolescente. Sólo una cosa hacía Tanie con él: enseñarle a abofetear el piano. Y con ambas iba, todos los días, a las cuatro y media conducidos por Joseph el chofer al Salón de la librería.

Se quedaban allí hasta las siete y veinticinco.

En la casa —administrada obviamente por Elena— se cenaba a las ocho y media.

El amor cuando están muertos

Matthias asumió —con sus tías frente a sí, en un minuto y arrodillado al lado de Andrei para besarlo— que sus padres habían sido asesinados.

El hecho no lo extrañó. En la familia había una rara costumbre —originalmente masculina— por hacerse masacrar.

El abuelo de su padre —y padre de sus tías— había sido asesinado en 1910 en las revueltas de Praga y no sabemos si entonces estábamos a favor o en contra del emperador. Era joven, pendenciero, solterón; había reconocido un hijo y dos mellizas y se dedicó a solventar causas inútiles. Tanto las solventó que una de ella lo mató.

Earnest padre y las tías crecieron sin papá. Por eso Earnest se hizo juez; faltó en su educación infantil la ecuanimidad suficiente para evitar que la escuela de Derecho interrumpiera sus estudios; ahíto de ignorancias, se graduó en leyes; ebrio de poder, fue magistrado; y a causa de su judicatura lo descuartizaron. También a su esposa, pero el viaje de ella había sido solventado sin causa con dinero público y eso justificaba un poco semejante sucesión de puñaladas.

Earnest hijo, el único descendiente del magistrado, ya estaba muerto e inscripto en esa misma serie antojadiza de víctimas sin explicaciones. Adicionalmente también su esposa Marie, un detalle inocente en la porfiada costumbre de la familia Regensberg de hacerse matar en algún sitio lejos de Suiza.

Estas variadas y parecidas tragedias jamás alteraron los planes de las hermanas. Más bien los simplificaban. Habían renunciado a la idea de seguir repatriando restos (los restos del padre de ellas tampoco fueron encontrados porque nadie los buscó, y nadie era la madre de ellas que recibió la noticia diez años después y por carta, cuando había descontado que su hombre estaría casado en otro lado, perdido en otro lado, peleando en otro lado o muerto en otro lado: cualquier cosa podía haberle pasado pero siempre en otro lado); era muy evidente que el destino se había apoderado del padre de ellas, del hermano, del sobrino y no quería devolverlos.

Pelearle al destino una decisión no era una idea que pudieran asumir tan viejas. Se conformaban, más bien, con evitar que Matthias se fuera de Suiza o se involucrara con la justicia.

Las dos cosas, por razones diversas, eran mortales. Y ellas querían un heredero.

Matthias sabía que, como quisiera conservar la vida un rato más, mejor sería que no intentara viajes a Marruecos para repatriar padres o abuelos. Elena no gastaría un minuto en repatriar nada, y si bien a Tanie le atraía enormemente la idea de cruzar el Mediterráneo nadando, sabía después de la experiencia danubiana que llegaría excesivamente flaca.

Dejaron pues los muertos en paz, y de vez en cuando rezaban para ellos.

De vez en cuando.

Zumba la tierra

La epilepsia era una condición de Andrei, un carácter.

En su caso peculiar —y Andrei era peculiar—, la enfermedad se había presentado como la única forma de la verdad a la que podía tener acceso.

Andrei mentía de manera obstinada. Pero la epilepsia era verdad. Era el hecho más indiscutible de Andrei, el que lo tornaba evidente.

Todo era posible, todo relativamente probable.

Pero la epilepsia era una forma constitucional.

Andrei tiene epilepsia

eso era cierto; no cabía dudar al respecto ni era un asunto relativo. La epilepsia era la manera que Andrei tenía de aproximarse a la verdad, porque tantas vocaciones lo confundían y esa turbación se hacía tan truculenta —sostener tantas certezas insolventes era tan costoso— que su cabeza se aseaba cada tanto con un poderoso acto de despersonalización.

Su prestigio confuso, su dinero impreciso, su profesión incierta: todo en él fue naufragio.

En eso consistía su mal: un instante prolongado de vacío puro, una pérdida masiva de contacto con la realidad, un torbellino de nada

nada hecha conciencia
nada en acto
en acción
nada en ascenso
la nada pura y blanca
mortuoria, fúnebre
la nada inconcebible que se apoderaba de su cabeza
—la oprimía—
de su alma
—la dominaba—
de su cuerpo: epilepsia.

Andrei se enfrentaba con eso tormentosamente. Era un encuentro con la verdad, sí, pero un encuentro violento. Se encontraba con ella como puede encontrar alguien la verdad en una batalla, en medio del cáncer, en el estado de coma, en el insomnio infinito o después de un horrible accidente de autos.

Esas cosas suceden y no son agradables ni felices, pero son encuentros con la verdad; la muerte de los padres, la derrota tras un largo emprendimiento, pedir perdón con vergüenza, todo eso puede pasar y nos redime, nos hace mejores, pero es muy doloroso y el camino es opaco.

Andrei era auténtico de este modo. Cuando una situación le imponía el deber de la verdad —y enfrentar enamorado los enamorados ojos de Matthias era una de esas situaciones—, sentía un agotamiento tortuoso.

No ocurría con lentitud sino de modo feroz, como una cuchillada en la garganta.

Su entorno se le hacía extraño, se preguntaba dónde estaba, su cuerpo se tornaba impreciso, ajeno, se preguntaba quién era, repetía mentalmente su nombre, «soy Andrei», y eso era cierto y era falso, se turbaba enormemente su vista, el corazón latía con furor, transpiraba, sentía mucho frío en la espalda y en el pecho, tenía un miedo clínico, orgánico, quería morirse y gritar, todo eso en un solo segundo

—ser y no ser,
estar y no estar,
gritar, morirse, palpitar,
transpirar, enfriarse—

y su esfuerzo por vencer ese demonio consistía siempre en pensar en alguien —¿sus padres?—, evocar una imagen protectora —¿su esposa?—, recordar a quien pudiera sosegarlo —¿algún amigo, su médico?— y nadie funcionaba; eso lo desesperaba aún más, porque las opciones salvadoras —Dios estaba incluido como siempre en estos casos— no funcionaban.

No había un remedio para él.

No había un límite para su turbación.

Era como tener en la cabeza un tumor canceroso que crece en un segundo hasta ocupar toda la galaxia: el infinito mismo, y Andrei estaba precisamente ahí, sosteniendo ese cáncer que ocupaba el infinito.

En el segundo siguiente sufría un empeoramiento brutal de todos los síntomas.

Entonces ocurría.

Su cuerpo se doblaba en pedacitos troquelados y tras embestidas de toro contra el piso, la pared, una columna o lo que fuera, se derrumbaba: caía descuartizado como el abuelo de Matthias, se deshacía en el piso hecho un espasmo, una especie de pulpo electrocutado cuyo voltaje va subiendo hasta el límite de la

incineración, miembros que se sacuden a la velocidad de la luz hasta que no pueden reproducir tanta velocidad y manifiestan el movimiento en su forma más transparente: una tiesa quietud, un estancamiento de toda movilidad como si quemáramos el fuego.

Eso es, seriamente hablando, un epiléptico en el punto más alto de su contorsión. Estado de imposibilidad

imposible reproducir tanta convulsión
imposible sacudirse a la velocidad que ordena
un cerebro desquiciado

no es posible

Los músculos se rebelan y se ponen tiesos, no de cansancio sino a causa de la velocidad, del esfuerzo continuado.

Cuando el rayo atraviesa el cielo a la velocidad de la luz, no se ve el rayo en movimiento, sino un haz de luz estático, dibujado, como un línea sólida o un trazo.

Imposible reproducir tanta fuerza, no está previsto.

A ese penoso segundo inicial, siguen otros más penosos de violentas convulsiones. Tras varios minutos de velocidades en ascenso y miembros que se sacuden sin objeto embistiéndolo todo y sangrándose a sí mismos —con la boca hacia fuera y la lengua retorcida—, el desmayo.

Un desmayo plomizo, una inconciencia para siempre, una desconexión de los sentidos y un sonido solo, el corazón con su ritmo, la respiración con el suyo, la sangre que reestablece los vínculos entre los órganos, sangre que fertiliza el cerebro de nuevo, le recuerda sus tareas, y fluye,

fluye quedamente
sordamente
cumpliendo una obligación ancestral

fluye entre el hígado y las piernas, desde los bronquios hasta los riñones, de las manos a la tiroides, todo lo riega la sangre y lo restituye, es su deber, fluir sin pausa, fluir con rojas obligaciones de vida sosegada.

La sangre del cuerpo desmayado fluye como un médico, como una institutriz, le dice a cada porción del cuerpo cómo reposar, le da un poco de proteínas a cada cosa, le canta una canción de cuna a la cabeza, acaricia los músculos para que se distiendan y pone en paz un organismo que no sabrá muy bien qué hacer con esa paz.

Media hora después Andrei despertará.

¡Qué despertar tan maravilloso era ése! ¡Qué mañana, qué tarde, qué día sólo para él! Su cabeza había sido desinfectada por el

espasmo, como si tanto movimiento hubiera arrojado los restos de la culpa, la mentira y el dolor a la basura. Andrei se sentía sosegado, virgen milagrosamente otra vez. Sólo quería seguir así, quieto, despierto, sereno, agradeciendo a este día, a esta tarde, deseando su sopa, su vaso de leche, su reposo.

Una vez más en blanco. Sin historia. Sin más memoria que la más elemental: haber nacido, haber tenido unos padres, una esposa, unos amigos y epilepsia.

Y basta, eso es todo.

Casi un exceso.

Ni hay más ni hace falta más.

Eso era todo para él y era suficiente.

En este momento repentinamente suyo
misteriosamente inocente
tan poca cosa bastaba

Andrei sabía que después empezaría de nuevo; a mentir, a fingir, a complacer. Incluso, tener esas posibilidades tras esta caída en la inocencia no le parecía mal. Hacía algunas correcciones sobre su alma manchada. Su naturaleza era engañosa (¿engañosa? ¿sería para tanto?).

Y contra la naturaleza, ya se sabe, no se puede.

La vida de Andrei no siempre fue fingida. Tuvo que aprender a simular para sobrevivir.

Había nacido en un sitio oprobioso y oprobiosas habían sido sus opciones. Stalingrado, 1965. Lo mejor del régimen soviético, la humillación perfecta. Sus padres eran disidentes, libertarios y judíos, hijos de judíos muertos por luchar contra Lenin, huéspedes de pogroms o diseminados por la estepa rusa, fría y sin guaridas, para escapar del comunismo antisemita.

¿Era el comunismo antisemita o el antisemitismo ruso? La pregunta ¿valía la pena? «Si los judíos escapamos desde el primero de los zares ¿qué me puede importar el comunismo?» decía el abuelo de Andrei, que sabía que su destino era seguir escapando.

El antisemitismo era una forma de la eternidad. En Rusia («o como se llame», decía el abuelo) y en toda Europa Oriental u occidental («o como se llame», decía el abuelo).

Toda la historia de la familia fue una sucesión de pobrezas desde el origen de los tiempos, y la novelada Revolución de Octubre no les hizo justicia.

El padre había sido carpintero como su padre y el padre de su padre a la manera de los viejos judíos europeos que se heredaban las

vocaciones y la Torá de generación en generación para asegurarse un lugar en la tierra.

Tierra Prometida no había por ninguna parte.

Cuando la hubo al parecer en Israel, les resultó absurdo someterse a otra guerra para vivir en paz.

Los padres de Andrei contaban los rublos para saber si podían dar de comer a todos sus hijos; si la cuenta no daba bien dejaban de comer ellos y hacían la sopa más larga y acuosa.

El padre salía en el invierno a recorrer pueblos cercanos; en la gran ciudad la competencia era invencible; viajaba en trenes con pequeños objetos de madera que hacía en su taller: iconos, cajitas con incrustaciones ridículas de color, portalápices, adornos de escritorio para gente rica y marcos de cuadros para los poderosos

Llevaba consigo al pequeño Andrei, quien no tendría más que cuatro o cinco años y temblaba de frío, de pobreza y de sueño. La madre lo abrigaba con lanas viejas y le ponía el gorro de piel y zapatos de nieve.

Todo era viejo, todo era usado (ellos incluso), nada en esa familia —en esa dacha, en ese barrio, en esa vida— era de ellos ni habría de serlo alguna vez.

Siquiera la vida les era completamente propia.

La madre de Andrei, Sasha, había parido ocho hijos de los cuales Andrei era el más pequeño. La vieja mujer perdió casi la vida por darlo a luz; sufrió una hemorragia interminable en su propia dacha y sólo dos vecinas llegaron con los gritos; una puso el agua a hervir en la cacerola grande y la otra trajo el icono para bendecir al nacido; la hemorragia parecía no terminar nunca.

El médico, al que llamaron de inmediato, llegó seis días después ciertamente preocupado. Miró al niño —al que le auspició una larga vida saludable— y a Sasha —a quien no quiso decir que sufriría dolores horribles el resto de sus días, días que serían pocos y oscuros y enfermos—.

dolores horribles
el resto de sus días
el resto
días oscuros
enfermos
el resto

Los otros hijos de Sasha no ayudaban; eran grandes y habían escapado de la pobreza como quien huye de una lepra. Conforme crecieron fueron yéndose desde el hambre hacia algún lado; acaso

hacia el mar.

Sasha sufría por los hijos tan lejos. Jamás habría de saber dónde estaban.

Cuando el municipio abrió la escuela gratuita enviaron a Andrei a aprender alguna cosa; el alcalde había prometido que daría a los alumnos un desayuno con pan fresco y una sopa de ajo al mediodía.

Y muy buena educación comunista.

Ahí creció Andrei, creció de verdad; en ese sitio se armó su alma para siempre.

Leyó

Leyó diez páginas de Gogol, veinte de Dostoievski, casi cuarenta de Tolstoi

Leyó

Leyó un cuento corto de Chejov

y se dio cuenta
ahí
con Chejov por ejemplo
que la vida en Rusia siempre fue
una larga porquería

En esas páginas estaba Sasha, su madre, estaban las palabras desoladas de su padre y él, él mismo, sucio, enfermito, desprovisto.

Él era un niño inteligente. Vio su porvenir entre los miserables campesinos de Chejov y no lo pudo creer.

Cuando una nueva y torrencial hemorragia que a nadie importó arremolinó y partió en dos el vientre de su madre y le licuó la vida en minutos, el pequeño y dulce Andrei sufragó por su alma, maldijo con un solo grito a ese país impiadoso y se juró una y mil veces que se iría lejos de esa estepa campesina condenada por el demonio.

En el horizonte, el frío y la muerte lo amenazaban desde el día de su parto; ese día sumó a la miseria, la sangre y el dolor de su madre; en seis años su parto terminó; la sangre inmaculada batió la vida de Sasha, y su muerte tornó al dulce niño en lobo malo de repente.

No había en Rusia médicos para judíos. Estaban hartos de llegar agobiados hasta el hospital de la región —tras andar más de ochenta kilómetros a pie de camino lodoso— para oír siempre las mismas tonterías. La enfermera de la recepción les pedía identificaciones a todos

y en todas partes se leía que eran eso
que eran esa cosa imposible
esa cosa

«la verdadera enfermedad», según decían las enfermeras.

«No tenemos una cura para esa peste» añadían. Y riéndose entre ellas los dejaban siempre ahí, como tirados en la entrada misma del hospital, sin una sola opción que fuera digna, sin más porvenir que ser objeto no sólo de la enfermedad sino también del escarnio.

sin más porvenir que ser objeto
objetos judíos

Contaba Andrei quince años cuando su juramento de escapar de Rusia —que es una metáfora de la pobreza— parecía salir de la penumbra para hacerse cierto. Era 1980 y verano.

Dos amigos más grandes que él —Iván y Fedor, quienes llevaron a Andrei al prostíbulo por primera vez— querían escapar también; no sabían adónde pero señalaban hacia Europa con una especie de tic, de reflejo autónomo.

Había menos frío, había menos sangre hacia allá; se los había dicho Petrov, un amigo de ellos, un oficial de la marina que viajaba empleado por un inmenso buque de carga.

Los tres querían escapar con la ayuda de Petrov, quien era, para ellos, una especie de gran conocedor del universo.

Petrov les había dicho: hay más libertad por allá.

También había dicho: no hace frío.

Había dicho: las mujeres son hermosas en Viena.

No dudaron; no supieron nunca si fue por las mujeres, el calor o la libertad; todo eso se parecía.

Iván, Fedor y Andrei ataron a la madama del prostíbulo y la redujeron en un baño; Petrov pudo gozar así con todas y cada una de las prostitutas, a las que sus amigos controlaban para que no pudieran escapar. Debían dejar gemir a Petrov, no habría sexo para los otros ese día.

Era el precio que Petrov había puesto para meterlos en el barco y llevarlos a Viena ocultos.

Una noche larga todas las putas

Como un sueño

Todas las putas

gritaba Petrov, que había comprado a bajo precio todo el placer que fue capaz de imaginar nunca un marinero.

Gracias a esa noche perversa los tres amigos se ocultarían en el

carguero de acero y de carbón, escondidos en una caja de provisiones. Entre el acero de la bodega principal podrían morir de hambre pues Petrov no tenía acceso hasta allí, pero en el almacén de provisiones era más fácil.

Si el guardia del puerto los descubría aceptarían la cárcel o la muerte. Era preferible. Si no, seguirían con el cargamento hasta un sitio desconocido que se llamaba Viena; con la caja bajarían ellos y después

después habría que ver
qué otra cosa hemos hecho hasta ahora
que esperar
y tratar de ver

El guardia del puerto no los descubrió. Atravesaron en ese barco lleno de ratas kilómetros de agua dulce y noches largas. Embarcaron en el margen izquierdo del Canal de Volga; atravesaron el río Don en esa caja de madera confundida entre muchas, metida en una de las irrespirables bodegas del barco.

En diez días estuvieron casi inanes y en el Mar de Azov.

Petrov les tiraba agua y restos de comida cuando se acordaba de las putas: la gratitud por tanta alegría lo hacía bajar a la bodega de provisiones a verificar que los tres polizontes siguieran vivos.

Navegaron el Mar Negro y cruzaron el maldito Danubio que no se terminaba nunca. Maldijeron ese río eterno que fue incapaz de acabarse pronto; el Danubio mojaba Silistria cerca de Bucarest, rodeaba los Alpes Transilvanos empapando la llanura, dejaba tras de sí los Cárpatos orientales, se escurría por peligrosa tierra húngara, cruzaba la selva de Bohemia y llegaba por fin a los Alpes Orientales.

Por ahí andaban cuando oyeron la voz disfónica de Petrov anunciando el arribo a la ciudad de Viena y su presumida libertad llena de mujeres bellas.

Llegaron a la libertad con tanto hambre que no entendieron muy bien qué era.

la libertad
no la entendieron

No podían creer que tanta agua los separara del mundo.

Tuvieron frío y dolor de estómago por días; la costumbre ayudó a soportarlos. No habían avisado a nadie que se iban, a los padres no, a los buenos amigos tampoco.

A nadie, era peligroso avisar.

Y bajaron en Viena muertos de miedo.

Andrei, Fedor, Iván, los tres muertos de miedo metidos en la libertad.

Eso dijo Petrov: La libertad de Viena, y se encargó de liberarlos en el puerto.

Todo lo que vieron fue tan extraordinario que una valentía desconocida les dio deseos y fortaleza para buscarse un destino.

Se separaron de inmediato. Los tres amigos se odiaban ya. Habían compartido semanas de sus olores, de sus desperdicios; semanas de sudor entre hombres, de orines, de humores y estaban avergonzados.

Para Petrov todas las putas y para ellos ese promiscuo juntadero de olores y roces masculinos.

— *El más dichoso resultó Petrov*

llegó a decir uno de ellos. Por eso llegaron odiándose y sin mirarse, se separaron y no se vieron nunca más.

Nunca más.

Se hubieran injuriado en la cara y a los gritos.

Andrei era el más pequeño. Tuvo mucho miedo y mucho asco en esa caja, pero el cuerpo de los hombres no le molestó. No le molestó que fueran hombres; hubiera seguido con ellos.

Casi niño y también solo, dio tanta pena en la calle.

De algún modo que él jamás relatará se apiadaron de su cuerpo escuálido, de su carita impactada por la fuga, de sus ansias.

Su primer ataque de epilepsia ocurrió entonces y en las calles que habituaba; la crisis lo asustó y lo ayudó mucho; produjo con convulsiones deseos de quererlo.

Con el tiempo aprendió a lucir la pena que producía en los otros, a tener ese gran recurso.

Refugiado, lo educaron en Austria con ese rigor germano tan peculiar entre otros niños en su misma condición. El campo de refugio estaba bien organizado y le dio comida y educación hasta la Universidad.

No dejó de leer a sus rusos; los maestros vieneses, que lo veían tan ávido, también le señalaron a Brecht, a Goethe, a Dante. A los veinte años eligió el Derecho —acababa de leer *Antígona*— y a los veintiuno abandonó los estudios y la vida organizada.

Un lustro le alcanzó para tramar
un lustro durante el cual la humillación
de ser el ruso
el judío
el epiléptico

del campo de refugio
empeoraba con los días

Se escapó después de robar los dos millones de marcos que Rusia le había robado desde que nació —aunque Andrei sabe que Rusia le robó mucho más y lo tendrá en cuenta durante toda su vida—; los tomó de la caja de la Oficina de Refugiados con un plan breve y sencillo, mucho más sencillo del que lo había llevado hasta ahí.

Sabía que con su acto privaba a los otros de un año completo de presupuesto; y por primera vez advirtió que hacer daño no le importaba a causa de la injusticia colosal que había obrado en su vida.

Él sufría y alguien debía pagar por ello
No importaba quién
No importaba

Andrei comenzaba a vengarse. Vengaba las hemorragias tortuosas de su madre, la muerte absurda del viejo padre carpintero, la desdicha errante de sus hermanos perdidos en Siberia y el afán ruso por someterlos a todos a la misma clase de miseria igualitaria.

No se preguntó si era justa o era injusta su forma de vengar generaciones enteras. No podía advertir la injusticia de sus opciones.

Padecía mucho la miseria para discriminar si era mejor robar que aceptar caridades.

Repentinamente rico, viajó a Zurich, compró documentos y abrió su falso y verosímil despacho de abogado. Sabía dos o tres cosas; había resultado ágil de memoria, persistente, audaz. La soledad y la humillación le revelaron una valentía dolosa que no sabía que tenía. Se supo temerario y audaz.

Tardaría muchos años en conocer a Clarissa y amarla de verdad.

Acaso por haber sido desde tan pequeño víctima de mucho dolor, dominó hábilmente el deber de fingir, de simular, de especular.

Estaba en su naturaleza.

Y contra la naturaleza no se puede.

Perseguido por la naturaleza

El desván de los dolores perdidos es un ático, un espacio sin mucha definición pero con forma y textura. Normalmente está en el fondo y arriba de una casa en la que se ha vivido mucho, en la cual trascurrieron partos, pesadillas, lágrimas por un gran desencuentro y por varios, algún abandono ocasional, en fin, una casa donde la vida pasó para una familia entera y para varias generaciones de la misma familia.

Entonces el ático se llena de dolores amargos porque no caben en ningún otro lugar.

También pueden apilarse en un sitio de la memoria.

Ocasionalmente los cementerios son desvanes de dolores amargos, los más apropiados en realidad, porque cuando uno quiere ver a su dolor va al cementerio, le lleva flores y le dice

quédate aquí enterrado, estás muerto

y el dolor no tiene alternativas.

Lo peligroso, lo realmente peligroso es andar con los dolores amargos por ahí, dando la vuelta a la manzana con ellos colgando de las ojeras, puestos en la mirada, anotados en las primeras arrugas, señalados por una mueca o mojados por una lágrima que ni siquiera se atreve a salir con franqueza.

Era éste el verdadero problema de Andrei cuando —siendo ya un hombre maduro— lo azotaba la epilepsia. Recordaba sus dolores amargos, aquella vida que había dejado en otro sitio y en otra época. No permitiría que ese enorme bloque putrefacto lo atrapara de nuevo.

El lugar de la verdad era doloroso, estaba astillado. Entonces Andrei ya no sabe qué hacer, a qué médico ir —porque no quiere decir la verdad aunque la sepa, aunque la sepa no la dirá— había ido a todos ya (psicoanalista uno, dos tres, psiquiatra cuatro, cinco, seis, clínico siete, ocho nueve, neurólogo, epileptólogo, acupunturista, flores de Bach) acaso era mejor poner los pies en una bachaza de agua tibia con sal gruesa: así hacía su madre cuando estaba triste. Su madre encendía la radio y acaso también lloraba, lloraba la madre sin parar, lloraba porque iba a morir su esposo y después ella

porque habían muerto ya sus padres y alguna hermana

se le habían ido los hijos por el agujero de la miseria

lloraba porque esto es una porquería
pues la vida no es de otra manera.

«Para qué quiero un médico», diría la madre, y los pies se le deshinchaban en salmuera pero se le desinflaba también el corazón porque lloraba y rezaba con el Talmud en el regazo o rezaba a su manera y estaba en paz con dios, y al final
al final

al final qué

pensaba Andrei

«Es la vida» le dice Clarissa, le dicen sus amigos.

Muchos lo dicen, los almanaques y algunos filósofos postmodernos. Que viva uno el presente.

¿Y qué otra cosa voy a vivir?
No puedo ser más actual que yo
No puedo

pensaba Andrei.

Es cierto, no podía ser más actual que él. ¿Qué otra cosa podía hacer? La epilepsia era lo más básico que le ocurría, lo que le recordaba con fuerza que estaba sujeto, también él —que mentía tan bien— a la naturaleza humana, esa torpeza.

De un golpe la naturaleza humana: hongos en los dedos, miedo en la noche, sudor, ganas de llorar, diarrea, certeza de volverse loco. Hay que bañarse, hay que tener sexo; la naturaleza humana es así, hay que confraternizar con un cuerpo, el de uno, lavarle los pies, verlo declinar y envejecer. Y peores cosas, tener pánico, vivir con espanto, ser abandonado.

La naturaleza humana, ese monstruo —una bestia con forma de tías o de dolor de estómago— es la certeza de ser unos huesos y unos músculos y un precario equilibrio químico que se altera con hormonas, con tranquilizantes, con jugo de naranja. Notable. Andrei tomaba todas esas cosas y le hacían bien pero le recordaban su humana naturaleza, su vana condición de humores en equilibrio; se miraba al espejo y ya no se veía: veía unas tiroides que trabajan con esfuerzo, un encéfalo rodeado de psicotrópicos, unas arterias transcurridas por sangre mejorada en el hospital por alguna inyección oportuna, unos músculos cansados, piel que vence y declina.

Nadie puede enamorarse de esa increíble realidad, esa suma de

líquidos y fibras y tendones que somos al fin del día arrojados en una cama, sin maquillar ni teñir ni vestir, sin disimular arrugas ni grasas, cuando nos abandonamos al cansancio que domina a eso de las doce de la noche, solos aunque no estemos solos; y nos sabemos viejos (ya es tarde) y gordos (es inútil) y hasta enfermos aún estando sanos; o ya zonzos y sin aquella notable inteligencia; o pobres de todas las esperanzas del mundo

ya es tarde

parece decir el espejo, el amante; eso es lo que está pensando nuestro querido amigo cuando —frente a nosotros y frente a un café, en un bar cualquiera— se queda en silencio: parecería que disfrutara de su cigarrillo pero en realidad piensa

ya es tarde

y preguntará al espejo con desesperación
«¿Verdad que ya es tarde para mí?»
y el espejo contestará
«no, claro que no»
pero en realidad piensa que es tarde

es tardísimo

es tarde incluso para él

es obvio que se ha dado cuenta de que la vida se nos fue haciendo tontamente esa pregunta (¿verdad que ya es tarde?) y otras más absurdas aún.

En ese momento no somos más que un cuerpo que declina.

De un cuerpo no puede enamorarse nadie.

Por eso Andrei tenía del sexo una idea muy generosa, muy sin distinciones, y no era por decisión que amaba un poco por aquí y otro poco por allá. Era en defensa propia, un intento por desarticular la trama irreparable de la naturaleza, sobre todo cuando detrás de los balcones asomaba la horrenda primavera.

Entonces había que enamorarse de alguna manera, de alguna persona, o ser un manojo de nervios que toma píldoras.

Opciones
Opciones
Opciones

repetía Andrei como un psicótico
y no había muchas opciones

Había, sí, el deber de asumir la mañana, de enfrentarla como se enfrenta un tren que nos viene de frente a toda velocidad, y saberlo todo:
que después de la mañana sigue un día entero de vida
veinticuatro horas de vigilia y de sueño
lucidez y pesadillas
veinticuatro horas sin tregua
sin parar
horas de vivir lo que nos toque
lo que suceda
con amor o sin él
con opciones o sin ellas
en general sin dinero
hay que vivirlas igual
horas
las horas
las veinticuatro
no dan cuartel
no se detienen
no se puede decir «a ver, a ver… detengámonos un momento»
no hay descanso en esta locura que inventó la naturaleza humana

vivirás con milagros y sin ellos
con dios o sin él
aterrado o soterrado, con mascotas o sin ellas
las horas veinticuatro, todas
una a una
una tras otra
no te detengas
no te distraigas
no te des por satisfecho
no lo des por resuelto
no te alteres
no te duermas
no te inquietes
las horas vienen
pasan
te dejan con más tiempo vacío
o lleno de lo que sea
y ahí estás

Andrei, ahí estás:
tirado, epiléptico, desmayado, porque has dicho

basta ya

y encontraste la puerta de salida.

¡Ah, la puerta! ¡Qué inteligente resultó Andrei! Él tiene la epilepsia como una puerta de salida. No hay una, pero Andrei la inventó para sí y puede detener el tiempo y clavarle a las horas un puñal:

no pasarás

¿No nos persiguen las horas como un perro cazador, como un cascabel al gato, como el banco a los deudores, no es así?

Andrei era epiléptico y pasaba algunos minutos de su año —unos quince, unos veinte— fuera de la vida; libre de la memoria, del amor, de la decisión; libre del deber de ser alguien, de pedir un té o de quedarse quieto; libre de la esperanza, ajeno del mundo, extraño.

Hizo la trampa, cavó el refugio, logró socavar el secreto. Danzó una verónica a ese toro de miura —las horas que lo siguen— y se metió en la epilepsia, ese desmayo atemporal, ligera vacación de la conciencia, más poderosa que un sueño profundo, más profunda que el hondo Mar Negro, una evaporación de las certezas, de sí mismo.

Uno mismo, de súbito, evitable; uno mismo en el tiempo detenido, sin dolor, sin sexo.

Sin uno mismo.

Esa puerta puede atravesarse. Es una trampa para renacer.

Funciona una vez, varias. Muchas veces.

Pero alguna de ellas puede ser la última; no se regresa, no se despierta.

Es el riesgo. No hay drogas que lo traigan a Andrei de la pereza profunda, de la distracción definitiva, la holgazanería última. Si va y no vuelve ya es tarde para todo.

Si el desmayo dura quince, veinte minutos, entonces funciona. Si un día durara más, si durase horas, semanas… ya sería tarde: Andrei ya no regresaría de ese espejo atravesado, ya no habría nadie de este lado de la demencia.

A esa travesía en anverso y sin reverso llaman demencia y es apreciable por la mucha lástima que da, por el espectáculo espantoso que provee.

Sólo de ese modo la demencia es un estado ideal, estado sin cosas, sin emociones reales, sin percepción cotidiana del tren que arrolladoramente nos amenaza todas las mañanas con veinticuatro

horas completas de Gozos y de Sombras, sin tregua, sin pausa, sin cansarse, siempre con lucidez implacable.

Andrei salía del curso de la lucidez y optaba por el riesgo. La epilepsia lo raptaba y su cabeza y su alma se vaciaban por completo: volvía al estado de la niñez.

Una metáfora de ese repentino renacimiento veía Andrei en los hoteles. Tras un día completo de hospedaje, su habitación estaba repugnante, toallas tiradas en el piso, restos de la cena en una mesa, desechos del desayuno en la otra, pantuflas usadas en un rincón; las sábanas humedecidas por la transpiración, revolcadas, casi denunciando cada pesadilla; el edredón en el suelo y revuelto con abrigos; chicles y pistachos en los ceniceros; diarios viejos y papeles rotos en los cestos; el baño era un despojo enmohecido y en todo el cuarto se sumaban los olores: a desayuno, a sexo, a cigarros, a pizza, a toallas mojadas, a vino tinto, a sudor.

Parecía un asunto irremediable; toda esa enorme colección de sopores, producto del sueño trascurrido, de los sueños de la noche y la vigilia, de la puerta del baño abierta, de las comidas, de un cuerpo con sus calores y sus líquidos que trascurre una noche y una mañana completas en una sola habitación cerrada, toda esa mugre parecía imposible de vencer, y Andrei levantaba una toalla y vaciaba un cenicero pero todo era igual, era para darse por vencido, irse corriendo, nadie podría resolver esa hedionda putrefacción acumulada, ese caudal de humedades, de un resuelto olor a maníes de ayer.

Desesperado, tomaba el teléfono. «Recepción, buenos días, habla Jennifer», decía una voz adiestradamente cordial de alguien que siempre se llama Jennifer. Él daba alguna alterada explicación sobre su cuarto y ocurría un milagro fuera de toda descripción.

En instantes llegaba una especie de batallón de mujeres sin duda expertas con un carro de emergencias higiénicas; era una ambulancia con toda clase de aparatos complejos y fármacos; las mujeres tenían algo en la eficacia, en la rapidez, en la exactitud, que no se podía narrar. Eran profesionales de la mugre, expertas en trasparencias. En instantes abrían ventanas que no existían, hacían desaparecer las telas sucias, absorbían el aire entero, lo cambiaban por otro, ponían una atmósfera transportable, aspiraban, ventilaban, trapeaban, sacudían, bruñían, desinfectaban, todo en un solo acto, al mismo tiempo, todo sin que se viera, todo en un chasquido.

Andrei se quedaba con la cabeza agachada en el pasillo, afuera de su cuarto, oyendo ruidos raros dentro, viendo cómo esas valquirias enojosas entraban y salían calladas con bolsas y jabones y sábanas.

Ya está. Pase usted. Y se iban. Y él entraba a… otro cuarto, porque

no podía ser el mismo que dejó hace diez minutos. Éste era un cuarto impecable, con olor portátil a tréboles, mucha luz, una cama tendida, unos escritorios que brillan y saben a madera, unas mesas de noche con flores y un chocolate, cortinas de colores visibles y mucho espacio limpio y plácido para ensuciar con el transcurso de un cuerpo en otro día de vida.

La epilepsia era igual. Lo arrojaba sucio y maloliente; él siquiera podía levantar el teléfono y pedir ayuda. El sosiego que sentía al despertar era inigualable, como si un tropel de criadas lo hubiera invadido por dentro para ventilarlo entero; primero abría los ojos y no sabía ni quién era ni dónde estaba, y ninguna de las dos ignorancias le producía la menor preocupación. Al contrario, le parecía fantástico no saber nada, como ha de parecerle bellísima la inconciencia a un niño de tres meses o a un gatito. Después tomaba lentamente noción de sus amores; se acordaba por ejemplo de Sasha, su madre, por ejemplo de Clarissa; y así iniciaba un viaje más o menos largo; luego recordaba una casa que era la suya y podía decir dónde quedaba —él quería estar allí—; después recobraba un amor medio secreto, el recuerdo de un hecho de la niñez o el gesto típico de un amigo próximo.

Así su mundo iba elevándose de nuevo
como en la vez primera
una pirámide desde los amores hasta los detalles
y se reconstruía solo y sin esfuerzo
un universo singular que era el de él
por algunos días vivía ese sopor
inocente y traslúcido

Había atravesado con éxito la aventura peculiar de la inconsciencia.

El tren de las horas veinticuatro no se lo perdonará fácilmente.

Simulación en la cultura

Al despertar Andrei encontraba al mundo en orden. Había mucha paz en su cabeza, en su cuerpo lastimado, a su alrededor.

Sosiego, despreocupación.

Su esposa lo había recostado en la cama de ambos, una cama muy grande, una cama tamaño real, porque así se llaman, «King Size», Tamaño de Rey, porque los reyes fueron grandes y precisaron camas así, del tamaño del rey, una cama donde podía reposar un imperio completo después de haber sometido algunos pueblos distraídos. Forzosamente la cama tenía que ser grande para que descansara el Imperio Británico o el Ayatollah persa, y fueron grandes el Buckingham Palace, el palacio de la Zarzuela y los muchos palacios de San Petersburgo para que cupieran camas enormes; a la Casa Blanca la hicieron grande a pesar de la república para que cupiera la cama, la cama tamaño de rey: la mitad de la Casa Blanca —como todos los palacios— ha de estar ocupada por la cama, una cama donde aterrizan las guerras por la noche, la conciencia alterada de un emperador que ha tomado decisiones para millones de almas que se retuercen de dolor esa misma noche.

Camas para tener pesadillas de guerrero.

Ahí estaba Andrei en su cama de rey, en un cuarto por cierto amplio, con una vista a un pequeño jardín que su esposa Clarissa cuidaba con celo; unas hortensias acá, por allá unas amapolas, las lavandas no han crecido este año. Cortinas adecuadas, pesadas, color fucsia. Las paredes del color del vino, los armarios de roble pintado de blanco, un muro completamente espejado y sobre un costado el gran escritorio que Andrei compartía con su esposa; allí había papeles, perfumes, alhajas, plumas, cheques, un diario íntimo, un velador, unas agendas, mancuernillas, tres revistas, una pila de libros, todo en un desorden agradable, una apropiada desprolijidad.

El escritorio tenía cajones y cajoncillos como las antiguas toilettes con espejo, y puertecitas de madera; era un mueble inglés muy bueno que algún día trajo Andrei, se lo había regalado una anciana que después lo reclamó un poco airadamente, a los gritos y en la puerta de su casa, pero ya estaba ahí, en el cuarto de ellos. Hermoso mueble.

Y él descansaba. El sonido de una radio, se oye Brahms. ¿Será Brahms? Eso pensaba Andrei y no tenía otra preocupación ¿Es o no es Brahms? Y escuchaba, atento y feliz de hacer sólo eso. Brahms en la

mañana, recostado. Clarissa le traía líquidos; una taza fría de tilo, un vaso de leche descremada, un caldo de puerros, agua mineral. Iba y venía, contenta, alegre de tener a su esposo ahí, a salvo, curado acaso ya, repuesto de la crisis. Lo había traído la policía; una patrulla tocó la puerta y le entregó a Clarissa el cuerpo desmayado de Andrei; ella lloró y pidió a los oficiales que lo llevaran hasta el cuarto pues sola no podría, y de muy mal grado lo hicieron, ensuciaron un poco las alfombras, también rozaron las paredes blancas y dejaron ahí alguna mancha, pero Clarissa resolvió todo eso en un ratito después de que Andrei volviera en sí y hablara un poco con ella, «yo leía en el sala de té, me paré, no recuerdo más» explicó, y Clarissa dijo «descansa mi amor, no intentes recordar, ya pasó». Y estuvieron tan en paz, tan en paz.

No hacía falta ninguna explicación adicional y tampoco era preciso. ¡Qué bien había dormido Andrei, qué liberado se sentía, qué cerca de Clarissa, qué redimido!

Clarissa era una mujer pequeña de más de cuarenta años, muy atractiva, con una sonrisa impecable. Se movía rápidamente y con gracia. Tenía un niño de su primer matrimonio —casi un adolescente ya, Clarissa se había casado muy joven— y no quiso tener otro hijo con su segundo marido; lo supieron desde el comienzo, no habría hijos de Andrei.

Ella cuidaba su cuerpo, un cuerpo bellísimo, muy bien proporcionado, unos bustos esbeltos, notables, su cintura delgada y caderas con contornos indiscretos. Sus piernas eran su mayor atractivo, sus piernas y su cola; los hombres se daban vuelta en la calle para mirar el trasero de Clarissa y ella lo sabía. Su trasero y sus piernas, perfectas porciones de su cuerpo que sabía mover muy bien, que usaba correctamente.

Era seductora; Clarissa era simpática, profesora de letras en la universidad de Zurich, con una sonrisa que ya está dicha, grande, franca, divertida, una sonrisa que contagia deseos de reír con ella, de acompañarla en ese emprendimiento de reír mostrando unos dientes blancos, alineados; su nariz era pequeña, sencilla, sus pómulos rosados y las manos módicas como las de una modista francesa. Usaba el pelo así como estaba: suelto, largo, rubio como era ella, no trataba su pelo, no lo ataba, no lo enrulaba, no lo planchaba; había dejado su pelo en paz y el pelo, que había tomado conciencia de esa bondad de Clarissa, se lo agradecía con una belleza natural que ella exhibía.

Nada perturbaba la libertad de su cabeza, ni por dentro ni por fuera, y las ideas de Clarissa eran como su pelo: sin planchar, sin enrular, sin atar. Como eran, así quedaban. A ella le parecía bien.

Clarissa era verdadera, era como Andrei después de la epilepsia

pero sin necesidad de hacer tanto escándalo. Era siempre así, sencilla sin que se note, simple sin ser tonta, inteligente sin merecer premios descomunales por eso. Su carrera en la universidad había comenzado como la de toda mujer hermosa: con éxito sospechoso. Pero al cabo del tiempo su inteligencia tan apropiada, tan discreta y tal real, su buena memoria, sus recitados tan bien escandidos, sus ideas novedosas sobre Catulo y Horacio habían despertado interés en las autoridades. El Decano le ofreció un puesto de adjunta en la cátedra de literatura latina, que luego revalidó en un concurso. Su lugar estaba ganado; ya publicaba algunos artículos y se creía incapaz de un libro pero podría recopilar sus notas universitarias y preparar una especie de texto.

En suma, Clarissa era un éxito moderado y en ascenso módico, una inteligente que no brillará y que hará lo posible por evitar la tentación de la frivolidad. En cincuenta años no será recordada por nadie; no está llamada a estar en los libros de la historia universitaria y aún así lo que hace lo hace bien.

Era una de esas personas que tanto le gusta crear a la naturaleza humana.

Personas que hacen muy bien su tarea, que tratan de mejorar día a día, que piensan en el prójimo, que cuidan a su cónyuge, preparan sus clases, escriben sus notas, vienen y van con vasos de leche y tacitas de té, ya perdonaron a su madre, comen suficiente cantidad de arroz y están condenadas al anonimato absoluto por una eternidad muy considerable, una eternidad ridícula de tan larga, una cantidad que no conviene.

Andrei le tenía terror a eso, esa condena del tiempo
ser y no ser
ahora, vivo
muerto después

¿Qué locura es ésa? Un tránsito tan breve, tan escaso, tan avaro, en un tiempo infinito. Eso era una estafa desde el comienzo y por eso a Andrei no le molestaba estafar. Ya había sido desahuciado desde el comienzo, antes de arrancar le robaron todo el infinito pasado, y después de la muerte se quedará sin todo el futuro.

Alguien estaba administrando las cosas con una codicia de ladrones, repartiéndose como malandras todo el caudal del tiempo, que era enorme y no había por qué seccionarlo y acortarlo por acá y por allá.

Andrei sabía que le estaban arrancando pedazos de eternidad por todos lados.

No había muchas soluciones para esa estafa inicial tan penosa, tan sin aviso a la que debía atenerse con cierta complicidad, como si estuviera de acuerdo en ceder tiempo hacia el futuro, hacia el pasado, hacia cualquier parte, y envejecer y atontarse y morir.

Todo eso le parecía tan injusto, tan inmoral en realidad, tan poco para él, que sufría de verdad. Tal vez fuera otra de las verdades de él, una de las pocas.

Por eso podía vivir con Clarissa.

Ella era mortal y lo sabía, tenía limites que aceptaba, era un ser humano consciente de las orillas, podía creer en dios, tener arrugas y dejarse de joder con la eternidad.

Eso a él lo tranquilizaba mucho; alguien a su lado entendía que el mundo es así y no escrutaba todo el tiempo cómo podrían ser las cosas si hubieren sido de otro modo, ni preguntaba una y mil veces por qué la vida no es más larga, más popular, más republicana, más feliz.

Clarissa era sencilla, ninguna eternidad como la suya.

Resultaba muy parca a la hora del existencialismo opresivo y el tormento filosófico; por eso escuchaba las agonías teóricas de Andrei con una atención muy poco interesada y le explicaba con amor que el mundo era así.

El universo de Clarissa estaba en orden. Tenía explicaciones sencillas. Era razonable y no había que cuestionarlo más que un poquito, cuando una gran injusticia era cometida, un niño precisaba comida o un pordiosero antibióticos. Ella era sensata y acaso su insensatez única haya sido fisurar su sosiego con Andrei: he aquí su secreto.

Andrei deliraba por los dos.

La Folie à Deux, una sola locura para dos

Ella podía vivir un mundo en orden mientras Andrei cargara con el trabajo de cuestionarlo. Él era el vocero de la angustia familiar, esa agonía tan típica que nos hace preguntarnos por los malditos objetivos de la naturaleza humana.

Ser tan buenos, tan cultos, tan honorables y esforzados y te acuchilla un extraviado en esa calle o el tren que se desvía te disuelve entre átomos. ¿Y entonces? Cuidamos la perseverancia de una vida que nos abandona, que sabe cómo hacer de nosotros un despojo repudiado por la celebridad, lanzarnos a la galaxia del estelar anonimato y dejarnos ahí, rodando por la vía láctea, sin nombre y sin temor, con las esperanzas jóvenes olvidadas y los hijos sin nacer. O peor aún: nacidos los hijos y negando al padre, día tras días, hora tras hora, negándonos con paciencia, es un trabajo eso, una dedicación, negar al padre, olvidarlo, ni siquiera echarle la culpa, tirarlo a la zanja

de los nombres sin letras, un nombre más, algo más para olvidar. Y se ha vivido en vano, cuidando un prestigio que se desintegra, una decencia que nadie premió, un patrimonio que se puede beber en una noche de taberna, una religión con fines dudosos, un nombre que nadie recordará.

Clarissa no pensaba en esto porque ya lo pensaba muy bien Andrei, lo rumiaba para los dos, robaba para los dos, estafaba para el matrimonio, porque las estafas y mentiras de Andrei eran una venganza contra un mundo antisemita que le había robado eternidad desde el comienzo, eran actos de pura justicia, de acumulación por la pérdida, de resarcimiento.

Ella puede estar tranquila, muy tranquila. Andrei se hará cargo del dolor de la vida de ambos. Y si hubieran tenido un hijo le habrían explicado que el mundo está básicamente bien.

Andrei no sabía que el mundo sencillo de Clarissa estaba sostenido por él. Siquiera sospechaba que Clarissa pudiera advertir sus muchas irregularidades en la vida (en verdad ella no las advertía conscientemente); más bien la creía una mujer engañada, engañada por un mundo hostil que la usa para educar, para limpiar su casa, cuidar un esposo, agotar la memoria de los estudiantes, recitarles a Séneca y ver por el prestigio de las universidades, los editores y ¡la formidable cultura universal!

Clarissa era un mecanismo diminuto en la fábrica de talentos inútiles de un siglo sin gloria.

Era eso lo que se veía desde afuera acerca de los habituales movimientos rítmicos de Clarissa. Lo que ella hacía por vocación (leer, escribir, enseñar, dictar seminarios sobre «Personalidades de Terencio y Plauto: simetrías y oscuridades» y procrear hijos naturales de Homero) era visto por sus jefes y colegas —y por la *Enciclopedia Británica*— como una general aportación a la cultura universal.

¡Qué idiotez tan supina! pensaba Andrei. ¡Cómo nadie había advertido hasta ahora que no es más interesante Terencio que la leche descremada o los controles remotos! Se puede vivir sin Plauto. Y era un gran negocio el de la cultura, un negocio estelar: un negocio amazónico.

Toda la cultura universal, así horriblemente llamada, estaba basada —desde Gutenberg— en el deterioro del Amazonas; la cultura es papel, decía Andrei. Y era toda una teoría que sostenía con seriedad. Papel impreso, periódicos, apuntes, notas, hebdomadarios, revistas, opúsculos, boletines, gacetas, gacetillas, panfletos, separata, pasquines, mensuarios, anuarios, memorias, homenajes, traducciones, cometarios a las memorias traducidas, notas a las traducciones

comentadas, apostillas a los comentarios, novelas, dramas, cuentos, relatos, guiones, diccionarios, enciclopedias, manuales, discursos, compilaciones, repertorios y el vademécum. Todo eso puede encontrase en papel: en un idioma y en todos, en edición unilingüe, bilingüe y hasta trilingüe, con o sin comentarios, con notas, sin ellas, con explicaciones, con prólogos, proemios, anexos, conclusiones, notas al pie, notas al final, introducciones, addenda, palabras liminares, post scripta y notas del editor.

Todo ello está en papel de modos diversos: en cuarto menor o cuarto mayor, en octavo mayor o en octavo menor, en gran folio, en folio mayor, en folio menor, en cuarto y cuartillas, en dieciseisavo o en treintaidosavo, en edición habitual, de lujo, pocket, tapa dura o tapa blanda, ilustrado, letras grandes o chicas o medianas, y en ediciones diferentes, siempre señaladas. En conclusión: la cultura es la exudación mayor del negocio de la madera, un negocio amazónico. Cuando el dilema entre la capa de ozono y los grandes bosques deje de ser un negocio estelar, desaparecerá la maravillosa cultura universal, de la cual Clarissa era un vástago menor.

Andrei podía sostener eso y explicarlo durante horas y días. Tenía millones de ejemplos que llegaban en auxilio. Cuando se archivaron los primeros resultados de cualquier cosa, explicaba Andrei, comenzó el gobierno de los catálogos. Un centímetro más y llegamos a los archivos de conclusiones. Pero como después de darle un mordisco a la manzana hay que comérsela toda —al fin y al cabo fue el primer objeto cultural— la producción en catarata de libros se apoderó de la cultura.

Andrei había advertido que el Atlas abusó de las imprentas y que las tempestades bibliográficas ya justificaban el incendio de la biblioteca de Alejandría. Veía en la educación una forma obligatoria del aburrimiento; Clarissa era un producto más de la división del trabajo.

—«¿No son los temas literarios siempre los mismos?»

le preguntaba a ella

—«¿No fue suficiente con Aristófanes para tener que aguantar a Umberto Eco?»

Y Clarissa menaba la cabeza con cariño, entrecerraba los ojos y sonreía.

Ella nunca se atrevió a sospechar que la desaparición de todos los libros pudiera ser posible.

Pero Andrei sabía que era inevitable.

La desaparición de los libros, la de Clarissa no.

Hitler ganó

Aunque la desaparición de los libros fuera un asunto interesante para Andrei, nunca lo hubiera planteado con suficiente seriedad.

Andrei sabía que en cualquier momento de la eternidad, en cualquier sitio del espacio infinito, hay siempre un Libro que justifica al Universo; hay algo escrito, algo que se ha dicho, que se ha inscripto en el papel con esfuerzo; por tanto ha de ser algo que es verdad.

— Dios proveyó las Tablas de la Ley, el primer Libro —decía Andrei—. Las aguas del Mar Rojo se abrieron. Las doce tribus se asentaron y crecieron y fueron hijos unos de otros, los reyes reinaron, los jueces juzgaron.

Dios ya está satisfecho con nosotros

nació Jesucristo, predicó, dijo la verdad una vez más, en otro Libro. Fue un sublevado que dijo la verdad («ámense») y el imperio romano («no robarás») lo liquidó («no matarás») porque la verdad («no jurarás en vano») era una porquería («no desearás la mujer de tu prójimo»).

Libro sobre Libro, esos judíos construyeron la cultura universal.

Dios ya está satisfecho con nosotros

El mundo es una pequeña biblioteca judía, decía Andrei. Con pocos libros. Y algo de música. La singularidad de Dios —que no escribe, pero que deja escrito— ha sostenido toda la cultura desde Moisés. Y aquí Andrei caía en un silencio agotador. Porque llegaba al punto de la horrible paradoja: Hitler había sido el último judío; como Judas, encendió la mecha del incendio universal y acabó con occidente.

El mundo había sido destrozado por Hitler como se destroza un jarrón cuando le damos un golpe. Y no fue culpa de Hitler ni del jarrón ni del golpe; simplemente fue una gran estupidez que salió bien porque nadie la quiso evitar.

Nadie.

Todos estuvimos de acuerdo.

—Fuimos todos, dice Andrei frente al espejo.

—Fuimos todos, dice Clarissa en su clase de Letras.

Por las dudas, estuvimos de acuerdo. Por las dudas. Hitler ganó.

Así, tan simplemente; y aprendimos a vivir en un mundo deshecho. Por eso Andrei se toma la cabeza con las dos manos y susurra

Hitler ganó

y no puede decir, naturalmente, nada más.

Porque la guerra ni siquiera fue un final.

El amor cuando maduran

Matthias no estudiaba mucho; lo intuía todo. Le bastaba el comienzo y el final de una historia; el resto lo imaginaba sin esfuerzo. Le daba igual el cuadrado de la hipotenusa que la pirámide de Kelsen; todo servía para entender el universo otro poco.

Era naturalmente culto, inteligente. Miraba las estrellas con intriga pero nunca estudiaría la historia de la vía láctea ni sabría el nombre de tres estrellas juntas. Ni de una constelación, o apenas.

Los objetos no lo perturbaban; una mesa de roble o una tarjeta de crédito eran tan iguales como una raqueta de tenis y el cuadro de su tía Elena; cosas, nada más que cosas que sirven de algo.

Lo demás era el amor: la justicia, el respeto, los buenos modales, la cortesía, la solidaridad, el orden —todo lo que se pretende como valores de este mundo— son cuestión de más cantidad o menos cantidad de amor. A más amor, más justicia. A menos, más desorden. Y sucesivamente. El amor al prójimo, es decir a uno mismo, es decir a los padres, es decir al amante, es decir.

El amor era para Matthias un asunto a desentrañar, el motivo y la causa; el amor no es una cosa —pensaba— no es un espejo, no es una palabra lacaniana, no es parte del incendio amazónico; es lo único que se escapa —como la epilepsia— del orden universal, del repertorio gigantesco de asuntos mundanales.

Matthias tenía esa puerta de salida, la tenía; arrojarse sin prisa en un sillón del salón de la casa de té de la inmensa librería con un libro en las manos (uno de Virginia Woolf, uno de la Yourcenar, unos poemas de Keats) y ya está.

Ya es Matthias, ya es feliz, ya es suficiente.

el resto era
el amor
ese beso

Matthias vio el ataque de epilepsia de ese hombre de barba con gran desesperación. Una desesperación que, por cierto, no pudo manifestar de ningún modo por las características trágicas del momento que atravesó. Cuando el hombre se puso de pie para abordarlo, Matthias no supo qué hacer: pensó en irse, buscar otro libro, esconderse en el cuarto de baño. De todos modos aprovechó que el hombre de barba estaba ahora de pie para mirarlo bien de una vez.

Andrei (Matthias desconocía su nombre y no sabemos aún si lo sabrá algún día) era un hombre discretamente atractivo. Todo era indefinición en él. Su cabello no era rubio pero tampoco era color café; más bien oscilaba, según la zona, entre una cosa y la otra, y no era largo pero corto tampoco, era de una longitud ideal; tenía acaso algunas canas pero serían muy pocas (¿o era parte de su pelo rubio? ¿se teñía?), tendría unos treinta años, unos cuarenta, unos cuarenta y seis, treinta y tres, cincuenta y dos, se ensayaba así y la cuenta daba siempre bien; ante cualquier propuesta numérica de años Andrei decía

sí

Era delgado pero no era flaco; no era gordo pero parecía corpulento; estaba entero y formado. Se movía con lentitud y no era parsimonioso; una ligera torpeza podía haber en su andar, parte de su distracción habitual, casi una decisión de su estirpe. Tenía una mirada profunda (¿u oscura?), lejana (¿o perdida?) y una nariz que era simplemente una nariz.

El tipo era un caso de belleza circunstancial. Andrei —como Roma o París—, más que un hombre, era un estado de ánimo.

Vestía muy bien; camisas claras y casuales, pantalones deportivos, zapatos náuticos; o trajes muy elegantes, carísimos. Siempre olía a cientos de dólares en perfumes bien escogidos y cada tanto sonreía, sobre todo cuando la mesera le dejaba un scon extra o un poco más de agua sobre la marquetería de la mesa. En ese caso, espontáneamente, miraba hacia la mesera y sonreía. ¡Qué estado tan extraordinario producía! Su sonrisa era clara, perfumada, etérea, una sonrisa franquísima, expuesta para todos, generosa, una sonrisa por la que se podría salir a matar.

Andrei tenía eso, esa sonrisa estelar, esa manera de mirar a la mesera y sonreírle, no sólo a ella en particular sino a la generosidad en general, a la generosidad del universo que le tiraba en ese momento un scon y un poco de agua, por eso él siempre sonreirá así.

Andrei era, así visto, bellísimo. Y Matthias lo veía ahora, de pie, con una camisa blanca de algodón, gruesa, un pantalón de corderoy beige claro, unos zapatos del color de la almendra, un cinto del mismo tono y el mismo cuero, unas espaldas anchas, un poco de pelo negro entrevisto en la camisa abierta cerca del cuello y ya sobre el pecho una gargantilla con una medalla de San Nicolás; un reloj entre el ocre y el dorado forjado en oro; un despeinado realmente casual que le quedaba tan bien, lo hacía tan seductor. Y sus manos: porque además de su sonrisa Andrei contaba con unas manos maravillosas, grandes, manos listas (ya mismo preparadas, ahora) para acariciar, podía

adivinarse entre los dedos y las muñecas las fuertes venosidades y arterias de Andrei, unos dedos grandes y elegantes, una palma generosa, capaz de hacer sonar un clave con lozanía, una campana de iglesia, hacer gemir a una mujer o derribar una palmera de un sólo hachazo. Así eran esas manos blancas de Andrei, manos que nunca conocieron el menor esfuerzo, ni el más mínimo.

Andrei parado y vestido así, perfumado así. La barba muy discreta como de tres o cuatro días, nunca más que eso, nunca menos; otra imprecisión (¿tiene barba o no tiene?) porque se afeita cada cuatro o cada cinco días (¿o cada quincena?) y está ahí, parado, caminando hacia algún lado. «Se va», piensa Matthias, pero no se va, en su mesa está su agenda, su libro, su cuenta sin saldar; «va a buscar otro volumen» piensa, pero no se dirige a la librería, está como vagando por el salón, con cautela, con calma, no llama la atención de nadie (la de Matthias, pero porque está enamorado) y si no va hacia los estantes y libreros irá a la toilette, pero cuando atravesó a la anciana número tres se pasó de largo el pasillo al baño, entonces Matthias ya no sabe adónde se dirige el hombre de barba.

No le importa adónde va, le importa que está parado, que se deja ver. Que puede ver todo su cuerpo de pie, en movimiento, andando; ve un hombre que lo seduce, que es elegante, que está parado en este mundo y que coincide ahí con él, que le muestra ahora su cuerpo, sus piernas, sus manos, su pecho, el tamaño de su espalda, su cara distraída.

Ese espectáculo maravilloso ve Matthias y siente que el juego del universo ha comenzado para él, la obra de teatro comenzó y es suya y tiene ahora dos personajes solos, él y ese hombre de barba; en el guión está el amor de él y no se sabe nada más, porque el escenario ése está montado pero desconocemos si habrá comedia, tragedia, un bodrio o un error.

A Matthias sólo le importa que ese hombre es, ahora, su hombre; alguien que no va a buscar un libro ni se va al cuarto de baño; tampoco se va del salón, simplemente pasea, pasea (¿pasea para él?) pasea por el salón como a veces pasean las señoras a quienes se les acalambran las piernas; se dan unas vueltecitas, pasean por el sólo hecho, caminan sin motivo como hace Matthias casi todo: sin más objeto, sin para qué, sin tantas preguntas ni consideraciones.

Entonces fue cuando de veras se sintió poseído por un sentimiento de proximidad con ese hombre. Una marea canceló los ruidos y acercó los cuerpos. Una muchedumbre de cariño arrojó un lazo repentino entre Matthias y Andrei. Así como el destino le tiraba scons a Andrei sobre su mesa, a Matthias le tiraba ahora un delgado hilo de seda para amarrarse con Andrei y Andrei lo recogía.

Los cuerpos seguía el oleaje del tiempo, el viento había dejado de soplar en sentidos diferentes y ahora tornaba hacia el mismo sitio: los dos, el hombre y el adolescente, eran llevados por la fuerte brisa hacia el mismo lugar hospitalario y se dejaban

se dejaban arrebatar
por eso Matthias se turbó
por eso Matthias enrojeció de turbación
por eso Matthias casi enloquece de vergüenza
porque se dio cuenta de que el hombre de barba
que deambula por la vida seduciéndolo
todo Andrei está caminando —¿ligero, apresurado, lento, sosegado? —
hacia él.

Su objetivo no es el Atlas. Su objetivo es Matthias, y en este momento, para el hombre de barba, ir hacia el planeta o ir hacia Matthias es lo mismo.

El viento y el hilo de seda los amarró.

El amor ha reducido el universo a un solo ser. Una significación sencilla.

Y sin embargo Andrei está perdido.

Perdido en un salón de té, perdido en el éter, deambulando enamorado, extraviado por un adolescente, el tiempo detenido. Una puerta se abre, Andrei está por llegar a destino —¿a destino?—, a Matthias —¿qué es el destino?—, no sabe ese nombre —Matthias— pero se aproxima al niño; Matthias ya sabe que el objetivo es él —¿es un destino?—, desde la puerta abierta (¿una ventana, un qué?) sopla una brizna suave como un gemido, la brizna nueva que levanta de una mesa una servilleta de papel como si una cometa fuera, la sostiene en el aire un momento, la voltea, la hace virar como un avioncillo. La servilleta planea unos centímetros, cae al suelo como una pluma, Matthias tiene la mirada dirigida al infinito, Andrei puede oír la servilleta que cae a metros de él, la puerta (¿la ventana?) se cierra, ya no sopla la brizna, Andrei ha llegado, la falta de aire lo sofoca, está por decir

eres hermoso
me has atrapado con tu belleza estrafalaria

pero la ventana se cerró y le falta el aire, se detiene ante el sillón, ve a Matthias cabizbajo, lo quiere, Andrei ya no respira, quiere decirle eso

eres hermoso

está a punto
no puede hablar

La marea que los unió se detiene. Los vientos chocan ahora en direcciones opuesta, chocan entre sí, algo ha cambiado violentamente.

El oleaje que llevaba a Andrei hacia el niño empuja ahora en sentido contrario y se ha hecho un torbellino, un remolino intenso que atrapa a Andrei y lo pierde, lo aprime hacia abajo, lo sume, lo confunde. Andrei pierde la vista, se nubla su corazón y el horizonte. El hilo que lo unía con ese niño está quebrado, el lazo que lo asía al salón de té se rompe, «¿dónde estoy?» se ha preguntado Andrei sin hablar, y no lo sabe, el nudo que lo unía con el mundo que ha deshecho; «¿cómo me llamo?», dice Andrei sin hablar, porque la cinta de seda que lo familiarizaba con la vida se incineró y el torbellino se lo lleva todo, todo el mundo de Andrei está hecho polvo.

Hecho polvo. Porque Hitler ganó.

En la escuela de Stalingrad le habían enseñado eso y él no lo entendió nunca: lo de las isobaras.

Raras las isobaras, insólitas.

Son experiencias del espacio, una forma de la temperatura y la presión; huecos de presión y calor en el firmamento (puede ser en el cielo, en la galaxia, en algún lugar del aire invertebrado) que se convierten en zonas ciclónicas y atraen vientos.

Andrei no entendía cómo ocurría eso. ¿Por el calor, por el vacío, cómo podía ser que un hueco en el espacio atrajera vientos y sedujera ciclones hacia sí? Pero es así, decían los maestros, y se llaman isobaras. Andrei no sabe hasta hoy si esos huecos ventosos existen pero sí sabe que existen en el alma: de pronto uno atraviesa por absoluto accidente un momento hueco, caliente, inofensivo al parecer, que es capaz de atraer los más fuertes ciclones sin que haga uno nada más que verlos llegar y soportarlos.

Entonces uno se pregunta ¿de dónde ha salido tanto viento? y es el hueco caliente en el que estamos el que lo atrae, la isobara personal que vivimos no genera huracanes pero atrae los ajenos, y somos entonces la víctima perfecta, nos pusimos en el lugar inadecuado, el sitio que se chupa las tormentas, que atrae vientos embravecidos, que tracciona tempestades.

Así estaba Andrei frente a Matthias en la sala de té, donde ha ocurrido todo. La isobara lo traicionó de nuevo, los vacíos personales de Andrei lo sumieron en la desdicha y atrajeron vientos como sablazos, y comenzó el segundo despavorido previo a la epilepsia.

Matthias levanta la cabeza y ve a un ser extraviado, hermosamente perdido, dan ganas de besarlo sin parar, de amar esa eterna

distracción; Andrei quiere gritar la confusión, gritársela a la vida —pero la vida no escucha, es más, no oye nada, por eso Andrei no grita —. Matthias espera que el distraído le hable, pero el distraído se desploma y se retuerce en el piso y todos se conmueven y fingen.

Matthias está de pie
mirando a Andrei cómo se va
tan lejos quizá
tan afuera
tan sin él
sin Matthias
sin Andrei

Está tan triste el niño al ver ese remolino de aguas antiguas que se llevan a su hombre, tan triste que cuando el remolino lo arroje muy lejos de él, lejísimos, Matthias se resignará a la distancia, se arrodillará, lo despedirá con un beso tenue sobre los labios.

Una lágrima caerá desde su juventud sobre el párpado quieto del tembloroso hombre de barba.

Ahí está. Un cuerpo que ha temblado, rodeado de escombros de jarrones, de señoras pavorosas, pero con una dignidad: un beso puesto y una lágrima de niño.

Eso traza entre Matthias y él una nueva y sedosa tela de araña.

Simulación en los trenes

Andrei se levanta de la cama con ayuda de Clarissa. Es su primera vez en tierra firme después de haber dormido en la cama del rey durante más de tres días, y quiere ir al baño solo.

Clarissa lo ayudará; le pondrá las pantuflas, la bata, temerá que resbale, que trastabille.

Pero Andrei podrá solo. Irá hacia el baño, irá por tierra firme. Eso le enseñó cuando era niño un soldado ruso de la artillería: ir por tierra firme.

Ahí va: atraviesa sin dificultad el trance que lo separa del pasillo, de la puerta del baño, de la bachea. Se asea, regresa ya sin ayuda, se seca las manos y la cara. Se sacude el pelo, se despereza. Clarissa lo mira con serenidad, él se recuesta otra vez y ya sobre la cama tiene una extraña sensación; un escalofrío, un deseo —en la espalda— de estirarse, una molestia muscular que proviene del alma, una languidez en la boca del estómago (¿tendré hambre?) una languidez en la columna (¿o frío?) una languidez profunda y colosal en el pecho.

Andrei recordó que estaba enamorado. La cara increíble de Matthias regresó a su memoria como regresa un tren que hace tiempo no pasaba y cuyo tránsito habíamos olvidado.

Allí quedaron los durmientes, las vías férreas, las señales ferroviarias, los pasos a nivel, pero mientras el tren no pase todo eso es olvidable, está ahí nada más, no sirve de nada; de pronto

a lo lejos
una bocina hueca
una humareda distante

y esa vía muerta, esos pedazos de madera inciertos toman una vida colosal como una mujer desnuda que está excitándose a gran velocidad. Todo parece moverse con la aceleración imposible del tren que viene; las señales parpadean, los durmientes se agitan recalentados, se oyen las ruedas que a lo lejos abrazan y friccionan unas vías que trepidan; se intuye el sonido peculiar de la locomotora, las barreras suben y bajan, suenan chicharras y alarmas y se encienden y se apagan luces rojas. Las señoras se detienen a tiempo, y los niños y los empleados de banco y los perritos también, todos se paran a ver pasar esa velocidad, esa cantidad de hierro, de combustible, de sillones y de madera que va a pasar rápidamente

poniendo en marcha y dando vida a ese tramo tan raro de este mundo: una vía férrea, un espacio lineal sólo transitable por el tren (porque un barco no puede navegar ahí, ni los autos andar, ni los aviones aterrizar, en fin) sólo útil para esa cadena de fierros entrelazados que de vez en cuando atraviesa los durmientes, los despierta, los vuelve hábiles después de años de inutilidad, los hace sentir vivos, y esos larguísimos kilómetros de espacio inhabitado, quietos y muertos cobran la mayor dignidad, se despabilan, se envaran como un granadero cuando pasa el Rey, como un guardia suizo cuando pasa el Santo Padre; uno lo ve ahí, ve a ese guardia suizo y piensa «pobre infeliz», pero cuando el Santo Padre pasa, todos quisiéramos ser ese infeliz que está ahí erguidísimo, viéndolo pasar con esa increíble exclusividad, que hasta parece que los reyes y los papas sólo pasan para que sus guardias los vean y tengan su minuto de gloria… ¡qué minuto, muchos minutos!, porque muchas veces se repite para ellos la misma escena; cuando el tren pasa (pasa muchas veces en el curso completo de la eternidad) esos durmientes tan idiotas cobran la más alta honra y se enaltecen como la bandera cuando la alza el mariscal triunfante con la corona de laureles en la testa: así está Andrei ahora, tocándose los labios porque acaba de sentir que en su desmayo ese niño le puso un beso, y toda su terrible calidad de cuerpo entorpecido y malherido recobró la más gloriosa y supina dignidad.

Un tren le ha pasado por encima y le recordó
calentando sus vías a la velocidad de la dicha
y sólo con un beso recordado
que aún estaba vivo

Se sintió hermoso y feliz.

No dudó: peleó amargamente con Clarissa, se gritaron muchísimo mientras Andrei se vestía solo y le explicaba que debía irse y despachar asuntos de la más alta urgencia, que el ministro de la Corte y los Jesuitas y la audiencia con el empresariado, y todo podría ser más o menos verdadero y nada podía esperar ni un segundo más, que ya tuvo Andrei bastante holgazaneando tres días enteros y sus gravísimos negocios sin atender.

Se negó a dar más explicaciones (los caballeros somos así) y fue a la librería, a la sala de té, a esperar que Matthias llegue de una vez.

Pero fue inútil: era domingo y Matthias nunca iba los domingos a la ciudad. A esa hora en domingo (mientras Andrei atendía audiencias y cardenales según dijo a Clarissa) Matthias estaría recibiendo visitas en su casa junto a sus tías viejas.

Fue siempre así. Hitler ganó.

Andrei no había reparado en ese horrible detalle, el domingo. Ese día tan propicio para la nada, tan inclinado a la desolación, a los despojos.

Explicarle a Clarissa que atendería asuntos oficiales en feriado era lo de menos; ya lo resolvería de algún modo. Andrei es experto en esas tonterías. Pero ¿qué hacer con su corazón ahora, cuando ya había oído la poderosa bocina del tren, la locomotora lo había atravesado con toda su inmensa certidumbre de hierro, sus durmientes se habían despertado después de un prolongado abatimiento, sus luces rojas se encendían y apagaban a la mayor intermitencia y sus barreras subían y bajaban sin parar, sonando las chicharras y alarmas y sirenas?

Todo en él era estruendo. En su rostro se veía al tren avanzar, en sus ojos parpadeaban las señales que decían «pase, pase» a la gran locomotora, su aliento sabía a gasolina derrochada en aceleraciones, en cruzar ciudades y estepas y mesetas y pueblos por encima del curso previsto por la trocha, sus manos se agitaban como se agitan las de los viajeros en las ventanillas despidiéndolo todo, diciéndole a todo adiós y al mismo tiempo dándole una gran bienvenida a lo que llegue de nuevo; así hacen los viajeros cuando viajan, y cuando no viajan también lo hacen.

A tal velocidad iba el tren de Andrei que no tuvo alternativas.

Nada tenía que hacer él en Zurich en este extraño domingo embravecido y se fue, con la ayuda de un auto de alquiler, a la casa de las tías en Regensberg a ver a su fiel enamorado.

El ejército de las Regensberg

Tocan la puerta en el gran palacio de Regensberg. Han sonado las seis de la tarde en el alto reloj berlinés de la Sala Barroca, el reloj alemán otorgó seis horas de la tarde generosas e irrevocables haciendo mover su pesado péndulo de un metro y medio de derecha a izquierda y sus martillitos sobre las campanillas de bronce, rasgando incluso la pianola interna del carillón con lejanísima serenidad.

Un reloj de péndulo y de pesas en la Sala Barroca, rodeado de libros, cuadros, espejos y la antigua boiserie.

El reloj es inmenso, el cuadrante de porcelana florentina cuenta tres metros de diámetro, y las horas, allí medidas, son enormes.

Tocan la puerta en el gran palacio de Regensberg. Hay tíos y primas en los jardines de invierno, en la Sala de Billar, en la Sala de Música. La Casa, se diría, esta atestadísima de tíos y de primas, todos suizos, todos agotados de ser suizos.

Es un palacio invadido y poseído por la sangre, un sitio que los domingos invade la familia de Tanie y Elena; sus primas van hasta allí y cotorrean fanfarronamente de lo que resulte. Hay tíos no se sabe muy bien de quiénes, tíos de algún sobrino, todos indiferentemente banqueros, comerciantes y funcionarios debidamente arruinados.

Y Matthias, que cumple en el lugar la función de ser el niño que todos educan y para el cual todos hacemos sacrificios en esta vida. La juventud por perseverar. La niñez por la que trabajamos tan duro, a despecho incluso del aburrimiento, el agotamiento y la frivolidad.

Tocan la puerta en el gran palacio de Regensberg. Las criadas van y vienen con tartas vienesas de chocolate amargo, con mousse blanca, con teteras enormes, con baldes de chocolate caliente, con *patisserie française*. Todas están uniformadas por disposición de Helga —ya sabremos sobre ella— con cofia y delantal blanco, guantes y faldas amarillos y pecheras levemente doradas. Llevan y traen chocolates y tortas como quien baila una danza o hace acrobacias aéreas. No pueden acercarse a la puerta por ahora.

Un tío quiere té chino, una dama jugo de naranjas, Tanie un litro de agua, Elena nada. Y ellas proveen todo eso con puntual reverencia, con sencillez, sin ruido alguno, y se oye un poco el piano, otro poco el gorjeo del jardín, mucho las polcas de Chopin y muchísimo el infame cotorreo de las mujeres.

Tocan la puerta en el gran palacio de Regensberg. Joseph, por tercera vez en este día, lustra el Mercedes Benz Kompressor verde inglés. La música de la radio del auto lo entretiene; es música italiana que tanto le gusta, una romanza. La escucha ahora, no podrá escucharla cuando reparta viejas por los alrededores de Zurich y de Regensberg. No le estará permitido. Por eso se desquita ahora cuando nadie puede oírlo, ni verlo siquiera, cuando todo el auto y todas las romanzas son de él, de Joseph: entonces se desencaja y hasta las canta en voz alta. Es impune, nadie lo verá.

Un disparo a lo lejos: un cazador sin duda. ¿Qué fue? dice Elena. Un cazador sin duda, dice Tanie. Otro disparo. Sí un cazador, repite Tanie. Ahá, dice Elena. El jolgorio se detiene para oír disparos. El tercero. Sí un cazador. Calla Chopin, calla el piano. Silencio largo. El quinto disparo de escopeta. Cómo están cazando hoy. Y tocan la puerta en el gran palacio de Regensberg.

¡Tocan la puerta en el Gran Palacio de Regensberg!, dice alguien. Pero si estamos todos, dice alguien. Tal vez llegue alguien más, dice alguien. Pero quién podría ser alguien más, dice alguien más. No lo sé, responde alguien. Y todos están de acuerdo y contestes en que ese llamado a la puerta de Palacio es perfectamente impertinente, una injuria casi, sí, claro que es una injuria, dice alguien, a todos nos importuna, agrega alguien, es casi para no atender, enviar al sirviente de más baja ralea con la indicación «apenas verifique y maltrate». Salvo que sea, claro, un tío nuevo, dice alguien, una prima inadvertida, agrega alguien; un demorado, que a veces cada treinta o cuarenta años había una ocasión así y sucedía

un demorado

por razones completamente accidentales y ésta bien podría ser una ocasión de esas.

El asunto cambió entonces de cariz. Completamente.

La novedad intrigó mucho a las mellizas y mandaron a un mayordomo a dar la bienvenida y mucho té al nuevo pariente que llegaba. Y el piano, las polcas y el cotorreo infame arrancaron de nuevo con un volumen mejorado por la expectativa.

—Pase usted, *mylord* — reverenció el mayordomo.

—Vea, le explicaré… —intentó Andrei.

—No lo intente —le dijo el mayordomo con verdadera cortesía—, no vale la pena, estas cosas ocurren, deme su abrigo señor Regensberg, su sombrero no está, ahá, su bastón… no trae, muy bien, ¿quiere un té? (y le da té) y querrá también estas masas hojaldradas

con pasta de pistacho (y le enjareta un platillo) y si es tan gentil, lo guiaré hasta la Sala. Venga conmigo señorrrr…

Andrei

—…claro, Andrei, cómo no haberlo intuido señor Andrei. Y si quiere usted cazar, pues cace. Nadie se dará cuenta. Tiene tiempo hasta las ocho en punto. A esa hora sentirá deseos inaguantables de que le den la despedida; como no le darán nada usted simplemente se irá, y si no tiene cómo irse, Joseph lo llevará hasta donde pueda.

El criado despareció. Andrei vio por delante una ingente cantidad de personajes insólitos. Estaba en la Sala de Billar.

Lo más impactante era una araña de cristal bruñido, pulido y vibrante que serpenteaba con cientos de lamparillas desde un cielorraso altísimo, con brazos todos de cristal auténtico, finísimo, traslúcido, blanco de pulcritud. Las lámparas no iluminaban: vibraban entre la luz y la sombra, intermitían chispazos de sol como si ejercieran una discreta interrupción de la penumbra. Toda la araña, vista entrecerrando los ojos y a trasluz, era un discóbolo soleado que derramaba por gentileza ínfimas porciones de su calidad estelar. Una estrella demorada en un techo, colgada en esa Sala como si pendiéramos la luna en el cuarto y el sol en el jardín.

Era una instancia sola, una estrella abandonada en el gran palacio (¿como Matthias?), un haz de luz infinito que se irradia para una colección de viejos innecesarios (¿como Matthias?), una porción excesiva de belleza.

Es erótica esta luz, dijo Andrei
es erótica y pendenciera
es un desafío estar aquí porque
no ilumina: hipnotiza (¿la araña?)
desafía con altivez
nos da la luz porque la tiene y la administra como quiere (¿la araña?)
de a poco
en plazos pautados
ajustados
caprichosos
una araña (¿la araña?) con actitud

El resto era seres y cosas badurnados por esa luz. Eran excusas. Estaban ahí para recibir esa imperceptible sutileza de la araña, esa cordialidad semejante al abrazo de la ola en el mar cuando arrasa el sol, dichosa como el agua en la garganta cuando la sed desencaja y reseca, igual al abrigo que llega, misteriosamente oportuno en una

calle de Venecia donde nos hemos perdido en enero y a medianoche, en pleno invierno mientras estamos tiritando y alguien (¿Matthias?) nos arroja una manta y no se deja ver.

La manta y la luz, Matthias y la araña, las tías y el agua, el mar y la epilepsia, la música, Venecia, el billar; todo eso estaba allí y Andrei podía sentirlo (¡podía sentirlo!), no explicarlo ni decirlo ni pensarlo: sentirlo. Y pasaron cuarenta minutos y Andrei estaba clavado en ese lugar sintiéndose así.

Entonces defender al mundo de la gran traición universal podía tener sentido.

—«¿El señor quiere otra taza de té?» —le preguntó una mucama.
—«Quiero que me quieran así como me siento» —dijo Andrei.

Y la mucama le llenó la taza hasta arriba con té bien caliente, sonriendo afablemente.

La Sala era de una absurda inmensidad. Debajo de la araña había un tapete iraní, un buchara de 42 metros de largo y 34 de ancho en colores grises perla, plúmbagos, azules marinos, y discretos pero muchos búlgaros alegremente asimétricos, discutiblemente asimétricos, invariablemente verdes en la más insólita y bella variedad: verde inglés, verde agua, verde musgo, verde loro danés, verde American Express, verde césped, etcétera. Y flecos en las orillas, larguísimos y puntiagudos flecos en las orillas, flecos que se extraviaban más allá de sí mismos, misteriosamente sin enredarse, flecos de pura seda natural de Benares blancos como la nieve que dejaban entrever (apenas pero dejaban entrever) la madera balcánica y pulcrísima con que estaba hecho el piso original.

A la derecha gente: viejos de traje oscuro y plastrones, caballeros todos iguales a Anthony Hopkins y mujeres emperladas, incrustadas de zafiros, encremadas con áloe, ataviadas con discretos colores, tan evidentemente discretos que eran revulsivos, con aire todas de marquesas repudiadas, todas sin sexo en ningún lado, todas miserablemente pobres pero con eso: un Salón a donde ir en domingo, unas piedras viejas para emperlarse el cogote, unos escotes almidonados para parar la pechera, unas grasas perfumadas para untarse la cara y algunas combinaciones siempre inciertas de vestidos de orígenes dudosos.

Bebían y comían dando interés a cada mordiscón, con cierta precisión para cada tragada; profesionales de un atragantamiento lento, incesante; se diría que no comerían ya más, que así era la guerra (porque ser rico es un trabajo diario sólo comparable a una guerra cruel) y cada strudel bañado en salsa de fresas era vorazmente traccionado por las bocas hasta el empalagamiento, y las mousses eran

sorbidas como un bebé toma la teta.

Se inyectaban las tortas; eran pasteles endovenosos distribuidos para viejas moribundas, té inglés inoculado como un suero pero por chorros inmensos; y el Palacio era el gran surtidor de té, ahí estaban las mangueras que tiraban cremas, panes dulces, la vaca de la leche chocolatada, el depósito de merengues, el reguero de chocolates de todas las latitudes y colores; y mucho chocolate caliente dispersado por los manguerotes de bombero que tenían las tías para apagar ese incendio inescrupuloso que se desataba siempre en los alrededores. La pobreza.

La pobreza.

Ellas apagaban ese incendio así, con sus manguerotes de distribución de *pâtisserie française*, y no alcanzaba para toda Europa pero sí para la familia.

Las tías sabían que si dejaban empobrecer a la familia, sin remedio caerían ellas en las manos asesinas de sus primas pobres. Por eso las invitaban puntualmente.

Porque preferiría la muerte a la pobreza.

Las primas iban hasta ahí desesperadas, con hambre de una semana completa, ricas y famélicas, destruidas por el dolor de un estómago vacío y adicto que pide más mousse, más chocolate de Viena, que se retuerce por un pedazo de cheese cake elaborado con queso auténticamente suizo (porque los hay más baratos pero no sacian la adicción).

Hay que ser comprensivos: la adicción es adicción, a la cocaína o al salmón ahumado es lo mismo, y discriminar es infame.

Ahí se desparramaban hechas unas aspiradoras industriales de patisería carísima, esas especies raras de tías segundas o quintas de Matthias; se repartían en la Sala de Billar, en la Sala de Música, en el Jardín de Invierno, y cada una era un ciclón centrípeto que todo lo sorbía, lo chupaba y se lo metía adentro: las esperanzas y el buen humor de todo el mundo también, los buenos sentimientos del prójimo lo chupaban las viejas oligarcas como se toma un juguito con un sorbete, con esa sencillez, con esa facilidad; si se pone uno delante de ellas jamás lo advertiría, pero la vieja nos inoculará un invisible sorbete finísimo que irá directo al corazón, sin más, sin ninguna intermediación posible, al alma fijamente, ahí se clavará y en minutos la vieja prende la aspiradora y se queda con todo.

Uno siente una especie de cansancio, un sopor, un sueñecito como de haber comido mucho, y la señora se excusa porque tiene que atender; la despedimos con melancolía y nos deja así, exánimes,

triturados, sin sentimientos buenos, ya sin alma y sin saber que hay garrapatas que andan por los salones buscando corazones generosos y jóvenes para exprimirles la pulcritud.

Al final del gentío a la derecha y al fondo de la inmensa estancia, un hogar: de roble los contornos, de mármol portoro las cenefas, de bronce los chisperos y palillas, todo bruñía, todo brillaba. Arriba de la primera cenefa, la segunda de mármol blanco y arriba de éste, el cuadro; feroz en la estancia estaba la imagen:

> *El barco había avanzado a 12 nudos por hora con fuertes vientos a través. Sin pasajeros ni tripulación, sin señal de auxilio, fuera de control, sesenta días anotados en bitácora durante los cuales el navío atravesó cuatro mil millas a mar abierto pasando por la roca de Gibraltar hacia el Mar Mediterráneo, con todas las velas levantadas y sin nadie en el timón. Al mando y desmayado por el esfuerzo, con todos los demás pasajeros y tripulantes muertos a causa de la fiebre, el almirante Ferdinand Regensberg, bisabuelo de las tías de Matthias, tatarabuelo de las tías, tatarabuelo de los bisabuelos de las tías o algo así. Esa travesía le vale un cuadro sobre el hogar, una témpera horrible imaginada por alguien, pintada por alguien, colgada por alguien y no objetada nunca jamás por nadie en este mundo. Qué valiente este hombre.*

A derecha y a izquierda del gran Almirante, otros cuadros no menos marítimos: capitanes, fragatas, cruceros, veleritos. Mar abierto. Mar sencillo. Costas. Las tías de frente, de perfil, de atrás. Un espejo.

Otros espejos.

La muerte duplicada.

El miedo a la pobreza.

La guerra perdida.

Este espectáculo asqueroso de ver sobrevivientes duplicados en espejos enormes.

Cansado de ese flanco y aterido por no encontrar a Matthias, Andrei miró ahora hacia el lado izquierdo del Salón; ahí estaba, por fin, ahí estaba, previsiblemente sin moverse, en estado de quietud, esperando acaso algo, demorando la llegada de un destino incierto, intentando rodearse un poco mejor que antes, mejorar su actualidad, en fin, estaba ahí: la mesa de billar.

Enorme, ridícula, ancha, verde, con bolas de marfil, con los palos dispuestos, reposaba. A su entorno señores de altísima edad, tan alta como fueron sus fortunas alguna vez, todos distinguiendo una cosa de la otra: este diputado del otro, esta religión de la otra, este escritor de aquél, aquel banco de otro distinto, y separando entre mejores y peores, porque los señores de la aristocracia se aprecian cuando saben

distinguir

y casi se diría que no hacen más que

distinguir

siempre encuentran alguna diferencia apreciable entre esto y lo demás
y esa capacidad de filtrar la distinción
esa sutil forma de sopesar las almas ajenas y ponerles un valor
los ha hecho aristócratas, diferentes, nazis
antisemitas, negreros, esclavistas
fascistas, homofóbicos, misóginos y riquísimos.

Así ha sido y es la vida de la aristocracia, la nobleza, los grandes empresarios y la curia europea: una colección variada de inútiles, todos soporíferos, todos derrotados por la Guerra, profesionales en distinguir esto de aquello y sin ninguna intuición seria respecto de ninguna cosa. Desde Calígula hasta Hitler que vienen jugándole a la política un partido muy extraño que siempre pierden. Desde el gran incendio de la biblioteca de Alejandría vienen odiando musulmanes. Desde Juan sin Tierra se sienten constitucionales. Y desde la Reina Victoria, cultos. Desde Franco, guerreros; desde Verdi, patriotas; desde Nietzsche, inteligentes; desde Chopin, sensibles; desde Wagner, briosos; y después, y después… después llegaron los años terribles, los terribles años de la debilidad, los años de la gloria para Virginia Woolf, para Oscar Wilde, para James Joyce, para Marcel Proust, y siguió peor, después André Gide, Ionesco, Lorca, Kafka; después las lesbianas, la Yourcenar, la Duras; y qué nos dejó toda esa gente: indecisión, perturbación, dudas.

Por eso Hitler les ganó, les ganó, les ganó. Porque donde había de haber aristócratas, curiales, príncipes, empresarios, intelectuales y políticos había una banda de antisemitas que se dejó utilizar.

Y Hitler les ganó: mientras ellos actuaban por las dudas.

Dudas, dudas, a ver, dudas, Matthias no está por aquí y no está por allá, qué turbación, qué molestia, qué falta de sosiego, y qué haremos con tanta prostitución en las calles, y con la obra de Ítalo Calvino qué, dónde estará Matthias, allá no, acá tampoco, la única esperanza que queda es la Italia de Silvio Berlusconi, tal vez Francia, pero Hollande… qué puede hacer Hollande si en París el Alcalde ganó diciendo que es homosexual —una dictadura en Francia, otro Pétain, eso sí estaría bien— y debajo de la mesa tampoco está Matthias y

arriba mucho menos, y ya siquiera en los papas se puede confiar, tampoco la Reina Isabel es confiable como antes, ninguno de estos politiquillos europeos es confiable en realidad, pues si bien son capaces de ratificar cualquier política conservadora, sólo lo hacen si está debidamente fechada en Washington.

Eso no se le hace a la oligarquía europea; aquí sabemos bien que los Estados Unidos es una colección de judíos con suerte a quienes los italianos del sur enseñaron a ser mafiosos, y los sajones del norte a simular democracia. Y Matthias no está entre los señores que opinan así, tampoco atrás del que fuma un habano largo como un paraguas y que pregona años y años de recesión, una eternidad recesiva para los Estados Unidos, una especie de destino hacia atrás para esos judíos con suerte que creyeron (qué ingenuidad) que fundando Wall Street se hace un mercado.

¿Y la tecnología? Pero Matthias no estaba por el lado del habano ni del señor de increíble jacquet que opinó sobre la tecnología: Hay que invertir en japoneses comprando un hacker hoy, otro mañana, y construir una red gigantesca de fraudes cibernéticos al servicio de la aristocracia europea para arruinar los sistemas norteamericanos, las redes satelitales, las telecomunicaciones, los secretos militares —en fin, tenía la solución el de jacquet, y todos dijeron

—qué buena idea

y el más joven de los empresarios presentes se fue a hablar a su escribano para que le contratara un hacker japonés mañana temprano, a las siete. Y Matthias no aparecía.

Andrei caminó un paso hacia el lado del alto cuadro, y otro paso hacia la mesa de billar, y en tanto había visto ya todo lo que tenía que ver, a todos y cada uno de los presentes, y había oído las más diversas cosas y visto también muchas —menos a Matthias que era lo único que quería— decidió abandonar esa Sala y buscar otras.

Rarísimo el palacio de Regensberg. Porque Andrei salió por un breve pasillo de la Sala de Billar, cruzó un pasaje muy bonito con aroma a flores y castañas, y entró a la Sala contigua. He aquí la Sala de Música. A derecha un enjambre amuchado de viejas famélicas chupando tortas y almas; a izquierda un comité de Anthonys Hopkins triturando la democracia occidental; en alguna pared un hogar inmenso; arriba del hogar el retrato de alguien heroico por razones que podríamos pasar a explicar, y en el ángulo opuesto al retrato, un gran objeto: como la mesa de billar, aquí estaba el gran piano de cola blanco alemán. En medio otra araña portentosa, bajo la araña un tapete bellísimo. Y un andamiaje de mucamas y meseritas que iban y venían con platillos, teteras, tartas, bowls, cucharas, cucharillas, tazas, tazones, mesitas con ruedas, servilletas de hilo, platos de apoyo y

tenedores de postre.

Era el ejército.

Era el todopoderoso ejército de las tías compuesto por varios cientos de criadas, todas uniformadas con cofia y delantal blanco, guantes y faldas amarillos y pecheras levemente doradas: sirvientas, criadas, mucamas, jardineras, lustradoras, cocineras, zurcidoras, pulidoras, remendonas, meseras y un chofer, todos ellos regenteados por varias docenas de amas de llaves, institutrices y gobernantas, las cuales, como capitanas, guerreaban bajo las órdenes generales de tres Damas de Mayordomía que dependían, como los coroneles, de un general único, la gran Dama de Compañía de las viejas, una hiena perfecta, un general del ejército prusiano, un Mariscal de la Armada Invencible de Su Majestad, una pirata con la valentía incrustada en los pezones, con la voluntad de un minero irlandés, la energía de un huelguista español, la soberbia de un francés defendiendo el idioma, todo eso en una mujer ovárica, una especie de orfebre del rencor, una coleccionista de malas intenciones, un despecho, un sumidero de los peores sentimientos, la vieja Helga, la temible señorita Helga: polaca, solterísima, ideas extraviadas, muy miope y sin apetito.

Las tías lo sabían: regenteaban un ejército más poderoso que la policía de Zurich. Era ése el ejército —como los jardineros rodeaban con veneno el palacio para que no se acercaran las hormigas, y las hormigas no se acercaban a los bosques palaciegos—, era ése el ejército que rodeaba el palacio de veneno contra la pobreza y ofrecía, como ya explicamos, el antídoto mejor: un poco de la pócima que pretende cada uno, a cada vieja chupadora de almas y a cada tío le daban champagne y queso y tortas a baldazos y mucho chocolate; eso era los domingos, es decir, cuatro veces por mes, cuarenta y ocho días al año, y con esa inversión módica, con esa espolvoreada general de hidratos de carbono, la familia entera se sentía parte de una riqueza singular y no se acordaba de que todos eran pobres como ratas en Chicago.

En la Sala de Música tampoco estaba Matthias. Ni en el Jardín de Invierno, ni en la Sala de Estar, ni en la Biblioteca Privada, ni en el Salón Tanie Regensberg, ni en ninguno de los muchos, diversos e idénticos salones que Andrei atravesó en esa tarde larga como su vida.

Las mismas opiniones, las mismas alfombras con búlgaros, el cuadro, el hogar, un gran objeto en el flanco izquierdo (un ánfora cineraria, una escultura de milenios, un clavicordio, una fuente de aguas), las señoras, los señores, el problema de los norteamericanos, parte del ejército privado revoloteando y proveyendo. Pero Matthias no está por aquí.

Un sonido.

Con el paso de la horas se advierte una extraña sonoridad.

Un sonido.

En todos los salones se aprecia pero no es sonido, es en realidad una forma del silencio.

Las voces están cansadas ya.

Hastío.

Han comido hasta el hartazgo.

El parloteo va bajando de volumen, va cediendo. El ejército está ganado de nuevo.

Las viejas y los viejos aristócratas han sido depuestos, están satisfechos una vez más y olvidaron que tendrán hambre en la semana, que tuvieron mucha hambre hace pocos días y hace muchos años; el entorno les da esperanza; se sienten de algún modo dueños de ese piano, de esas salas y salones, Generales Cinco Estrellas por una tarde de ese ejército de mandonas que bate su propio record cada domingo. Y empiezan a sentirse satisfechos y realizados, y esa emoción rodeada de cremas y pasteles les da ya un sopor horrible, les inocula el sueño abominable de la panza llena, la barriga plena y eructando de a poco; varios litros de té han trascurrido, mucha crema, mucho queso, muchas tartas, dos kilos y tres cuarto por persona (la vieja Helga lo tenía medido) y ahora estaban un poco cansados, sentían ese mareo dominical tan propio del atardecer, esas ganas de dejar de comer para ir a reposar y a digerir, descansar un poco y soñar con otras épocas, la época de las duras tiranías, épocas que reviven mágicamente los domingos.

Las voces son susurros ya, la fatiga los puede a todos: entonces sobreviene la embestida final.

Como si la fiesta recién comenzara y ante un ligerísimo gesto de la degenerada Helga, todo el ejército de salvajes criadas sale repuesto, enérgico como si nadie hubiera comido nada, como si el hambre estuviera intacto, como si aguardara comida un villorio de Angola, y ofrecen con insidiosa insistencia, a cada uno, una inmensa copa de Coñac y un plato de tiramisú con ración doble de crema y chocolate derretido con un helado del más puro sabayon.

La insistencia en comer y brindar es tan violenta que todos se intoxican en esa bravata del final a lo Verdi, y cuando el silencio es mortal el milagro lo hace la naturaleza.

El reloj berlinés del péndulo jadeante y las largas horas, da las ocho de manera igualmente irrevocable y fatal con que dio las seis y las siete, pero el gorgojeo está vencido y las campanadas, ahora, se oyen.

El ejército de las Regensberg ha triunfado de nuevo.

Todos han dejado los platos y las copas vacías en algún lugar. Ya ni pueden hablar. Están por estallar. Y están tan agradecidos con las tías.

Tan agradecidos.

Que hasta se van.

En silencio

como si fuera un grupo de colegiales

que oyó la campanada del final del día.

Se van en fila, vencidos, triturados otra vez, de a docenas de tíos y primas medio mirándose entre sí sin hablarse, mareados por el alcohol y la crema, con la mirada entre borracha y ahíta, con los ojos perdidos en el infinito, dando tumbitos entumecidos y lanzando provechos ahogados, prodigando bostezos profundos sin saludar ni agradecer.

Así abandonan el palacio de Regensberg, y la herencia de las tías se salvó de nuevo. El dinero seguirá en buenas manos y Matthias tendrá un gran porvenir.

Helga está en eso.

La simulación de Andrei

Como Matthias no estaba en ningún lado, Andrei se quedó quieto y callado entre unas cortinas del Palacio, y a cierta hora se fue. Joseph ya no estaba: repartía familiares por Suiza.

Andrei salió por una puerta cualquiera y Helga, por supuesto, lo vio desde el alto mirador. Fue hasta Elena y le dijo: ése no es un Regensberg. Y Elena respondió que estaba loca, «estás loca Helga»; eran más de doscientos los Regensberg que llegaban los domingos, y a veces los invadían ochenta y otras veces el triple, por eso Elena se rió de la truculenta Dama de Compañía.

—«Pero ése no es un Regensberg»

le enjaretó Helga concluyentemente como si clavara un estilete en el cuello del pavo y lo extermina, y se fue a su cuarto del ático a preparar la recepción de la próxima semana.

Andrei caminó por su noche trágica. Tras la primera calle, la segunda; tras la segunda… caminó.

La pequeña ciudad sabía a otoño, a brisa fresca, a humedad. Había en el ambiente un grato sabor que lo enternecía aún más. Con la cabeza hacia abajo, con los ojos cansados de tanto adivinar si ése o aquél era Matthias, se dejó llevar por el sendero que lo dejaría en su casa después de caminar quince kilómetros.

Atravesó un bosque con tilos, jacarandas y sauces; lloraban los sauces como él. Cada uno por su amor perdido. Y olían: los sauces cuando lloran huelen a fruta fresca, a pan recién horneado. Como las personas.

¿Qué es para mí este amor?, pensó Andrei con inocultable dolor. Y caminó entre las tipas y los almendros con un paso vencido, ningún bosque más solitario que éste, ningún árbol más insolidario.

Estaba abandonado, más triste que nunca, arrojado a la suerte de un bosque donde lo podían matar acuchillándolo, un bosque bellísimo, peligroso, con senderos múltiples, con vegetación vastísima.

Nunca podrás saber cuánto te quiero, dijo Andrei a Matthias, pero se lo dijo a un abedul y esa certeza —la de hablar con el abedul en vez de hacerlo con Matthias— lo entristeció mucho más. Toda su desdicha está ahí, entera, húmeda, impúdica, en ese bosque. ¿Por qué no estás en tu casa un domingo a la tarde, cuando toda la familia se reúne y come?, le reprochó a Matthias mirando un jacarandá, y lo hizo con un

gesto enojado y gritando, verdaderamente tenso, desaforado, como un hombre que adivina y casi sabe una gran infidelidad:

¿dónde estabas cuando no estabas?

preguntó Andrei a nadie con la cara desencajada de ira, la mandíbula temblando, los ojos enrojecidos por la sangre que lo irrita. Dónde estabas. Y lloraron mucho los sauces, tanto han llorado. Pero nadie respondía, claro. ¿Y dónde más puede estar Matthias? pensó; ha de estar con su novia, holgando, retozando por ahí, a lo mejor están tirados por este bosque, besándose sin piedad.

La sola idea lo estremeció, le llenó el alma de dolor, de un dolor sin límite alguno, y al mismo tiempo de un odio profundo por el niño, ese niño imposible que lo engañaba, que era capaz incluso de escapar de su familia para holgar con una niña en pleno campo, una niña seguramente inocente y virgen, una jovencita educada y decente, ingenua, de buena familia, y Andrei empezó a mirar el bosque con más atención, ya casi no tenía dudas de que estaban por ahí, escondiéndose casi de él, deliberadamente entremezclados con los arbustos, con la dúctil complicidad de la noche recién iniciada tratando de no ser descubiertos.

Buscó con desesperación, con una ira embravecida, justificada; lo encontraría justo a tiempo, flagrante, en acto, no habría excusa alguna ni justificación «es una amiga, es una prima», imposible que intente esas tontería, estarán ahí a la vista, medio desnudos, tirados, abrazados, qué clase de amiga es ésa, por favor.

Dos o tres automóviles pasaron y lo vieron cuando en su andanza estremecedora Andrei se acercó involuntariamente a la carretera. Alguno de los autos era el de Joseph que revoleaba tías por Suiza. También pasó un auto de alquiler y un camión mediano. Andrei se consumía pensando en la mejor forma de encontrar al pequeño traidor.

Vagaba inerme, deteriorado. Allá, atrás de aquella sombra, ¡son ellos, están ahí!, y se detuvo, lo detuvo en realidad un soplido muy frío que le atravesó el pecho como si una daga se clavara en él fácilmente desde la espalda hasta el tórax cruzándolo entero. Se sentía San Sebastián clavado por las flechas, sangrando, paralizado. Ese beso me dio el maldito, tan cínico.

Sí, eran ellos, esas sombras que se movían rítmicamente tras los arbustos, esos susurros a lo lejos son las falsificadas promesas de amor de esa perversa criatura del demonio, qué duda podía haber, y a pesar de su dolor, que era tan hondo, Andrei quiso verle la cara a la verdad que el bosque ocultó en su interior con tanta facilidad.

¡El destino sabe lo que hace!, pensó. Estaba llegado hasta ahí conducido por las fuerzas de la justicia, de su amor —que era verdadero, no como el de Matthias que era un mero desahogarse entre los matorrales—. Y se acercó irritado y lagrimeando y de a poco, y conforme daba un paso más las voces eran más firmes, los susurros se le hacía más próximos, más audibles los gemidos y movimientos corporales mezclados como estaban por el ruido de los árboles, el viento entre las hojas, los sapos que se mueven en la penumbra, las gotas de los sauces sobre los pastos secos; los susurros y las sombras tomaban cuerpo, se distinguían mejor con la cercanía, Matthias tomaba forma de niño y la niña de niña. Entonces Andrei enloqueció.

Matthias podría estar con otro hombre. Esa sospecha le hizo soltar una carcajada nerviosa, una violenta carcajada que escupió desde el vientre como si la repugnancia que le había dado esa idea fuera tal que sólo pudiera demostrarse con una convulsión estomacal. ¡Con otro hombre! Seguramente un hombre grande, maduro ya, un hombre pobre, un campesino de la zona porque alguien de la ciudad hubiera llevado a Matthias a retozar a otro lado, no ahí, tirados como chanchos, con ese campesino analfabeto que está gozando al pobre chico, ese labriego procaz, un pelafustán lo goza con lujuria, con lascivia morbosa, se aprovecha de ese cuerpo joven y bello, de esa distracción ingenua del niño, ese hombre es un perverso, un abusador sin duda, y me va a pegar una trompada pero yo voy a matarlo, pensó Andrei.

Porque Andrei… enamorado sin más destino, hallaba su certeza en ese bosque del demonio. Se quedó paralizado, nunca se había sentido tan estúpido, jugando su vida entera, el todo por el todo, y el jovencito ahí, a pocos pasos de él pero con otro y gozando.

Ese beso que le había puesto en los labios en la sala de té, ahí tan públicamente, era un farsa, un arriba el telón, un acto. Andrei le devolvería la gentileza, el beso de Caifás, el falso beso, con una bofetada; entonces tomó un envión violento para verlos juntos de una buena vez, para ver la verdad de frente, y corrió con dolor y opresión y acidez en la boca. Y allí estaban.

Allí estaban unas ramas viejas del tamaño de una persona —es cierto— y junto a esas ramas, otras, pero nadie había en esa espesa oscuridad del bosque. Miró más y más allá: solamente su larga sospecha exuberante adivinaba perfiles en las sombras.

¿Entonces no estaba Matthias ahí? No estaba. Andrei se sintió absurdo, patético. Dudaba de su propia cordura. ¿Estaría el niño enfermo, cansado, durmiendo? ¿Por qué no participaba de esa fiesta? ¿Se habría ido de viaje, lejos, para siempre? Los presagios más

terribles acosaban la imaginación de Andrei. Estaba confuso.

¿Dónde está Matthias?

Temió no verlo nunca más.

Supo que nunca más lo vería.

Lloró. Con un desconsuelo difícil de explicar pero fácil de comprender. Era un hombre enamorado y estaba solo. Podía ser engañado fácilmente. Incluso por Matthias.

Había hecho todo lo que podía esperarse de él: se elevó de su enfermedad, de su cama, dejó a su esposa, le mintió, salió hacia la librería, advirtió que era domingo, averiguó el domicilio de los Regensberg, tomó un auto, tocó el timbre a costa de ser expulsado, se entrometió en la casa asumiendo los peores riesgos, la recorrió entera, oyó cosas horribles, vio otras bellísimas, bebió y comió sin deseo para pasar inadvertido, se escapó agazapado, recorrió muchos kilómetros de bosque viendo falsos Matthias de todos los tamaños, colores y ropajes (siempre lo veía acompañado a causa de los celos que siempre provoca la soledad enamorada) y no pudo ver ni un minuto, ni una vez, ni de lejos ni de perfil, inalcanzable una vez más, no pudo ver a su niño enamorado de ninguna forma.

mi niño
dijo
y lloró aún más

mi niño

y sintió el beso de Matthias otra vez entre sus labios, y se estremeció

Tenía la cara surcada por el espanto, una tremenda agitación lo dominaba, gritó a campo abierto, corrió. Corrió sin destino (porque no tenía destino) y sin deseos (porque los había perdido) y sin sentido. Pero corrió hasta la fatiga y la náusea, escupiendo. A la madrugada llegó a su casa.

Clarissa lo vio llegar, entrar.

Estás enamorado, le dijo quedamente.

Estás enamorado

Eso dijo ella a un esposo en ruinas

Junto a Clarissa
Matthias

La simulación de Helga

Ya era centenaria. Helga había nacido el Lòdz el 23 de febrero de 1905 y nunca dejó de ser perceptiblemente polaca y judía. Pero no practicaba ninguno de los dos atributos. Su aspecto agresivo, su trato violento, su andar insolente escondían esa suma propia de años que podía tornarla una anciana malhumorada a sola mostración de su fe de nacida.

Helga no luchaba contra la vejez ni contra el tiempo; luchaba pertinazmente contra el mundo. Siempre contra el mundo, sin piedad, sin perder tiempo, sin pensarlo mucho, automáticamente.

Las malas intenciones universales eran en ella un reflejo, una condición autónoma. Experimentaba la mala fe de memoria como un perro ladra o nada un pez. Y en realidad no había sido una elección de Helga ser así, vivir así: ella se armó en defensa propia y exhibe su carácter como quien porta un arma poderosa porque no tuvo ni tiene alternativas. Por eso jamás hizo ningún esfuerzo para disimular su mal genio, su cara indignada.

El humor le había modelado el cuerpo, como a todo el mundo. Helga era la representación de la acidez, del fastidio de toda su época.

Siempre hubo esa gran fatiga de vivir, resultado del presunto camino hacia el progreso.

Se esperaba del amor que descubriera hasta dónde se puede llegar arrastrando esa fatiga, ese malestar de la vida.

Todos vivían entonces apretándose junto al miedo. Cuando pasaban cosas, incluso cosas que todos querían, tenía miedo porque no las comprendían: se sufría por no comprender.

Era la neurosis de Helga: el cuerpo enfermo por el temor de estar enfermo, pensamientos que no pueden controlarse, obsesiones en las cuales los objetos adquirían significaciones espantosas.

Flaca como un ñandú y huesuda, entendía que comer era una horrenda imposición de la cultura occidental, de las religiones y de la sociedad anónima Nestlé.

Ella comía dos veces al día cantidades homeopáticas de lo mismo: un trozo de queso, medio vaso de leche, treinta gramos de pescado hervido. Punto.

Odiaba el alcohol, las bebidas sin alcohol, el agua con gas o con sabor o con color o con algo, despreciaba los embutidos, los enlatados,

la comida en paquetes, en bolsas o en frascos, las versiones descremadas, presurizadas, fortificadas, pasteurizadas. Todo es basura comercial, todo hace daño.

La sal reducida en sodio o abundante en él, el aspartamo, el azúcar, la sacarina, la carne de vaca, los pollos de criadero, las verduras y legumbres irreversiblemente con desinfectantes, los bichos con grasas, los huevos de todas las vaginas, los aderezos.

¿Quién no ha oído alguna vez que todas esas cosas hacen daño? Ella comía entonces: leche de vaca ordeñada por ella (porque Helga, obviamente, ordeñaba), salmón que el pescador le traía a las tías y ella tajaba en fetones de treinta gramos, y queso, pues no hay en Suiza nadie que haya advertido que el queso no es un alimento de primera necesidad, en cuyo caso Helga había caído en esa pequeña trampa.

Pero no era el suyo un caso de sobrevida en homenaje a la moderación: su perseverancia la tenía viva. Que si uno quiere vivir movido por el amor o por el odio, vive comiendo mucho o poco.

El asunto (y es el más difícil) es tener un objetivo.

Y Helga tenía varios.

Su cuerpo era ajirafado no por alta —era muy bajita— sino porque su cuello era una especie de columna, un poste absurdo que nacía de un cuerpo pequeño y flaco, un cogote arrugadísimo como la piel del sapo, así de arrugada y de dura la piel toda del cuello y de la cara; y la cara (que coronaba esa columna reptil tan larga) era un empinamiento hacia delante de lo mismo y sin ninguna gracia, como una consecuencia necesaria de semejante cuello, una cara pequeña para tal extensión como si fuera Helga un cuello con cabeza y un cuerpo que lo traslada.

Su cara era ajustada, afilada, y todo sobresalía en puntas: hacia delante un mentón en triángulo, hacia abajo y alargada una nariz desdichadamente en terraplén, hacia arriba y enhiestas las orejas como antenas de radio, antenas que se movían, está claro, porque cuando Helga hablaba las orejas se le movían de un modo estrafalario.

Su mirada era feroz; tenía la mirada endurecida de un avestruz con ojos claros que parecían dos bolas de hielo seco. Apenas parpadeaba; y los párpados no eran suficientes, no cubrían toda la extensión de las bolas de hielo por lo cual siempre estaba clavando su mirada gélida y puntual en alguna cosa para reprimirla.

Las manos se le agarfiaban con frecuencia a causa de los años y la artritis, y los dedos casi sin uñas eran como agarraderas metálicas: ruidos inclusos.

Cuando Helga tomaba algo con sus dedos (un cacharro, un papel, alguien, lo que fuera) sus dedos hacían «crac» como si abroquelara las cosas con una pinza, con una llave de plomero, con tenazas. Su pelo

era lo de menos; unos cuantos mechones raídos y blancos que se caían como pajas sobre su frente y alrededor de sus orejas, pajas blanco-amarillentas secas y duras, opacas.

Lo demás era Helga.

Su carácter, su estilo, su peculiar manera de estar parada como un faro, de andar siempre marchando a doble paso de ganso, de haber hecho de su vida una militancia.

Helga había nacido en Lòdz hacia la Primera Guerra y cuando dio su primer vistazo al universo vio tanques y cañones. Oyó tanques y cañones. Y se hablaba de tanques y cañones.

Su padre enlistado: en las filas alemanas junto a los bravos barones prusianos. Una bomba mató a la mamá de Helga cuando ella tenía tres años.

Desde entonces Helga dice haberse criado sola, lo cual es tan relativo como ella misma.

Durante su solitaria niñez empezó la entreguerra, ese dramático intervalo que coincide con un intervalo en la historia de la vida de ella, así como hay un largo eclipse intervalado en la vida de toda Europa.

Sabemos poco; no hay ninguna cosa más que una tensión, un vacío en su niñez, una infancia sin contenido alguno, seguramente educada por un padre judío militarmente polaco, y por los vecinos del barrio oeste de Lòdz.

Entre 1920 y 1940 casi no hay noticias de Helga, ni buenas ni malas, ni para bien ni para mal. Creció simplemente y se hizo grande; en esa época nadie pensaba vivir tanto; se hacían grandes y útiles desde temprano.

Helga fue grande y fue útil para Polonia desde 1930 o tal vez antes, pero muy útil cuando a los veinte años trabajó como regente de campos militares —aproximadamente en 1934— y de un campo de concentración después como una consecuencia inevitable de sus tareas, en las afueras de Lòdz, y después en Austria, y después en Berlín.

Por poco más de una década fue Helga una empleada del Reich. Nada más.

Nada más.

Aquí nos detendremos. Porque los lectores están diciendo

«Con que sí, acá está el nudo del asunto. Ahora resulta que es tan fácil: es vieja, fea, judía, y fue nazi para sobrevivir».

Y eso no es cierto, no es verdad.

Helga no era nazi.

Era una empelada obligada por el III Reich como el Reich comandó todas las cosas en Alemania, en Austria, en Polonia, en Italia, en España, en Portugal, en Francia, en fin, en toda Europa y durante más de una década.

Helga obedecía al Reich por necesidad como obedecieron algunos alemanes y franceses bien intencionados.

—¿O cómo creen que es la guerra?

—preguntaba Helga indignada dirigiéndose a nadie—

—La guerra —le respondía ella misma precisamente a nadie— es un hecho entre los hechos y pasan cosas habituales. La gente no ve bombas todos los días y sigue yendo al mercado, y a la feria, y los chicos crecen, quieren comer y hay que seguir con esta locura insigne de estar despiertos.

Helga no era antisemita
era semita
y judía
y empleada del Reich
era polaca con una madre muerta por un bomba francesa
era eso, es eso
es eso

Y los vecinos que la criaron cuando el padre guerreaba por obligación no eran más antisemita que los franceses de entonces o los polacos de hoy. No más que Stalin, no más que Pétain. ¿Por qué habrían de detenerse en ella, que no militaba ni remotamente como todos los nombrados, y la suerte de los judíos como ella le importaba a esos próceres de la brutalidad igual que la de los africanos arrasados por Gran Bretaña y Francia tras horribles genocidios?

Tampoco había una pretensión en su tarea en los campos; ni enorme ni pequeña. Era una tarea, un trabajo, un quehacer como otro.

Un quehacer: el suyo.

Hay que pensarlo bien, hay que situarse. El Imperio Alemán quiere vengarse, ha sido humillado en la Primera Guerra, los alemanes se sienten ultrajados por Francia. No son todos nazis, no son todos antisemitas: son alemanes.

Alemanes humillados con la costumbre de tener un imperio propio, con la manía de mandar, de ser obedecidos. Embrutecidos por el poder, corrompidos. Había muchos antisemitas entre ellos como en toda Europa, como en toda la vasta y cínica democracia europea.

Es cierto, los alemanes engendraban antisemitas con una facilidad

simplemente reproductiva; hacia 1910 una mujer embarazaba y paría un nazi. No hay otra explicación.

Lo bebés paridos en 1910 fueron los soldados nazis de 1933 hasta el fin de la guerra. Y los sobrevivientes siguieron siendo nazis después de 1945. Pero habían nacido en 1910, una década en que las alemanas parían automáticamente nazis.

¡Ese año, qué venganza! Los que nacían en la década de la Primera Guerra eran los nazis que vengarían a Alemania; fueron después los coroneles, los generales, los dignatarios.

«Pero los protagonistas de esa década —decía Helga—, los que vivieron su madurez en la década de 1910 fueron proféticos».

Proféticos.

Nadie sabía por qué Helga decía eso: proféticos.

«1910, qué año», decía.

¿Pero por qué? Ella sólo pudo haber sido consciente de esa historia mucho después. ¿Qué nostalgia podría tener de ese año remoto, ajeno, un período que no la involucraba?

«En Alemania pasó eso —repetía Helga como si fuera un rezo y con las mismas palabras—; un hombre copulaba y fabricaba un nazi en expectativa en el vientre de la mujer.

«No hacía nada en especial.

«En 1910 hacían el amor, engendraban.

«Y a los nueves meses nacía un nazis.

«Rarísimo.

«Nazis para después.

«Es raro el amor».

Decidió no enamorarse nunca. Nunca. De algún modo Helga le juró a su padre que jamás traería un nazi al mundo. Y en su época, para eso, había que renunciar al amor.

Antisemitas hubo en toda Europa siempre, y sigue habiéndolos en inmensa cantidad. Antisemitas en Francia (tan convenientemente acomodada Francia, que no hay asunto que venga mal a su gloria) antisemitas sobre todo en Polonia, sobre todo en Rusia, sobre todo en Italia, en Alemania, España.

Europa antisemita.

Antijudía.

Siempre o casi siempre.

esa es
la verdad
que a Helga

Porque ella no consiguió trabajo en la guerra; simplemente no había trabajo para judíos en la guerra y la casualidad le ofreció emplearse en un campo y luego continuar en otro, y después en otro y en otro, y llegó a ser regente porque era muy eficiente.

Y vio eso, vio los campos, trabajó; no le hizo daño a nadie; Helga ordenaba la secuencia de comidas que debía servirse a los oficiales, proveía de agua los pabellones, trababa las puertas y ventanas de las cárceles de mujeres por la noche, supervisaba las labores de las reclusas que trabajaban.

Nada más, eso era todo.

Todo es todo.

Sabía de qué se trataba y hubiera asesinado alemanes de a uno. Pero dejó la venganza para después.

Ella era joven, menuda, flaca, con un cuello largo, escuálida, chiquita, no hubiera podido levantar un arma ni que quisiera, ni que la obligaran. No podía golpear a alguien o tumbar a un hombre de una patada en los testículos.

Nada, imposible. Pero era joven, podía esperar.

Helga fue, así, empleada de un campo de concentración, rigió sus pormenores domésticos. Y miraba cómo los nacidos en 1910 eran todos nazis. Sabía lo que pasaba allí dentro, pero… ¿quién no lo sabía?

¿Acaso los franceses no lo sabían, los chinos no lo sabían, los americanos, y ella tenía que perder su trabajo y su vida porque también sabía lo que sabía el mundo entero?

—¿Yo peor que Hirohito, que Hoover, que Pétain? Ya verán… —decía la vieja mientras preparaba cuatrocientos litros de té negro los domingos para los Regensberg— que no son necesariamente nazis —añadía— pero si fuera preciso lo serían instantáneamente.

Helga era temible. Tal vez por haber sido casi contemporánea del año increíble.

Mil novecientos diez. Cinco años tenía ella. Ese año era relatado por su padre, que amaba el arte, la literatura, la música; que hubiera sido un escultor, un artista, un escritor, pero no pudo porque nació judío y en Polonia, en Lòdz, y su juventud se la dedicó a su hija, a la Primera Guerra y a su hija; y su madurez a la Segunda Guerra, a la Segunda Guerra y a su hija.

Moritz.

Un infeliz el señor Moritz, el padre de Helga.

Contaba una historia, siempre la misma, una historia increíble que Helga jamás había narrado a nadie.

Pero la sabía de memoria.

La había corroborado, había escrutado los libros: era cierta.

Ya se sabe: si está en los libros es cierta.

Por eso

Por eso Helga no dice: los antisemitas.
Dice

los europeos

Simulación en la historia occidental

El señor Moritz decía: los profetas de 1910. Y quienes escuchaban creían que el señor Moritz estaba loco. Los profetas. Mil novecientos diez.

El señor Moritz bebía unas cuantas cervezas, se entonaba, engolaba un poco la voz y comenzaba un relato.

«Había en mil novecientos diez un Imperio, el Austro-Húngaro, más duradero que el nazi, más duradero y más noble. Tenía una capital notable, Viena, donde vivía un músico que se había vuelto loco. Había incorporado a sus obras sonidos absurdos, disonantes, estertóreos. Era música alterada, químicamente impura, modificada por la locura de ese hombre. No había orden, ni jerarquía ni repetición en esas escalas cromáticas delirantes.

«Dodecafónica

decía el perturbado. *Es música dodecafónica*.

«Sus obras eran formas del ruido, infernales algarabías de metal, estruendos atonales.

«Arnold Schönberg profetizó ruido
mucho ruido discordante
metálico
porque veía:
cuando miraba hacia afuera veía extraños acontecimientos
donde otros no veían nada
oía el ruido que vendría y lo anticipaba en música»

y Helga lo entendió cuando algunos judíos polacos domiciliados en Lòdz
dijeron en 1939

—*Vayámonos*

porque veían

«En ese mismo año, en ese mismo Imperio vivió un hombre sencillo —y el señor Moritz pedía una cerveza más; Helga se la daba, Helga no

le hubiera negado una cerveza a su padre—, un hombrecito introvertido, tímido hasta el silencio; era un gris empleado de una compañía de seguros que robaba tiempo a su trabajo para escribir tonterías.

«Un día escribió el cuento más extraño: un tal Gregorio se despierta en la mañana y descubre, sin ningún asombro ni alteración, sin sorpresa ni explicaciones, que se había convertido en una cucaracha.

«el cuento profético
La Metamorfosis
de ese taimado
Kafka

«Profético —decía y eructaba un poco—. Cualquiera puede convertirse en una cucaracha sin darse cuenta y con toda facilidad: sólo despertándose un día.

«Por el mismo año estaba ya en el centro de Europa, llegado de Málaga, un pintor amanerado.
Deformaba los cuerpos en los lienzos
ponía los orejas donde va la boca
la nariz donde va el ombligo
los senos donde van los pies

«no sabe pintar como Toulouse, como Gauguin»
decían los periódicos
los museos
los críticos

«qué más decir de Picasso
un malagueño que todo lo deformaba
cuerpos triturados, sin anatomía

«Profético Picasso —y Moritz eructaba ya que daba asco— cuerpos sin forma, sin cuerpo, qué adelantado el malagueño.

«Cuántos sonidos a metales rústicos tuvimos que oír después mezclados con la música, era la Gran Guerra, cuántos estallidos —y el señor Moritz eructaba dodecafónicamente—. Cuántos hombres se convirtieron en cucarachas sin ninguna alteración de su ánimo, cucarachas de la noche a la mañana sin problemas de conciencia —y Moritz daba pasos dificultosos para llegar a la cama y tirarse—. Cuántos cuerpos alterados, los pies en la cabeza, la cabeza en la panza, cuánto hubo que ver por afuera de los cuadros. No lo olvides

Helga, el arte profetiza, algunos ven…»

Y Helga, a su debido tiempo, vio *El Guernica* en Madrid
y oyó las atonales *Cinco piezas para piano*
y leyó *La Metamorfosis*

Todo eso lo hizo una vez y a un tiempo y nunca más.

Nunca más

Guardaba esos recuerdos en un lugar particular de su alma seca, muerta y seca.

Porque el señor Moritz no tuvo más remedio que enlistarse para el ejército alemán, pero él… él era anarquista. Y frecuentemente decía:

—*cuidado que viene el lobo.*

Se lo decía a ella, a Helga, lo único que tenía.

sí
cuidado
viene el lobo

Y Helga pensaba si su padre no estaría loco como esos artistas de Praga, de Viena, de Málaga.

En su casa, en 1915, le decía a la joven Helga, medio borracho siempre, esa frase tan rara cuando la niña se iba a dormir.

Él se quedaba leyendo su hebdomadario anarquista repartido en secreto; él era repartidor de *La Protesta,* el periódico anarquista en una zona determinada de Lòdz y cada tanto iba preso por eso, cuando la policía lo atrapaba; al volver a casa después de compartir cervezas tres noches con el comisario, le decía a Helga

—*cuidado que viene el lobo*—.

A veces ella preguntaba quién era el lobo.

Y el señor Moritz se apiadaba y reía de buena gana, a carcajadas.

«El Estado», decía el padre ahogado de la risa, y miraba hacia el techo y trazaba con el dedo índice una redondel grande en el aire del tamaño de una olla o de un piletón. Que así se imaginaba al Estado, un redondel arriba de uno del tamaño de un piletón.

Sobre el techo de las casas y cubriéndolo todo.

Después Helga se acordó de ese redondel que trazaba su papá. Lenin se lo recordó, se lo recordó Musollini, Franco también, toda esa gente que gobernó Europa mucho después del Sacro Imperio y de Nerón y de Julio César le recordó el redondel del señor Moritz.

Se lo recordó Stalin incluso cuando se tragó a veinte millones de judíos con una picadora de carne y muchas ganas de gobernar para siempre. Helga tuvo que convivir con todo eso.

Por eso su odio a la vida es la sustancia de toda su amargura; es consustancial con ella.

Cuidado que viene.

Y nadie tuvo cuidado de nada.

Algunos se fueron en 1939, se escaparon y los otros les decían

«dejarlo todo, qué estupidez, cosa de judíos polacos, cosa de rusos»

Cuidado con el lobo
decía el señor Moritz cuando pensaba en el Estado Austro-Húngaro.

No se imaginaba que podía haber algo peor.

Algo como el Reich.

Claro que Helga no estaba dispuesta a hacerse cargo de dos guerras y una docena de lobos. Porque su vida fue larga y un hombre llegó a la luna y su padre vivió hasta los ochenta y cuatro años gracias a la ciencia —ella heredaba longevidad, eso era bueno—; hubo los radiógrafos, las medicinas; y hubo televisión, aeroplanos y seguros médicos.

La vida se hizo larga
vacía y larga
masiva
insignificante
igual

y larga

La aspirina y la bomba atómica no daban lo mismo. Sin embargo eran hechos entre los hechos debidamente mezclados, adecuadamente involucrados entre sí para que el progreso fuera completo, un avance masivo hacia delante sin mucha discriminación entre una cosa y la siguiente, un avance genérico de lo que destruye y lo que no, lo que produce dolor y lo que sana, está todo oportunamente adentro, explicado en manuales y con bibliografía, dicho por personas importantes, celebridades.

Helga temía. Sabía que la guerra continuaba de modo inerme aun a comienzos del siglo XXI, una época que, sin un moretón, los igualó a todos, los metió en un paquete, les puso un sello en la frente, les dio o les negó un pasaporte, un seguro de desempleo, un poco de comida y mucho temor.

Era el triunfo del programa hitleriano en un milenio nuevo, completo, singular, íntegro: una masiva igualación por debajo, la

consagración del sinsentido y el prejuicio en la coronación misma de lo cotidiano.

Hitler ganó la guerra.

Fin. Se terminó. El siglo de la primera guerra, de la segunda, de la guerra fría, de Camboya, los satélites, Vietnam, penicilina, Mao Tse-Tung, con muros y sin muros, Israel, el hambre insolvente y Ben Ladeen se había terminado para incinerar los despojos de occidente.

Helga dijo a Matthias cuando le regaló un ejemplar de *Las Mil y Una Noches*:

—empezamos matando a Oscar Wilde y terminamos bombardeando Persia

Helga sabía que el niño leía a Wilde, y que el siglo XX había trazado su paradoja. ¿Una paradoja? Un asco. El siglo del agua potable se traga toda el agua dulce. Alarga la vida de Helga porque vive de las tías pero no puede darle de comer a todos.

Y Matthias debería saberlo.

Vivirá un tiempo de guerras de religión, terror televisado y mucha gente atontada por ansiolíticos, nicotina y el deber de ser prósperos. La solemne estupidez con que se vive la paz del siglo XXI es tan concluyente que a Helga le parece que las almas están evaporadas.

Y Matthias debería saberlo.

Helga cree que ella tendría que gozar
al menos
del derecho a trazar su parábola

La parábola de la vida de Helga, una historiografía personal, única, intransferible. La suya.

Eso era imposible sin Matthias.

A su modo, en su silencio mineral, en su cara de azufre, en sus manos que parecen puñales, había la certeza de una libertad que se vive hacia adentro. Ella estaba tan loca como su padre, era tan anarquista, tan delirante como Dalí, como Paul Eluard, como Verlaine, pero había trazado su propia línea existencial hacia adentro.

Una vez que el siglo XX arrasó con la individualidad, con el deseo peculiar, con las bella singularidades de cada uno, Helga se trasformó en la égloga de sí misma, invirtió el sentido de la alteridad y fue ella misma.

Ella misma.

Así, vuelta loca, hecha un garfio, hecha un general de un ejército absurdo que reparte chocolate.

Ella es el héroe trágico del siglo XXI: la reposición imposible, la repetición instantánea de la mismidad. Pero no había llegado lo peor para el nuevo milenio, pues si el siglo XX había logrado el sexo sin procreación, el siglo nuevo lograba procrear sin sexo. Era el fin de la diversión y el nacimiento de una sociedad automática, genética, gélida, clonada, hitleriana, sometida, ordenada.

Ella sabía que esas cosas ocurrían por afuera de sí misma, que había generaciones enteras dispuestas a la inmortalidad, a la duplicación, a la fama asexuada, a mucho más de lo mismo, a hundirse con el siglo que generó la negación del hundimiento, capaces de infectarse de la era que inventó los antibióticos, todos con dolores tremendos de cabeza en la época de los analgésicos, más dolores de cabeza que nunca,

si ya no saben ni dónde les duele la cabeza

decía Helga, y sabía, sabía que por fuera de ella había gente mirando televisores, comprando jugueras iguales y hablando por teléfonos sin cable. Nadie decía nada por ninguno de los medios al alcance, ni por radio ni por televisión ni por los teléfonos sin cables.

Pero todos hablaban muchísimo y por lo mismo ya no decían nada.

se hablan encima

decía Helga

encima

Para qué hablan si no tienen nada para decir.
Matthias debería saberlo.
Por eso ella se callaba.
Por qué no.

estar así
callada
qué cosa tan brutal

Helga es eso: el residuo mórbido del siglo XX, la hija del anarquista, la dueña de las derrotas mundiales, de miles de derrotas personales —la primera, el imposible anarquismo de su padre— y de una enorme derrota universal: la incapacidad sustancial del mundo para darse de comer a sí mismo.

Es la causa por la que Helga da de comer a todos esos estúpidos ricos infelices

para hacer más obvia la diferencia
más evidente la locura estrepitosa de un universo
que podría empezar a girar para el otro lado
total nadie se da cuenta de nada

Caníbal, el siglo de las morfinas y las anestesias. La hija del anarquista se dio cuenta de todo esto.

Se dio cuenta y se sofocó.

Ella es el héroe solitario, la negación de la gemelaridad, de la igualdad a todo trance

sé mi hermano o te mato

de la mismidad y el consumo de sí mismo.

Caníbal el siglo de la comida en cantidad, comida al alcance de nadie. Caníbal y paradójico. El espejo del siglo XX es el siglo XX. Las cartas de derechos, ni qué hablar.

Por eso Helga no hablaba.

Y no hablaba.

¿De qué hablaría? ¿De los derechos, de la igualdad? ¿Del derecho a ser una colmena? ¿De la sucesión de la Reina Isabel? ¿De la curación, del psicoanálisis, de sanarse del siglo que los enfermó a todos, que a todos los volvió locos?

locos y juntos
juntos y revueltos
revueltos y enfermos
enfermos y solos
solos y nazis

Así se quedaron todos.

Viendo cómo ganaba Hitler.

Matthias debería saberlo.

Y la derrota íntima: haber probado el sexo ya grande, muy pasados los cuarenta años de Helga, y haber embarazado y parido una hija a la que no tuvo el valor de criar

porque Helga
no creía en la vida.

Pero tampoco en el aborto. Y ya grande y a riesgo de su vida, mantuvo su embarazo y parió y puso su apellido y regaló una hija en 1952.

Fue simple y mortal para ella.

parida que fue

la regaló

y que dios la bendiga
que el mundo es un asco y yo apenas puedo conmigo misma
lo siento hija
el mundo es así
es mejor que lo sepas desde el comienzo

Un asco, y yo no puedo, no puedo.
Por eso Helga no se había casado y regaló a su bebé.
¿Para qué descubrir al otro si nadie sabe qué hacer con el otro?

el amor, claro, la felicidad, ahá
todo eso
y después
y después

Helga Spivak no conoció ni quería conocer a su hija pero había averiguado su domicilio y cada año le mandaba una seña de su sobrevivencia: la vieja mujer no quería darse a conocer pero en cada Navidad le enviaba una carta:

«Sigo viva y en Suiza. Tu madre».

Sin remitente, franqueo simple.
A Helga le intriga pero no llega a interesarle esa hija desconocida.
Entonces dejémoslo así, decía Helga.
Dejémoslo así.

a sí misma se decía eso
y a sí misma
se deja
así

De vieja, sin embargo, había aprendido a querer a Matthias y a cuidarlo. Le salía así, sin pensar: lo cuidaba. Ella era quien educaba a ese niño. Las institutrices no servían de nada; le hacían repetir la quinta declinación y la historia oficial de Garibaldi.

Helga revolvía y revolvía la vieja biblioteca de su padre que tenía en tres baúles en el ático y ponía en el cuarto de Matthias a Chejov, a Sófocles, a Gogol. Y de su propia biblioteca le daba Wilde y Kafka y la Yourcenar. Matthias no tenía idea de dónde salían esos libros. Era una magia hallar libros así, tan escogidos, en su cuarto. Y los leía en el gran salón de la librería, sobre la calle Bahnhofstrasse. A las tías les importaba nada qué leía y juraban que las institutrices lo educaban

así.

Helga había descubierto que podía seguir siendo la madre de su hija abandonada si educaba correctamente a este niño. Dios entendería y el destino también. No vería más a su hija, no tenía la menor intención. Pero tendría sucesión y de algún modo el universo le daría la bienvenida a la maternidad de la vieja mientras velara por Matthias.

No lo hacía con culpa, no esperaba ser perdonada porque no había crimen en ella. Pero era justo que educara al niño. El secreto le convenía, no tenía carácter para ser paciente y obsequiar y ser generosa.

Revoleaba libros y ya, como el sembrador que desparrama semillas y a ver qué pasa.

En esa insolente introspección Helga era la clave de ese niño, su salvación. Y todos los domingo preparaba grandes comilonas, daba las órdenes como las había dado en el campo de concentración cuando la guerra, era igual, la verdad es que era igual, antes había gente sufriendo en un campo y ahora había gente delirando de infelicidad

delirando porque tienen y no tienen
porque no pueden, porque no les sale
porque el tiempo ya pasó y se mueren de miedo.

Ella hacía su trabajo como siempre. Daba los indicaciones correctas del modo correcto, para cada cual su tarea, las amas de llaves, las gobernantas, las cocineras, la historia era la misma; había que organizar la dicha o la desdicha.

Organizarla, ponerle un principio y un final.

Ella hacía eso con evidencia y educaba a Matthias en secreto; controlaba que todos los invitados fueran Regensberg para que nadie le arrebatara al niño la tranquilidad que le da esa fortuna.

Porque el reloj sigue sonando, y aquellas décadas homicidas pueden repetirse (Helga, como las tías y aunque de otro modo, cumplirá cien años)

y en ese caso
en ese caso
habrá que ver quiénes son lo que están locos y pueden ver y oír a los que dicen

—cuidado con el lobo.

La simulación de Matthias

Y ahora ese abismo es aún más hondo, porque es el del dolor; mas, sin embargo, no hay nada imposible para la humildad, todo es factible para el amor (…)

releyó Matthias y se le escaparon una lágrima y otra y otras.

Esta mañana era hermosa y él caminaba por las calles de Zurich como no lo había hecho nunca. Una mañana para él, en día de semana, liberado de palacios, de maestras, de tías. Escapado de su casa.

La calle estaba florecida y los jóvenes iban acompañados: por sus novias, por sus amigos, por sus esposos. Matthias también. Él llevaba consigo un ejemplar de *De Profundis*, el suyo, también subrayado, subrayado en el párrafo que había releído, que leía y releía y le arrancaba lágrimas. Era una forma de caminar por este día de la mano con Andrei.

Los jóvenes de los mandados merodeaban las calles. Los de la tintorería caminaban despacito con prendas en grandes perchas de madera, iban cansadamente para que no se arrugaran los trajes y los vestidos, los abrigos y las camisas de raso. Los jóvenes de las comidas, en cambio, iban presurosos, podrían enfriarse las pizzas, las hamburguesas o los panini tostados y en la era del delivery había que ser presuroso con la comida: si está caliente para que no se enfríe, y en general para que la gente no se muera de hambre. Las niñas que llevaban helados iban rapidísimo, alegremente ataviadas con faldas rojas y camisas blancas con flores, siempre iban así pero Matthias recién advertía eso, qué tan lindas eran las niñas de los helados vestidas alegremente con la ropa del comercio, y así enfundadas en flores corrían sonrientes contándose cosas entre sí, que mi novio esto, que el tuyo al cine, que el fin de semana al campo, y así, corriendo porque podían derretirse los helados, aunque van en circulares recipientes de telgopor revestidos en papel azul marino y rojo bermellón. Los niños que llevan flores, ¡ah, los niños que llevan flores! Esos niños viven en el encanto, el mejor de los trabajos, pensó Matthias, el más bello encargo (aunque el suyo había sido maravilloso), nada mejor que trabajar llevando flores de un lado a otro. Qué trabajo puede ser más vivificante, más enaltecedor del espíritu, más glorioso; era una gloria, sí, andar todo el día caminando por calles soleadas portando lirios, rosas blancas, jazmines amarillos.

¡Y el aroma! ¿Se imagina alguien cómo es la vida de un joven que durante todo el año ha llevado flores y olido, día tras día, todos los aromas que dio el año, todos los que dio la tierra, y no se ha perdido ni uno solo de los dulces y frescos olores que prodigó la primavera? ¡Un privilegiado, un niño único señalado por los dioses (porque los dioses no siempre logran arruinarnos del todo la vida), un niño que, como nadie, sabe cuándo hay madreselvas, cuándo malvas, cuándo buganvillas, cómo sabe la lavanda, cómo huelen las fresias exactamente en marzo, cómo se mecen los gladiolos y las calas, cómo sabe la tierra por dentro! Esos niños que portan flores y solamente flores conocen los secretos de este mundo, los que la tierra no dice y deposita en las flores; secretos que el mundo dice con aromas, con colores sutiles un poco indescriptibles, con texturas, con detalles en un pétalo, con una rosa más aterciopelada ésta que otra, con un tilo más violeta o más morado.

La tierra no dice sus secretos a los gritos ni con ademanes; cuando se enfada tiembla, se parte, vulcaniza, diluvia o sopla. Pero normalmente dice sus habituales sentires y pesares más hondos con procesos de siglos, procesos complejísimos que pueden concluir, por ejemplo, en un girasol.

No hay seres humanos que tengan un secreto que produzca girasoles, pensó Matthias, y si lo tuvieran no podrían hacer uno; cuando tienen un sentimiento que produce rosas rojas, tienen que comprarlas.

Por eso el amor es un secreto cómplice con la tierra, sobre todo si uno regala rosas.

El sol le pegó a Matthias en la cara, se sentó en la acera con los pies en la calle y siguió leyendo; ahora leyó el otro párrafo que había subrayado, había subrayado los mismo párrafos en dos ejemplares idénticos, en el que compró para él y en el que compró para Andrei. Había subrayado dos párrafos, los mismos dos: en el de Andrei, para llamar su atención (para algo más, en realidad, pero por el momento para llamar su atención); y en el de él, para releerlos indefinidamente sin necesidad de buscarlos a cada momento.

(«¿Otro *De Profundis*? ¿Y dónde está el nuestro?», había preguntado Tanie a Matthias cuando el niño reclamó uno nuevo. Tanie preguntaba así porque todo lo que ella o su hermana compraban o tenían o veían o miraban o deseaban o el mundo exhibía, era «nuestro». «Perdido», mintió Matthias. Tanie intentó lanzarlo en La Busca del Tiempo Perdido, pero Elena, que odiaba esas pérdidas de tiempo, sacó un billete de cien marcos con un gesto de electricista que a su pesar repone una bombilla que debería encender y no enciende, se lo tiró a

Matthias en la mesa, y él compró en la librería otro ejemplar del libro *De Profundis* para dárselo a Andrei. Era otra manera de iniciar la busca. Del tiempo perdido).

«¿Otro *De Profundis*? ¿Y dónde está el tuyo?», dijo sonriendo la simpática despachante de la librería que conocía muy bien a Matthias (y también le recomendaba que leyera contemporáneos que él no leía) y sabía que ya tenía un *De Profundis*. Lo había visto leyéndolo con dedicación, en voz alta, y acaso ella le hubo dado su parecer sobre Bosie, sobre la cárcel.

«Es que estoy enamorado», dijo Matthias con una sonrisa que se le estampó en la cara como nunca en su vida, los ojitos brillando como perlas, las manos sudorosas y temblando de la emoción, un corazón que se apresuraba en el pecho caliente, una expresión exagerada tan propia de estar enamorado que fue contagioso: la chica rió con complicidad, con amor también, con amor y complicidad y sonoramente, y los que andaban por ahí (una señora que compraba un ejemplar en alemán de *La ciénaga*, una joven que hojeaba la ignoradísima obra del último premio Nobel, un matrimonio que buscaba —y encontraba— poesía para regalar, el gerente y el repositor) todos se dieron cuenta del amor y la complicidad, que eran para el caso lo mismo, y se complicaron también, se implicaron, fueron testigos implicados y culpables del amor que les llevó Matthias a todo, para todos.

Porque Matthias era generoso.

Ahora caminaba por las calles, caminaba por Zurich con una alegría insolente porque había pasado la noche despierto y leyendo los mismo párrafos que leería Andrei.

Entonces leyó Matthias para sí sentado en la acera con los pies en la calle:

> *Acuérdate también de que tengo aún que conocerte. ¿O acaso tengamos que conocernos mutuamente? En cuanto a mí, solo me queda por decirte una última cosa. No temas al pasado. Si la gente te dice que es irrevocable, no la creas. El pasado, el presente y el porvenir son tan solo un momento a los ojos de Dios, que son los ojos ante los que debemos intentar vivir.*

Y se le entrecortaba la respiración.

Matthias había pasado la noche en las calles. En el atardecer del domingo fue a buscar a Andrei a su casa, quería darle la copia subrayada del libro. Ese días sus tías recibían a todos sus parientes y entre tanto gentío su ausencia sería lo de menos.

Con sigilo y como a las seis y media de la tarde dejó su cuarto y su

casa y caminó hasta Zurich, con zapatillas apropiadas para una marcha larga y con decisión. Joseph no lo vio, Helga estaba afanada inyectando trufas a los primos.

Llegó a la casa de Andrei como a las diez. Lo esperó, «no está él» le había dicho la esposa, «pero deberías esperarlo» añadió tras verlo con detenimiento, y Matthias lo esperó.

Finalmente, muy tarde ya, extrañamente tarde, llegó Andrei un poco desgreñado y descompuesto.

A Matthias no le sorprendió, pues hacía pocos días había tenido una crisis de epilepsia y esas cosas dejan a la gente muy agotada. Andrei miró a su esposa, miró a Matthias que estaba increíblemente a su lado pasada ya la una de la madrugada con un libro en la mano, y como sus sentimientos eran inocultables (los de él y los de Matthias), Andrei

tosió se sacudió los restos de bosque que llevaba en el traje estornudó bostezó se corrigió la corbata se aclaró la voz carraspeó de nuevo contorsionó la cabeza y el cuello hacia los lados como descontracturando un leve dolor o una molestia se limpió los zapatos en una alfombrilla se frotó un poco los ojos irguió el cuello juntó las manos hizo crujir sus dedos se acomodó el cabello y enrojeció en fin todo eso lo hizo a la vez casi en un solo acto hizo todo

en fin

todo eso.

Todo eso lo hizo a la vez casi, en un solo acto hizo todo lo que la naturaleza humana le permitía para perder una increíble cantidad de tiempo, ponerse en situación, porque mientras ejercía todas estas estupideces tan obvias, tan innecesarias (aclararse la voz carraspeando ocho veces, por ejemplo, es bastante) con una parsimonia odiosa, su cabeza funcionaba a una velocidad desesperante.

Trataba de atar cabos entre una mentira y otra, una simulación y la siguiente, una oportuna combinación (por ejemplo, una verdad / dos mentiras / dos simulaciones, o bien dos mentiras / tres verdades / ninguna simulación, en fin, hay mil maneras) y aderezaba las combinaciones con relatos opacados, ligeramente imprecisos; mientras armaba un hilo argumental creíble más allá de la una de la madrugada —cuando normalmente llegaba tardísimo a las nueve de la noche—, la esposa le fulminó la marea eclosiva que tenía en la cabeza: Clarissa se le acercó como si quisiera darle un beso, una bienvenida, y cuando lo tuvo muy cerca le abrevió la demencia en dos palabras diciendo bajito

estás enamorado

Andrei sintió un proceso químico muy raro. Su cabeza se vació por

completo; todo lo que había sido una variada erupción de argumentos mal atados y peor avenidos, se licuó en las suaves palabras de Clarissa que simplificó su confusión y la bendijo, le bendijo las intenciones y dispensó su humana naturaleza.

«Estás enamorado»
dijo ella
(¿de quién?)
y él se quedó quieto mirando cómo toda esa barahúnda de excusas y justificaciones con que había poblado su cabeza compleja se deshacía como pedazos de hielo alcanzados por un lanzallamas.

Así se libraba de tanta inútil conjetura, con el calor de la frase de Clarissa (¿no está acaso enamorado también de ella?), una frase que calienta, que acalora, que derrite esos fríos pensamientos vanos como se derrite el hielo (¡tan duro es el hielo cuando lo quiere uno picar!) ante el fuego, que un hielo del tamaño de la cabeza de Andrei no puede triturarse de un puñetazo y hasta con un martillo cuesta, pero con un poco de tibieza se hace agua.

Y se hizo agua, porque Andrei lloró por esa frase durante dos años seguidos.

«Estás enamorado»
dijo silenciosa y suavemente Clarissa (¿de quién?) sin que Matthias pudiera escuchar aunque quisiera (y no quería), y no fue un reproche; fue la explicación que Andrei necesitaba sobre sí mismo y nadie se la daba, porque su mente era atrabiliaria y por lo mismo no daba con razones tan sencillas como ésa.

Clarissa en cambio lo advirtió en la mirada de Andrei —todas las mujeres advierten cosas en las miradas o en sitios sólo atribuibles a «la mirada»—. Lo miró y se dio cuenta.

El amor estaba allí.

Nada más.

Se lo dijo y ya, porque no se puede tener un marido tosiendo y carraspeando cuarenta minutos en una madrugada cuando han venido a traerle un libro con urgencia y de modo reservado, qué cosa tan habitual.

«Te traen un libro»
—dijo Clarissa ahora en voz alta y compuesta, mientras, después de su frase en privado, corrigió los pliegues del saco de su marido como hacen generalmente las esposas, y de ese modo y con esa afirmación justificaba para todo el universo la increíble presencia de Matthias—
«con cierta urgencia»
—añadió sin ningún doble sentido, y despejó así, súbitamente, la

legalidad de Matthias a esa hora, la justicia de su presencia, la legitimidad de su arrojo; y bajando la voz terminó—

«algo de tu oficina»

—y los perdonó a los dos.

Andrei —apenas pronunciada esa frase que los absolvía, los encajaba y los liberaba— tomó su lugar —donde lo puso Clarissa (los puso a ambos, pues Matthias sólo había dicho que traía un libro para Andrei y que no se iría hasta dárselo)— y devolviendo un beso a su señora esposa con toda corrección —Andrei amaba sinceramente a Clarissa y ahora que lo pensaba la había extrañado porque era mucho lo que la amaba— miró a Matthias simulando su deseo de besarlo —porque Andrei estaba enamorado de Matthias— e indagó como cabía.

—«Vamos a ver jovencito, qué asunto es tan urgente»

dijo Andrei con aire grave y dispuesto a firmar un Habeas Corpus o interponer un recurso de amparo de cuya premura dependía seguramente la vida o la libertad de alguien de la máxima importancia y la mayor inocencia.

—«Este libro es para usted, debo dárselo en la mano, esas son las instrucciones, he subrayado las partes que importan».

Matthias seguía las instrucciones que el amor y la complicidad le dieron cuando compró y subrayó el ejemplar, y eran instrucciones muy precisas por cierto, y alargó el libro con serenidad pero temblando como una hoja, no de miedo por cierto, sino de miedo.

(Esto merece una aclaración: no tenía miedo de ser expulsado o abofeteado por Andrei, por su impertinencia o su coraje excesivo. Tenía un miedo espantoso de que su amor se complicara de nuevo, se implicara otra vez en la circunstancia y se notara, se hiciera evidente otra vez y en presencia en Clarissa como ocurrió al comprar el libro, y eso le daba pavor).

Ahá, déjeme ver, atajó Andrei, *De profundis*, leyó en voz alta, «un latinazgo tan típico en el derecho», añadió (lo cual era cierto: cuando los abogados quieren que los respeten dicen en latín, sin que nadie entienda nada, lo que podrían decir mucho mejor en su propio idioma) «y usted subrayó las partes pertinentes», terminó Andrei.

Motivado por el texto, por la presencia de Matthias, por el aire despreocupado de Clarissa, abrió el libro por el final: ahí nomás había un párrafo subrayado.

Casi sin saber lo que hacía y como un autómata, Andrei lo leyó en voz alta:

Acuérdate también de que tengo aún que conocerte. ¿O acaso

tengamos que conocernos mutuamente? En cuanto a mí, solo me queda por decirte una última cosa. No temas al pasado. Si la gente te dice que es irrevocable, no la creas. El pasado, el presente y el porvenir son tan solo un momento a los ojos de Dios, que son los ojos ante los que debemos intentar vivir. El tiempo y el espacio, la sucesión y extensión son únicamente simples condiciones accidentales del pensamiento. La imaginación puede sobrepasarlas, y aun otras más, en la libre esfera de las existencias ideales. Las cosas son también en su esencia lo que queremos hacerlas. Una cosa es según la manera como la miremos. «Donde otros —dice Blake— no ven más que el alba levantarse sobre la colina, veo yo a los hijos de Dios gritando alegría».

Los tres comprendieron.

Matthias lloraba. Lo hacía muy suavemente como cabía a esa hora y con Clarissa ahí, discretamente cerca, oportunamente distraída. Se secaba las lágrimas, se atajaba los mocos, se sentía solo y expuesto escuchando eso sin que Andrei lo abrazara de inmediato, sin un poco del calor del cuerpo del hombre al que estaba destinando una considerable cantidad de eternidad: hacia delante y hacia atrás.

Andrei temblaba y su espíritu sufría una enorme agitación. Sí; quería conocer a ese niño y quería dejarse conocer.

El tiempo, el espacio, los ojos de Dios, todos eso era verdad, él lo había pensado ya, no recordaba muy bien en qué momento, pero era verdad, dicho así o de otro modo lo había pensado en esa forma.

Y quiso disponer del cuerpo ligero y del alma etérea de ese niño que lo estaba implicando así, le hacía un tajo irrevocable en el pecho ante su mirada y la de su esposa, un tajo súbito y de puñal, el tajo que no mancha y sin embargo jamás se irá, ahí estará puesto para siempre pase lo que pase y hagan lo que hagan, y hecho el tajo en la superficie y en las honduras más resistentes del interior de Andrei y en la superficie de su pecho, sacaba Matthias el puñal con suavidad, se tajaba a sí mismo con impiedad y deseo en el mismo sitio, y arrojaba el arma muy lejos.

Eso estaba sucediendo entre ellos, en un acto para dos.

En ese estado alterado y sin aliento, Andrei quiso evitar que la sangre lo bañara todo y señaló la puerta con ternura mirando a Matthias de arriba abajo, y Matthias

deshecho en lágrimas

se fue lentamente de la casa

como quien no se va

y Andrei tomó a Clarissa del hombro

(Clarissa estaba de espaldas, un poco reclinada sobre una escalera,

mirando la pintura del techo un poco gastada ya, pensaba ella)
y le dijo
Clarissa mi amor te amo
y ella respondió que sí
ya sabía que estabas enamorado

Desde entonces, desde que llorando salió a la madrugada de esa casa después de haber completado su propia encomienda como otros llevaban comidas, Matthias caminó y caminó y leyó y releyó, y su caminata fue tan larga y feliz y desentendida que lo atrapó la luz y amaneció y ahora es un hombre dichoso y entero que corretea en la mañana de Zurich, corre y chapotea y lee y relee y comparte este día infinito con los chicos que reparten rosas porque conocen los secretos de la tierra y las niñas que visten de flores porque llevan corriendo los helados.

Además

mejor que sea de este modo
dijo Matthias

porque este día
se termina de todos modos

se termina de todos modos

se termina de todos modos
y mañana hay que empezar otro de nuevo
mejor que sea de este modo

de este modo
que no es ninguno en especial
es éste

Y salió dando brincos por el mismo bosque que había atravesado —vuelto loco— Andrei; y brincó y saltó con su libro subrayado en la mano, con el corazón dando estrépitos, con toda esa obra maestra a su alrededor: este pino, este sauce, este limonero.

Así está bien, esto es todo.

Es todo.

¿De qué manera explicarle a mis tías, a mis maestras, a Helga, que estoy enamorado? ¿acaso me lo puedo explicar a mí?

Y saltaba por esa obra maestra de rosas y de césped porque para Matthias la vida se había convertido en una obra de teatro.

Grande y maravillosa, con entradas, con salidas, con oportunos juegos de luces.

Tal vez a esa señora, a la esposa de Andrei
deba explicarle
algún día

señora
(porque no sabía su nombre)
yo estoy enamorado de su esposo

y ella comprendería

O no.
Pero decírselo era justo, era menester.
Le parecía bien en medio de esta obra maestra.

y también decirle un día a Andrei
(decírselo bajito)
que te amo

y él le respondería
algo

mejor que sea de este modo
que no es ninguno en especial
es éste

SEXO INFAME

Fuimos Nazis para tener una convicción por la que se pudiera
morir y matar.
Para tener algo en serio.
El nazismo nos curó la depresión y la angustia que,
cada vez con más víctimas, genera la democracia occidental,
ese abuso de las incertidumbres.

La historia

Esta historia no es compleja.

Es la historia del mundo o la de cualquier familia enferma, como están enfermas todas las familias desde la Primera Guerra Mundial.

Ahí están Ester, el Nazi y el Niño.

La de Ester es la historia del asco, la inocencia y el fin.

La del Nazi es la historia de una angustia sin pausa y poderosa, una demencia que le arde y lo cura de la realidad.

La del Niño es la historia de cualquier descendencia: sin hijo no hay historia, sin padre no hay comienzo, sin amor no hay hijo, sin odio no hay padre.

A los veinticuatro años Ester, judía, y el Nazi, se encuentran del único modo posible después de escuchar pacientemente la tortuosa historia del Niño.

Ester

La guerra mundial se gana, alguien gana la Segunda Guerra Mundial.
La frase, así dicha, tiene sentido.
Pero puede ser diferente:

Ester, ella sola, ha ganado la Segunda Guerra Mundial

Entonces es preciso contar la historia de Ester, que debería ser literatura y no es, en verdad, historia de nada.
Es terror puro, pura realidad.

Ester está en un tren. Es judía y la persiguen esas bestias alemanas.
Tierra nazi, 1940.
No supo por qué la subieron ahí.
Nunca.
Porque era judía, pero ella no supo porqué.
Era menuda y niña.
Tendría catorce años o trece. Y era bella.
El tren conducía millares de judíos al campo de Auschwitz donde serían masacrados.
Un soldado alemán la ve en el tren.
Solamente la ve.
Se queda quieto, quiere hablar.
Duda, se calla. Reinicia el paso.
Se detiene
la mira de nuevo.

ahora la mira
la mira claramente
a los ojos
el pelo
le ve los labios
la fragilidad de la niña
la fragilidad
es eso

Ahora mismo está mirándola.
Por la insistencia, por la aparente caridad que parece que hay en sus ojos, se diría que se enamoró.

De ella, de Ester, la niña judía.
Se enamoró.
Al parecer.
Porque el soldado siente por única vez esa cosa imposible para un alemán, la piedad, y le dice:

—bájese.

Por compasión, por una ternura impedida, salva una vida llena de aturdimiento.
Bájese.
Ester cumple la indicación, casi una orden; en un sitio tirado en la tristeza campesina, llorando, se baja. Toma su valija, pequeña, sucia, la aprieta muy fuerte sobre sí misma, lo único que tiene.
Se baja.
Lo único que tiene.
Con los ojos busca las miradas antes de bajar: la de su madre, la de su padre.
Alguien.

su madre
su padre
antes de bajar
alguien

Sólo puede ver a ese alemán que la mira con lástima, con deseo y con lástima y que le dijo:

bájese

Que se bajara. Ahora.
La estación es solitaria y tremenda, es alemana.
No hay nadie.
Nadie.
Al parecer.
Una campana, unos puentes, la vía, perros, una caballeriza de madera.
Ester llora y baja. A la vez.
No comprende, no puede.
Cree que fue rechazada, que un castigo la separa de los suyos que tienen la dicha de seguir camino en ese tren que la tiró a la estepa.
El infierno alemán se incendiará sin ella, en Auschwitz y en todos lados, una y otra vez y sin ella.
Ester se quedará paralizada en la caballeriza.
Ahí duerme, espera, ahí llora, reza.

Espera sobre todo.

reza
sobre todo

El guardagujas de la estación le tiene algo de pena. Cada mañana le da té y algo de pan.

Ella después recogerá su valijita (nunca deshará su valijita con unos pocos trapos) y se irá a la estación a esperar el tren que la llena de esperanzas.

Todos los días, después de beber un poco del té del guardagujas, hará lo mismo.

El tren llega y, por suerte, nunca se detiene.

Nunca se detiene. Pasa así, rápido.

Ella cree que eso es una calamidad. Que el tren no pare. Nunca. Nunca.

El tren sigue viaje repleto de judíos, a las hogueras de Auschwitz, a liquidarlos.

Hay que imaginarse tanto. Catorce años, trece

cada mañana, a eso de la cinco y media
cuando el viento frío la despierta
Ester se viste
para la fiesta privada
personal
de esperar que llegue su destino
por unas vías que podrían matarla

Tiene un vestido ahora sucio que ya es barato, es verde claro; y a veces lo cambia por otro color café, más alineado éste, más ridículo.

Esperar que por unas vías llegue su destino que podrían matarla: Cuando el viento frío la despierta a eso de la cinco y media cada mañana, Ester se viste para esa fiesta privada, personal.

Está ahí parada, en un andén de madera, de buena madera alemana, el viento frío en la cara, el vestidito no puede abrigarla casi nada, y ella ataja el viento apretando la valijita contra unos pechos que todavía no han crecido.

El vestidito, nada.

entonces

Entonces Ester ve con desolación el tren como se va, y casi siempre con lágrimas.

Cree que deliberadamente no la lleva. Es cuando se resigna, recoge su valija siempre hecha y regresa a la caballeriza.

No la lleva, no la llevan.

A veces le dice al guardagujas: otra vez será. Y él le dice: sí, otra vez.

Sí.

El guardagujas sabe lo que pasa, pero no lo puede decir, no lo soportaría.

No se lo dice ni a sí mismo, que esos trenes llevan cadáveres inminentes, inmediatos.

Bendice en secreto que ese tren espantoso no se detenga y maldice que pase una y otra vez, aunque a ella, ese paso, ese ruido de tren que llega, la llena de entusiasmo.

A veces llueve, es mucho lo que llueve y se enloda el camino y las vías y la caballeriza.

Ester va igualmente a su destino, sucia, mojada, a la espera del tren que no para, y regresa mojada, sucia, a resignar sus suciedades entre la mugre alemana de esa Gran Guerra que todos quisieron, todos esos europeos enfermos de sí mismos, todos quisieron esa mugre, enfermos de estar ahí.

Enfermos.

Quién hizo algo distinto, quién. Hablar de la paz, qué digno es eso, desde Londres el señor De Gaulle «resiste» para que Ester se enlode un poquito menos esta mañana.

Eso hicieron los europeos dignos. Enfermos. Hablar desde la BBC, calientitos, con un plato de sopa delante, un vaso de buen vino rojo y un pedazo de queso.

Ester no.

Ester no tiene más remedio que la libertad, esa libertad a la que nunca podrá acostumbrarse ni ella ni nadie.

Esa libertad impune de ser un sobreviviente casual.

Es decir: la historia es un asco.

Ester siente la satisfacción inocente de un tren que está matando a su hermano, a su madre, a su ciudad, sólo porque no la mató a ella.

Por eso esta historia no se puede escribir.

Ni la historia ni Auschwitz.

No hay forma.

El tiempo hace lo que puede: pasa.

Un día —un día que es muy lejano, un día que queda mucho después de ella misma— Ester se da cuenta, se da cuenta de toda la verdad del tren con cadáveres, se da cuenta de su candidez, ese

patetismo de ver pasar a su raza en trenes hacia un incendio que duró cinco años, cinco mil años.

No hacer nada más estúpido que esperar que pasen más.

«Ni haber sido una niña me absuelve», pensará después, al cabo de algunos años.

Llora, llora para siempre.

No podrá dejar de llorar desde ese día.

Nada la sosiega, excepto la decisión.

Ni siquiera la esperanza de un Holocausto nuevo que la mate, a ella, la primera.

Esta historia se cuenta así: como literatura.

Pero no es literatura. Es la historia horrible de Ester aniquilada.

Esos protagonistas:

el alemán que le dijo:

bájese

el guardagujas que tal vez la manoseó una noche

la caballeriza

el sol en la cara con el sonido del tren a lo lejos

a veces el temporal

los enfermos europeos que siempre quieren, desde Julio César, una buena guerra mientras toman una sopa caliente

todo eso no tiene sentido sin Ester sola
harta
muerta desde los trece o catorce años
y un cadáver ya más evidente diez años después
a los veinticuatro

Ahora podríamos pensar en otras masacres iguales ocurridas antes o después del Holocausto.

En los mismos lugares y en distintos.

Pero no tiene sentido.

Ester y la caballeriza son todo el escenario y todo el personaje que necesitamos.

La historia terrible de Ester ofrecida.

Podríamos definir la literatura de ese modo, la predisposición del personaje sufriente (el tren a lo lejos, la palabra *por venir* escrita por separado, etc.) y ya está.

Pero Ester no fue asesinada en la guerra por los Nazis, sino por el espectro de los Nazis y después de la guerra.

Eso me llena de esperanzas.

De Niño tuve un miedo espantoso y todo lo que escribí después se lo debo al horror aquel, el grito aquel.

Debieron pasar veinte años para que pudiera escribir ahora esta frase.

A veces siento (es precisamente una certeza) que tengo menos ganas de vivir que los demás.

Que me he cansado demasiado pronto o, por lo menos, un poco antes.

También me asombra cómo sucede: es así, un hecho masivo.

¿Nadie advierte?

Nadie advierte.

Es incómodo recibir a los amigos, hablar: ellos no advierten que ardo en el infierno.

Entonces aparece.

Ester aparece ahí, aquí, del modo más evidente, ella comprende, advierte, es como una amante, puede dar testimonio de mí mismo.

También pude comprender el grito aquél.

Ya se puede escribir la historia de los dos. Es repugnante.

Repugnante todo: la historia y contarla.

Nos casamos en 1950. No tiene ninguna importancia. Desde que somos dos la locura de la que me acusan es más difícil y más evidente.

Jurando ser aliado de la Resistencia Francesa, yo, que nací y moriré Nazi, escapé de la cárcel de los Aliados al terminar la guerra.

Se decía que mi padre había muerto en el bombardeo de la Cancillería alemana pero fue antes, mucho antes.

En 1947 logré que los Aliados me reincorporaran al Ejercito alemán. Fui coronel en el cuarenta y ocho. En marzo de 1949 me destinaron en Berlín.

Entonces conocí a Ester, la desclasada.

Nos casamos en 1950. No tiene ninguna importancia. Tuviéramos un hijo, pero no debe quedar nada. Es lo que siempre hicimos, es lo que hago, destruir historia viva mientras la vivo.

Por eso debería dejar de escribir.

Pero mi propósito no es justificar mi silencio, sino contar de una vez una historia por la cual debería ser fusilado por la espalda.

Pero la democracia anglosajona tolera incluso cinismos como el mío.

Me llamo Guillermo Federico. Cuando nací, Europa tenía la certeza de su fuerza, de su solidez.

Fuimos romanos, otomanos, apostólicos, prusianos, católicos. Y seremos más o menos eternamente siempre lo mismo: antisemitas.

Cuando se pueda lo seremos a los gritos y, cuando no, discretamente.

Pero siempre.

Antisemitas y racistas siempre, debidamente, con convicción.

Me entregué vivamente al nazismo, con una pasión insana y con un sólo propósito: borrar las muchas cavilaciones y pesadumbres de mi niñez, que fue un tormento a gritos.

Necesitaba la solidez del nazismo, la entereza de Alemania y la paternidad de Hitler para escapar de la incertidumbre triste de la vida.

Fuimos Nazis para tener una convicción por la que se pudiera morir y matar. Para tener algo en serio.

El nazismo nos curó la depresión y la angustia que, cada vez con más víctimas, genera la democracia occidental, ese abuso de las incertidumbres.

Hasta más hombre fui. Mi temor por las mujeres y el sexo (y sobre todo por el sexo con mujeres) se disipó en las violencias alemanas de la Segunda Guerra.

Éramos hombres de combate, de sudor, de metrallas. Quién puede dudar de un balazo, para qué.

Ester fue la única mujer que tuve en mi vida. Salí del ejercito en 1949 cuando me destinaron a Berlín, cansado de las humillaciones norteamericanas y de fingir.

Había cumplido cincuenta años, estaba solo, arruinado y vencido.

Era soltero y el sexo había sido para mí esa agreste violación que hacíamos de judías jóvenes, que lloriqueaban y gemían, no se sabía bien si de placer o de asco

nosotros gozábamos
de placer y de asco
y no entendíamos la diferencia

Para despejarme del ejército, el día de la baja me enterré en una taberna berlinesa, cara, bella.

Cantaba una mujer a la manera de Marlene Dietrich
es decir

no cantaba.

Tendría algo más de veinte años. Hacia gestos suaves con manos pequeñas. Tenía la cara surcada por la pena y el tiempo sin belleza.

Sin belleza.

Era una vieja de veinte años, perdida en la Alemania de posguerra como millones, virgen, sola, huérfana: cantaba.

Virgen, sola, cantaba.

La escuché, la miré, la esperé.

Sentí por ella lo mismo que sentí una vez, en un tren a Auschwitz, cuando una niña de trece o catorce años me dio pena

y la tiré en el campo a que se muriera sola.

Ternura, algo así. No soy hombre de sensiblerías, no sé qué puede sentirse por una mujer además de ganas y lástima.

El recuerdo me movió y la esperé. A ésta. A la niña no.

Ester cantaba en la taberna hacía unos meses, pocos. Vivía sola en el piso de arriba, el tabernero le daba de comer, le daba una cama, una frazada, una bañera de agua caliente en la noche y ochocientos marcos.

Creo que la disfrutaba cada tanto, con las manos. Podía acostarse con los clientes pero en otro lado, en la taberna no. Y regresar, si atravesaba la noche con alguien, a la tarde del día siguiente y sola. Nunca por la noche ni acompañada.

Todo esto me contó bebiendo con el único propósito de que la tocara y la gozara por algunas monedas. Las putas me repugnan pero Ester era sencilla. Era virgen y no ofrecía todo su cuerpo: quería seguir siéndolo y no vendía su entereza por dinero.

—Sólo la piel, me dijo

—¿Sólo la piel? , pregunté

—Sí. Me tocas. La piel, el cuerpo, eso es todo, es bastante. Es mi piel, soy joven. La puedes tocar, es piel blanca.

Nada más.

Piel blanca.

De una mujer virgen.

Nada más.

En todo caso no parecía prostituta. Algo sentí por esa piel a tocar, algo sintió ella supongo. Porque se ofrecía con ansias, pero no con las ansias del dinero sino con las del amor.

La diferencia sólo se distingue fácilmente en las putas, en las amantes nunca.

Dijo que de su vida no diría una palabra. Nada. Nunca. A no ser.
Ni una palabra. A no ser.

Ella sentía algo antiguo y simple. Y no hablaría de sí a no ser que lo hiciera yo antes.
Yo antes.
Hacer eso, hablar íntegramente, hablar yo de mí.
Sin duda en mi cara vio la masacre, vio los campos de concentración que regí, la sangre que licué.
Esther quería saber.
Yo temí.

Me pidió, con un interés que nadie mostró por mí, que empezara de una vez. Que le contara alguna cosa de mi vida que valiera la pena.
Le aclaré temblando que no hablaría de la guerra. Debía mantener en secreto esa derrota humillante cuyas consecuencias no habían terminado para mí.

—«No importa, cuéntame. La guerra no me hace falta. La vi en trenes, en andenes, me la contó el guardagujas. Háblame de otra cosa, de ti. Dime algo».

Algo
A no ser
Y yo le dije

A pesar yo dije

El padre del Nazi

Mi padre murió esa noche. Debí decir casi en la noche: después amaneció.

La causa de la muerte fue balbuceada por el único médico que había en el barrio. Disentería y fiebre.

La esposa de mi padre muerto sigue viva. Eso creo: al menos vivía en la noche mientras el médico balbuceaba:

—su padre murió: disentería, fiebre.

La esposa del padre muerto es mi madre. Y está viva, creo. Debe tener unos setenta años. Pero desde que el médico balbuceó la muerte hasta el amanecer (es decir, en ese curso de 3 o 4 horas) envejeció treinta o cuarenta años. A razón de diez años por hora.

A la mañana ya estaría muerta. O habría de ser muy vieja. Una vieja a la cual ya no puede importarle ser vieja o morirse.

O tener un hijo.

Yo no creí que mi presencia fuera útil en ningún lado. De todos modos nunca fue útil mi presencia junto a mis padres, con quienes sólo me vinculó la autoridad.

Después fueron las exequias, las pesadumbres y el fin.

Yo escribí sin extrañeza esa carta insalubre cuyas palabras podrán olvidarse sin remordimiento. Ahora, junto a usted (porque yo, Ester, la trataré de usted) debo distraer un poco mi desolación.

Soy viejo ya, y a veces puedo confundir mi memoria con la de otros. Y el espejo no me devuelve nada. Entonces sé que estoy loco y que ese extraviado soy yo: las dos cosas al mismo tiempo.

Mi padre no leerá esas líneas: está muerto.

Después inventé la historia del padre General del Reich, muerto en la cancillería bombardeada. Pero la verdad es ésta, es una historia común, con un padre común, que se muere de disentería, fiebre.

Me dijeron hace poco esa frase tan usada:

—que en la Trinidad se cumplan tus sueños.

El linaje de mis sueños es obsceno. Tengo mis deseos en el pasado.

Y allí estoy yo, desdichado.

La búsqueda del padre no tuvo condiciones ni límites ni tampoco tiene sensatez. Usted sabe, un hijo que busca a un padre de verdad debe ser insensato hasta la demencia.

Hacia las diez de la mañana y antes de las exequias le escribí esa especie de carta. Después la tiré.

Nunca había hablado con mi padre. Para qué escribirle a alguien que jamás hizo otra cosa más que ser obedecido. Le decía más o menos:

«Te escribo con el corazón en la mano. Y con la certeza de que puedo escribir casi sin límites y sin ninguna consecuencia. También sé que mi vida se dispersa y se anula de a poco. Ahora no eres otra cosa que la muerte, otra forma de la muerte. El tiempo agotó más propósitos de los que tuve.

«También yo me recosté sobre tus esfuerzos; me diste más de lo que tuve derecho a pedirte. Todavía me pregunto porqué te escribo. Sin duda tengo algo que decirte y, sin duda, no lo diré con claridad.

«Tu vida fue demasiado larga, y más penosa todavía. Qué sabrás de mi vida, qué sabrán. Han dicho de todo: hasta que moriré yo también, contigo. Y acaso sea cierto.

«No sabes lo débil que soy, nunca lo sabrás con exactitud.

«Por eso no nos hemos visto últimamente ni nos veremos más.

«Los crímenes los comete el tiempo.

«Crímenes: a ellos dedicaré tanto tiempo que terminaré cometiendo el crimen peor, el que me dejará solo, envejecido y llevando luto. No tendré paz por mucho tiempo. La muerte misma me resulta un juego intenso en el que me muevo con comodidad. Te sonará presumido, pero a fuerza de quemarme aprendí a jugar incluso con el fuego.

«Fuiste muy débil y tuve que buscar algo que me sostuviera. Algo ajeno, enérgico, viril, suficiente.

«Alemania nos dará todo eso, esa gloria marcada en la fuerza, tallando cada día un entusiasmo que nosotros mismos no sabemos que tenemos. En ese milagro en el que transcurrimos todo habrá de pasar, incluso las masacres, incluso las lágrimas dulces de las madres judías.

«Pero no importa. Acá estoy entero y de verdad: no hay más pero tampoco menos. Mi fiel, mi querido padre, el Reich es un milagro que puede terminar para mí un día cualquiera.

«Debo estar preparado para eso. Sólo me vale aprovecharlo intensamente.

«No debo ser infiel a mis dioses. Por alguna razón que sé y no quiero escribir, me gustaría no terminar esta carta nunca, pero las cosas bellas tienen final: el heroísmo de César, el amor de Romeo, la vanidad de Macbeth, la entereza de Enrique VIII.

«Esta vez tardaré un poco más. Hay en mi corazón un lugar que es

tuyo.

«Toda la lástima que conozco la siento para ti.

«El resto es pura literatura.»

En pocas horas no sólo las musas se habrían olvidado de él —lo habían hecho, en verdad, hacía muchos años—, sino que también lo hicieron sus dioses particulares, aquellos que le permitían seguir respirando, forzosa y trabajosamente, el aire oscuro de esta ciudad sobre el río atemporal.

Mi padre me había educado de un modo transversal: era fuerte, pero no me legaba fortaleza; era valiente, pero no dispersó su valentía.

He pensado mucho en el sentido inverso que le dio a su vida: todo lo que había vivido como tragedia definió a ese patético viejo sin aliento.

Se murió de un balazo, defendiendo a cualquiera después de escaparle a la Primera Guerra Mundial.

Yo mejoré las condiciones de su muerte después, con un relato más digno. Dije que se hizo debidamente Nazi, que se enroló ya grande, que sirvió en la Cancillería hasta que la bombardearon los Aliados, que llegó a General. De esa forma podía inventar ese apretón de manos que le dio Hitler en el otoño de 1932. Es la única forma de acercar a mi padre, ese inútil, con la única persona que pudo reemplazarlo.

Pero el viejo se había muerto antes, por estúpido y sin apretarle la mano a nadie. Es cierto que acabábamos de ser batidos por los franceses en la guerra europea, y la honra alemana era un despojo. Sería el año veintitantos. Entonces el mundo se moría de indecisiones. Después de esa guerra las democracias repartieron angustia y desolación.

¿Para qué otra cosa puede servir la libertad sino para confundir y aturdir a los hombres? Nadie sabía lo que deseaba, y se deseaba lo que nadie quería.

Así sucedió la Primera Guerra, entre cavilaciones femeninas. Por eso ganaron los homosexuales londinenses, los sionistas, los franceses.

No lo podíamos creer.

Podernos a nosotros esos maricas.

La libertad occidental era una duda en estado de pureza. Esa vaguedad numérica, la democracia, estaba licuando la personalidad germana.

En ese dolor vivíamos. Entonces murió mi padre. Con él se esfumó el único espejismo de solidez que me quedaba.

Llegó una tarde, la cara ensangrentada, una bala atravesada en la mandíbula, lloriqueando vergonzosamente.

Su mujer —mi madre— lo reprochó, qué más.

En cuanto a él, la vida, así como la vivió, nunca le había interesado lo suficiente.

Al día siguiente llegó el médico del pueblo y dijo:

se muere: disentería, fiebre

Pero para que usted comprenda, Ester, debería contarle sobre el Niño que fui, sobre el miedo que tuve, sobre la soledad que me impuse, es decir: el Niño que fui me impuso el deber incurable de defender principios de otros, violencias de otros.

De otra manera, si no le contara la historia de mi dolor en la niñez, jamás entenderá que la muerte de mi padre fuera un salto tan alto para mí. El que conduce directamente al Tercer Reich.

Y lo que es peor: no entendería la gesta gloriosa del Nazismo si no comprende la naturaleza desesperada de una multitud de espíritus huérfanos que, después de la humillación de la Primera Guerra, hallaron en Hitler al padre omnipresente que ningún hogar dio jamás.

Nunca nos sentimos más protegidos, más abrazados, más amados.

¿Por qué admití esa falsificación…? Usted debería conocer la mordaza que mi familia me trazó sobre la cara, el dolor que me ha dado mi cuerpo, el sufrimiento de la enfermedad, el rigor de mi padre insospechado: mis pesadumbres comenzaron hace mucho tiempo y sólo el Nazismo las sanó.

No sabe usted qué desdichado fui.

Ahora lo sabe, cuando nada puede hacer.

Cuando para nada le sirve saberlo.

Qué gran hombre sería hoy si no hubiera sido el desdichado Niño aquél.

El Nazi de niño

De niño tuve miedo.

No me sosegué nunca más.

Tuve miedo con la forma de un grito por la noche o de una manera más sofisticada: el abandono.

Me abandona mi madre, mi padre. Mi amante, mis abuelos.

Todos me abandonan. Todo.

El abandono es una enfermedad incurable. Pero eso lo supe mucho después. Debí sufrir mucho entremedio.

Ya sabía entonces que yo no habría de tener un hijo, ni una vida sensata, y que no conocería ninguna forma de la tranquilidad.

Ya se lo dije, señorita: sólo el Nazismo me sanó cuando me dio una certeza. Pero cualquier cosa que me hubiera dado una certeza tan entera me hubiera sanado: una vocación exitosa, un hijo, un padre, una fortuna.

Algo en serio, no importa qué, no importa quién.

¿A quién le importa el sentido que tiene su vida mientras tenga uno?

Pero no hubo eso: donde debía haber un sentido, una razón, una familia que da el cimiento, estaba solamente mi padre ausente de sí mismo y buscando lo mismo que yo: algo para entretenerse antes de la muerte, algo que no lo matara ya mismo de vacío y soledad.

Todo comenzó fácilmente: la infancia, el miedo, el primer grito en la noche.

Faltó alguien fuerte desde el comienzo.

La escena es horrible. Es horrible porque no lo era: comenzó a serlo de golpe, instantáneamente. Sin motivos.

Hay una música que resuena en algún lado, a lo lejos; la madre, mi madre, sirve la cena.

Una cena para cuatro: el padre, la madre, el hermano. Mi hermano Carlos Federico.

Y el Niño, el que tendrá miedo por primera vez ese día. Ese día y para siempre: Miedo disponible para todas las noches de una vida.

Miedo inacabado, indefinible, sólido, un miedo por el que se puede morir, o matarse, por el cual el Niño dejará de dormir, de amar, un miedo escandaloso, insolente, que no se cura con pastillas ni se calma con amores.

Usted tiene que entender esto o no entenderá nunca nada: el miedo en la vida es siempre incurable, hasta que usted dispone de la vida. Entonces se mata o se convierte en Nazi y esa disposición borra momentáneamente el miedo de su alma.

Del alma, de la cara no. La cara queda surcada por el miedo de una forma imposible de alterar. Aunque sea usted Hitler, o Calígula, o tenga mucho éxito en la vida: la cara es un plano de su recorrido y muestra las huellas de su viejo dolor.

Eso es así: una trama interminable de miedo interior, absoluto, obvio. Es un carácter, un miedo trascendente, perseverante como un cáncer, mortal como un cáncer, incurable.

Perseverante, mortal.

Como el Nazismo. Incurable.

El Niño tendrá toda su vida la cara atravesada por el abandono. Vaya entendiendo usted.

De grande se verán surcos bajo sus ojos. Por eso querrá ver la sangre de los otros en la noche insolente. En los ojos sin objeto, en los labios devastados, en la risa imposible, en todos lados podrá verse que el Niño tiene miedo de ser eso que es: alguien que fue depositado en el mundo por casualidad.

Tendrá mucho que destruir para recomponerse.

Por eso su vanidad es insoportable. Y la violencia es la única arma. Si no puede destruir el niño se va, o grita: tengo miedo.

Eso grita: miedo.

Eso es verdad, lo único que es cierto: el terror y el final. Lo grita desde niño.

Cenan. Cenan una cena para cuatro.

El padre, la madre, el hermano. El Niño. El que tendrá miedo.

La escena es habitual: una cocina pequeña, una mesa cuadrada recostada contra una pared de ladrillos de tasca, la vajilla diaria blanca, la madre sirve la comida. Con pulcritud, con respeto: al padre primero, al hermano después, al Niño, y ella al final, ella se sirve al final, se sienta.

Comen, todos comen desde el comienzo, menos el Niño. El Niño espera a que la madre sirva hasta el final, espera a que se siente.

Entonces come con ella en la cena para cuatro.

El padre cuenta su día, parece respetable: salvo porque relata hechos cotidianos como si fueran epopeyas. Es un hombre común, con un carácter deficiente; parece que tiene autoridad, pero es un modo de ser violento; parece que es muy culto a la manera alemana del fin del siglo XIX, pero sólo sabe pronunciar unos nombres y unas frases; es un hombre que parece.

Parece un hombre, parece un padre. Es una apariencia.

No tiene sentido ese tipo. Me destruyó: mi padre era la metáfora del vacío.

Y sin embargo, esa especie de ser indefinido podía hablar. Siempre había, en su fascinante relato de militar subalterno, una batalla por librar y ganar con facilidad.

No con justicia: con facilidad.

Los demás, ese auditorio de inocentes, escuchaban. Le creen, le creen cada mentira que dice. Él también las cree, básicamente él, el que las dice.

Dice una mentira, la cree: ya es cierto. Los demás le creemos entonces: lo miramos, él no duda, le creemos.

Le creemos al militar subalterno que, alguna vez, querría ganar algo parecido a una batalla.

Entonces el padre dice la verdad porque creemos todas las mentiras. Hasta que ya no importe si habla o si no habla.

Pero el padre hablaba solo. Contaba las grandezas de su día, de su año, de su vida de militar ilustre. Las contaba en esa cocina pequeña de azulejos claros, con una mesa rectangular, y miente, miente hasta la náusea, hasta el deterioro de toda certeza, hasta la infamia: le creemos, todos le creen, por eso el padre hace daño cuando habla, porque miente sin saber qué es lo que hace.

Porque el padre es militar, pero se muere de cobardía. Y es incapaz de enfrentar, no un batallón, sino a sus superiores. Un día hereda unos miles de marcos y encuentra su vocación. Prestamista.

Todo él un prestamista.

Le presta marcos a los parientes, le presta dos hijos al Ejército, le presta su cuerpo a su mujer.

Presta: presta noches a su sueño, presta dolor a interés.

Mi padre prestamista.

El padre hace tanto daño que nadie sabrá jamás qué cosa es una certeza. Pero su relato no es culpable porque tenía un sólo destinatario: él, él mismo.

El padre se hablaba, hablaba para sí, se hablaba encima, pero siempre en voz alta. Se arroja todas esas mentiras porque las cree: cree esa prosperidad porque la dice, cree en ese futuro porque acaba de explicarlo.

El Niño lo ve, lo oye, ya sabe que el padre habla solo. Que lo está dejando solo.

Finalmente.

Esa soledad central es el origen del odio. De cualquiera. Y empezó en mi vida tan temprano.

La madre hace los deberes de los cuentos de hadas: enciende el hogar, prepara la comida, la sirve. Ella los ama a todos con un amor sencillo, evidente. Es un amor que no requiere explicaciones.

Es un amor que está: no hay que pedirlo, está ahí, disponible, como el chocolate cuando hay, mucho, para todos.

Es fácil este amor, dice el Niño. Y se siente abandonado otra vez. Y grita. En la noche.

Tiene miedo. Siempre tendrá miedo. Porque ese amor se acaba alguna vez: lo deja.

El abandono es la enfermedad incurable, es decir: sólo el Nazismo cura.

Cada vez que el amor se acabe, el Niño tendrá la misma pesadilla lúcida, el mismo grito en la boca, el pecho sobrecogido, el alma quebrada por una roca, los labios roídos por el cansancio de gritar la

muerte, los ojos extraviados como si fuera un demente.

Cenaban. Cenaban los cuatro una cena para cuatro. El Niño y la madre cenaban juntos. Los otros también: el padre, que hablaba, y Carlos Federico —el hermano— que no hablaba.

Música, a lo lejos. Una botella de vino. Agua, una jarra de agua fría, no hay otra cosa. El vino, el agua, el vino, el agua. Una ventana grande, traslúcida, hacia un afuera íntegro, deseable.

Es curiosa esta cocina, no hace calor, no hace frío, nunca: es adecuada siempre.

Cortinas fucsia. Luz de aceite barato, un amarillo desesperante. La mesa rectangular, sillas, banquetas: los cuatro sentados cenando. Los padres en sillas, los niños no. El padre, poderoso, presente.

El hermano no habla, casi no habla. Es rudo. Responde, a veces responde. Sufre: eso hace el hermano. Sufre en silencio pero no se queja.

Es casi un hombre ya, sabe callarse.

El Niño lo quiere con distancia, lo cela, lo ve más fuerte, más hombre, le disputa ese amor enorme de la madre. El hermano cede, sabe que el amor de la madre es para el Niño, que no le ganará esa batalla. Pero el Niño guerrea igual, libra la batalla que tiene ganada de antemano y se llena de espanto porque si la perdiera se evaporaría el amor.

Entonces está solo de nuevo.

Después de la cena el padre lee las noticias de la guerra —siempre hay una guerra, Ester, ya se lo dije— en un periódico que tiran por la tarde en el corredor de la casa.

La escena ha cambiado. El padre se fue a la sala y lee en silencio. La mesa es otra, la ocupa sólo el padre ahora: es de madera, es cuadrada, impresiona. Por delante una lámpara de aceite. No se sabe por qué: de aceite.

Sentado, el padre: lee. Un periódico, varios, lee.

A veces lee libros. Pero al padre le da miedo seguir leyendo el mismo libro porque el libro, en algún momento, se acaba. Y le gusta tanto ese libro que no soportaría que se acabara. Tanto le gusta, tanto le tranquiliza leerlo que ya casi no lee. Para que no se termine. Por eso sus libros predilectos no han sido abiertos jamás: tanto le gustan. Y tiene como tres o cuatro. En total.

La madre acomoda la cocina, la ropa sin doblar, los restos de un día que está terminado, así, tan simplemente, un día se ha vivido sin saberlo, sin ninguna conciencia, sin culpa.

Había un día. Temprano. Para vivirlo. Hubo. Ahora no hay nada.

Temprano hubo un día. No queda nada de nada.
Sólo una madre deshaciéndose de los restos.

Nada, no hay día. Está fulminado. No hay más tiempo, el día lo agotó. Se lo perdieron todos: tratando de hacer algo, no saben qué, algo con este día que ahora no está, que no tiene tiempo para estar otro poco.

Eso era típico durante el comienzo de la primera guerra, y también después —en la época tediosa de Weimar— hasta que llegó el nazismo: no había nada que hacer con la vida. Qué espanto, ya no hay nada entonces, no se puede más que esperar a que nos demos cuenta.
De qué.
La solución política del problema personal.

El día termina. El padre lee. En la sala. La madre insiste en la cocina, cada tanto grita algo a los hijos: que no se olviden de aquello, ni de esto. Que se abriguen mañana.
Mañana siempre puede hacer frío.
El hermano estudia en su cuarto, encerrado, solo, estudia. Ya no lo verán: se dormirá pronto leyendo seguramente a Tolstoi.

Anocheció a una velocidad insolente. Entonces está por ocurrir algo escandaloso, algo que debería dejar de ocurrir alguna vez. Alguien dirá: vayamos a dormir. Todos se irán a dormir.
El hermano ya estará acostado, encerrado. En el lugar donde también se encierra, cada tanto, con alguna mujer a gemir juntos, y el Niño se esconde a escucharlos y a admirar y a desear al hermano que hace eso que él nunca hará: encerrarse como un macho con una mujer para gemir y hacerla gemir.

Por eso al hermano no le hace daño la libertad: porque para él la primera y la última metáfora de su vida es el sexo.

La madre y el padre se quedarán despiertos hasta que el Niño se duerma. Se acuestan pero dejan lámparas encendidas. El padre deja caer su libro para no terminarlo nunca. La madre está a su lado, en la cama. Ella dormirá de un modo indecente: descansará de él, de su marido, descansará de un cansancio remoto, imbatible, esa fatiga espectacular —que no se puede medir en horas de sueño— de tener un marido y que sólo conocen los matrimonios que pasan todas las noches juntos.

En realidad la imagen de ambos es igual: el padre no lee para poder seguir leyendo después y la madre no descansa para poder seguir

durmiendo en la mañana.

Tampoco son felices ahora para poder serlo algún día.

Lo mejor de todo —en síntesis, lo que estimula de veras a esos padres a ser esa infelicidad de a dos y seguir siéndola— es lo que no les pasa, lo que buscan y por suerte no encuentran.

Como el libro. O el sueño. O el Niño.

Ése es el comienzo de la tragedia.

Y se quedan despiertos. Hasta que el Niño se duerma, hasta que tengan evidencias de que el Niño está azotado profundamente por un sueño agónico. Eso hace más trágico todo, más evidente.

El Niño ya sabe entonces que llegó ese momento revulsivo: ese momento escandaloso en el qué él se desviste, se acuesta, apaga la luz, abre los ojos más que nunca y tiembla, tiembla, espera.

El aire tenso, los ojos abiertos, el Niño solo en su cuarto, la puerta está abierta, una penumbra de luz, a veces el cuchicheo de los padres: está por ocurrir, todos esperan. La oscuridad está ahí, metida en ese cuarto del Niño y sólo para él. El tiempo no pasa, los ojos abiertos. El Niño está asustado desde el comienzo, desde que acabaron de cenar, desde que nació, no quiere cerrar los ojos.

Entonces sucede. Compréndalo, Ester.

Como un enloquecido, el Niño rompe el sosiego de la noche y desde su cama caótica empieza a gritar de una forma inhumana, desencajado, ajeno, increíble.

Tengo miedo.

Grita. Eso grita. Como una bestia. Tengo miedo.

Me muero: también grita eso. Me muero.

Ese deseo.

Todos oyen, los vecinos, la cuadra siguiente, la ciudad siguiente. Es imposible no oír tanto, tanto. Y se golpea, y golpea la cama, y la pared.

Siente que lo han arrojado al espacio, al vacío, a la nada, que esa soledad es definitiva, que es un final: un final.

Es inevitable y mortal: por eso grita.

No hay alternativas ni hay fin para ese grito.

El Niño siente que ya no es
que se ha muerto
está en el centro visceral del infierno
sólo podrá gritar por el resto de un lapso infinito

Luego sucede algo peor.

Usted se dirá: no puede pasar algo peor, el Niño ya se enfrentó a una muerte insolvente, tiene certeza de la nada y carece de otra

alternativa más que seguir gritando.

Pero sucede algo peor.

Los padres aparecen: ahí, donde el Niño grita su miedo, llegan aterrados los padres. La tragedia se cierra así: esa presencia que debería calmarlo, no lo calma. Tampoco lo angustia: simplemente esa presencia no se vincula con él.

Ya entendió usted. Lo habrá entendido en la guerra. Suponga que usted tiene una sola salvación, y cree que lo peor es que nunca llegue. Eso no es cierto. Lo peor es que su salvación llegue y no sirva para nada.

Para nada. En la amarra, el lazo se deshace como si fuera de papel y el barco naufraga sin explicaciones.

Esa especie de vida sin sentido pero con final cierto, de vacío sin término, fue la niñez del Niño, el grito del Niño.

No hay de dónde aferrarse. La madre había dicho: el naufragio, eso no va a ocurrir. El padre dijo también. Que no.

Y ocurre igual.

La madre había dicho

eso, eso espantoso, hijo mío, no ocurrirá

Y ocurre.

Yo tendría trece, catorce años. O algo así, trece, el número, soy así de chico, tengo una edad que es poca pero que ya es eso: años para naufragar por primera vez.

Y no hay de dónde tomarse, asirse, el padre no sirve para eso. No me salva.

El miedo es central entonces, es una tortura que crece, grito tengo miedo así seguido, sin coma, y mi padre me mira más aterrorizado todavía, entonces es el fin

el fin
no
por el miedo
sino
por el padre

yo grito más que nunca
ellos lloran más que nunca
no tiene ningún sentido
ni posibilidad de terminar

Mi madre dice pobre hijo mío, mi padre me ve con esa cara de

militar subalterno en apuros y el abismo se abre más:
voy a caer en él de una forma cada día más esperable, más obvia.
Estoy grave, es eso. El Niño está grave.

grave muy grave muy grave

Buscamos una enfermedad que sostenga tanto miedo, y un médico que sostenga la enfermedad, y un examen que sostenga al médico y un niño que sostenga el examen.

Ya todo está. El examen, el médico y la decisión de enfermar al Niño para que el grito sea clínico y no esa cosa espantosa que es.

Esa manera de vivir la locura en plena lucidez.
Como ser Nazi.
El Niño está más allá de la comprensión.

hay que enfermarlo de algo clínico
para que el grito
no sea
esa cosa espantosa
que es

Giraremos en ese círculo durante diez años.

El Niño se somete libremente a la enfermedad, la locura que el Niño tiene por contradecir la realidad.

—*Epilepsia*, le dicen.

Entonces él mismo será un enfermo preferible. Y dirá el Niño:

—*está bien, epilepsia*.

Ya puede gritar un grito bautizado, ya es lícito y a los otros les da menos vergüenza decir que el Niño tiene epilepsia a que tiene miedo.

Y grita. De ese modo inhumano.

Es incurable: el miedo, como el Nazismo, es incurable, y también como el Nazismo es absoluto y lo acompañará toda la vida.

Alguna vez tendrá que escribir sobre ello.

El Nazi

Tendrá usted que saber que cada vez que relato esta historia, cada vez que lo intento, acabo destruido, con la boca reseca y las manos húmedas y temblando.

Ahora mismo estoy jadeando. Déjeme que me trague ese vodka.

Ya está. Este vodka es polaco, Hitler lo hacía traer después de ocupar Varsovia. Es más rudo que el ruso, más vodka. Y menos transparente. ¿Ve allá afuera, ve que amanece? No todavía, pero es muy tarde ya…¿o es temprano? Eso es confuso siempre.

Beba apenas un sorbo,… eso es, …. le hará bien un poco de vodka polaco para entender porqué conviene ser Nazi en vez de tener miedo.

Cada tanto hay que revivir toda la náusea de nuevo.

Siento el terror aquél, tengo miedo con el miedo aquél.

Y sin embargo esto es todo lo que puedo decir, acaso lo único que debo decir.

El resto es una forma circular de no decir esto, de no decir que tengo miedo, que me voy a morir, que el Nazismo es una enfermedad incurable.

«Tengo miedo…», etcétera
Dicho esto, nada
El absurdo, sólo eso
El deseo ya no existe

Vea como cae la nieve afuera.

Salvo, claro, ese deseo perverso de matar, la desesperación por matar, eso no puede relatarse, sería la búsqueda imposible de una palabra. Todo mi odio será una consecuencia de esa ausencia de deseo. Del terror que siento desde los diez años. O catorce, no lo sé, un número, ese número.

El dolor que no tiene bautismo, que duele porque no se llama de ninguna forma.

También debo hablarle de la farsa que fui organizando para satisfacción de toda una familia de gitanos, arios alemanes que la histeria convirtió en pedigüeños apenas decentes. La simulación resultó siempre tan fácil que terminaba siendo repugnante.

Vea como cae la nieve, Ester

¿Es que usted no lo ve?
Pues déjeme decírselo: afuera podría estar nevando
Siempre

El único que me abandonó de veras es el hermano mayor, mi hermano Carlos Federico. Nunca llegó a mi lado, hubiera dado lo mismo que nunca naciera.

Digamos que nació muerto, da igual. Me abandonó de veras. No fue como mi padre, que murió. No; él hizo algo peor. Ni siquiera me abandonó: jamás estuvo.

Donde debía haber habido un hermano mayor, no hubo nada, nadie. Ni siquiera la soledad o el abandono, ni siquiera la tristeza.

Por eso el hermano mayor es la única ausencia verdadera: no tuve hermano mayor, ni siquiera pudo dejarme solo, ni siquiera pude despreciarlo.

El tiempo no enseña nada de nada.

Durante la guerra mi hermano me despreció inmensamente. Decía no entender que yo fuera un Nazi, que estuviera enrolado entre los coroneles, que regenteara un campo.

¿Él no entendía? ¿Es que acaso no había oído los gritos en la noche cuando éramos niños? ¿No se dio cuenta de que por fin había encontrado, en la herida de los otros, la forma de sosegarme un poco?

Mi madre envejeció y fue una abuela memorable. De mi padre no puedo hablar, mi padre señaló la descendencia, pero sólo señaló a mi hermano, que está lleno de hijos, como todas esas ridículas familias que creen en el progreso.

Y que no entienden a los Nazis, a las mujeres como usted o a los psicóticos.

Él tiene una mujer. La tiene, es su mujer. Tiene hijos: eso sí es algo que se tiene. Rehenes. Tiene tierra y casa en Alemania. Y es fuerte, es musculoso, es hermoso mi hermano, lo admiraba yo desde pequeño, su cuerpo ario perfectamente alemán, tan evidente la raza en su cara, en su pecho. Me gustaba mucho pensar en él.

Constructor, eso es, me lo estaba usted por preguntar. Es constructor y vive en Baviera, con Sofía, la esposa que es de él, una cosa de él. Y sus hijos, cuatro. Hermosos niños. Deficientes un poco. Hijos de ella y de él. Ocupan el espacio que deben, yo me hice cargo. Por ellos. Es que Sofía es judía, y los niños, claro… es imposible mezclar así.

Yo los maté.

El la cubría con su cuerpo: no hubiera podido matar a Sofía sin matar a mi hermano. Por eso no disparé.

No importa, no habrá más necesidad de cadáveres que esos cuatro, los niños.

Los enterré junto a la casa, en Baviera, la casa que construyó Carlos Federico, y las tumbas las hice yo.

Eso me ha hecho bien, saber que los dos hemos construido algo en el mismo lugar, en Alemania.

Y que ambos hemos hecho mucho por esos niños.

Eso somos, señorita: vivos o muertos, una descendencia atada a la humillación de un cuerpo, de una familia, es decir: la naturaleza misma.

Yo no podré tener hijos, no quiero, ni tengo.

Tampoco soy hijo de nadie.

Por eso pude matar a los hijos de mi hermano y a muchos otros judíos también, y di lecciones de ferocidad con el ejemplo: así se tortura, así se proporciona el dolor, así se le quita el brazo a una mujer, así se destroza el estómago de un adolescente.

Lo sorprendente de este hombre súbito en el que me convertí, instantáneo, es que se resignó muy temprano en la vida a ser el arma violenta de otros.

Porque ni la violencia fue mía, ni el odio.

Eso es lo más sorprendente del Nazismo: el odio que ejercemos es prestado; pero ésa es también su fascinación: siempre hay otro más poderoso que sabe odiar por nosotros, por eso el desprecio es el único lazo verdadero con la vida a condición de que sea continuo.

Ahora, concluida la guerra, me impacta mi persistencia: me veo como un hombre solamente obstinado en ocupar una porción en el espacio, atravesar cualquier ámbito usurpando inclusive el aire que desplaza mi propio cuerpo para moverse. Sin ser advertido, sin molestar.

La historia me mostrará, una vez y otra, como un impostor, una falsificación destinada a ser denunciada todos los días.

Cuando deje de ser para usted un elemento brutal de la naturaleza me convertiré en un decorado móvil para un bonito paisaje familiar, es decir, un fracaso declarado a los gritos.

La indiferencia indecente que profeso hacia todo lo que no me produce una satisfacción inmediata causa una desesperación paralizante.

El bochorno adicional consiste en la imposibilidad de conocer mis placeres, pues transformo mis logros en derrotas certeras y mis amores en enormes desprecios.

Incluso el sagrado sabor de la guerra me fue vedado: la perdimos.

Perder una guerra. Nosotros.

Luego, mis placeres no existieron y, por lo mismo, soy literalmente inconformable.

La desesperación que puedo causarle, Ester, es tan masiva que el sosiego más grande no logrará tranquilizarla.

No tuve novias ni esposas ni amantes: no sé cuáles son mis placeres en tiempos de paz.

Tengo la suerte de haberme convertido en un escándalo capaz de demostrar, con sólo existir, que la vida es una derrota anticipada.

Nunca supe porqué tiré a todos a la basura y me preservé tan sólido, tan enérgico y enigmático a la vez, como los idiotas o los rufianes.

Mi abandono, dirigido a cualquiera que pudiera acercárseme, no es permanente: es diario, un emprendimiento cotidiano y tenaz que asumo con felicidad.

Con el cuidado de un artesano elevé a mis amigos y enemigos, cada mañana, hasta la cima de un paraíso encantado desde el cual los arrojé como piedras para que reventaran hechos trizas en el asfalto del averno.

Yo permanecía después allí, en la imaginación de un retorno inmediato al paraíso perdido.

Es el secreto que nos enseñó Hitler.

Sólo que él, al día siguiente, nos engañaría a todos otra vez.

Desterrado de dónde. De dónde.

A una vieja soledad debo esta duda. A una vieja y persistente soledad.

Entonces, contra quién. Para ser más libre que antes, pelearse contra quién.

Usted conoce ya los terribles dolores del niño que fui. Ese niño no tuvo padre, es decir: tuvo un padre en el más difuso de los espacios.

Curiosamente, el padre le teme a ese niño.

El Niño es seductor, habla, escribe
El padre no
No escribe, no habla
No escucha, tampoco escucha

No es un padre, apenas es un adolescente: un adolescente de muchos años que no sabe ganar dinero, no sabe dar, no recibe lo que le dan: lo exige con rabia, con frustración. Se le ve en la mandíbula temblorosa, cuando exige algo le tiembla la mandíbula de vergüenza, los dientes apretados, los labios palidecidos por la impotencia de exigir lo que debería pedir agradeciendo.

El padre lo odia, odia a ese niño que puede hablar, que habla sin gritar, que incluso grita, que le exige a él, un inconsciente, que sea su padre.

Lo cela: el Niño sabe vivir de su talento, vive de hecho de su talento, lo quieren los Nazis por eso, le pagan por su talento, y al padre no, el padre es un prestamista sin dinero. Y deplora que su hijo no se acueste con mujeres pero perfore hombres con balas de verdad.

Es otra la parábola del padre
cuando el hijo dispara hacia el destino
con una metralla que no es falsa
que abre fuego y que no deja hijos

Siempre hubo trenes en la vida del Niño: trenes para ir al Colegio Militar, para ir al club naval, para ir.

El Niño va en trenes, duerme en los trenes, la larga soledad de los caminos lo conmueve, lo familiariza con el sexo.

También con la madre.

Es extraño pero a veces el movimiento rítmico del tren, acompasado como el de una cuna, lo adormece como un ronroneo y se siente en brazos y acunado de nuevo.

Los caminos borran la distancia entre la casa paterna y el club, el colegio, el regimiento.

Un día el Niño tomará el último tren: dejará la casa, esa casa con pisos de madera, con cuadros desparejos, la casa de la cocina pequeña con mesa rectangular, deja esa casa donde tuvo miedo y se va a tener miedo a su propia casa, un ámbito único, digno, sólo para él, para el Niño, para tener miedo y epilepsia y no tener padre.

Se fue a un cuartel, al Ejército, a buscar un deber, un padre, una razón

Se fue
Ya no hay niño en esa casa
En la cocina, esa cocina
Ya no gritan allí tengo miedo me muero
Aunque tienen un miedo espantoso
Y se mueren de veras. De veras

Falta eso, el grito
No se podrá vivir sin eso
No se puede

Después de treinta años puedo pedirle explicaciones a la locura que me acompañó siempre.

Cuando la imagen de mi padre desaparece (es habitualmente una imagen que desaparece) nada se postula para reemplazarla, mucho menos mi madre, que deja a su marido un amplio espacio de paternidad como si pudiera ocuparlo. Como si quisiera.

Con el paso del tiempo mi padre logrará ser una ausencia cada vez más firme, con más integridad, con más soltura.

Ya no merece reproche: su ausencia de mundo ya está bien, es una falta masiva de relaciones con los otros, un delirio permitido y sustentado por todos los que estamos a su lado.

A excepción del Niño que lo denuncia a los gritos.

y le dice papá
a un trozo equívoco del universo
que está voluntariamente ajeno a la paternidad

Incluso el padre no hace lo que hacían otros berlineses: no se emborracha los viernes por la tarde, no tiene sexo con prostitutas, no juega en las apuestas.

No llega tarde a casa siquiera
No juega, no apuesta. Eso es el padre. Algo que se evapora
Algo solamente
de sexo masculino
que no alcanza a ser un hombre

Cuando el padre se evapora todo se esfuma. Todo. La pared, la madre, la noche, el ropero marrón, las manos, el perro, la comida, el piso de madera, el hermano.

El deseo también. Y la mezcla igualadora abochorna más aún: el perro y el deseo están en la misma categoría de esfumación.

Imposible. Nada es recuperable. Este naufragio es insolente, es un colapso. Y lo deja al Niño ahí, así, atónito. Blanco.

En el centro y gritando, solo.

Se dan vuelta. Los demás.

Un día, ya siendo grande, el Niño está solo y la realidad lo abandona así, súbitamente.

La cordura también escapa lejos y el Niño, ya siendo grande, grita otra vez como gritaba antes para sus padres, grita como para todos, para todos de nuevo.

Grita para todos en esa casa nueva, el cuartel, estando solo, siendo grande ya, siendo Nazi ya, y con el puño de la mano derecha rompe el espejo. Con la mano que alza para saludar al Führer.

Se atraviesa las venas.

No importa tanto dolor, lo que viene tras el grito es siempre la

muerte, es preferible la sangre, un eco que se oye. Que vuelve.

Ahí está. La herida. Estará siempre ahí, es una huella
La herida y el Führer
Él lo sabe
Sabe eso
Que tendrá puesta en la mano una huella
Otros tendrán la suya

Mis padres se quisieron. Pero una noche se dejaron para siempre.

Así, sin dejarse. Estando juntos, es decir, uno al lado del otro, al parecer queriéndose, al parecer haciéndose el amor, al parecer una familia.

Al parecer. Siempre eso.

Fue simple. Fue mi madre.

Abrió la alacena y lo que había era suficiente. No era tanto: suficiente.

Ella tomó la cara del padre con las dos manos y volvió a consolarlo inútilmente. Él la miraba sin interrupción, fingiendo un ahogo, fingiendo la respiración convulsa.

Ella fue calma y tenue:

«Tanta infelicidad, te la perdono»

repitió sabiendo que él nunca pudo escuchar nada.

Es que éramos muy pobres en esa época y mi padre era muy inútil. Nos gobernaba la República, que como usted sabe hizo de Alemania un enorme destrozo.

Cada día éramos menos alemanes, y la humillación de haber perdido la guerra europea nos había dejado sin aliento.

Sin aliento y casi sin Alemania. Yo era un patriota sin patria, sin padres, sin dinero. Por suerte había un ejército, un ejército que podría sobreponerse a los temores mujeriles de los republicanos.

Hasta mis padres estaban humillados. Mi madre sobre todo.

Por eso con tomates y un poco de spaghetti empezó a preparar una especie de banquete para uno. Aderezó cuidadosamente el agua, escogió los ajos, humedeció el perejil con aceites, seleccionó los ajíes verdes, un poco de sales blancas, olivas negras, lo sazonó todo y lo mezcló

y fueron oliéndose de a poco
los principios y las causas del homicidio
mientras él lloraba arrepentido
la suerte de haber sido antes un marido ausente
o la de ser ahora envenenado

El homicidio, está claro, no ocurrió nunca. Fue un antojo del Niño. Una fantasía. Un deseo tal vez, o un sueño muy ligero. Una forma de redimir a Alemania ultrajada: matando a un padre que es incapaz de defender a su familia de los franceses, de los americanos.

Fue en un día cualquiera de diciembre. El año 1922 terminaba con la misma impunidad de siempre: cada día sucedía normalmente a otro.

El mar, tan ajeno a las estadísticas, transcurría como el tiempo.
Era más bien un largo simulacro
de la pena
o del amor

Ese día en que mi madre no se atrevió a asesinar a mi padre, decidí el Ejército.

El Niño decidió descubrir cuál es exactamente el sabor de un año que se transforma en otro. Por eso eligió con detenimiento: un sitio con arsenal, con uniformes, ultrajado por la violencia, un lugar para la vana bravura.

Asediado por el siglo y por el mar, el Niño vio con agrado que el padre despreciado no era el único sendero de su destino.

Otro padre más fuerte marcará la descendencia.

Nada más.
No es preciso.

Es una lluvia intensa, pertinaz. Destructiva
Es la lluvia de la paradoja, la que arrasa
Destruye, la lluvia deshace, descompone
Arrasa. Es eso
Es eso

Es la mañana, es la tarde, anochece: En Berlín siempre llueve, llueve con incapacidad para la clemencia, aunque sea la lástima, la conmiseración.

Ni siquiera la piedad: la lluvia desgasta los cimientos, infertiliza la tierra, anega caminos, ahoga corazones, avanza como una plaga.

Y la plaga avanza: el Partido Nazional Socialista gana las elecciones de un modo abrumador.

Ese indescifrable, Gustavo Adolfo Hitler, será Canciller y después incendiará el parlamento.

Es el año glorioso de 1933.

Entonces comencé a escribir. Sobre la lluvia que descompone, sobre el padre inexistente y poderoso, sobre el final de la República de Weimar, sobre la fortaleza de Hitler, la plaga.

«Escribir», me dije, y me interné en una región sin lucidez, una prisión inventada para mí.

Me sumergía cada vez más en ese cadalso sin noticias externas, sin ninguna realidad que descifrar. Enfrentaba, sin duda, la imagen más perpleja de mí mismo, la imagen del asesino que fui después, que ya era, la del soldado mercenario que comencé a ser ese día.

Cuando traicioné a mis primeros amigos supe que mi trabajo y mi destino era ése: la traición.

Es lo único que hago, traicionar
Nunca un poco de piedad
Nunca
Yo, la verdad, traiciono
Es lo único. Lo único

no es poco
una buena traición
así
exacta

Esa tarde, bajo la lluvia, en pocas horas, casi viendo las llamas hitlerianas que devoraban el Bundestag de Berlín, vi, Ester, mi destino entero, vi la svástica sobre mi pecho ardiente, vi las juderías agazapadas ante el paso de mi bota que cruje, vi el honor de ser

obedecido y temido y cantado por las églogas.
Esas llamas me devolvieron la vida, no la dignidad.
Para qué quiero la dignidad
si ya no tengo miedo.

No Ester, nada supe del amor.

No se puede describir el amor. No se puede decir.

O peor.

Sólo se puede describir el amor después de haberlo bastardeado. La naturaleza humana llega más abajo, a su miseria. A la súplica.

Nada supe del amor, ni de amantes, ni de novias, ni de amigos, nada.

No es preciso. Cosa de mujeres.

Nada.

El amor termina en un lugar aborrecible. Roza la sumisión, contiene el ardor en el estómago, la sustancia perversa de sí mismo.

La pasión es otra cosa: Es el odio implacable, el deseo de liquidar al ser amado, hacerlo desaparecer.

No sabemos si hacerle el amor o si matarlo.

Entonces se vive el reverso y se conoce lo más inconfesable del destino humano, porque el deseo de muerte mutua es tan alto que sólo resta encerrarse, llorar y dormir.

Nunca estamos tan perdidos ni tan encontrados con nosotros mismos.

Yo no podía amar a nadie, no quise, no debí. Mis deberes eran otros y el amor no estaba en mis deberes de ninguna manera.

Tal vez me arrepiento.

una vez
en un tren a Auschwitz
sentí ternura por una niña

Lo único que hice fue salvarle la vida.

Nada más. No la hubiera tocado. Hitler nos enseño a ser decentes en público.

En público.

Es un pacto oscuro con la repugnancia, y nos tiramos momentáneamente a la basura, y el amor es un impostor que engaña de nuevo.

Hitler nos enseñó a tirarnos a la basura.

así tirarnos
la basura se tira
y nosotros los nazis ahí
decentemente oscuros por la repugnancia
idolátricamente alborozados
por ser
esa basura apresurada

orgullosa
que fuimos siempre, qué felicidad

En el centro preciso de la escena estoy yo, solo, ridículo, ausente

un pedazo de espacio mal ocupado
sin ocupar
un vacío hecho hombre
hecho mujer
y el deseo de no reconocerse nunca más

Entonces, Ester, llené el vacío de personajes. Militares, déspotas, guerreros.

Aquí comienza mi propia confusión. Porque es la vida la que está vacía de sentido, y la idea más clara sobre mí mismo es escandalosa y da pena.

Créame, da pena.

Tener identidad es muchísimo: ser antisemita es algo claro. Es indudable.

No da miedo, no cavila. Tiene una sola dirección y una fuerza inmensa. Todo el odio está puesto en el sentido de la identidad, por eso pude licuar esa melancolía que me hacía gritar, cortarme las venas, odiar a mi padre.

Así se llega al final de la especie, al aspecto zoológico, instintivo, al color primario que suele ser el negro o el blanco, porque no hay más que humedad en todo el recorrido.

Sólo después de haber sufrido así se puede despreciar la vida de verdad, y amarla sin motivos a la vez, y comprender a nuestros padres por lo que fueron y no fueron y tener seriamente a los hijos que tenemos y revolver el fondo mismo de la injusticia, y empezar a llorar de verdad y tener más dolores reales y menos imaginarios.

Sólo así, sangrando en soledad podremos ver la cara más honesta, la única, la que podrá sobrevivir al próximo engaño y pactar condiciones más dignas para intentarlo una vez más aun sabiendo que
probablemente
tengamos que pasar otra temporada en el infierno.

Como hicimos nosotros: construimos el infierno para los demás, y después fuimos su víctima. Su gloriosa víctima.

Ahora estoy viejo.

Usted, en cambio, es muy joven, es una niña.

Tiene ese rostro desmedidamente aniñado que sólo se tiene a los 20 años. Nunca más tendrá ese rostro, Ester.

Nunca más.

Usted podría no ser bella pero es eso increíble: joven.

Toda su vida después de ahora será un combate inútil, horrendo, por hacer de cuenta que su cara perdura, que su piel no se hace trizas, que su pelo no se pudre.

Esa cara que usted tiene, hermosamente frágil, destellante, será un tormento en diez años.

Un cirujano puede hacer desaparecer las arrugas del rostro, el rictus que toda vida deja como parte de ella: un artificio médico que despeja el paso por el mundo y deshace la certeza de que se ha existido por más de treinta años.

Algunas personas lo hacen cuando se aproxima la vejez y también antes, cuando intuyen la muerte, cuando quieren dejar de ser viejas y mortales.

Sólo así pueden soportar toda la frustración que la vida les ofrece: operando sobre la piel las alquimias de la juventud.

Todas las personas operadas dan la misma cara. Como los campos de concentración.

Ese parecido ridiculiza los aspectos. Y no sólo porque toda vejez disimulada se parece a otra, sino porque las cirugías y los Nazis tienen el mismo propósito: liquidar lo peculiar del rostro, anular las singularidades, las bellas asimetrías de los gestos, las marcas que aquél amor o ese abandono dejó sobre los párpados o debajo de los ojos.

Las caras convertidas en máscara se preparan así para enfrentar la eternidad: engomadas, simétricas, anónimas.

Uniformemente rejuvenecidas.

Esta pasión un poco insana por negar lo que normalmente ocurre —básicamente la muerte, que me es tan familiar— borra el recuerdo del paso por una familia, transforma en hermanos a padres e hijos, destruye el testimonio de haber tenido un lugar en el mundo con la cara de siempre.

Entonces es más fácil matarlos.

La refacción del rostro genera un ejército de personas iguales, intercambiables y discretamente espantosas. Como en los campos de concentración.

Así creen escaparse de la pertenencia a una generación precisa para colocarse de frente a la naturaleza humana, que los iguala en rostros retocados.

Buscan este parecido entre sí, esa armonía falsa entre el tiempo que pasó y el que se ve.

Nadie deja de advertir la realidad del proceso que borró las arrugas, las canas, las papadas y las grasas, y aun así parece preferible someterse a ello que aguantar la horrible realidad de la vida.

Por eso es preferible ser Nazi.

Esa juventud que usted exhibe sin darse cuenta, sus párpados llenos de luz, la flexibilidad de sus contornos, son la promesa cierta de un deterioro que comienza en el alma y lo incinera todo, pudriendo las zonas sensibles de su vientre y enmoheciendo sus pechos.

La piel se seca y los ojos, apagados, dominan el color amarillo.

Hasta el olor del cuerpo se hace ácido, y sus axilas, tan perfectamente delineadas, serán un bulto, un colgajo hediondo, como su papada y sus pies, que se deformarán en puntas deshuesadas.

Sus manos
por ejemplo
que se deslizan
sobre esta madera de taberna como una perla
y así se desplazarían sobre un mármol
serán pinzas puntiagudas y amorfas

Pero usted no se someta a esos procesos de trituración de la piel para ser un fantasma. Quiero que sepa que es sólo una metáfora.

Porque si pudiéramos concebir por un minuto que la plastificación del rostro se hiciera también sobre los deseos, obtendría, querida niña, una fotografía auténtica de mi familia: no de mi madre, pero sin duda de mi padre, de mi hermano y de todos mis tíos primeros, segundos y terceros, mis primos de todas las categorías, y, en general, de todos los que llevaron alguna vez nuestro apellido.

Ese apellido que nadie pronuncia bien, que alguien inventó alguna vez y cuya historia no le importa seriamente a nadie.

Ese niño que fui tuvo amantes a pesar de que no lo dice. El Niño tuvo amantes. Todo será confuso, desordenado.

Amantes, nada más. Tendrá amantes como algo, una cosa que tiene.

Una cosa, una manera de hacer que la soledad lo esquive. Acaso hay un amor que se prefiera a los otros, un amor al que se destinan favores y del cual se aceptan otros. Los favores que terminarán con el Niño.

Él siempre tuvo amantes, desde la juventud y hasta el norte,

hombres y mujeres en la sombra, en los escondites, debajo, sobre sus ansias, bajo su dominio, sometido al dominio ajeno, todo lo más que pudo.

Siempre tuve amantes. Incluso conocí la muerte de la amante, una amante en un ataúd, qué cosa tan extraña, tan indecente, casi tanto como tener amantes.

Era difícil tener amantes en esa época: piense que las chicas berlinesas de familias cristianas querían casarse con el oficial Nazi, y yo quería solamente poseerlas. Por eso debía conformarme con perforar a esas judías secuestradas antes de matarlas, y a veces después de matarlas, otro poco también.

Al fin y al cabo para hacerle el amor a un cuerpo hay que matarlo, y difícilmente sobrevive una mujer al amor.

Nunca entendí bien porqué las mujeres se enamoran momentáneamente de quien les hace el amor, incluso desde antes. Hasta parecería que sólo hacen el amor porque se han enamorado, y siguen enamoradas después, por minutos o para siempre y da lo mismo ese lapso.

Las violaciones siempre fueron alegres, lúdicas.

El deber de matarlas después evitaba ese momento ridículo inmediatamente posterior al amor en que los dos tratan de justificar algo.

Todos saben que después de hacer el amor no hay nada: ni adentro ni afuera, no hay nada.

No hay nada.

Después del amor, nada.

También tuve amantes en el ejército, hombres jóvenes que poseía con un fervor sin límites. El respeto que siento por los hombres me permitía poseerlos de una forma limpia, civilizada.

También me dejaba poseer por ellos —por los Oficiales sobre todo —: era una manera de reconocer la fuerza, la autoridad, de respetar una jerarquía y hacer que mi cuerpo admitiera el rigor de una disciplina.

Dejarme someter hasta el dolor llegó a provocarme una dependencia verdadera, evidente hasta la certeza del ultraje, como un fuerte amor a la fuerza o a la virilidad, un deseo inconsciente de sumisión por el cuerpo que dejaba al espíritu igualmente humillado y satisfecho.

Era una felicidad agreste, perforada, que me convertía en un objeto para el placer: por eso no comprometía mi dignidad, porque los objetos no pueden ser indignos.

Y así era útil.

Ser objeto de un fervor tan masculino como el de los militares de la SS mejoraba el aprecio que tenía por mí mismo, aunque tuviera que someterme al olor de un sudor intenso, a un macho que insiste con su sexo y que injuria, al desgarramiento de mi propio cuerpo que apenas resistía un dolor tan magnífico, tan Nazi.

Así admití a los hombres en el sexo: para saciarme o para ser una cosa más de la utilería alemana.

Y mujeres, también tuve mujeres de todas las edades, condiciones, gitanas incluso, siempre prisioneras o putas: era cuestión de hacerlo y nada más.

A veces en ese recorrido parecía haber hijos, aunque no hubo hijos en mi vida, no habrá.

No hay, no habrá.

Mi alma no puede dejar un hijo, una hija. No hay eso. No hay descendencia

donde debería haber la sangre que desciende desde mi corazón ya libre

no hay nada

no habrá nada

Mi padre, que desprecié, marcó una descendencia: eso hizo él. El prestamista.

Yo no.

No pude. No debo.

Esto debe terminar aquí.

Y eso sucedió porque nunca amé lo suficiente a una mujer.

Mi cuerpo no engendró otro cuerpo con suficiente convicción.

Con la convicción —por ejemplo— del cuerpo indudable de mi hermano.

La muerte es eso: imposible reponerse nunca más.

Pero usted es hermosa. Hermosa con tanta violencia que podría no ser bella y lo sería de todos modos. Su belleza es una decisión, un hecho que se admite como se admite comer por la boca o ser un cobarde.

Pero debe saber que nunca pude amar a una mujer. No lo suficiente para engendrar un alma con un cuerpo que no se muriera.

Tal vez una vez: Habíamos hecho el amor en esa sala ya cien veces. O mil. Normalmente sin sexo.

Quién podría semejante cosa, hacer el amor con el sexo más de una vez.

Y sin embargo, si me lo preguntan, yo no sé qué cosa es hacer el amor. Simplemente no lo sé. Si no me lo preguntan sé que sólo debía ingresar en la intimidad sin ningún sentido y después escribir: habíamos hecho el amor cien veces. O más bien.

Y eso fue imposible porque no pude aceptar las miserias —las mías o las de ellas— que eran tantas.

En el fondo de la miseria yo descubría algo de la verdad.

Incluso en la violencia, en la guerra, en el desgarramiento mutuo.

Todo, también el asco, ése es el amor que podemos tener. El que da los hijos verdaderos. El que convive para siempre.

Tal vez eso no lo sepa usted.

Lo demás —lo que usted sí sabe— es la felicidad sencilla, la que se esfuma porque no tiene límites.

Usted decidirá, Ester. ¿A qué ponerle límites? ¿Al amor o a la miseria?

Tuve un escondite: la vasta guerra.

Sí, me lo pregunto. La pregunta me sucede.

Soy el dueño absoluto de toda mi soledad. Eso es todo lo que puedo tener de verdad.

La obra disolutoria del tiempo me domina. De la soledad sólo espero que no se presente tan humillante como el amor.

¿Podré soportar cada pérdida y sumarla a todo lo que ya perdí?

Quería la victoria, la honra de ser un ario que emerge sobre las ruinas sionistas.

¿Cuál es el límite de la dignidad en el amor? Actuar por amor propio, por orgullo, es una opción para mí. El desenfreno es literalmente mortal.

No tengo la dicha de ser un personaje. Nadie hace algo por mí. Ni yo.

Tan sólo eso.

Tan sólo. Tan solo.

¿Y si este camino me deja absolutamente solo?

Usted podría decidir, pero no creo que se anime.

Es una mujer finalmente.

Siempre he provocado lo que sucede y lo hice de algún modo que no siempre comprendí.

El antisemitismo no es algo que yo comprenda, pero lo he provocado y maté tantos judíos como fue preciso, quién sabe para quién.

Después de cumplir la tarea, a veces, conviene el sosiego. Por qué no.

Será complejo aprender que no todas las cosas requieren una gran tarea previa, y admitir que puede haber sosiego sin esfuerzo.

De hecho el sosiego sucede cuando me olvido: olvido el deber de estar sosegado y dejo a la vida transcurrir.

Ése es todo el secreto para el final de cualquier tragedia, escrita o vivida. Dejar a la vida hacer su tarea es un instinto animal pero está distorsionado por la conciencia.

Lo más elemental es lo que más cuesta; es imposible ser dichoso y consciente. Esa duplicidad es aterradora.

Por eso descreo de la libertad. Por eso no dejo hijos.

Todo el nazismo fue así
una poderosa fe en la muerte
la esterilidad en estado de pureza
una conciencia hedionda

Desde el comienzo supimos que éramos imposibles.
El obstáculo entre el éxito y yo era yo.

Me pregunto por qué dediqué mi vida a matar por una convicción que podría intercambiar por otra.

Debería preguntarme también por qué es mejor escribir que matar gente que sobra y, en todo caso, qué obligaciones tengo yo con la ética.

No hay una desesperación más grande. No saber cuáles son las obligaciones básicas.

Últimamente convierto mi casa en el cuarto de un hotel ubicado en una ciudad a la que no sé a qué vine. Me olvido de Berlín, de Hitler, de mi pasado heroico. Miro hacia afuera: y sé que afuera no hay nada que interese a nadie.

A Nadie.

La soledad: sólo escandalizado por ella se puede vivir de verdad.

Enfermo y triste, da lo mismo, pero de verdad, tortuosamente, con pesar, con la certeza de la nada royéndonos los talones, ese dolor sólido que pesa como una piedra en el alma, que se desparrama en la mañana a través de los párpados y no los deja amanecer, a través del pecho que se oprime y que recuerda los fusiles, a través de los ojos, esa pesadumbre que impide que el día comience, temprano o tarde, impide que comience, es un dolor que se toca, está a nuestro lado en la cama, duerme con nosotros, es un dolor que se desayuna, se palpa y se colorea, se maquilla para nosotros, y esperamos con horror que una jornada termine para que empiece otra y eso es todo.

enfermo de verdad
con pesar
la certeza de la nada
ese dolor sólido se desparrama en la mañana
a través del pecho que se oprime
pesadumbre que impide que el día comience

impide que comience

un dolor que se toca
que se desayuna
y una jornada termina y empieza otra

eso es todo

…

es todo

Por eso no se enamore de mí, Ester.

Conforme el tiempo pase será absurdamente difícil decirlo, será imposible, será increíble que se diga: sí, es verdad, te amo.

O: si es verdad
te amo
También así es imposible
Te amo es imposible
La vanidad lo ha triturado todo

Antes viajaba solo, es decir, *podía* viajar solo. Ahora preciso un trozo de identidad que llegue desde afuera.

Hacia adentro, nada. El día del grito está en silencio.

Ya terminó la Guerra. Ya no se puede vivir sin náuseas. Tenemos miedo de perder no sabemos bien qué.

Otra guerra, el dinero. El amor.

Da lo mismo: se pierde.

Ya se lo dije Ester: Hemos construido ese mundo: ahora somos su víctima.

Los actores dirán lo mismo sobre el escenario.

Es más: dirán sólo eso de mil maneras durante siglos.

Que tienen miedo.

El mundo es así: no nos exime de elegir entre él y la nada.

Mire lo que es Alemania: una víctima de su coraje inútil. Una histérica peligrosa.

Es el peor dilema que nos impone el destino. Y el único. Por eso da pánico.

¿Quién ha sido el primero en lanzar
una maldición en vez de un piedra?
Ese suburbano, domado de toda locura posible, inventó la civilización.

Sólo deberíamos saber para qué.

No hacía falta.

Alguien tendrá que pagar por esto.

La derrota.

A veces recorro, con un cansancio ya ilustre, los barrios bajos de la ciudad, en los recodos más amables del río, y me detengo ante objetos elementales: un fruto rojo, una manzana por ejemplo, o una fresa perfecta, armoniosamente diseñada con colores sutiles y texturas ásperas.

¿Para quién se ha creado tanta perfección? Hemos devorado frutos con tanta crueldad, con hambre animal, con voluptuosidad.

En ese atragantamiento todo el milagro de la naturaleza se resuelve en el hecho digestivo de la absorción de un ser por otro, que es el núcleo mismo del orden universal.

El sacrificio de animales y de frutos es un sacrilegio cotidiano, una opción que hacemos en sufragio de nosotros mismos. Y al admirar la belleza súbita de un fruto, o la lenta tarea del mar en alimentar un molusco que termina refritado en una tasca pueblerina, alguien se pregunta por el destino mismo de la obra de Dios, que puede ser aniquilada con esa sencillez.

La derrota.

Con tranquilidad impune atravieso el problema del amor, la belleza y los frutos, como si todo estuviera vinculado.

A mi edad todo lo está, a mi edad y a cualquiera otra siempre que se esté cerca de la muerte: por eso puedo delirar con lucidez sobre la voracidad, la locura y la codicia: todo está en ese instante feral de la vida, el único que cuenta, el verdadero, el de la soledad sublime, el espectáculo colosal, el que no vemos, la muerte.

Es decir, la derrota.

Allí vamos, a una velocidad insolente, sin ninguna pregunta seria para hacerle a nadie, sin respuestas, casi sin dudas, y con una arrogancia repugnante.

El exceso de conciencia me hizo cobarde, la imprudencia de dejar el Ejército me llevó a la indecisión y la indecisión a la demencia.

Antes tenía certezas escandalosas, pero tenía certezas.

La vida es una vieja mansión lujosa que el tiempo ha destruido, visitada en ocasiones por nadie o por multitudes. Yo me encargué de desalojar a muchos.

Si no lo hubiera hecho yo, otro lo hubiera hecho.

Qué va usted a reprocharme.

Los crímenes los comete el tiempo.

Es cierto: a veces me despierto oprimido por la idea de que afuera hay un mundo que es verdad.

Yo arriesgo juegos heroicos: siempre es más real el Mercader de Venecia que el usurero de este barrio, y mejor se enamora Julieta que usted de mí.

Pero la realidad no me conviene: yo sé qué tan deseable es el ardor que en el estómago siente Julio César antes de ser apuñalado comparado con la acidez cotidiana que provee la gastritis.

Por eso escapo hacia la violencia y vivo su ficción con certeza, con

lucidez, acaso con patético sentido de realidad.

No sé qué nos conviene más, si estar atentos a una realidad que suponemos o recrear otra, mucho más entusiasta, frenética.

Quise ser otros. Quise ser tan valioso como Goering, Himmler o Eichman. Pero cada uno hace lo que puede, cada uno hizo lo que pudo.

Todos fuimos finalmente la misma porquería
y jugábamos a la putrefacción
al estruendo
a la victoria
¿Nadie se dio cuenta?
Éramos unos niños idiotas
jugando a la guerra para fascinarnos
y esperábamos ansiosamente la derrota

Sin embargo, el fin de la guerra y del nazismo me sacó del quicio, me turbó sin remedio, y sólo he vivido con lucidez las épocas enloquecidas del Reich.

Aquella ebriedad, aquel apogeo.

Acompañado estuve, eso es verdad. Pero no salía de trenes o cuarteles, construidos con una realidad más sólida y entera, acaso porque toda verdad está allí, íntegra, sustancial.

Matar al otro o no matarlo.

Todo está allí.

Por qué creerán que es fácil.

¿Supondrán que es fácil, que es así, matar a otro o no matarlo?

Sólo en la guerra he podido delirar con sensatez, libre de las acusaciones fáciles.

Cansa el fastidio de este país sin piedad, que ahora nos juzga y nos condena.

Ya Dios nos habrá olvidado.

Pero usted se está durmiendo Ester. Está dormida en realidad hace tiempo. Vea qué hora… aha…, han pasado las tres de la mañana. Y usted está trabajando. Quién sabe, está harta de oírme.

Pero esta historia puede ser suya también, ha de tener un novio que peleó en la guerra, un padre alemán que dejó la vida. En fin, qué destino patético éste, el suyo

ser una puta de taberna en Berlín
después de una guerra de taberna en Berlín

fingiendo que me escucha

mientras duerme
y tan bella.

tan bella

Ester

Ester me veía como en medio de una neblina, sorbía de un vaso cada quince o veinte minutos a tragos largos, miraba alrededor como si quisiera asegurar no sé qué clase de rara intimidad consigo.

Esa obsesión, esa introversión insana, podía haber sido abrumadora.

Sin embargo, nunca dejó de haber en los ojos de ella una desesperada búsqueda de amor.

Qué habrá escuchado.

Esa niña, virgen y solitaria en el mundo, se había enamorado.

El amor, como todos los sentimientos altruistas, la distrajo de mi historia, mi prolija narración alcohólica.

Simplemente, y para decirlo de una vez, Ester no había escuchado absolutamente nada.

Oyó mi relato como quien oye una música, miraba los contornos de mis labios con afanoso deseo, examinaba el movimiento de mis manos, del abdomen, de mis piernas.

Ester estaba alterada por la presencia de un hombre.

Excitada.

Pero era una excitación conducida por un sentimiento poderoso que la dominaba, la gobernaba por entero. Su agitación espiritual era de tal índole que apenas podía oír: se fascinaba con cada palabra, con su sonoridad, con su volumen, con su entonación. Admiraba cada destello casual de mis ojos y adivinaba la textura tenue de una piel sin broncear bajo la camisa verde oscuro.

Cuando el paseo por mi cuerpo la extenuaba, bebía y dormitaba.

Se sentía poseída, controlada por la desesperación de seguir atada a ese hombre, a ese relato cuyo contenido no le interesaba, a esas manos, a las piernas masculinas del soldado, a la belleza de su sexo.

Su corazón latía con evidencia, la hacía sudar, reír tontamente, sonreír como una descontrolada.

Mohines primaverales de una niña sonrojada por el deseo.

ligera
inocente al fin
bella

bella por vez primera
sosegada

Al fin su corazón latía
bella otra vez, la primera
por la sola bendición de un hombre que la mira

Ester enamorada
y yo, que jamás había visto a nadie enamorándose de mí
sentí una extraña compasión acalorada por esa niña misteriosa
tan blanca
que cantaba a la manera de Marlene Dietrich
es decir
no cantaba

Le dije que volvería al día siguiente, que ya debía irme.
Ya me voy, le dije. Mañana regreso.

—*Me voy*

Preguntó, casi sin pudor, si podía acompañarme. La pregunta me inquietó.

Yo acababa de revivir una angustia antigua, cada uno de los tramos de la vida que había relatado era escandaloso, y ella parecía una espectadora culpablemente ajena a mi dolorosa confesión.

De todos modos la propuesta era ligeramente sugestiva. Eran las cuatro de la mañana, no había muchos lugares adónde ir, salvo a la misma cama.

No sé si lo advirtió. La naturaleza de los sentimientos que la movían mejoraban la perturbación de su consciencia.

Le expliqué. Algo dije.

Fue maravilloso tenerte, dijo ella. Prométeme que volverás.

—Fue maravilloso, vuelve, promete

Prometí.
Me fui
Ella permaneció muy quieta
heráldica
mirando cómo yo me iba
mirando cómo yo la dejaba sin mí

Sé que esa noche lloró de felicidad, por primera, por única vez en toda su vida.

Ester lloró.

Esa noche, toda.

Al día siguiente regresé.

Había dormido pesadamente, con la sensación de haber realizado una extraña conquista.

No desperté hasta el mediodía, y por primera vez en muchos años me sentía inocente.

La tarde pasó con indulgencia, entre rutinas que no advertí.

La caminata hasta la taberna fue un paseo dichoso, un manera de ir hacia mí mismo.

Llegué. Ester me esperaba, eso hacía toda la diferencia.

Cuando me vio un incendio de almas le iluminó la cara.

Entré. La noche recién comenzaba. El frío era discreto, los hombres iban llegando con poco abrigo, bebían vodka, el mismo que Hitler hacía traer de Varsovia.

¿Recordarán que toman ese Vodka gracias a Hitler, o estos berlineses repugnantes solamente lo van a recordar para despreciarlo?

Ahí estaba ella: cantando.

Como Marlene Dietrich.

Me pareció que hoy cantaba mejor, que sonreía.

Que cantaba.

Me arrepentí de haber sido tan explícito el día anterior.

Confesar, qué idiotez.

Cinco años disimulando para el ejército americano y vengo a confesar delante de esta puta.

Y sin embargo regresé. A verla. También a decirle que la historia de mi vida era falsa, que la había inventado para conquistarla.

Pensé si sería peor ser capaz de inventar semejante historia que haberla vivido. No obstante, eso hice:

negué todo
con pulcritud
con detalle
mirándola a los ojos
cuando dejó de cantar

Me oía con tanto amor, me había esperado con tanta desesperación, me amaba tan profundamente.

Ester no había entendido nada de nada. Ni de la historia, ni de los Nazis ni del Reich ni de mí.

Nada.

Entonces me enamoré perdidamente de todo mi pasado absuelto y desdibujado y mejorado, es decir: de Ella.

Absuelto por Ella.

Nos besamos con una desolación semejante a la fatiga.
Se entregó sin orillas.
Hicimos el amor.
Por primera vez ella, por primera vez yo.
Ella era virgen, yo no.
El amor, por vez primera.

Nos casamos en 1950. Ester abandonó sólo entonces la taberna berlinesa de hombres que fuman y beben. Sólo entonces tuvo un hogar después de haber vivido —según decía ella— en un establo durante una guerra en la que iban y venían trenes que no podían detenerse; sólo así y conmigo conoció a un hombre y lo amó y fue su mujer: sólo entonces abrió y vació por completo su valija con ropa de niña, la poca que tenía.

No sé si fuimos felices. Es extraño que la felicidad dure algo más que tres meses. Ester disfrutaba de mí, de mi cuerpo, de mi solidez, como se disfruta de una escultura.

Hablaba de porvenires, todo lo lanzaba hacia delante.

Yo quería saber de ella. Y ella hablaba de unos trenes, de una lágrima sola que se hiela, perros en un andén.

Con el tiempo pregunté.

El tiempo hace que uno pregunte, y yo pregunté. Por los trenes (los que nunca se detienen), el establo, la valija nunca abierta del todo, la familia que la espera en algún lado, allá hacia donde los trenes van sin detenerse.

Así supe.

Supe todo.

Sin alarma, pero supe.

Que Ester es judía, que su familia, demorada por la Gestapo, había partido en trenes, que no hay en sus venas una sola gota de sangre aria. Ni caucásica.

Ni nada que sea digno.

Son otros tiempos, me dije. La democracia es tan increíble que me impone el deber de ser tolerante.

Ella debía escucharme pronto porque los días pasaban y Ester planificaba, con un afán inusitado, el viaje de bodas, montados los dos en un tren desde un paraje extraño donde dice que hubo un guardagujas, a buscar a sus padres, sus tíos, sus hermanos.

A presentarles por fin a quien de veras le salvó la vida.

Alguien ha de haber sobrevivido, decía.

Esa tarde ella cantaba mejor que antes esa canción de Baviera, en la cocina de casa. La llamé dulcemente, la senté sobre mí, le expliqué con detenimiento: tus padres han muerto pero no fueron solamente asesinados, fue un acto de justicia despedazar carne judía, a tus hermanos también, puedes estar orgullosa, tus primos, tus amigos fueron destrozados en las mismas fosas para honra de una raza entera.

A ti hubo que matarte, quién sabe qué pasó, nadie lo hizo.

Un error, sin duda.
Eres un error.

Pero ése es el pasado, Ester, olvida ya los trenes, ya tu carne judía no huele tan hedionda entre demócratas, podrás disimularlo bien, gracias al Nazismo yo he sobrevivido a mi niñez y a mi padre y estoy aquí, a tu lado.
A tu lado, a pesar.
Sobrevivimos los dos.
Te amo, le dije.

—*Te amo*

Ella miraba. Me miraba.

—*Te amo*, le dije

Fue raro que no entendiera, yo ya le había perdonado su raza infame.

También dejó de cantar. Se sintió pálida, pero no estaba pálida.

Yo lo advertí en su cuerpo: sin estar pálida vivió su palidez.

Qué raro, qué rara Ester.

Las mujeres, qué raras.

Se volteó, se vio demacrada, se vio delgada y pequeña y huérfana en esa cocina donde nadie cantaba: Ester se veía como niña de pronto, violentamente el vestido le quedó pequeño, era un vestido barato ahora, y la mirada estaba perdida pero perdida para siempre, como si mirara en unas vías a un tren que no llega.

El vestido le quedó pequeño.

Qué rara Ester.

Ni una palabra.

Le anuncié la muerte de todos, de sus padres, de sus hermanos, con claridad, con paciencia, toda esa judería que la hubiera hecho tan infeliz.

Tan infeliz.

Le expliqué que yo mismo participé de esa ordalía y que ya no debía preocuparse por tener sangre judía: estaba perdonada.

Y no dijo nada.

Insensible.

No dijo nada.

Esa noche, madrugada ya, como a las cuatro, insomne, muda, caminó por las calles de Berlín.

La vieron, los vecinos la vieron y me lo contaron, parecía poseída, yo dormía, en camisón iba ella, bajo una nieve suave, sin tiritar.

Llegó a la taberna, abrió con la llave vieja, subió a su cuarto de Marlene Dietrich, llenó la bañadera con agua tibia, se metió, y con un vidrio enorme se destrozó la yugular.

Ester, abiertas las venas del cuello como una grieta feroz
sumergida
se desangra a los veinticuatro años
cerca de las cinco de la mañana
sola y atroz, aturdida en Berlín

Y gana, ella sola, la Segunda Guerra Mundial.

Grupo Planeta

¡Seguinos!